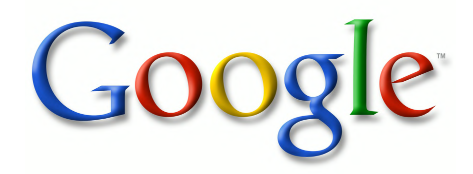
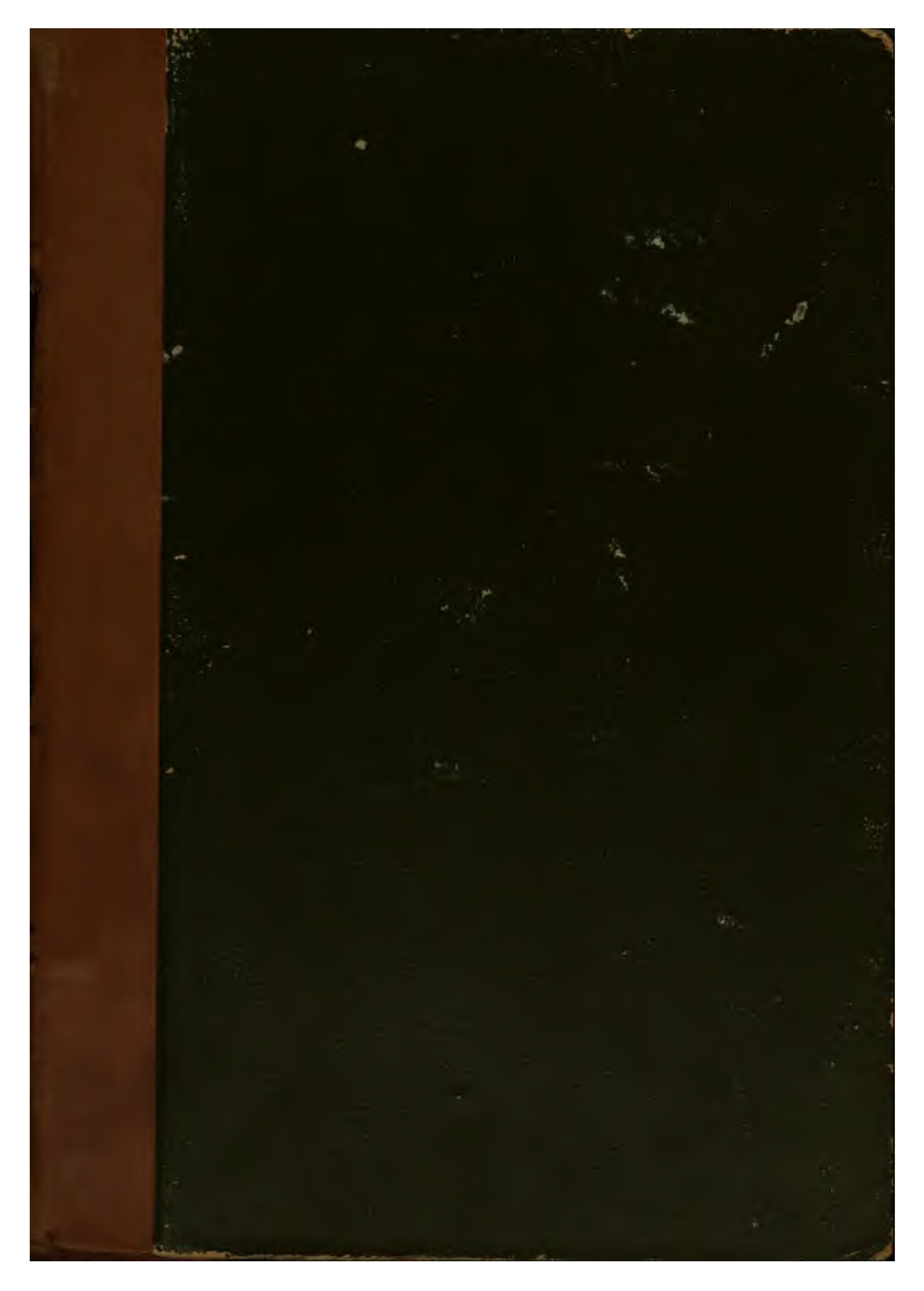
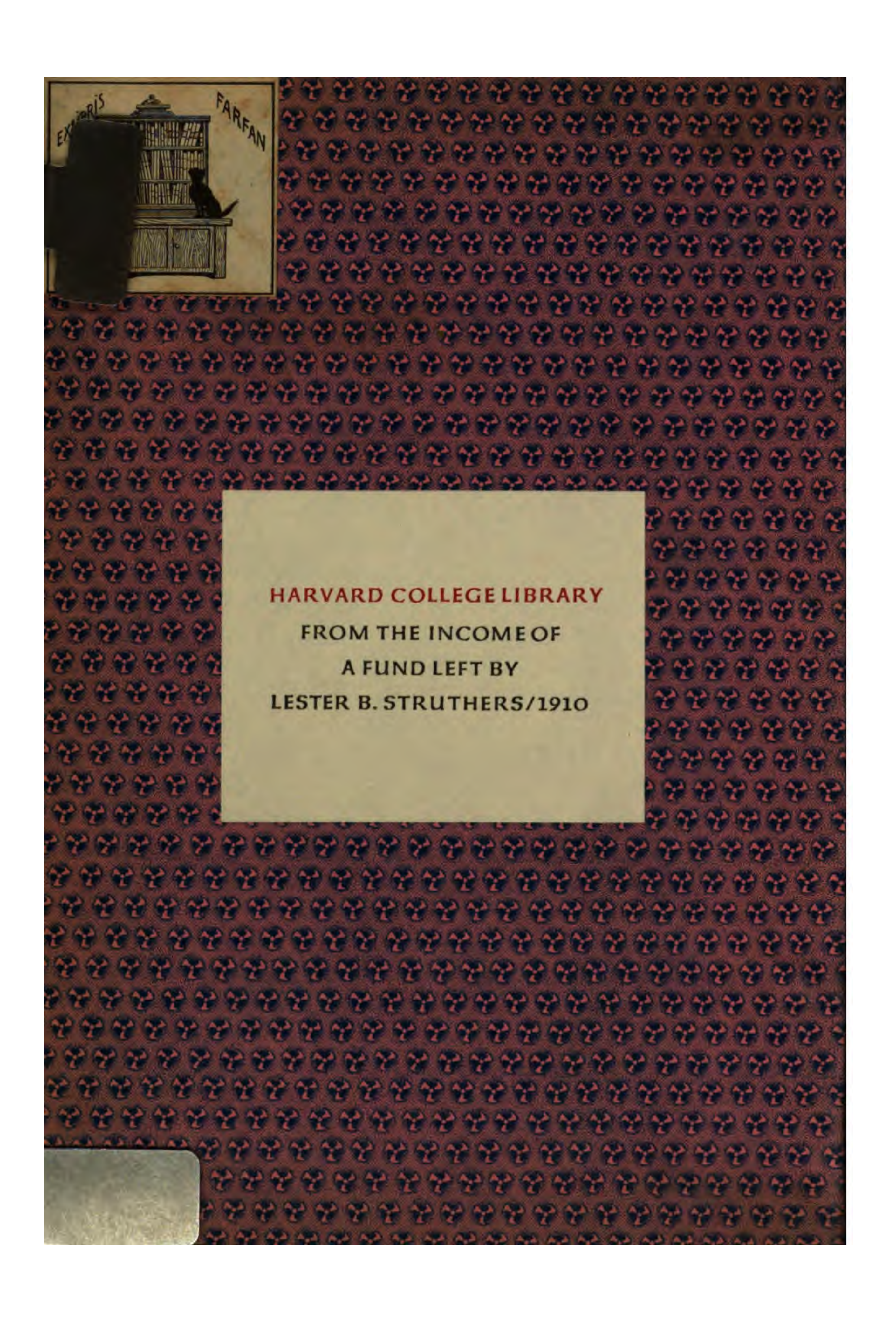
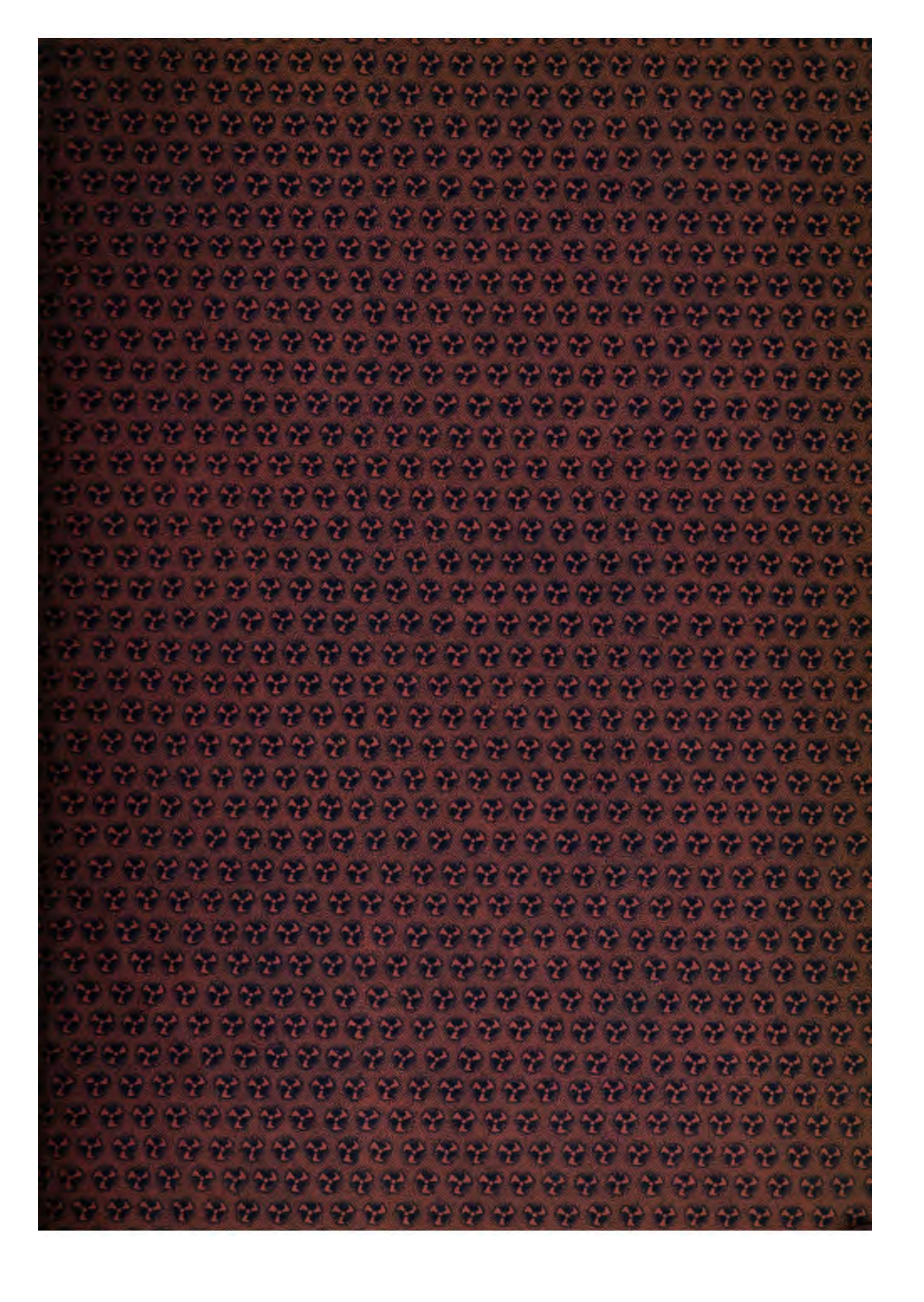





EX LIBRIS
FARFAN



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS,

EN LAS

RECEPCIONES PÚBLICAS

DE SUS INDIVÍDUOS.

TOMO II.



SEVILLA:
Imprenta de D. Rafael Tarascó y Lassa,
Sierpes 73.
1876.

DISCURSOS.

DISCURSO

DEL SEÑOR

DON VICENTE CHIRALT Y SELMA,

el 8 de Enero de 1871.

SEÑORES:

Es bien cierto que si al aceptar el compromiso de llamar vuestra atencion, de arrostrar vuestro imparcial juicio en el dia de hoy, se me hubiese representado todo lo que tiene de imponente y magestuoso el acto solemne en que tan principal papel represento, hubiera sacrificado gustoso al justificado temor de llegar hasta este sitio la honra que el dirigiros la palabra me proporciona.

Mas ya que el ocupar un asiento en vuestra sábia Academia, ya que el privilegio de oir de vuestros autorizados labios las fecundas lecciones de la sabiduría debe ser á costa de tan difícil obligacion adquirido, solo os ruego, que no creais que al cumplirla me haya prestado fuerza inconsciente audacia, sino la seguridad de que no habeis de negarme toda la benevolencia que para llevarla á cabo necesito, y el placer de aprovechar esta ocasion para mostraros públicamente mi gratitud por la inmerecida eleccion, que de mi persona habeis hecho. Y no temais, Señores, que por mi parte abuse de esa benevolencia que imploro; tengo un conocimiento perfecto de mi posicion, y sé que para merecerla necesito dar cumplimiento á dos taréas: la primera, escoger un asunto tan importante, en el grupo de las Ciencias Biológicas que

profeso, que llame toda vuestra atencion alejándola de mi persona; y la segunda, reducir mi discurso hasta hacer imposible el cansancio; que los más acerbos dolores no causan otra pena que la de un triste ensueño cuando son fugaces como el relámpago.

Bien fácil cosa es elegir en cualquiera ramo de la Ciencia un punto que excite el interés de los hombres de saber, porque nada de cuanto sea capaz de conducir á la verdad, objeto supremo de aquella, puede serles indiferente; mas cuando el punto que se trata de analizar se refiere al hombre en sus relaciones con la Naturaleza, mézclase al estudio un no sé qué de curiosidad, un no sé qué de admiracion que arroba con el dulce consorcio que forma la desnuda verdad científica ataviada con las galas de lo bello, de que tan pródiga se muestra la naturaleza. Mas ¡ay, Señores, que os preparo un desencanto! Muy al contrario de lo que hemos visto que sucede en este órden de estudios, hoy, para mostraros la verdad de la Ciencia, tengo que despojar á la Naturaleza misma de una parte de sus atavíos, y destruir no pocas de las ilusiones, que alguna vez os han embelesado y hecho tumultuosos de placer los latidos de vuestros corazones! Voy á hablaros de «*la Luz en sus relaciones con la Vision*"; y cuán dolorosa sorpresa recibireis cuando, entre otras cosas, os diga que esos colores que hicieron la gloria de Murillo y de Rafael, esos matices que esmaltan la sorprendente alfombra de vuestros campos, que ese límpido azul de la serena atmósfera, inimitable para el humano pincel, y detrás del cual creeis sentir la inefable presencia de la Divinidad, no existen sino en vuestro cerebro, son *simples percepciones* con que traducis la *sensacion* que en vuestras retinas produce la diversidad de longitud de las *ondulaciones del éter!* Y nada es más cierto, Señores; pero fuera completamente estéril mi trabajo, áun para las más vigorosas é ilustradas inteligencias, si entrase de lleno en la comprobacion de este aserto, ántes de ciertas explicaciones preliminares, las cuales,

supérfluas para muchos de vosotros, son, empero, indispensables al conjunto del auditorio.

Os he anunciado como tema de este trabajo las relaciones de la Luz con la vision; y mal podria hablaros de ***relaciones*** sin dar el conocimiento de los ***términos*** de estas, términos que es muy difícil poseer en conjunto, sin hallarse familiarizado con la Fisiología, y ni áun esta bastára, si ántes la Física no hubiera ofrecido pródiga sus portentosos secretos. Vamos, pues, sucesivamente á explicarnos lo que es la *Luz* y lo que es la *Vision*.

Es de conocimiento *positivo* que la luz es ***movimiento***: y además de haberlo probado ***físicamente*** en su notable discurso de recepcion un Oficial facultativo del Ejército que figura con honra en esta Academia, espero probarlo ***biológicamente*** en el desenvolvimiento de este Discurso. Si bien se ha creado hipotéticamente la idéa del *Èter* para expresar la materia á que pertenece el movimiento que se convierte en el fenómeno *Luz*, no mireis con desden esa hipótesis, en que se basa una teoría tan completa y tan inquebrantable como la que os permite conocer segundo por segundo el magestuoso y armónico movimiento de los Globos que pueblan el espacio. La luz es, pues, Señores, el movimiento ondulatorio del éter, el cual, propagándose en todos sentidos desde un centro ó punto luminoso, hace conocer la presencia de él á todos los objetos que se encuentran á su paso, con una intensidad que disminuye en proporcion del cuadrado de la distancia. Os he dicho *movimiento ondulatorio*, y, en efecto, si tomais en consideracion una série lineal de moléculas etéreas emergente del foco luminoso, por sus efectos la vereis dotada de un movimiento ondulatorio igual al que se imprimiria á un hilo flexible, que, suspendido libremente por los dedos, fuese por estos agitado con un movimiento uniforme lateral. A esta série de moléculas etéreas se llama ***rayo luminoso***; cada S que forma en su movimiento ondulante es una ***ondulacion***; la dimension longitudinal de esta recibe el nombre

de *longitud de onda;* su dimension transversal *amplitud de la misma;* y la série de esferas concéntricas que las ondulaciones representan en torno del foco luminoso *superficies de ondulacion.* Pero los rayos luminosos encuentran obstáculos que no pueden salvar sin modificaciones en su direccion, las cuales se verifican segun leyes constantes y perfectamente definidas. Si el obstáculo, pues, es absolutamente insuperable, el cuerpo que lo forma se llama *opaco*, y el rechazo que hace sufrir al cuerpo luminoso se apellida *reflexion:* si el obstáculo no hace más que desviar ligeramente, sin rechazar más que en parte, la luz que recibe, nómbrase el cuerpo *transparente*, y *refraccion* á la desviacion sufrida por la luz. Pero todavia es susceptible el rayo luminoso de otras modificaciones en su direccion. En general puede decirse, que en todos los casos en que los rayos luminosos caen rasando los bordes de un cuerpo y se separan lateralmente, sufren *difraccion* aquellos rayos. Además, sin ser reflejada la luz puede producir dos fenómenos al atravesar los medios ponderables, fenómenos que difieren de la simple refraccion: es el uno la difusion irregular por toda la sustancia del referido medio, que se llama *falsa dispersion interior*; y el segundo la desaparicion total de los rayos luminosos, que constituyen su *absorcion.* Esta absorcion puede ser fenómeno final ó inicial de otros fenómenos; es decir, puede la luz absorvida reaparecer con una nueva intensidad y con modificaciones en su modalidad; llamándose *fosforencia* este fenómeno si se produce algun tiempo despues de ejercer su accion la luz primitiva, y *fluorescencia* cuando dicho fenómeno no hace más que acompañar á aquella accion.

No me es dado otra cosa, Señores, sino tocar como de pasada estas nociones elementales de la luz; que otro cualquiera proceder, ni fuera propio de mi propósito, ni obedeciera al plan de brevedad que me he propuesto. Paso, pues, á tratar de los elementos biológicos de la vision.

Preséntase ántes que todo á nuestra consideracion el ojo,

Señores; ese admirable instrumento al cual exclusivamente debeis el conocimiento de las profundidades del espacio y de los mundos innumerables y luminosos que lo pueblan; que os permite gozar los infinitos y sorprendentes cuadros que la Naturaleza á todas horas os presenta, con sus armoniosas y vivificadoras combinaciones de luz y sombra, con los deslumbrantes colores de las plantas que os prestan el alimento y la salud, con los movimientos de los animales llenos de gracia ó de fuerza; ese rey de los sentidos, en fin, que apreciais tanto como la vida, y más, si cabe, que la vida misma. Pues bien, ¡ved cuán grande es la Naturaleza en su sencillez! el ojo no es más que el tipo de las cámaras oscuras que veis cada dia en los gabinetes de los fotógrafos: como estos, hállase compuesto de una caja ennegrecida en su interior, á la cual llamamos *membranas esclerótica* y *coróides*; de un sistema de lentes que nombramos CÓRNEA *transparente* y humores *acuoso, cristalino* y *vítreo;* y de una pantalla sensible, que, destinada en el aparato fotográfico á reproducir la imágen de Daguerre, en el ojo, con el nombre de *retina,* recibe invertida la imágen de los objetos luminosos del mundo exterior.

No necesito entrar en más detalles para explicaros el mecanismo óptico del ojo, puesto que os es perfectamente conocido el del instrumento de Física con que lo he comparado. Pero ¿cómo vé el ojo? ¿qué relaciones existen entre la luz que llega á él y la parte impresionable de este órgano? En una palabra, ¿qué es la vision? Precisamente, Señores, este es el punto principal de mi discurso.

Debemos á Juan Müller el perfecto conocimiento de las excitaciones nerviosas, y sin daros una ligera nocion de la «teoría de las sensaciones» del fisiólogo de Bonna, no podriamos formarnos una idéa clara y distinta de los sucesivos actos funcionales que la vision comprende. Todos vosotros conoceis en su parte principal esos aparatos que, dando á la palabra la rapidez del rayo, forman una de las más

legítimas y trascendentales glorias de nuestro siglo; sabeis que están constituidos por un aparato productor de la electricidad, por otro donde se marcan en signos las palabras que se quieren transmitir; por hilos que propagan estos signos, y, finalmente por la parte que modificada por la corriente eléctrica siente y reproduce los signos transmitidos. Sean cuales fueren éstos, siempre que se marquen en el aparato por accion eléctrica, son fielmente transmitidos: háganse del metal que se quiera los conductores, con tal que lo sean de la electricidad, conducen irremisiblemente los signos que se les confian. Pues bien, Señores, nosotros tenemos en los aparatos externos de los sentidos, órganos impresionables á los agentes exteriores; conductores que desde estos puntos parten á los centros nerviosos; y otros aparatos más complicados, que reciben las sensaciones de las impresiones producidas en nuestros sentidos. Esto en cuanto al punto de vista orgánico ó instrumental: en cuanto al dinámico, sea cual fuere el objeto exterior que obra sobre nuestros sentidos, produce una impresion; recibida esta, los nervios conductores la transmiten fatalmente si su integridad es completa. Pero producid la accion excitante que os plazca en uno de los sentidos, y este solo os dará la sensacion para la que fué formado; ejecutad la misma accion en diversos sentidos á la vez, y cada uno os responderá segun su modo de sentir especial. Pues bien, la modificacion que ejercéis sobre el órgano impresionable de un sentido se llama *excitacion*; *transmision* el acto de ser conducida al cerebro; *sensacion* la modificacion que en este se verifica; y la propiedad que tiene cada uno de los sentidos de producir exclusivamente sensaciones de especie idéntica, sea cual fuere el excitante, recibe el nombre de *energía específica* de los sentidos. Así pues, producid sobre el ángulo externo del párpado superior de uno de vuestros ojos una presion mediana hallándoos en un cuarto oscuro, y necesariamente comprimireis el párpado y la retina; pues bien, á esta excitacion *única* que producís, á esta inter-

rogacion *única* que haceis, os responderá el tacto, por medio de la piel del párpado, que habeis aproximado un cuerpo duro ó blando, caliente ó frio, con fuerza ó sin ella, os dará la sensacion *tactil;* pero la retina os dirá, por medio de un anillo luminoso que aparece en la parte diametralmente opuesta al punto comprimido, que habeis producido *luz*; y sin embargo no habeis ejecutado más que un pequeño movimiento! Hé aquí probada con este ejemplo la «energía específica de los sentidos,» de Müller.

Os he prometido, Señores, probaros biológicamente que la luz es movimiento, el movimiento ondulatorio del éter, y creo llegado el momento de cumpliros mi promesa. El excitante natural de la retina es la luz exterior; la luz objetiva, la que proviene de un punto del espacio; pero no es el único excitante de dicho órgano. La retina es excitada y hace percibir luz al cerebro por otras causas, aparentemente bien distintas. La Luna, la Estrella Sirio, el papel que estoy leyendo me hacen sentir su presencia por la luz objetiva que, procediendo de ellos, no importa de qué modo, excita mi retina, y mi *yo* percibe; pero si, como ántes dije, comprimo con la yema de mi dedo la region externa de mis ojos, veo luz, percibo una luz azulada y de forma casi circular, y esta luz no es objetiva; si aprieto durante un minuto mis ojos con las palmas de las manos, veo, pasados algunos segundos, una red de luz con ricos cambiantes que me producen la agradable y variada perspectiva de un kaleidóscopo, y sin embargo de no existir realmente aquellos objetos, de tener mis ojos cerrados y cubiertos con mis manos apretadas, he estado percibiendo luz; si, por último, coloco el conductor positivo de una pila galvánica sobre mi párpado superior cerrado y el negativo sobre mi nuca, percibiré en el ojo excitado un reguero de chispas y de ráfagas luminosas que tampoco existen y que solo yo he percibido. ¿Y qué ha pasado en mis ojos en todos estos casos? Qué ha pasado? En el primero, en el de sensaciones objetivas, que el foco de luz Sirio ha-

ciendo vibrar el éter, que la luna ó este papel reflejando los rayos etéreos puestos en movimiento por otras causas, me han hecho conocer su presencia, y los he sentido fuera de mí, en su situacion en el espacio; que en el segundo, el dedo comprimiendo un punto de mi globo ocular ha extremecido el éter en él existente, siendo la retina subjetivamente impresionada; que en el tercero, comprimido el ojo por mi mano, háse producido una congestion sanguínea, y las oleadas sanguíneas de los capilares han conmovido el éter con ellos en contacto y excitado mi retina; y finalmente, que por un procedimiento análogo he percibido la sensacion de luz subjetiva que en mí ha excitado la corriente eléctrica. Ya lo veis: ¡todo ha sido movimiento y nada más que movimiento!!

Vosotros sabeis que la luz que llamamos natural nos aparece blanca, y sin embargo está constituida por colores, de número y matiz determinado, que se nos revelan al aislarse, en un órden rigurosa é invariablemente definido. Este conjunto de colores, llamado espectro solar, que á cada paso admiramos ya en el agua que cae dividida desde un elevado y copioso surtidor, ya sobre el oscuro celage de la estrepitosa tormenta que se disipa, podemos á voluntad reproducirlo de un modo experimental, descomponiendo un rayo solar con el auxilio de un prisma. Bien analizado el espectro, vémosle compuesto por zonas sucesivas de los siguientes colores: rojo, naranjado, amarillo, verde, azul, añil y violeta; separadas estas zonas por rayas ó pequeñas fajas oscuras, conocidas en la Ciencia con el nombre de líneas de Fraunhofer su primer descriptor. Los antiguos Físicos ya conocieron que el espectro solar, ni principiaba exactamente en el rojo, ni terminaba precisamente en el violeta; pero creyendo erróneamente que el calor y la luz eran en toda su esencia cosas distintas, llamaron á los rayos *ultra-rojos*, invisibles por entónces, pero conocidos por su efecto termométrico, *rayos caloríficos*; y á los *ultra-violetas,* invisibles tambien por los medios con que en aquella época se conta-

ba, *rayos químicos*. Pero nada de esto es exacto: cada uno de los colores simples no es más que luz de diferente naturaleza, es decir, luz ó vibracion etérea cuyas ondulaciones tienen una longitud diferente y una duracion distinta, siendo al mismo tiempo refractada de una manera diversa por el mismo prisma. Cada una de estas maneras de luz simple, cada uno de estos modos de vibrar el éter, al llegar á nuestra retina y excitarla, nos produce una sensacion diversa que nosotros hemos bautizado y conocemos con nombres diversos tambien; pero en su esencia, en su naturaleza, no son más que movimiento vibratorio del éter; movimiento, que si obra sobre el termómetro ó sobre nuestra piel *es calor*, si modifica nuestra retina *es luz*, y que produce en nosotros sensaciones tan distintas como distinta es la contemplacion de una Vírgen de Murillo del efecto que en nosotros causa el calor de Sevilla en una tarde de verano, diferencia tan solo debida á la energía *especial* de nuestros sentidos.

Esta teoría de los colores que nos legó el ilustre Newton se conoce hoy, no de una manera vaga, nó, sino con todo el rigor del positivismo moderno; y Drobisch, por una medicion matemática, ha obtenido el siguiente cuadro de las longitudes de onda de cada uno de los colores, expresadas en millonésimas de milímetro:

Para el rojo..	688,1
naranjado.	622,
amarillo.	537,7
verde.	486,1
azul..	446,2
añil.	420,1
violeta.	379,8

Cruda guerra hizo á la teoría de Newton, Göthe, ayudado en la esfera de la Ciencia por Hegel, que veia en la teoría de Göthe un nuevo apoyo para su escala del desarrollo dialéctico del pensamiento, y entre los hombres de mundo por los idólatras de la Estética, que se resistian á comprender las abs-

tracciones matemáticas de una teoría física por el disgusto de convencerse de que *lo bello* de la luz y el colorido no era un objeto plástico, tangible. ¡Cómo si después de conocer en todo su rigor la teoría física de la luz, hubiese de parecernos ménos bello el rojo tulipan que decora nuestros jardines! ¡Cómo si la nocion de la verdad científica, hubiese de arrebatarnos la felicidad que sentimos al contemplar el limpio azul de los ojos del hijo querido que nos sonrie inocentemente desde su cuna!!

Hasta aquí, Señores, el estudio rápido de las sensaciones que acompañan á la vision; y, sin detenernos más, pasemos al exámen de las *percepciones visuales.* Esas mismas sensaciones que produce en nuestro aparato nervioso visual la excitacion de la luz, nos sirven para representarnos la existencia, la forma y la posicion de los objetos exteriores, cuyas *representaciones* no son otra cosa que las *percepciones visuales*. Como las percepciones de los objetos exteriores son representaciones, y estas el resultado exclusivo de la actividad *psíquica*, pudiera creerse á primera vista que voy á entrar de lleno en el terreno de la Psicología, pero nada de eso; me mantendré rigurosamente en el de la Fisiología, en primer lugar por que tengo en él vasto campo que recorrer en averiguacion de los medios de accion física y de excitacion fisiológica, que dan lugar á la formacion de tal ó cual representacion: y en segundo por que quiero mantenerme en los límites de una ciencia, que con criterio *positivo* pueda darme verdades que lleguen á ser universalmente reconocidas. Mi objeto es, pues, examinar los elementos de las sensaciones que dán lugar á las *idéas* ó representaciones formadas por nosotros con relacion á las percepciones recibidas; y si alguna vez, y como de paso, me ocupo en algunos fenómenos psíquicos y en sus leyes, lo haré solo en cuanto importan al esclarecimiento del mecanismo de la complicada funcion de que trato.

Ruégoos, Señores, que me admitais la siguiente regla ge-

neral, que no tengo espacio bastante para probaros con toda la evidencia con que existe en mi razon: «toda impresion que recibimos, es por nosotros referida á un objeto exterior situado en el campo visual en las condiciones normales para causarnos sensacion.» Lo dudais? decidme, pues, cuando os comprimís, como dije en uno de los ejemplos anteriores, en la region externa del ojo, ¿á dónde referís la sensacion de luz que habeis percibido? la referís al exterior, fuera de vosotros, y en línea recta opuesta al punto de compresion: y sin embargo, en aquel punto no existe el objeto que os impresiona! el objeto no se halla donde veis la luz! Lo dudais todavía? pues decidme, Señores, cuando el que fué amputado de una pierna, de un brazo, siente muchos años después dolores agudos en los dedos del miembro que le fué separado y que inhumados en la madre tierra son ya polvo con ella confundido, ¿por qué refiere los dolores que sufre á órganos que mucho ántes dejaron de existir? Es que la regla que he sentado abraza el modo de ser de todos los sentidos. Y aun cuando á esto se ha llamado ilusiones de los sentidos, no importa; esto no hace más que confirmar la regla, por cuanto el fenómeno intelectual en virtud del que referimos todas las excitaciones, vengan de donde vinieren, á causas normales, no es otra cosa que un *juicio por induccion*, juicio que podemos llamar *inconsciente*, por que el hábito de formarlo nos hace llegar inmediatamente y sin apercibirnos á *conclusiones* que parecen *intuitivas*; y hé aquí, Señores, lo que ha arrastrado á muchos partidarios de las idéas innatas, pero no quiero adelantar conceptos que podrian perder valor fuera de su lugar oportuno. Básteos por ahora saber que el campo de la Ciencia se halla dividido en dos bandos. Uno que cree que el orígen de todas las nociones *que nos vienen por los sentidos* es la experiencia, y estos son los mantenedores de la *teoría empírica*; y otros que, sin poder negar la influencia empírica en muchas nociones, hacen depender algunas otras elemen-

tales, que aparecen á la generalidad como sensaciones de un mismo valor, de una série de idéas innatas: y estos tremolan la bandera de la teoría *nativista*.

Para poder formarnos un criterio en medio de estas opiniones encontradas, permitidme que fije ántes con el posible rigor el significado de las siguientes palabras: *nocion, representacion*, *impresion*. Es la *nocion* el resultado de la percepcion de un objeto con todas las sensaciones que le son correspondientes: llámase *representacion* á la idéa ó imágen que nos formamos de un objeto ausente y conocido: y, finalmente, nómbrase *impresion* á la nocion que se adquiere por sólos los elementos que nacen de las sensaciones del momento. Un ejemplo nos aclarará estas definiciones y el modo como las concibo. Cuando en medio del dia entro en una habitacion que me es conocida recibo todas las sensaciones que los objetos en ella contenidos pueden producirme, y tengo *nocion* completa del cuarto aquel; si lo visito durante el crepúsculo recibiré la *impresion* de solo aquellos objetos que se hallan en condiciones de causarme sensacion, de los que reciben luz suficiente para excitar mis retinas; pero me formo la *representacion* de aquellos, que no sintiéndolos en aquel momento, me los representa, no obstante mi memoria por medio de una imágen.

Como nosotros no sabemos, por decirlo así, nada acerca de la naturaleza de las actividades psíquicas, y no conocemos de ellas más que una série de hechos; de aquí el que no podamos darnos una explicacion *positiva* de la produccion de las percepciones sensuales. La teoría empirista trata de demostrar que nosotros no empleamos en la produccion de estas representaciones otra fuerza que nuestras propias facultades intelectuales; y como, en el estudio de las Ciencias Naturales, es de un modo indudable conveniente no recurrir á hipótesis, mientras haya hechos positivos que basten á las explicaciones, y, en todo caso, no formarlas hasta que su necesidad se halle absolutamente demostrada, por eso abrazo

desde luego la doctrina empírica. La teoría nativista, por el contrario, basada sobre el dogmatismo, vá errante de hipótesis en hipótesis sin poder nunca fijar por este medio el verdadero valor de los hechos. Es más: esta teoría ha tenido que tomar varias formas, dotando al indivíduo de un número cada vez mayor de idéas innatas que la observacion rechaza. En su forma primitiva, se atribuye al sujeto nada ménos que el conocimiento innato de la forma de sus retinas y de la disposicion en ellas de las estremidades nerviosas. En otra forma más reciente, debida á Hering, se quiere hacer admitir delante de nosotros un espacio subjetivo, en el cual iríamos localizando todas nuestras sensaciones, segun no sé que cúmulo de idéas innatas; opinion que sobrepuja la de Kant, segun el cual seria originaria en nosotros solo la nocion de espacio, y no considera al modo de aquella, como innatas, nociones especiales en el mismo espacio. Si se quiere considerar esto por su lado lógico ¿qué criterio es, Señores, el que recurre á una hipótesis incompleta, que después de suponer nociones innatas gratuitas, tiene que apoyarse para su complemento en la experiencia? es decir, en los elementos de la doctrina empírica?

Las sensaciones que los objetos nos causan no son otra cosa que símbolos ó signos de circunstancias exteriores en relacion con la actividad funcional de cada uno de nuestros sentidos; y me descarto completamente de que exista ó no acuerdo perfecto entre las representaciones que nosotros nos hacemos de los objetos y su naturaleza misma. Esto supone una *armonía preestablecida*, que está tan poco probada, como la *identidad* que algunos suponen *de la naturaleza* y el *espíritu;* ó el considerar, como otros, á la naturaleza, como el *producto de la accion del espíritu*, del *espíritu universal*, del cual el alma humana no seria más que una emanacion. No, nuestras representaciones son simplemente *efectos*, que los objetos que vemos ejercen inmediatamente sobre nuestro sistema nervioso y mediatamente sobre nuestra con-

ciencia. Todo efecto depende necesariamente del objeto que obra como causa, y del objeto sobre que aquel ha obrado. Exigir á una representacion que reproduzca en toda su esencia la naturaleza del objeto, es pedirle el absurdo; para que no lo fuera, necesitaríase que la naturaleza del objeto excitante, la del sentido que se impresiona y la de la inteligencia que se lo representa fueran idénticos, y nada es ménos cierto que esto. La naturaleza del objeto le obliga á producir fenómenos tan variados como el peso, la forma, el sonido; el sentido de la vista tiene por accion, por actividad especial el sentir la luz, la forma, la posicion de los objetos; la inteligencia la de formar idéas generales, y con los materiales que las percepciones le suministran, no puede construir sino esas mismas idéas generales, que hace objetivas hasta cierto punto con el nombre de causas y de leyes. El mecanismo general, pues, de las percepciones visuales es el siguiente. El objeto, por medio del movimiento etéreo, es causa de la excitacion de la retina; ésta trasmite su impresion á la conciencia, que la recibe y se la representa como signo de hechos particulares, que elaborados convenientemente nos dán la nocion completa en determinada relacion.

Hasta aquí he tomado de un modo general y como en conjunto las percepciones visuales: tomadas en su estudio particular, se acusan más las diferencias entre las dos teorías dominantes.

Yo temo, Señores, abusar de vuestra benignidad; y renuncio al placer de entrar en el interesante estudio de detalle de cada una de las percepciones visuales, limitándome por tanto á su enumeracion. Entre las que más llaman el interés del fisiólogo, está en primer lugar la percepcion simple de un objeto siendo dos los ojos, y dos por lo tanto, las imágenes de aquél que nos impresionan; y en segundo, la percepcion directa de la imágen invertida, en cuya posicion, como recordareis, se pinta en la retina. ¡Cuán pobre se manifiesta, Señores, en la explicacion de estos fenómenos la

teoría nativista! Para el primero, inventa la de los *puntos idénticos ó correspondientes* entre las dos retinas, y olvida que sin puntos idénticos, sin fusion de los nervios de ambos lados, nosotros, á pesar de tener dos oidos, no percibimos más que un sonido cuando es uno solo el que se produce! Respecto al segundo hecho, crea, de la manera más gratuita una disposicion anatómica de las fibras nerviosas transmisoras de las impresiones, segun la cual, al llegar al cerebro, restablecerian la posicion directa de la imágen invertida en la retina por las condiciones ópticas de los humores del ojo.

El conocimiento de la vision estereoscópica, en cuya teoría se funda el gran descubrimiento de Wheatstone, el estereoscopio, ese juguete óptico tan en boga hoy en la sociedad, tan transcendental para la ciencia, acaba con la teoría de los puntos idénticos. Estos no existen: en la vision binocular cada uno de los ojos vé una parte distinta de un mismo objeto. Colocad una mano de canto en la línea media de vuestros ojos á un pié de distancia, mirad alternativamente la mano con cada uno de ellos, y os convencereis de que el derecho vé un poco más de su cara derecha y el izquierdo un poco más de su cara izquierda; esta vision desigual, en cuya explicacion no puedo entrar en este momento, es la vision estereoscópica. Ella prueba, al mismo tiempo que el mecanismo de la percepcion de la tercera dimension, la inexactitud de la doctrina de los puntos idénticos. Las sensaciones que experimenta la retina son otros tantos signos transmitidos á la inteligencia, con los que esta elabora las idéas: la inteligencia no conoce la imágen invertida del objeto pintada en la retina: conoce, sí, que el objeto, cuyos son los signos que ha recibido por la excitacion de la retina, se halla situado en el espacio, *en posicion derecha*, y en las condiciones que el ejercicio del tacto y otros medios de comprobacion le han ido prácticamente enseñando. Cuando uno se coloca delante de un espejo, y empuña un objeto cualquiera con su

mano derecha, si se fija en los movimientos que ejecuta su imágen en el espejo, verá que la mano que en esta se mueve es la izquierda, ¿se equivocará sin embargo en sus movimientos no mirando á su cuerpo y guiándolos solo por los de su imágen? Nó, por que la experiencia le tiene enseñado á qué debe atenerse. Nosotros los que trabajamos con el microscopio, cuando practicamos disecciones sin habernos provisto del aparato especial que dá á los objetos la posicion que les atribuimos ordinariamente, nos equivocamos en las percepciones de arriba y abajo, de derecha y de izquierda; pero un poco de experiencia nos hace hábiles y diestros, y olvidamos la posicion inversa del objeto.

Tambien es infeliz la teoría nativista en su modo de explicar la percepcion de la profundidad ó tercera dimension; pero no quiero malgastar el tiempo precioso que debo á vuestra benevolencia, en ataques, que, ya innecesarios, serian hasta poco generosos. Os he explicado hace poco el mecanismo de las sensaciones que ofrece la vision binocular, voy á deciros el que conduce á la formacion de la percepcion del *relieve:* pero ántes me es indispensable citar dos experimentos. 1.º En medio de la oscuridad más completa, situad en posicion conveniente ante vuestros ojos una imágen estereoscópica colocada en un instrumento construido con perfeccion; si en tal caso producís la chispa eléctrica, á su luz obtendreis la percepcion de relieve, y cuenta, Señores, que la luz de la chispa eléctrica no dura más que las cuatro milésimas partes de un segundo. Es el otro experimento la produccion del *lustre* ó *brillo estereoscópico*. Constrúyase una vista de este género que represente v. gr. la superficie de un lago, y ejecútese una de las dos imágenes en blanco sobre papel negro, y la otra en negro sobre papel blanco; colocada esta produccion en el estereoscópio dará á la superficie del agua un brillo que compite con el natural, siendo completa la ilusion, y este brillo se percibe igualmente á la luz de la chispa eléctrica. De las consecuencias que pueden surgir de estos experimentos se

deduce, que nosotros recibimos dos sensaciones distintas; que estas sensaciones no se fusionan en el *chiasma* de los nervios ópticos, como pretenden ciertas teorías, sino que llegan *simultánea* y *distintamente* al cerebro, el cual dá el valor debido á los signos locales que se le ofrecen, y forma por la accion de la inteligencia su nocion. En cuanto al valor de la luz eléctrica en la produccion del fenómeno es absoluto para destruir la opinion de los que, como Brüke, pretenden que, en la produccion de la nocion de profundidad, intervienen los movimientos musculares del ojo: si así fuera ¿cómo habia de obtenerse el relieve con la rapidez de la luz eléctrica? ¿qué movimiento muscular es perceptible en las cuatro milésimas partes de un segundo?

Pasemos en último término á examinar rápidamente las percepciones de *direccion* y de *distancia*. No os entretendré con la explicacion del mecanismo de la primera de estas percepciones: conocido os es ya el criterio empírico, y como las experiencias abundan en su apoyo os describiré un experimento, que os probará de la manera más sencilla, la parte que en la formacion de nuestras nociones toma la experiencia sacada de otros sentidos, especialmente del tacto. Cierro un ojo, y delante del otro coloco un fuerte lente prismático con la base á la izquierda, teniendo cuidado de que mis manos no aparezcan en la escena; si entónces cierro el ojo que dejé abierto, y con el cual reconocí á través del prisma la situacion del objeto, y trato de apoderarme de este con mi mano siguiendo la direccion que con mi vista percibí, no lo consigo, por que mi mano pasa en cuantas tentativas ejecuto á la derecha del objeto, por cuanto hácia este lado me dislocó el prisma la imágen de aquel: pero si reconozco con el tacto la verdadera situacion del objeto indicado, en tal caso caeré sobre él con seguridad cuantas veces lo intente, enseñado ya por la experiencia que el tacto me suministra.

Mucho podria decir acerca de la percepcion y la estima-

cion de las distancias, percepcion que se adquiere por el conocimiento que recibe nuestra conciencia del grado de convergencia que damos á nuestros ojos para distancias determinadas, del mismo modo que el conocimiento que adquirimos del esfuerzo muscular practicado con nuestros ojos, cuando los dirigimos hácia algun objeto, nos dá la nocion de direccion. Pero una consideracion sola me bastará para dejar sentado el orígen empírico de la percepcion de las distancias: en el seno de esta Academia hay entendidos Artilleros de nuestro Ejército, preguntadles por el instrumento que llaman Estadía; ellos os dirán que con este instrumento se estiman con exactitud las distancias, y que la larga experiencia de su uso, juntamente con el conocimiento de las modificaciones que sufren los colores segun las distancias, lo que en el arte de la Pintura se denomina perspectiva aérea, dá al sentido de la vista signos bastantes para suministrar á la inteligencia nociones perfectas de la distancia.

Aquí, Señores, doy punto al que elegí como tema de este Discurso. Él os habrá enseñado qué adelantos tan grandes, tan transcendentales debemos hoy á los estudios biológicos; y que sus brillantes, sus sorprendentes progresos, á la inextinguible sed de Ciencia que devora nuestros espíritus sólo comparables, son el resultado legítimo y exclusivo del método positivista, cuya bandera izó leal y resueltamente en su brillante Discurso de Recepcion el distinguido Académico Sr. D. Federico Amores. En vano los nativistas de todos los tiempos y matices pretenderán con sus teorías y sistemas de gabinete oscurecer una sola de las glorias alcanzadas por la doctrina positivista. En vano intentarán arrancar un solo secreto á la Naturaleza; ellos que en lugar de interrogarla sin pasion por sus hechos, por sus leyes, quieren imponerla códigos nacidos de su imaginacion ó de sus preocupaciones; inventando, para perderse después en él, un dédalo de idéas innatas y de armonías preestablecidas! Ellos, que en lugar de presentarnos á la Naturaleza con la magestuosa pómpa de su sencillez, con toda

la mágia de su rústica poesía, despojan, al arte de su belleza, á la ciencia de su verdad, haciendo de cada fenómeno un misterio, de cada ley un logogrifo. Las Ciencias Naturales, las Ciencias de Observacion no usurpan ni plagian su método á la Ciencia de Dios y del Espíritu. Tyndall y el P. Sechi no buscan sino por la experimentacion, debidamente razonada, la unidad de las fuerzas físicas.

Y al terminar, Señores, sólo os ruego que no miréis el desaliño, la falta de galas literarias, los defectos de forma de que sin duda adolece mi discurso; la falta de hábito y el tener mi actividad entera entregada á las Ciencias prácticas me alejan de las bellezas de la Estética; y para más inclinaros á la benevolencia os citaré unos versos de Schiller sobre la Ciencia: «Aquel que ambicione los favores de la deidad, que no busque en ella la belleza de la muger.»

HE DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

DON JOAQUIN DE PALACIOS Y RODRIGUEZ,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESTACION

AL DEL SR. CHIRALT.

SEÑORES:

Si al confiarme el honorífico encargo, que intento desempeñar en esta solemnidad académica, hubiérais considerado imparcial y justamente mi insuficiencia para hacerlo, cual corresponde al alto renombre de esta ilustre Corporacion, no habríais de seguro puesto los ojos en mí, cuando hay tantos beneméritos compañeros más dignos de ocupar este lugar: me mirásteis solo con los de la amistad y el afecto; y es demasiado notorio, que estos tienen la propiedad de ver abultadas las buenas cualidades, y disminuidas las desfavorables, equivocando á veces nuestro juicio acerca de las personas con quienes nos unen tan dulces lazos; á esto debo ciertamente, más que á méritos, de que carezco, la distincion de representaros en este acto, haciendo los honores de la recepcion al nuevo compañero, que viene á compartir nuestras tareas. Bien sé que no debiera de haber aceptado tan delicada comision; pero me habeis favorecido en otras ocasiones con tan cortés benevolencia, que seria un ingrato, si no os obedeciera hoy, siquiera como demostracion de los sentimientos

que ha engendrado en mi alma vuestra bondadosa deferencia; ella me anima á esperar que me la continuareis otorgando; y sin duda os daré ocasion para ello, pues, por más que mi voluntad haga esfuerzos heróicos, que de algun modo justifiquen vuestra eleccion en mi favor, dudo mucho de mí y temo con sobrada razon no conseguirlo, por vosotros principalmente. Dispensadme, pues, vuestra ilustrada atencion un pequeño rato, que no olvido el *esto brevis* de Horacio; á lo menos que tenga una buena cualidad mi modesto trabajo.

Acabais de oir, Señores, el elocuente discurso que ha pronunciado el nuevo Académico; en vuestro nombre tengo el gusto de felicitarle por él, y de darle la bienvenida; sí, estimado comprofesor y amigo; vuestras laboriosas tareas en la especialidad de la Ciencia de curar, á que habeis dedicado vuestros estudios, reveladas ya en otros trabajos, que han visto la luz pública, han recibido su confirmacion en este momento, y yo me felicito de ser intérprete de la complacencia con que habeis sido escuchado.

Os propusísteis tratar *de la Luz en sus relaciones con la vision,* y claro es, que esta proposicion tiene dos partes bien distintas; la primera debe de ocuparse de la luz, su origen y formacion, leyes de su transmision y propagacion &c.: habeis adoptado para esplicar su naturaleza la hipótesis de las undulaciones, sostenida por Descartes, Grimaldi, Young, Fresnel, Huyghens, Eulero, Malus, Ganot, Drion, Fernet y otros, y recibida hoy en la ciencia, como la más conveniente para hacer comprender los fenómenos producidos por la luz y el calor; y os habeis desentendido de la teoría de la emision, que apoyaron Newton, Lavoisier, Laplace, Gay-Lussac y otros ilustres sábios. En esta se supone la existencia de fluidos imponderables é incoercibles, como causa agente de los indicados fenómenos; en aquella se admite como existente una sustancia tenuísima llamada éter, por más que sea igualmente supuesta, cuyas undulaciones ó movimientos se consideran inherentes á la materia, y sirven para explicar los hechos de-

terminados por la luz y el calor; las alteraciones de este movimiento, el cambio de naturaleza, la diversa rapidez con que se ejecutan, y otras alteraciones ó diferencias en sus caractéres y forma, constituyen la luz, la electricidad, el calor y el magnetismo; de suerte que todos los fenómenos físicos se resuelven por esta fórmula primitiva: *transformacion de movimiento*; hé aquí la teoría que aceptais.

Esta manera de considerarlos ha hecho renacer y adquirir muchos grados de probabilidad á la idea, ya indicada anteriormente, de la correlacion y unidad de las fuerzas físicas, sostenida y desenvuelta hoy por Grove, Tindall, el P. Sechi, Laugel, Saigey y el abate Moigno, &c., en varias obras célebres; expuesta en esta misma Corporacion por uno de sus ilustrados Indivíduos, citada oportunamente en vuestra memoria, y que hace años vengo indicando en mis lecciones, ya de Fisiología y Anatomía general, ya de Geografía Astronómica, extendiendo la idéa de la unidad de causa hasta comprender dentro de ella el agente de la inervacion, fluido nervioso de los autores clásicos de Fisiología. Encontraba yo tantas analogías y tal comunidad de efectos entre los fenómenos producidos por los entónces llamados Fluidos Imponderables, que no acertaba á comprender la necesidad de suponer una causa diversa para cada grupo de ellos; me parecia mucho más sencillo admitir la existencia de una sola, explicando sus variadas manifestaciones por influencias secundarias: y como uno de los caractéres de la Sabiduría infinita es la variedad en la unidad, como tipo de la Belleza absoluta, me consideraba autorizado para opinar, que la teoría en que apareciera sostenida la unidad de la causa á pesar de la multiplicidad de los efectos, habia de ser la más aproximada á la verdad y la más conforme á las leyes con que gobierna el mundo la Omnisciencia de su Creador.

Está muy distante de mi objeto el hacer ahora una esposicion de los razonamientos que me inspiraron tales opiniones, sustentadas hoy por sábios tan respetables; pero no puedo

omitir, que los recientes descubrimientos hechos en la Física celeste, han de contribuir eficazmente á confirmarlas, asi como á robustecer la teoría de las undulaciones, que tan ventajosamente sirve para la esplicacion de los fenómenos del Universo.

Continua la disertacion que habeis oido, explicando la vision con la lucidez y claridad que corresponde á la reputacion justa de su autor; pero yo no le seguiré por este camino; es mi objeto distinto en este momento: supuesto que la luz es el agente de la vision, no es ciertamente la luz considerada de una manera general y en abstracto; no es la luz que crió Dios en el primer período, cuando dijo aquellas sublimes palabras del Génesis: *hágase la luz, y la luz fué hecha*, por más que ella sea la primitiva y verdadera; sino la luz proyectada por esa inmensa cantidad de materia cósmica concentrada en el astro llamado Sol, en el cual hay acumulada la potencia luminosa casi total de la nebulosa que le dió orígen por su condensacion en época muy posterior á la primera; el Génesis la coloca en la cuarta edad ó periodo, así como la formacion de los demás astros esparcidos por el insondable espacio ilimitado para nuestra vista y conocido solamente por el Supremo Hacedor.

Esa luz que procede del Sol, centro y agente principal de nuestro sistema planetario, puede estudiarse tal como se nos presenta (luz blanca) sin descomponerla en sus rayos especiales, y así sirve de elemento principal de la vision, como habeis escuchado; pero tambien puede serlo dispersada por el prisma en el espectro, y deducir de ello fecundas consideraciones acerca de la naturaleza del Sol mismo. Ved aquí, Señores, á donde dirigiremos nuestros pasos en la brevísima excursion á que me dispensais el honor de acompañarme, y en la que haré cuanto sepa, para que no os parezca dilatado el camino: para ello, bosquejaré primeramente un estudio analítico del espectro solar y del producido por luces artificiales; y después expondré algunas consideraciones acerca de

la estructura física ó naturaleza del Sol, deducidas de aquel estudio y de otras curiosísimas indagaciones.

Al desenvolver brevemente este interesante pensamiento, no lo adornaré con las delicadas y exquisitas flores, que se encuentran á cada paso en el vergel literario de que sois dueños: extraño á esos movimientos apasionados del alma que caracterizan el genio, y producen rasgos admirables de fascinadora y brillante elocuencia, no puedo elevarme á tan envidiable altura; ni mi asunto se presta en mis manos á ser tratado en estilo metafórico y sublime: os ruego, pues, que no espereis más de lo que puedo dar, que no es mucho por cierto, y os evitareis un desengaño que nadie sentiria más que yo.

Sabeis, Señores, lo que constituye el espectro solar, cuáles son sus rayos ó colores visibles que Newton dió á conocer, y los invisibles, caloríficos y químicos, cuya existencia y propiedades han puesto fuera de duda los trabajos de Leslie, Herschel, Seebeck, Melloni, Tindall, Stokes, Becquerel y otros sábios: pero además de esto, hay que estudiar en el espectro las bandas oscuras transversales y estrechas que interrumpen la continuidad de aquellos colores; Wollaston las observó en 1802, y Fraünhofer las estudió, describió y dibujó en 1815, designando las principales por ciertas letras del alfabeto, cuyo trabajo fué y es tan importante, que todavia se conocen en la ciencia con el nombre de este célebre óptico de Munich. Estas fajas, aunque se denominan rayas, están compuestas de muchas de ellas; y en el espectro producido por el método de Newton, tienen siempre una posicion fija é invariable. Su número es muy crecido, por más que las fundamentales ó sean las más aparentes séan diez; pero Fraünhofer ha visto 600, Brewster 2000, y Kirckhoff ha contado algunas más, y ha determinado con más exactitud la posicion de las que eran ya conocidas: entre las ménos perceptibles hay algunas que se atribuyen á la absorcion de la luz por la atmósfera terrestre, tanto más intensas, cuanto más se aproxima el Sol

al horizonte, y se llaman rayas atmosféricas ó telúricas. Segun ha demostrado Janssen, se las vé aparecer en el espectro de las luces artificiales, haciéndolas atravesar una capa suficientemente espesa de vapor de agua; por consiguiente, la cantidad de este vapor que contiene la atmósfera debe de ejercer una gran influencia en la produccion de estas rayas especiales.

La aparicion de las de Fraünhofer demuestra, que en la luz compleja emitida por el Sol no existe continuidad perfecta en la refrangibilidad de los rayos que la constituyen, faltando muchos rayos simples, cuyo grado de refrangibilidad podria determinarse por el lugar que cada uno ocuparia en el espectro si fuera contínuo.

Posteriormente se han emprendido serios y variados estudios sobre el mismo por Becquerel, Draper, Stokes, Wheatsthone, Foucault, Masson, Bunsen, el P. Sechi y otros muchos ilustres observadores; se han perfeccionado los instrumentos, y entre ellos se ha inventado el ingeniosísimo que se denomina espectróscopo, cuya descripcion es imposible de hacer en este momento; pero no dejaré de advertir que MM. Dubosq y Grandeau modificaron el que habian adoptádo Kirckhoff y Bunsen en 1860, y que no son exactamente iguales los que se usan para estudiar el espectro solar, y el de las estrellas ú otros cuerpos celestes, como expresa el citado P. Sechi en tres Memorias acerca de los espectros prismáticos de los cuerpos celestes publicadas en 1868, 69 y 70. De la multitud de experimentos que han ejecutado con una perseverancia y una delicadeza admirables, han deducido y aparecen demostrados los hechos siguientes, de tan elevado interés para la Ciencia.

Los cuerpos opacos de nuestro sistema planetario reflejan la luz del Sol; su espectro, pues, debia de ser idéntico al que este presenta, y así es en efecto; se ven en él las mismas rayas. Lo contrario sucede con el de las estrellas fijas, que tienen luz propia, y ofrecen rayas oscuras distribuidas

diferentemente, que las del espectro solar, y hasta diversas entre las varias estrellas que han podido ser observadas, como habia ya sospechado Fraünhofer, y describe minuciosamente el P. Sechi en las Memorias citadas.

Llevando sus investigaciones á otro terreno, los celébres físicos que he nombrado, han sometido las luces artificiales al análisis espectroscópico, y sus resultados son tan curiosos y de tan profundo interés para la Ciencia, que abren la puerta á una série de consideraciones y de idéas completamente nuevas: ved aquí los principales.

Los cuerpos sólidos ó líquidos llevados hasta la incandescencia dan siempre orígen á un espectro *contínuo*, sin rayas ó intérvalos oscuros, mientras los gaseosos lo presentan *discontínuo* formado por líneas brillantes, separadas por espacios ó intersecciones oscuras de bastante extension: estas líneas brillantes tienen un color y una posicion características para cada gás, en el supuesto de que sean perfectamente puros los que sirvan para el experimento, pues si tienen partículas sólidas en suspension, como la llama de una bugía, cuya propiedad iluminadora depende de las partículas de carbon que la combustion deja escapar en libertad, dan espectro continuo, por más que la intensidad con que se marca sea desigual.

Es un hecho comprobado en todos los trabajos de esta índole, que, calentando progresivamente todos los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos, para ponerlos en estado incandescente, vá formándose el espectro luminoso de una manera progresiva tambien, apareciendo primero los rayos caloríficos oscuros, que son los ménos refrangibles, y sucesivamente los luminosos rojo, anaranjado, amarillo, etc.; hasta que, á una temperatura superior á la en que presentan completo el espectro visible, tiene lugar la aparicion de los rayos químicos, que son los dotados de mayor refrangibilidad.

La luz del arco voltáico, que Davy observó por vez primera, y cualquiera luz eléctrica, sometida á la accion del es-

pectróscopo, ha dado siempre el mismo producto; bandas muy brillantes, variables segun la naturaleza de los cuerpos, que forman los dos electrodes, y características de estos cuerpos.

En 1822 hizo notar el famoso Juan Herschel, que las sustancias volatilizadas en medio de una llama, proporcionan una manera de reconocer la presencia de tal ó cual cuerpo, por la diferente coloracion, que determinan en las rayas del espectro. Tan interesante fenómeno ha sido sometido á prolijas indagaciones y comprobado con repeticion por muchos de los sábios que he citado, y muy especialmente por Kirchhoff y Bunsen en 1860, y hoy está evidentemente demostrado, que todas las sales de un mismo metal, introducidas en la llama, producen constantemente rayas idénticas por su color y posicion; que cada metal tiene las suyas características; y que basta una pequeñísima cantidad para hacer constar la presencia de cualquiera de ellos: tal seguridad hay en estas aseveraciones y en los hechos que las sirven de base, que se halla establecido un nuevo método de análisis llamado espectral, cuyos resultados son curiosísimos. Permitidme, Sres., que esponga á vuestra ilustrada consideracion algunos de ellos, y quedarán demostradas las notables diferencias que existen en los espectros producidos por diversos cuerpos reducidos al estado gaseoso ó de vapores incandescentes.

Si se alimenta la llama producida por el gás del alumbrado por medio de una corriente de oxígeno ó de aire, hasta quemar todo el carbon y hacerla casi invisible, y se introducen en ella pequeños trozos de sales de distintos metales, forman espectros especiales en el espectróscopo. Las sales de sodio se caracterizan por una raya amarilla muy brillante, correspondiente á la designada con D. por Fraünhofer, en un espectro oscuro, que no señala ningun otro color de los del solar. Las sales de Potasio dan un espectro casi igual al solar, y además dos rayas rojas brillantes, una en el lugar de la A del citado Fraünhofer, y otra cerca del de la

H. Las sales de estroncio se distinguen por dos rayas rojas y anaranjadas, y una azul: las de lithio por una roja y otra amarilla, diferente de la del sodio. El cesio y el rubidio, metales descubiertos recientemente por Kirschhoff y Bunsen, por haber encontrado en sus estudios espectrales rayas, que no correspondian á ningun metal conocido, se hacen notar por dos azules el primero, y por dos rojas muy brillantes y dos violadas ménos intensas el segundo. El talio, señalado últimamente en Inglaterra por Mr. Crookes, y aislado en Francia por Lamy, presenta una raya verde especial. Y, por último, el indio, que acaban de descubrir Reich y Richter por el mismo procedimiento de análisis espectral, se caracteriza por una raya color de añil.

El indicado procedimiento se aplica perfectamente á los metales alcalinos: los de las demás secciones necesitan para volatilizarse, de una temperatura mucho más elevada que la producida por la lámpara de Bunsen, y hay que recurrir á la chispa eléctrica ó al arco voltáico para evaporarlos: entónces se obtienen espectros perfectamente caracterizados, pero de más difícil estudio, pues presentan una multitud de rayas que hacen muy complicado el trabajo de distinguir los metales entre sí: el hierro, por ejemplo, presenta 50 rayas brillantes, y otros un número parecido.

En el curso de los experimentos practicados por Kirchhoff ha obtenido constantes resultados que sirven de fundamento á una teoría, á beneficio de la cual se ha analizado la atmósfera solar: ved aquí los dos principales:

1.° La llama del alcohol combinado con el hidroclorato de sodio, y en general con todas las sales de esta base, produce una luz, cuyo espectro se reduce á una raya doble amarilla brillante, que ocupa, vista por el espectróscopo, exactamente el lugar de la doble raya oscura denotada por Fraünhofer con la letra D.

2.° Si se estudia en el referido aparato un haz de luz emitida por un sólido que se haya elevado á una tempera-

tura bastante alta, como los carbones que sirven para trasmitir la corriente del arco voltáico, se observa un espectro muy brillante y absolutamente contínuo; pero si se coloca en el trayecto que recorre este haz luminoso la llama de alcohol con la sal de sodio, se vé aparecer en el espectro la doble raya oscura del solar, que corresponde justamente á la letra D.

Se deduce de estos dos experimentos, que la llama que contiene el cloruro de sodio, á la vez, que la propiedad de *emitir* rayos amarillos, posée la de *absorver* la luz amarilla producida por una fuente luminosa más intensa, sin absorver los otros colores que contenga esta luz. Y esto no es una propiedad esclusiva de las sales de sosa; la presentan todas las demás de otras bases metálicas, cada cual con relacion á su carácter espectral: de lo cual se deduce el siguiente principio ó teorema: existe proporcion entre el poder emisivo y el absorvente de un cuerpo para rayos luminosos de especie determinada, cuyo principio está tambien admitido respecto á el calor. Así es, que si la llama del alcohol con cloruro de sodio á la temperatura de su combustion presenta un espectro con la doble raya amarilla, esta llama no tiene poder emisivo á dicha temperatura más que para rayos amarillos; pero debe de tener un poder absorvente considerable para las irradiaciones amarillas emanadas de otra fuente luminosa de mayor intensidad, y nulo para las de otra especie de colores.

Ahora bien, Señores: estudiando cuidadosamente las rayas oscuras del espectro solar y comparándolas con las brillantes determinadas por cuerpos conocidos, si resultan coincidencias exactas, podrá concluirse rigurosamente la presencia de estos cuerpos en la atmósfera solar, y de aquí la posibilidad de analizarla, como ha demostrado Kirchhoff, y han comprobado y realizado otros ilustres sábios. No os molestaré con lós detalles minuciosos de los experimentos, cálculos é indagaciones, que para ello han emprendido, ni es

posible exponerlos en este pequeño trabajo; basta con haber enunciado los fundamentos científicos que sirven de base á sus deducciones, y solo indicaré una de ellas, para comprobar su exactitud. La doble raya oscura del espectro solar señalada con la letra D, corresponde á la doble amarilla del sodio: este metal en estado de vapor incandescente tiene poder de absorver los rayos amarillos producidos por una fuente luminosa más intensa que la que se necesita para evaporarle: no puede desconocerse que el Sol es para nosotros la fuente más intensa de luz y que emite rayos amarillos; luego el Sodio debe de existir en la atmósfera solar en estado de vapor, y así absorve luz amarilla, rompiendo su continuidad, y dá orígen á la doble raya oscura de la letra D, que se manifiesta en el espectro solar. Es un razonamiento lógico y riguroso que no admite duda, y que se hace de la misma manera para los demás metales: por consiguiente, paso, si continuais honrándome con vuestra benévola atencion, á tratar con brevedad del Sol, fuente principal de luz para nuestro planeta.

El Sol, pues, es un inmenso globo inflamado, no solo en su superficie, sino en toda su masa; las opiniones contrarias á esta, y en particular la que sostenia, que en su centro ó núcleo es oscuro y frio, ó sea que carece de calor y luz, encontrándose estas propiedades sólo en la atmósfera solar, son insostenibles hoy ante los progresos de la Ciencia. Su temperatura no puede calcularse más que por aproximacion; pero se juzga, que no seria menor de 10 millones de grados centígrados la que experimentaria un cuerpo sólido expuesto á su influencia en la superficie del mismo, por más que los gases transparentes que constituyen su atmósfera, sean ménos cálidos en su parte externa.

El orígen de esta elevadísima temperatura no es hoy un misterio, dada la teoría mecánica del calor que se sigue por los físicos; es una consecuencia necesaria de la gran ley de la gravedad, combinada con la continuacion del trabajo ó

movimiento y de la fuerza misma; y esta temperatura, aunque sea enorme, no es más que una parte de la que debió desenvolverse, cuando la masa solar pasó del estado tenuísimo de nebulosa, á una condensacion próxima á la actual: cualquiera que aquella fuese primitivamente debió de resultar elevadísima por el solo hecho de la condensacion, y de la caida de la parte periférica hácia el primer centro de mayor densidad que formó el núcleo del astro. La masa solar á la altísima temperatura que experimenta, ha de encontrarse en estado de disociacion ó disgregacion tal, que sean imposibles muchas combinaciones químicas; y este estado gaseoso, superior á lo que conocemos aquí en la tierra, en donde estudiamos los gases á una temperatura infinitamente inferior á la del Sol, solo debe entenderse así en el estricto sentido que la Ciencia dá á esta palabra, ó sea aquel en que las moléculas están de tal manera libres que la fuerza repulsiva del calor supera á la atraccion molecular.

Tal estado no exige un grado de densidad especial; puede existir un gás densísimo y sin embargo ser verdadero gás. Segun Hirn ha deducido teóricamente, y el inglés Andrews ha demostrado con sus experimentos sobre el ácido carbónico, los estados líquido y gaseoso son continuos, y se pasa del uno al otro por grados insensibles, y no de pronto como se crée comunmente; así es, que á la temperatura elevadísima del Sol pueden tener sus moléculas tal repulsion, que sobrepuje á la fuerza atractiva, y no obstante estar dotado de una gran densidad que realmente el Sol no tiene, pues que el término medio de ella no es más que la mitad superior á la del agua destilada, á pesar de la fuerte presion á que ha de encontrarse sometida la materia en el centro del astro, que apenas la imaginacion puede concebir.

Aunque se considere que la parte central del Sol no sea gaseosa, y no se quiera sostener en absoluto la opinion que he indicado, no puede negarse que lo sea la mayoría del

globo solar, y en particular la parte superficial que es la que podemos estudiar por nuestros medios de exploracion. Esta cubierta ó atmósfera solar, (chromoesfera) está formada indudablemente de cuerpos en verdadero estado gaseoso, y entre ellos hay vapores metálicos, segun los análisis espectrales, pues aparecen en ellas carácteres fijos para demostrar la existencia del hierro, el sodio, el calcio, el titanio, el magnesio, el estroncio, el bario y el hidrógeno, entre otros ménos marcados; mezclados estos vapores unos con otros forman una extensa atmósfera alrededor del globo solar, que es la que se vé bajo la forma luminosa de corona ó aureola en los eclipses totales de Sol, y de la cual se obtuvo por vez primera una imágen fotográfica durante el eclipse de 1860, por Mr. de la Rue en Ribabellosa, y por el P. Sechi en el Desierto de las Palmas: las observaciones que entónces se hicieron han sido confirmadas en el eclipse de 7 de Agosto de 1869, por los astrónomos del colegio Haward, en Cambridge (Estados-Unidos); y de ellas resulta, que la atmósfera solar es más abultada hácia las regiones ecuatoriales y de las manchas, que hácia las polares: veremos si en el ocurrido el 22 de Diciembre del año que acaba de terminar, se comprueban estos y otros resultados obtenidos anteriormente, como es racional que suceda.

Sabemos hoy, que el hidrógeno forma una capa ó cubierta general alrededor del globo solar; y segun ha observado el astrónomo Respighi, presenta unos picos altísimos (protuberancias del Sol) que medirán aproximadamente diez diámetros terrestres ó sean de 22 á 23,000 leguas astronómicas. Estos inmensos picos no son formados solamente por el hidrógeno, sino que está asociado á otros metales, en particular al hierro, el magnesio, el sodio y quizás el lithio, segun han comprobado el P. Sechi y Lockyer: la columna de vapores producida por estos metales, como más densos, está colocada por bajo del hidrógeno, que es ligerísimo, y que segun los excelentes trabajos de Graham, es tambien un verdadero metal.



El Sol, pues, ilustre Academia, debe de considerarse como un globo, cuya parte externa, habitualmente invisible por la excesiva luz de la fotoesfera, está formada por una atmósfera gaseosa semejante á la nuestra, por más que los materiales que la constituyen sean diversos: en la nuestra el oxígeno, el azoe y el vapor de agua; en aquella el hidrógeno y los vapores metálicos que he indicado: y aunque no falten en ella los gases simples y elementales de la terrestre, es demasiado difícil demostrar su presencia, que algunos datos obtenidos por el P. Sechi hacen sospechar con fundamento.

La indudable existencia de esta atmósfera solar, dá el fundamento para conocer la estructura de la capa luminosa, que constituye propiamente el Sol, ó sea la parte visible que señala el límite de las dimensiones del astro, que es lo que se llama fotoesfera. La naturaleza de esta capa luminosa, (dentro de la cual está el núcleo solar), ha sido un misterio por muchos siglos: no podia creerse sólida, porque se veian en ella movimientos rapidísimos y en gran escala, incompatibles con aquella condicion: se la supuso líquida; pero tal hipótesis fué abandonada desde el momento en que Wilson demostró, que se notaban en ella grandes cavidades, las cuales persistian dias y meses, formando lo que llamamos manchas; y esto sería imposible, si la masa fuera líquida ó fluida, pues la movilidad de la materia las desharia con rapidez. Wilson mismo propuso otra hipótesis ingeniosa, consistente en admitir, que la materia luminosa solar no estuviera sólida ni líquida, sino en el estado que tienen para nosotros las nubes, es decir, en el de un vapor condensado y suspendido en un gás invisible y trasparente: esta explicacion adoptada por Herschel no se apoyaba en demostraciones evidentes, y el mismo autor la presentaba con poca seguridad, cuando decia que las penumbras ó bordes elevados de las manchas estaban constituidas por la misma materia luminosa, que formaba en declive la orla ó límite de las cavidades: pero lo que por defecto de los instrumentos no

fué demostrado entónces, lo ha sido despues, por haberse estos perfeccionado. Las penumbras no se forman por una capa de materia luminosa contínua, como pareció á Wilson, sino de una red densa é indefinible de tegidos transparentes y de filamentos luminosos, bajo los cuales resplandece una multitud de pequeñas masas de luz (fáculas) que á manera de copos ligeros corren rapidísimamente desde la circunferencia de la mancha hácia su centro ó núcleo, atravesándolo á veces y dividiéndolo en dos partes.

Esta materia se asemeja por su forma á esas acumulaciones desordenadas de vapor, que vemos aparecer en nuestra misma atmósfera; y por la continuacion de estas corrientes hácia el centro parece, que las manchas deberian deshacerse en poco tiempo, siendo así que permanecen durante una rotacion entera del Sol, y áun más; lo cual procede, de que esos copos de materia que llegan al centro de la mancha se disuelven y desaparecen, segun ha observado el P. Sechi, es decir, que pasan del estado sólido ó líquido á el gaseoso, como nuestras nubes, cuando se encuentran en contacto con una temperatura más elevada, que se van enrareciendo y se hacen invisibles, sin que por ello se extinga la sustancia que las compone; y esto que en la tierra está demostrado, es hoy demostrable igualmente respecto al Sol por medio del espectróscopo.

En efecto, Señores; examinando las manchas solares con este instrumento, ofrecen desde su parte interna ó núcleo un espectro idéntico al del Sol en general, en cuanto á las líneas fundamentales, pero con la diferencia notabilísima, de que ciertas rayas aparecen sumamente reforzadas; tales son las correspondientes especialmente á los vapores del sódio, del hierro, del calcio y de algun otro metal; y esto demuestra, que la oscuridad de las manchas se debe á la fuerza absorvente electiva de ciertas rayas del espectro, y no á una disminucion general de temperatura y de luz, ni á la interposicion de un cuerpo sólido, pues en tal caso to-

das las rayas deberian disminuirse indistintamente.

Es un hecho curioso, que el espectro así alterado se parece al de las estrellas de color de rosa, y al del mismo Sol tomado cuando está en el horizonte, por la mayor fuerza de absorcion, que en este caso posee nuestra atmósfera; y esto prueba que las manchas son regiones, en donde la espesura de los vapores metálicos atravesados por rayos luminosos es mucho mayor que en el resto del Sol, lo cual está de acuerdo con lo que se sabe hoy acerca de la estructura mecánica de las manchas, es decir, que son una cavidad, á manera del cráter de un volcan, llena de vapores densos absorventes colocados segun su peso específico respectivo; así la raya que se vé más ensanchada es la del sódio, despues la del calcio, luego la del hierro, y no se han encontrado todavia las de otros vapores metálicos de mayor densidad.

Comparando estos hechos con el de la desaparicion de la materia fotoesférica en la cavidad de las manchas, como sucede á las nubes de vapor acuoso por la influencia del calor, deduciremos necesariamente, que los vapores encontrados dentro de la mancha solar son la misma sustancia de la fotoesfera reducida á ese estado de enrarecimiento; luego la fotoesfera está formada de los mismos vapores metálicos que la chromoesfera, si bien en estado de precipitacion y condensacion, como sucede en la tierra con el agua líquida y en vapor; y ved aquí, Señores, como queda demostrada la teoría de Wilson y se esplican por ella los hechos que él no podia preveer, y que la ciencia ha revelado con posterioridad: existen en el Sol nubes de vapor metálico condensadas, que forman la parte luminosa; y regiones en donde esos vapores se enrarecen y deshacen, dando lugar á la aparicion de las manchas oscuras que se observan en este astro.

Pudiera esponer á vuestra ilustrada consideracion algunas reflexiones para probar que estas manchas son cavidades semejantes á los cráteres de nuestros volcanes, y quizás verdaderos volcanes, puesto que tambien se observan en ellas

al parecer, erupciones de materia, puede ser de la que forma sus bordes, pero indudablemente de hidrógeno: que el núcleo del Sol tiene una rotacion muy rápida, la cual es ménos sensible en sus capas fotoesférica y atmosférica, y de aquí los movimientos que en ellas se advierten; que puede sospecharse la influencia eléctrica en alguno de sus fenómenos; y otras muchas noticias acerca del astro solar, de los espectros producidos por las estrellas y por las nebulosas etc.; pero esto me conduciria seguramente á abusar de vuestra tolerancia benévola, lo cual seria muy sensible para mí: permitidme, pues, que termine este ligero trabajo, en el cual creo haberos presentado los principales resultados del estudio de los espectros luminosos así del Sol como de las luces artificiales, y las deducciones racionales que emanan de ellos; entre los cuales no son los ménos interesantes los que se refieren al Sol: de ellas y de otras consideraciones nace con fundamento la creencia filosófica, de que el Sol es una inmensa masa incandescente, que retiene todavia una gran cantidad del calor primitivo, debido á la condensacion de la nebulosa, que formó el sistema solar; y que está compuesto de muchos elementos que se encuentran en nuestro globo, especialmente metálicos, los cuales por la elevacion de la temperatura se hallan en estado de vapor; cuando llegan al límite de saturacion que ella permite, forman la fotoesfera que envuelve al astro por todas partes, y produce la luz, con la cual se ejecuta la vision; pero en ella se producen inmensos abismos por la accion mecánica de los gases contenidos en el interior ó por combinaciones químicas; y siendo estos gases más cálidos que la superficie, deshacen ó disipan la parte precipitada de la capa nebulosa, y la sustituyen con una masa diáfana, dotada de gran fuerza de absorcion, y por lo tanto ménos luciente, que dá orígen á las manchas solares.

Tal es la idéa fundamental que se tiene hoy acerca de la naturaleza de ese inmenso foco de calor y de luz que nos vivifica: ella demuestra una vez más, como la suprema sabi-

duria produce variadísimos resultados con simples y sencillos medios; cuán verdadera es la idéa de la unidad de las causas á pesar de la multiplicidad de los efectos, como propia del Creador del Universo; y con cuánta razon dijo David, *Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus anunciat firmamentum.*

He concluido el bosquejo que me propuse trazaros; en él no he puesto nada de mi propia invencion; todo lo debo al estudio de algunas obras escritas por las lumbreras de la Ciencia; solo hay mio el trabajo de coordinarlo, para recordaros simplemente lo que sin duda conoceis mejor que yo: ruégoos pues, que dispenseis, si he puesto á prueba vuestra cortés atencion, más allá del término que vuestra reconocida y bondadosa ilustracion me dá el derecho de exigir.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA ASENSIO Y TOLEDO.

el 23 de Abril de 1871,

SEÑORES:

HAY un nombre, que al pronunciarlo hace latir con el mas lejítimo orgullo todo corazon español; nombre que ya no pertenece á España solamente, sino á Europa toda, al mundo entero, porque en todas partes es conocido y alabado, demostrando él solo la verdad con que se dice que los hombres superiores son glorias de toda la familia humana, y que el jénio no tiene pátria.

Bien comprendereis que me refiero al soldado de Lepanto, al heróico cautivo de Arjel, al autor de *El Ingenioso hidalgo D. Quixote de la Mancha*, á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Escribió un libro que es la delicia, el encanto, el recreo de la humanidad, y la eterna desesperacion de los imitadores; y ese libro es el pedestal de su gloria.

Apreciaciones de todo jénero se han hecho, se hacen y se harán sobre esa obra maravillosa, sin igual entre las de entretenimiento; juicios los mas encontrados se aventuran acerca de ella; permitidme, pues, que en dia tan señalado ponga ante vuestra vista mi apreciacion sobre ese celebrado

libro. El momento es solemne; el dia no puede ser mas propio para hablar de CERVANTES y del *Quixote*.

Hoy se cumplen doscientos cincuenta y cinco años; tal vez en esta misma hora exhaló su último suspiro el escritor insigne; y tan singular coincidencia presta á la solemnidad literaria que celebra la Academia el carácter de un aniversario, que no por ser de índole diferente de otros que en este momento se le consagran, dejará de tener su importancia, pues vamos á ocuparnos algun tiempo en meditar y discurrir sobre el pensamiento de su obra inmortal.

Y al escojer el tema de este discurso, bosquejado hace mucho tiempo, nada estaba mas lejos de mi ánimo, señores, que imajinar habia de ser leido en el aniversario de la muerte de CERVANTES, aunque por estraña casualidad así ha venido á suceder; ni le elejí tampoco porque tenga pretensiones de decir alguna cosa que por nueva ó por buena pueda cautivar vuestra ilustrada atencion; sino porque así, escudado con ese nombre ilustre, hablando del libro único y tan simpático para todos, me presento ante vosotros trayéndome CERVANTES como por la mano á ocupar el asiento que bondadosamente me habeis concedido, y merezca induljencia siquiera en gracia á los méritos del introductor. Aspiro á que detrás del gran nombre de CERVANTES, distraidos los ánimos con el embeleso que produce cuanto al *Quixote* se refiere, pase desapercibido y como en la sombra el escaso valer de quien de ellos os habla.

Y no és falsa modestia, señores. Vacío durante largos años ha estado el asiento que vuestra induljencia me invita á ocupar. Quizá conociais que no era fácil dar digno sucesor al ilustre patricio, al profundo literato y elegante traductor de los poetas griegos, al Sr. D. José del Castillo y Ayensa, cuyo nombre solo basta para su elojio. ¿Y no quereis que tema la comparacion, que por necesidad ha de establecerse, cuando vuestras miradas busquen en este sitio al ilustre amigo, por tantos títulos benemérito, y encuentren solamente al

aficionado sin nombre, que si en amor y entusiasmo por las letras y las artes no cede á nadie, tiene que ceder á todos por la insignificancia y nulidad de sus trabajos?

Hablar mas en este terreno pudiera tacharse de afectacion, cuando con vuestros votos me habeis honrado: volvamos, pues, la vista á CERVANTES y al *Quixote*.

De este libro como obra literaria, como lectura popular, nada nuevo pudiéramos decir. Los encomios, las alabanzas están agotadas. «Se le vé colocado entre una literatura que »muere y otra que nace, y es de ambas el mas acabado mo»delo.» Esto ha dicho de él uno de nuestros mas juiciosos y profundos críticos, y luego añade: «Como novela, aun no »tiene rival el *Quixote*, segun Federico Schelegel lo prueba »con sábios argumentos. Manzoni y Walter Scott distan tanto »de CERVANTES, cuanto Virgilio, Lucano, y todos los épicos y »heróicos de todas las literaturas del mundo, distan del di»vino Homero.»

Si el autor del *Quixote* se propuso dar alivio á la melancolía de la humanidad, proporcionar al hombre pasatiempo de mas graves ocupaciones, su objeto está por demás conseguido. Su obra inimitable cuenta mas ediciones en todos los idiomas del mundo, que ningun otro libro de cuantos de letras humanas se han escrito.

Pero un espíritu innovador, y que no quiere ver en las obras del injenio solamente el injenio mismo, si no que busca siempre profundidades y misterios en lo mas llano y en lo mas claro, tal vez porque no puede persuadirse de que sin eso que quiere llamar filosofía, sentido oculto, doctrina esotérica, no puede existir obra de mérito, hace mucho tiempo que viene trabajando por dar al libro una significacion diferente de la que su autor le atribuyó repetidas veces. La idea no es nueva, pues datos hay que persuaden de que no tardó mucho en formularse al tiempo de la aparicion del *Quixote*, creyendo el pueblo que algunos de sus personajes eran parodia, crítica ó caricatura de otros personajes reales y verdaderos que existian

en la córte, (1) de tales ó cuales hazañas mas ó menos exajeradas; y que hoy toma distinto rumbo y mayor vuelo queriendo encontrar en aquellas alegres pájinas y regocijadas aventuras, no ya el perfil abultado ó disminuido de este ó estotro personaje, si no la crítica y censura formal de las instituciones de la España de entonces, y hasta la anticipacion de las ideas que proclama hoy el mas avanzado espíritu filosófico.

Este jénero de comentarios tiende mas á quitar interés al libro que á prestárselo. Por quererle dar importancia se le roba, convirtiéndole en un logogrifo, que si no era en su tiempo de fácil esplicacion hoy sería de todo punto indescifrable. En los escritos que con tal intento se han divulgado, se descubre mas el deseo de lucir su injenio el comentador, que el de averiguar la idea que presidiera á la creacion del *Ingenioso Hidalgo*. Se prestan á CERVANTES las ideas, y con ellas las pasiones de nuestra edad moderna; se le quiere convertir en un escritor de oposicion á todo lo que en su tiempo existía; y CERVANTES no se oponía á nada más que al abuso. Mostraba los defectos, deseando su correccion como filósofo moralista; pero no ambicionaba la destruccion, sino la enmienda; no queria derribar, sino restaurar; porque él amaba y respetaba todo lo que era amado y respetado por los españoles del tiempo en que vió la luz. La fé, la pátria, el honor, eran nombres sagrados que siempre encontraban eco en la España dominadora del mundo, y que tuvieron un templo en el pecho de MIGUEL DE CERVANTES, que era español de los mejores.

Y al hablar así, no es porque yo rechace toda idea de SENTIDO OCULTO, ni deje de encontrar en el *Quixote* rasgos intencionados y pinturas de sucesos contemporáneos; pinceladas que nos revelan el estado de ánimo del autor cuando las escribia; sus afectos, sus antipatías, y su manera de sentir sobre ciertas y determinadas cuestiones; (2) pero esto se encuentra siempre y se estudia en todas las obras de todos los autores, con tanta mayor claridad y mayor fuerza cuanto mas

poderosa es su individualidad y mas decidido su carácter, su significacion en el terreno del arte. Hijas del entendimiento las obras todas que el hombre produce, natural es que conserven rasgos de la fisonomía intelectual del padre que las enjendra; que no hay contradicciones en la naturaleza, y los fenómenos del órden físico se reproducen y repiten en el moral. Por eso es fácil distinguir las creaciones de los artistas, y nadie confundirá una valiente estátua del atrevido Buonarrota, con las mas delicadas de Benvenuto; como no se confunden los arrogantes versos de Herrera y de Espronceda, con los tiernísimos y sentidos de Garcilaso, de Francisco de la Torre y de Fray Luis de Leon.

Se comprende muy bien que llevados de exajerado entusiasmo, de ilimitadá pasion por ese libro que tanto embelesa y tanto hace pensar, quieran los lectores identificar á su desgraciado autor con el simpático protagonista de la obra, amable siempre, siempre interesante en medio de sus desvarios, para confundirlos á ambos en un mismo afecto, envolvièndòlos en igual cariño y tributándoles la misma admiracion. Buscando con injenio, analizando con sagacidad, y llevando el decidido propósito de equivocarse, no es difícil tampoco dar á aquellos deseos una apariencia de realidad; pero esto no es más que un sueño jeneroso. Si *D. Quixote* se parece á CERVANTES en la nobleza de los sentimientos, en la constancia en los trabajos, en la aspiracion constante á un ideal perfecto, no es porque sea CERVANTES mismo, no es porque sea su retrato, es porque fué su hijo y nos ha trasmitido en él una parte de su vida intelectual, un trasunto fiel de su noble corazon. «Don Quijote es Don Quijote, y nada mas. Tiene vida propia, »no prestada; esparce luz nativa, no refleja la de nadie.»

Yo, señores, opino en esto como el ilustre amigo que me escribia esas palabras; (a) rechazo esos que se llaman comentarios filosóficos, como rechazaba á los que querian encontrar

---

(a) El Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.

en el *Quixote* la sátira personal, de que siempre huyó CERVANTES, porque creo que ninguno de ellos es verdadero; y sin embargo, yo veo tambien en ese libro algo superior á su accion como novela; entreveo en su conjunto una idea grandiosa que no está puesta de intento por el autor, sino que se desprende á pesar suyo de la obra entera, y que viene á ser la síntesis, por decirlo así, de la vida de CERVANTES, y de la época en que se escribió el *Quixote*.

No me opongo á que en muchos pasajes de la fábula, por ejemplo en la aventura del rebaño, ó de los rebaños, se vea embozada sátira contra el *Atlante de la monarquia*; pero los rasgos que luego se descubren contra personajes menores, no van, á mi modo de ver, dirijidos contra ellos derechamente, sino que forman un conjunto de censuras parciales, que reunidas vienen á decir que el todo no era bueno.

Toma el intelijente un reloj y observa que el movimiento no es regular, que retrasa ó adelanta. Busca la causa, y critica la escasa fuerza del motor; encuentra luego imperfectas ó torpemente ajustadas las ruedas que comunican el movimiento, y por conclusion nota desiguales, movedizos, los centros y piezas pequeñas..... Al decir esto comprende cualquiera que la máquina es mala; y á poco que se jeneralice podrá deducirse que el artífice no era muy entendido ó fué poco cuidadoso. Tal CERVANTES. Vayan en buen hora contra el Duque de Lerma las indicaciones que concurren en *Laurcalco:* vayan contra algun otro magnate, contra algun encumbrado arbitrista tales y cuales alusiones.... Pero al censurar abusos de estadistas y hombres de administracion, que esquilmaban al pueblo, sacándole lo que no tenia, ¿no se denunciaba el desconcierto del Gobierno? ¿No se señalaban las llagas ocultas de la sociedad española, que el filósofo habia tocado muy de cerca? ¿No se clavaba la saeta en las gradas mismas del sólio, que era el sosten de las causas que producian tales efectos? ¿No llegaba quizá el tiro hasta la indolente persona que lo ocupaba?

A la verdad todo esto vá ligado con mas graves reflexiones. Elévase la consideracion al tiempo del nacimiento de CERVANTES. Al mediar el siglo XVI fué el apojeo de la preponderancia española en Europa. A los gloriosos reinados de los Reyes Católicos y de Cárlos I, tiempos de engrandecimiento, habia sucedido el de Felipe II, que debió consolidar nuestra supremacía, haciendo duraderas las conquistas del Emperador, reuniendo por la razon, por las leyes, y por un interés comun lo que su padre habia conquistado por la fuerza. «Pero »como su pluma no podia competir con la espada del Empe»rador Cárlos V, ni su trabajo de gabinete, por mas aplicado »y laborioso que fuese con los viajes y campañas de aquel» como decia mi sábio maestro D. Alberto Lista, la Nacion empezó á sufrir reveses cuando mas grande y poderosa se creia.

CERVANTES, *cristiano y español, con fé y sin miedo,* quiso unir su propia personalidad á la vigorosa personalidad de España, quiso ser partícipe de los peligros y de las glorias de su pátria, y se incorporó á nuestros aguerridos tercios. Peleó como bueno, y fué herido en la mas alta ocasion que vieron los «pasados siglos, ni esperan ver los venideros»..... A raiz de tanta gloria, fué hecho cautivo al volver á su pátria, por un enemigo á quien la grandeza de España no ponia temor..... Primera decepcion; CERVANTES descubrió el gusano que roia el pedestal del coloso.

Él intentó en Arjel, cargado de cadenas, lo que la nacion en cuyos dominios nunca faltaba el sol, no se atrevia á intentar con sus ejércitos y escuadras, distraidos en empresas lejanas y menos provechosas. Quiso destruir aquel nido de aves de rapiña, tan perjudicial á la gloria, al poderío, á la tranquilidad de España. ¿No habia de conocer la indolencia, el descuido, el punible abandono en que el Trono y el Gobierno tenian á la nacion, cuando él solo, miserable esclavo, contaba poder destruir á los arjelinos armando á los cautivos que allí con él jemian aherrojados? Lo hubiera conseguido, si el Rey, á mas de pensar en las guerras esteriores, hubiera

pensado alguna vez en mejorar la condicion de sus administrados; si se hubiera tendido una mano protectora á las desgracias que presenciaba CERVANTES, á los hombres de espíritu noble y levantado que como él, aspiraban únicamente al engrandecimiento del pais.

Al volver á España rescatado, vió con pena, con dolor, el poco fruto que la pátria habia logrado del glorioso sacrificio de Lepanto. Vivió en pequeños pueblos y en grandes ciudades, y notó sagazmente el empobrecimiento del país, que tomaba alarmantes proporciones; la falta de centros productores, arruinados por la emigracion á América, y por las atenciones de la guerra; lo gravoso de los tributos; la ruina de la industria y de la agricultura; y adivinó, tal vez la inutilidad de las guerras que España sostenia en paises remotos, y que tantos brazos robaban á sus asoladas campiñas.... Quizá entrevió con la mirada de águila del jénio, que la decadencia de la pátria iba envuelta en los pliegues del manto de su gloria!....

La pobreza de la nacion en el interior debió desgarrar el alma del lisiado en la batalla naval: ella era la precursora de su ruina. Los brazos trabajaban levantando pesos enormes y faltaba sangre en el corazon.

¡Qué diferencia en veinte años! En 1571 la nacion vencedora de los turcos, triunfante en Francia y en Italia, temida en Holanda, parecia prócsima á realizar la monarquía universal, delirio de su grandeza! En 1592 los Procuradores de las ciudades reunidos en Córtes, decian al Rey que los pueblos estaban pobres, exháustos, que el reino estaba consumido, que el país se encontraba sin defensa por mar y por tierra, abandonadas las costas, infestados los mares de piratas! ¡Y cuánta verdad era todo este triste cuadro!

Como no se acudió al remedio, como no se hizo aprecio de las quejas de los Procuradores, en 1596 la escuadra inglesa se presentó delante de Cádiz, ¡Vergüenza causa decirlo! Un solo disparo de cañon pudo hacerse á las tropas de

desembarco por la bateria de Puerta de tierra! (3) Las cureñas estaban podridas; las balas eran grandes ó pequeñas para el calibre de los cañones! Habia tercios famosos en Milan, en Nápoles, en Flandes, y no habia un soldado para defender las ciudades de España! ¡Cuánta miseria en el interior por sostener la guerra en estrañas tierras!

Cervantes que habia visto cuando jóven las lamentables ruinas de la desventurada Nicosia asolada por los turcos, pudo ver en su edad madura la perla de España devastada por los ingleses. Confundido con el pueblo oia sus opiniones, veia sus necesidades, tocaba su pobreza.... Su ambicion patriótica de 1571 era sueño, delirio. El contraste era tremendo, y áun sin estudiarlo, sin buscar sus efectos, debia herir vivamente la imajinacion de todos, y mas la ardiente de Cervantes.

No busquemos, señores, alusiones individuales en el *Quixote*: esto es muy pequeño, y nada importa á la posteridad que se lanzara un chiste más ó ménos picante, que se dirijiera una alusion, más ó ménos embozada y satírica á tal ó cual personaje. Ménos interesa todavia saber si tuvieron orijinales las figuras de *D. Quixote y Sancho*, las del cura y el barbero, con todas las demás que tanto embeleso nos producen; esto en nada realza el mérito de la obra; nada dice en favor del talento del escritor. «Yo no estimaria en más, »ni entenderia mejor la hermosura del *Pasmo de Sicilia*, si »alguien me probase que el Cristo, la Virgen y otras figu»ras, no eran más que caballeros y damas amigos de Rafael, »y los sayones vários enemigos suyos.» Esto dice el Sr. D. Juan Valera, y es una verdad palmaria.

Procuremos leer en el *Quixote* el estado del alma de su autor, que era un jénio, pero era tambien un español lleno de amor pátrio; procuremos descubrir el estado de la nacion en aquellos tiempos, y lo que acerca de sus triunfos y de sus reveses y calamidades pensaban sus hijos. Desde este punto de vista elevado, verdaderamente filosófico, se ensan-

chan los horizontes de la contemplacion y del estudio; partiendo de datos fijos, cuales son, la influencia directa que sobre todos los hombres ejercen los sucesos en que toman parte, y la porcion de su alma, de sus sentimientos que en cada obra deja depositados el autor; podemos lanzarnos á consideraciones mas profundas.

Así el *Quixote* es la epopeya de la edad moderna; no libro atildado, pulido y académico, sino libro en que su autor nos dejó pintado al vivo, cuanto habia visto y observado, con la manera de ser, con las miserias y las grandezas de la España de todo aquel período. El *Quixote* es un traslado con vida, con animacion y con gracia, y colorido, y verdad, de la sociedad española del siglo XVI; por eso encanta á todos los lectores, tanto de España como del estranjero; y el tinte melancólico que baña toda la obra, que en todo el libro resalta y transpira aun en medio de las mas regocijadas pájinas, y que le presta su mayor atractivo, es el resultado de la disposicion del ánimo del escritor que al lado de las victorias habia visto el cautiverio, junto á las glorias de los ejércitos, la pobreza del pueblo y el saqueo de las ciudades, y que sin darse tal vez cuenta de ello, comparaba tiempos con tiempos, y con la adivinacion del vate inspirado, vislumbraba que habia empezado á desmoronarse por su base aquel suntuoso edificio tan brillante y deslumbrador á la vista.

Facilísimo seria comprobar estas ideas jenerales que la repetida lectura del *Quixote* despierta, copiando pasajes repetidos de la obra inmortal; pero ni vosotros lo necesitais, ni me parece este lugar á propósito para tan prolijas comprobaciones. Además esto es en mi sentir el producto final de toda la obra, mas aún, la síntesis de todo el trabajo literario de Cervantes.

Despues de habernos embebido en la lectura de todas sus obras, identificándonos con su manera de pensar y de sentir, es cuando podemos elevarnos al conocimiento de lo que sentian y pensaban los españoles en los siglos XVI y XVII.

Permitidme, sin embargo, que áun sin copiarlos, os recuerde algunos pasajes, cuya importancia y trascendencia es hoy jeneralmente reconocida. No hablemos de las costumbres de la nobleza tan al vivo pintadas, ni del contraste que resulta entre lo que habia sido cuando con lanza en astillero y antigua adarga, estaba siempre dispuesta á combatir los enemigos de la pátria, y á volver por los fueros de la inocencia, por el triunfo de la virtud y de la justicia; y lo que habia venido á ser luego, demostrado en las historias de Dorotea y Lucinda, y en la vida que hacian los Duques que dieron hospedaje y tomaron por diversion al caballero y al escudero. Dejemos tambien á un lado la intencion particular que pueden tener el gobierno de Sancho en la ínsula, y el aparato de los funerales de Altisidora, aventuras ambas tan ocasionadas á interpretacion.... En el principio mismo de la obra, en una de sus mas celebradas pájinas, cual es la que contiene la pintura de la edad de oro, ¿no encontramos ya el lamento escapado del alma del autor, de que *la ley del encaje* se hubiera ajustado en el corazon de los jueces? ¿No nos dice que en lo antiguo la justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen?

Vienen luego con vivo colorido pintadas las tristes penalidades de la esclavitud, en la interesante historia del cautivo; las penalidades de los forzados, cuya perdicion tal vez proviniese de la falta de dineros, del poco favor, ó del torcido juicio del juez; y se escucha por último, hasta el jemido del desdichado morisco, cuya triste voz forma tambien contraste con el aplauso que se tributa á la medida que los arrojó del pais.

Repito que la ocasion no me parece oportuna para multiplicar las citas que justifican las apreciaciones que dejo espuestas. No estimo que cada aventura contenga una alusion, que cada personaje sea un recuerdo; parécome sí, que el tono

jeneral del *Quixote* nos dá á conocer la época en que se escribió; y que los defectos parciales que en él se van notando y censurando, tal vez sin marcada intencion, dan por resultado final el conocimiento de las imperfecciones de aquella gran máquina social, que necesariamente habia de terminar en la descomposicion, á que por pasos ajigantados y sin un solo intérvalo de gloria vino á parar la España, cayendo de Felipe II en Felipe III y Felipe IV, para agonizar y morir vergonzosamente en Cárlos II *el hechizado*.

Tal es, señores, el SENTIDO OCULTO que después de muchos años de estudio sobre la obra de CERVANTES descubro yo en ella. Y esto no está puesto de intento por el autor; no es posible ni aún sospechar que su pluma se detuvo un momento para dar segunda intencion ó intelijencia secreta á lo que escribia. El SENTIDO OCULTO del *Quixote* está en él á pesar de CERVANTES, que al darnos un fiel traslado de toda la sociedad en que vivia, así nos hace conocer su magnificencia, como nos descubre involuntariamente los defectos de su constitucion: tanto más claros para la posteridad, cuanto que hemos visto los tristes resultados que produjeron.

No sé si me equivoco. Pero bajo esta apreciacion estudiamos la personalidad de CERVANTES unida á la de la sociedad española; vemos en el *Quixote*, como ántes decia, la verdadera epopeya de la edad moderna; y comprendiendo toda la importancia de tan celebrado libro, descubrimos una causa profunda y verdadera de su popularidad, y ya no estrañamos que sea su lectura tan jeneral en el mundo.

HE DICHO.

NOTAS

al Discurso precedente.

(1)

Muchos años hace que se viene asegurando como indudable noticia, que Mr. Rawdon Brown, enviado estraordinario del Gobierno inglés para rejistrar los archivos de Venecia, en busca de ciertos documentos diplomáticos, encontró algunos despachos de Simon Contareni, embajador de la Señoría en la córte de España, en que daba cuenta á la República de los sucesos de 1604 y 1605, y hablaba de la aparicion del *Quixote*, diciendo que se le juzgaba por el pueblo sátira política, y hasta se designaban los personajes contra quienes se dirijia. Y no hace mucho, anunciaron los periódicos la publicacion de esos despachos en los *Libros azules* del Reino Unido. Pero no creemos haya tenido lugar, cuando no se ha reproducido en español coleccion tan interesante para nosotros.

No sabemos, por lo tanto, de una manera fija lo que puedan espresar los despachos de Contareni, ni tampoco si este esponia su opinion sobre el *Quixote*, ó referia la creencia del pueblo y de la córte; pero de una ú otra manera resultaria comprobada la antigüedad de esa idea que atribuye al *Quixote* el carácter de libro político.

Otra noticia que tambien tenia la misma significacion oimos hace tiempo. Decíase que en ciertos pasquines contra el Gobierno que aparecieron en Valladolid, se hacian alusiones al hidalgo manchego, ó se comparaba con él al Duque de Lerma. Hemos querido apurar la especie, y para ello escribimos al Sr. D. Pascual de Gayangos, amigo querido y jeneroso, que creíamos ser el que comunicó la noticia; pero este nos contesta que lo que ha examinado es un curioso códice del Museo Británico, en el cual, refiriendo sucesos de Valladolid del año 1605, dice el autor, que lo es un portugués llamado Baltasar Diaz: «Estando en »este paso, me veo llamar para que fuese á ver la mas notable figura »que se podia imajinar. Fué el caso, *que pasando un D. Quixote vestido »de verde, mais desmajelado é alto de corpo,* vió unas mujeres al pié de un álamo, etc.»

Aquí se encuentra la alusion mas antigua que hemos rejistrado, de referencia al libro entónces recien publicado.

(2)

Pasajes enteros hay en *El Ingenioso Hidalgo* que desde luego se comprende haberse puesto con el ánimo é intencion de tratar cuestiones literarias y aun políticas. El discurso de *D. Quixote* sobre las armas y las letras, la conversacion con el canónigo de Toledo, la de Sancho y

Ricote, no dejan lugar á dudas, como otras que todos recuerdan y en las que sin rodeos están patentes las opiniones del autor.

Aventuras hay, como la del cuerpo muerto que llevaban de Úbeda á Segovia, y cuya conduccion turba cual maléfica aparicion el demente caballero, que por sus circunstancias dejan conocer el intento de burlarse de algun suceso contemporáneo, cuyos accidentes no se disimulan. Las de uno y otro carácter son alusiones indudables, y bien fáciles de conocer.

Pero hay aún otro jénero de ellas, no menos evidente, y que sin embargo es de todo punto imposible esplicarlas hoy.

No hace mucho tiempo que el ilustre cervantista, el eminente poeta D. Juan Eujenio Hartzenbusch, notó que la *Dedicatoria* de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, está compuesta con frases y cláusulas de la que Fernando de Herrera hizo al Marqués de Ayamonte de sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso*, impresas en Sevilla en 1580, y del Prólogo que á la misma obra puso el docto maestro Francisco de Medina, que es una de las mejores cosas que hemos leido en castellano. Aquella breve *Dedicatoria* es un verdadero plajio, y de libro muy conocido. ¿Por qué causa lo hizo CERVANTES? ¿Qué alusion encierran aquellas palabras copiadas de una obra del gran poeta de la escuela sevillana? Ciertamente nadie ha podido descifrarlo (a) ni será fácil que se esplique el misterio sin un hallazgo providencial.

De estas alusiones, sean recuerdos, sean censuras, embozadas sátiras, ó lo que sean, debe encerrar más de una el *Quixote*, que por necesidad pasan desapercibidas para los lectores de nuestro tiempo.

(3)

Consta el estado de abandono en que se encontraba la plaza de Cádiz, en diversas relaciones contemporáneas que se conservan en el Archivo de la Sta. Iglesia Catedral de Sevilla; y muy detenidamente en el SUCCESO DEL SACO Y TOMA DE CÁDIZ POR EL INGLÉS *compuesto por el Padre Maestro fray Pedro Abreu de la órden* DE SANT FRANCO; obra escrita en los dias mismos de tan desgraciado acontecimiento, por un testigo presencial de los hechos, y cuyo M. S. orijinal que perteneció al Sr. D. Jorje Diez, Pro., conserva hoy el autor de este *Discurso*. (b)

(a) El interesante artículo del Sr. Hartzenbusch inserto en el periódico titulado «Las Noticias,» (y que luego se incluyó en el *apéndice segundo* del tomo doce de las *Obras completas de Cervantes* de la magnífica edicion Rivadeneyra) dió ocasion á una respuesta infundada, errónea y que nada concluia, que se insertó en el mismo periódico, y en la cual su autor D. Nicolás Diaz de Benjumea, pretendia tener sabida, notada y esplicada aquella copia ó imitacion hecha por Cervantes. Esta respuesta del Sr. Benjumea, dió á su vez orijen á otro artículo muy erudito y razonado del Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, que no se ha publicado, pero del cual tengo traslado, debido á la buena y antigua amistad que me une al autor. Por demás está decir cuanto queda en él mal parada la llamada esplicacion del Sr. Benjumea.

(b) Por una copia fué impresa en Cádiz esta interesante obra á espensas del Ayuntamiento y por los cuidados del Sr. D. Adolfo de Castro en 1866.

Dice así el Padre Abreu: «Nuño de Villauiçençio, cauallero, vezino y Regidor de Cádiz, con la compañia que le tocaua, que seria de hasta cient hombres, el qual acudió con su gente á la puerta del muro, puesto señalado, que le tocaua la guarda del. En esta puerta qu' es sola la de tierra, ay al vn lado vn baluarte, como en su description queda dicho: este tenia tres peçezuelas de artilleria, tan mal adereçadas y preuenidas, que no fueron de prouecho en la ocasion. Sola una se disparó contra los enemigos quando venian ya marchando para la ciudad, y hizo tanto effecto, que reparó y se detuuo el campo, temiendo que auia muchas mas pieças para la defensa de la entrada, mas como vieron que en aquella sola se resoluió toda la duda, boluió á marchar y seguir su viage.»

Habla mas adelante del baluarte que aun hoy se llama *Punta de S. Felipe*, y dice: «auia en este baluarte quatro pieças gruesas, empero tan mal preuenidas y dispuestas que no fueron de ningun effecto en la ocasion; pues en disparando las primeras balas, se hizieron las ruedas pedaços de las tres de ellas, de suerte que mas no pudieron servir. Y las balas no alcançaron á la armada enemiga, assí por esto como por ser la póluora mala y poca, etc.»

En las córtes de 1592, los Procuradores de las ciudades habian llamado la atencion del Monarca sobre lo que podria suceder en las costas, diciéndole por escrito: «Que el pais estaba sin defensa tanto por mar »como por tierra, por lo cual los enemigos lo afrentaban y robaban por »todas partes: que el reino se hallaba acabado y consumido, etc.»

Sirvan de respuesta estos datos históricos á los que creyeron, escuchando la lectura de este Discurso, que se pintaba con exajerados colores la decadencia de España en los últimos años del reinado de Felipe II.

DISCURSO

DEL SEÑOR

DON JUAN JOSÉ BUENO,

ACADÉMICO PREEMINENTE,

EN CONTESTACION

AL DEL SEÑOR ASENSIO.

SEÑORES:

El dia de la recepcion de un académico es de recuerdos tristes, de generoso júbilo y de halagüeñas esperanzas. La Providencia ha dispuesto las cosas humanas de modo que ordinariamente se mezclan alegria y dolor, risa y lágrimas, reservando el bien y el mal absoluto para la vida eterna. La Academia abre hoy sus puertas á un nuevo socio, porque otro ha pasado los umbrales del sepulcro; y si es justo que se regocije, al recibir en su seno á sugeto digno de esta honra, tambien lo es que rinda afectuoso homenage á la memoria de quien, tomando parte en sus trabajos, ha procurado ilustrar con sus luces las Ciencias y las Letras, dejando en pos de sí estos vestigios de su entendimiento, la parte más noble que Dios ha concedido á la criatura. El nuevo académico viene á ocupar el asiento del Sr. D. José del Castillo y Ayensa, digno indivíduo de esta Corporacion, quien, cualesquiera que fuesen sus ideas políticas, cosa agena á este magestuoso recinto, donde no llegan los odios que suscitan, ni el clamor de los contrarios bandos, y sólo se escucha la

voz severa de la verdad ó el apacible acento de la elocuencia, ha dejado un honroso nombre en la república literaria. A su pluma correcta y sesuda debemos la *Historia crítica de las negociaciones con Roma desde la muerte del Rey D. Fernando VII.*

Ejercitándose en estudios más amenos tradujo del griego en prosa y verso á *Anacreonte*, *Safo y Tirteo*, dando claras muestras de sus conocimientos en la lengua helénica y en la poesía española. Su version del vate de Téyos en clase de literal es la primera que se ha hecho en España; y las obras de Tirteo no eran conocidas en el idioma patrio ni aun por imitaciones. Como diplomático, como filólogo, como lírico de razonable mérito es, por tanto, digno de esta mencion afectuosa.

A consolarnos de tan dolorosa pérdida viene hoy el Sr. D. José María Asensio y Toledo, cuyos merecimientos literarios como cervantista han dado á conocer su nombre dentro y fuera de España á todos los que tienen aficion al *Regocijo de las Musas*. El Sr. Asensio, cuya incansable laboriosidad nadie desconoce, cuyo entusiasmo por las Nobles Artes y por las Buenas Letras le han granjeado tantos plácemes, es el poseedor feliz del célebre libro de Francisco Pacheco: «*Descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones,*» que artistas y literatos esperan impacientes ver estampado, y de numerosos autógrafos y obras antiguas, raras y preciosas, esmalte de su rica biblioteca. De su infatigable ardor en promover cuanto es útil á las Artes Bellas, ayudado de personas no ménos dignas de loa, es hijo el establecimiento de la *Sociedad protectora* de aquellas. Heredero de la justa fama que como letrado supo ganar su difunto padre, goza tambien de merecida reputacion en el foro hispalense, uno de los principales de España; fino apasionado del *Príncipe de los Ingenios* ha puesto en su punto en eruditas cartas curiosas cuestiones relativas al insigne escritor y á su novela inmortal; creando, en fin, la *Sociedad de*

bibliófilos andaluces, que se ocupa en publicar obras de mérito inéditas, ó en reproducir las ya escasas; y nos prometemos de su buen juicio, actividad y erudicion frutos, que han de elevarlo mucho en la república literaria y en la estimacion de los doctos.

Y como si tantos y tan lisonjeros títulos no bastasen para recibirlo en esta corporacion sábia, á que han pertenecido ingenios floridísimos y varones muy claros, el discurso que habeis escuchado confirma solemnemente las esperanzas seguras de mayores lauros. La tierna y antigua amistad que nos une no ciega mi juicio, ni excita mi benevolencia. La adulacion, por otra parte, es impropia de mi carácter y jamas moveria mi pluma. La Academia lo ha juzgado, y sabe que basta para justificar el acierto de su eleccion.

Pero, Señores, debo confesarlo con la ingenuidad más pura; no atribuyais á falsa modestia lo que nace de la conviccion de mis débiles fuerzas; el empeño de contestarlo es indudablemente superior á mis conocimientos, y, no lo dudeis, la necesidad de cumplir con este deber tiene inquieto mi ánimo desde el instante mismo en que recibí el honroso encargo. Hoy todo es elevado y pone respeto. El crédito que como cervantófilo goza el nuevo académico: la materia de su discurso: esta docta asamblea en cuya representacion hablo, el público ilustrado que me oye, y sobre todo el nombre del escritor, á quien el razonamiento se refiere, y la fama singular del pasmoso libro, gloria de los propios, envidia de los extraños y admiracion de todos, sobre cuyo *sentido oculto* ó espíritu versa. Bien sé, como ha dicho en semejante caso uno de nuestros más distinguidos escritores que «*por fortuna los grandes hombres, como todas las figuras de gran bulto, presentan tantos lados y tantos puntos de vista al ojo observador, que nunca de una sola ojeada puede apurarse su exámen; ó usando de otro símil, vale más lo que la hoz del segador deja en campo abundoso y fértil al espigador aprovechado, que*

lo que en mísera y estéril tierra recoje el cosechero. Los grandes hombres son como los manantiales perennes: no se agotan, por mucho que se beba de ellos.» Pero esto, que se decia del más sabio de los reyes y de los legisladores españoles, ¿es aplicable á Cervántes? ¿ Su obra es desconocida en parte alguna? ¿El ingenio de su autor no es *admirado en todo el mundo*, como se lee en el mármol, puesto en la casa que habitó en Madrid, ofrenda del amor patrio? ¿Hay crítico alguno dentro ni fuera de España que no haya dedicado su atencion á la análisis de aquella maravillosa obra del talento humano? ¿Qué podré añadir á lo que tantos sabios de todos los tiempos, de todos los paises, han dicho hablando del *Ingenioso Hidalgo?* No es culpa mia, consuélame esto al ménos, venir tarde á un campo donde no se encuentra ni una espiga, y donde la hoz no ha dejado ni una miserable arista, reliquia de la mies agotada hasta el último grano.

¿No os sucede lo que á mí, al tratarse de genios tan superiores? Cuando acaba uno de saborear las bellezas que sus obras inmortales contienen, recreo dulcísimo del alma, ¿no es cierto que el calor y alborozo del entusiasmo turba el reposo del juicio, y este se deja subyugar por la fantasía y el sentimiento? ¿No es cierto que entónces sólo se prestan el ánimo á la admiracion y á los aplausos la lengua? ¿Quién puede tomar el escalpelo de la crítica, para entregarse á investigaciones más ó ménos áridas, más ó ménos útiles, más ó ménos profundas? ¿Quién, al ver obras artísticas sublimes, embargada el alma en transporte inefable, se detiene á considerar los medios empleados a fin de producir las emociones que nos causan, ó el designio de sus autores? ¡Poder maravilloso del genio! El genio es como el sol: no puede uno mirarlo frente á frente por largo tiempo sin cegar por la fuerza misma de los rayos luminosos. «*Para examinar las imágenes con ojos de artista,* dice un literato contemporáneo, *se debe poner la rodilla en tierra.»*

En su discurso el Sr. Asensio, entregado algunos años á

meditar sobre el magnífico libro de Cervántes, registrando los diversos juicios que acerca de él se han hecho, confiesa ingénuamente que considerándolo como obra literaria, como lectura popular, nada nuevo puede decir; porque las alabanzas y los encomios están agotados. Prosigue: que si el intento de su autor fué aliviar la melancolía, proporcionando honesto pasatiempo, está cumplido. Se hace despues cargo de las opiniones de quienes en todas las obras del espíritu humano pretenden hallar misterios, censurando justamente el empeño de los que atribuyen á Cervántes ideas y pasiones extemporáneas, y quieren convertirlo en un escritor de oposicion á todo lo que en su época existia, no siendo más que vivo modelo de fé, de honor y de amor á la patria.

Sin contradecir, por tanto, que en algunos pasajes de su obra, y en ciertos caractéres, se manifiesten los afectos de Miguel de Cervántes, como se muestran en casi todas las obras de los demas escritores, que al fin son hijas del ingenio, y como en el órden físico comun es en el intelectual la semejanza entre hijos y padres, asienta con un distinguido literato que D. Quijote tiene vida propia, rechazando los comentarios llamados filosóficos.

Pero al mismo tiempo entre el variado conjunto de los numerosos lances y aventuras que *la dulce é imaginada historia* refiere, parece distinguirse una grandiosa idea, salida de la pluma del ilustre autor, sin intentarlo, sin percibirlo, y que viene á ser la síntesis de su vida y del tiempo en que escribió su pasmosa novela. No se opone á que en ciertos pasajes se oculte una sátira contra los que torpemente manejaban el gobernalle de la española monarquía; pero el Sr. Asensio cree que, al censurar abusos de los ministros públicos, denunciaba el desórden del gobierno, y llamando la atencion hácia el estado del pais desde su nacimiento hasta una época avanzada de su vida, en que tanto decayó nuestra prosperidad, nos excita á que leamos en el *Quijote* el estado del alma de su autor, testigo en poco tiempo de la grandeza

y de la ruina de su patria; ve en el maravilloso libro la epopeya de la sociedad moderna, el retrato preciosísimo de las costumbres españolas del siglo XVI, y de aquí el encanto con que se ha leido y se leerá siempre; concluyendo que este es el único sentido oculto en el Quijote, que está en él sin quererlo Cervántes, siendo la causa única de su celebridad prodigiosa.

El parecer del Sr. Asensio es por extremo sesudo y acertado.

Hay numerosas opiniones acerca del *sentido oculto*, fin recóndito ó mente escondida del *Quijote*; y al tratar de este punto recuérdanse los nombres de Bowle, Bouterweck, Sismondi, Dunlop, Coleridge, Viardot, Salvá, Marchena, Gallardo, Usoz del Rio, Puigblanch y Diaz Benjumea.

Algunos doctos dicen que Cervántes trató de imitar el *Asno de Oro,* de Apuleyo; otros que es una *sátira* contra Cárlos V y los principales personajes de su córte, idea que extendió D. Antonio de Ruidiaz en la carta dirijida á D. Vicente de los Rios, benemérito autor del *Análisis del Quijote,* impreso al frente de esta obra en la lujosa edicion hecha por la Real Academia Española en 1780, sobre el famoso *Buscapié,* apesar de que Cervántes ha dicho:

«Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guia.»

y de que pone en boca de D. Quijote estas palabras, en su coloquio con D. Diego Miranda: *«Riña vuesamerced á su hijo si hiciere sátiras, que perjudiquen á las honras agenas, y castíguelo y rómpaselas.»* Quien afirma que el gran novelista se propuso ridiculizar los duelos; quien que tiraba contra la Inquisicion.

Unos asientan que su designio fué combatir el sistema feudal, mostrando prácticamente en las aventuras de su hé-

roe los males que con sana intencion causaba el individualismo; otros que en *D. Quijote* está simbolizado el honor y en *Sancho* el interes; y que en el desenlace de la fábula habia querido significar, muriendo *D. Quijote*, que el espíritu habia desaparecido, en tanto que *Sancho*, ó sea la materia, quedaba. No falta quien sospeche que el hidalgo manchego es la caricatura del duque de Medina Sidonia y toda la obra una sátira contra el mismo.

Dícese que trató de describir el infinito y perpétuo combate de la parte poética con la parte prosáica del alma; entre lo heróico y lo generoso por un lado, y el egoismo y el interes por otro, representando en este hecho la realidad de la vida humana; y en nuestros dias, por último, se ha asegurado que el libro es una alegoría de los sucesos de la vida de su autor; que se ve en la obra al hombre débil, pero de gran temple de alma, en lucha con los obstáculos que se oponen á la felicidad comun, y tachando de *micrográficas* las reflexiones de Fernandez Navarrete, Rios, y Clemencin, se afirma que las aventuras de *Quijano el Bueno*, eran negocio particular entre el *Cautivo de Argel* y Juan Blanco de Paz. Corto es el tiempo y estrecho el límite de este discurso para exponer ámpliamente los fundamentos de estos pareceres, y someterlos uno por uno á serio y prolijo exámen. La novela de Cervántes es mi delicia; su lectura ha disipado muchas veces la melancolía de mi ánimo; fué la obra de pasatiempo que primero conocí y débole enseñanzas utilísimas. Claro es que durante mis juveniles años todo se reducia al estímulo de la curiosidad, que en mí excitaban las estupendas locuras de *D. Quijote;* la agudeza por una parte, y por otra la simplicidad de *Sancho*, fuente inagotable de recreacion y de risa; pero repasando atentamente el libro ya en la edad madura, cuando he empleado penosas fatigas por descorrer el supuesto velo de la alegoría y despejar la incógnita de la fábula, no he visto más en el *Quijote* que la maravillosa creacion de uno de los genios más grandes

que ha producido el mundo, sin descubrir intento oculto en la pluma del inmortal novelista, ó sea, el designio de esconder bajo las flores de su narracion el áspid venenoso de la sátira; ó el de colorear con festivas y risueñas apariencias la faz severa de la filosofía, ó las verdades amarguísimas que no era oportuno expresar desembozadamente. Para comprehender el propósito de Cervántes no hay testigo más abonado que Cervántes mismo; el principal cánon, que regula la interpretacion, es no acudir á ella, cuando el sentido es indudable; y al ocuparme en examinar las lucubraciones de tantos ingeniosos literatos, cuyas tareas deben estimarse en mucho, no se ha apartado un momento de mi memoria el dicho de Cervántes, por boca del bachiller Sanson Carrasco, hablando de la historia del *Quijote*, que era: «*manoseada por los niños, leida por los mozos,* ENTENDIDA *por los hombres, celebrada por los viejos, trillada y sabida de todo género de gentes.*» Sí, para entenderla, Señores, basta pasar la vista por sus páginas, y creer en el testimonio más fidedigno en esta materia: el de Cervántes. «*No ha sido* OTRO *mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las finjidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.*» Cervántes en su *simple y sencilla historia dió á entender sus conceptos, sin intricarlos y escurecerlos*, siguiendo el consejo de Quintiliano: *prima virtus perspicuitas*; intentó derribar *la máquina mal fundada de los caballerescos libros*. Quiso publicar en su obra *una invectiva contra ellos, con la mira de deshacer la autoridad y cabida que todavia tenian en el mundo y en el vulgo*. Su fin único fué correjir un vicio, y este fin es manifiesto. El *Quijote,* como opina Quintana, fué obra de inspiracion y se lo mostró la naturaleza. Arrebatado por fuerzas superiores á una region extraña, ve lo presente, lo pasado y lo futuro, tiene el *mens divinior*, de que habla Horacio, lo ilumina una antorcha celestial, inflámalo el entusiasmo; los montes y los llanos, los mares y las selvas, las flores y las

nubes, el suelo y el firmamento, la naturaleza toda ofrecen innumerables y maravillosos colores á su paleta, y graba en caractéres indelebles sus pensamientos. Asi escribió Homero la *Iliada*, Virgilio la *Eneida*, el poeta florentino la *Comedia*, llamada despues *Divina*, Calderon *La vida es sueño*, Racine la *Atalía*, y Cervántes el *Ingenioso Hidalgo, Iliada cómica*, al decir de Dumas, *sin igual, como la otra Iliada*.

Dispénseme la Academia si, rompiendo el freno de la imaginacion, la he dejado volar en un discurso de esta índole, que debe ajustarse á las severas reglas del raciocinio. Pero ¿quién puede contenerse al tratar de la novela fantástica más insigne que ha concebido el talento humano? Escribiendo estos borrones he visto, como el laureado biógrafo de Cervántes, que: «*no es posible hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo, ó si se quiere de intolerancia, que se rebela contra toda idea de crítica y de exámen.*»

Y ¿qué hemos de decir de los que opinan que el *Quijote* nació de la casualidad de haber estado su autor en la Mancha: de quienès piensan que del mal trato recibido de los vecinos de aquel pueblo, *de cuyo nombre no queria acordarse*: de los que estiman, en fin, que de un agravio que le infirió el duque de Lerma, impulso bastardo impropio del carácter de Cervántes, *el caballero más cabal, noble y virtuoso,* como le llama uno de los testigos de la informacion que existe en el Archivo de Indias? Todo esto, bien que muestra el interes que el libro suscita, es en gran parte hijo del afan con que se pretende ver misterios donde hay claridad, ó del prurito de ufanarse con una opinion nueva. ¿Quién sabe si un orgullo interesado se ha propuesto eternizar el nombre de los autores de estas disquisiciones, asociándolo á una obra, que no perecerá nunca?

Asombra lo escrito sobre el *Ingenioso Hidalgo,* y cuánto y cuánto se han desvelado la curiosidad y la reflexion por descubrir todas las fases de este libro, «*el más hermoso,*

el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse,» los conocimientos de ciertas materias que en sus páginas manifiesta el ínclito Cervántes, y hasta sus aficiones especiales. Así vemos que se le celebra como gran filósofo: Broussais pondera la perfeccion con que describe la locura, asegurando que nadie lo habia aventajado en este punto; Hernandez Morejon y Mata encarecen tambien su pericia en esta dolencia del cerebro; D. Cesáreo Fernandez muestra que fué un buen marino; D. Fermin Caballero prueba que era hábil geógrafo; Jimenez de Sandoval su inteligencia militar; Martin Gamero su jurispericia; D. José María Sbarbi en una carta dirijida á nuestro buen amigo D. Mariano Pardo de Figueroa, idólatra de Cervántes é infatigable analista de cuanto se publica ó hace en su honra, preséntalo como teólogo. Averigua el último su aficion al color verde y al de oro, que campeaban en su escudo de armas; y no ha faltado quien se ocupe en escribir sobre los conocimientos gastronómicos del insigne *Manco*, que se deducen de su òbra príncipe.

Sí, señores, para comprehender la general instruccion de nuestro autor no se necesitaban algunos centenares de años. En el

.....Siglo de gigantes,
Que abrió Colon y que cerró Cervántes,»

como ha dicho en hermosos versos uno de nuestros más distinguidos compañeros y de mis mejores amigos, lo expresó ya el estudiante, cuyo encuentro refiere en el prólogo del *Persíles*, llamándole el *famoso todo.* Un talento superior raras veces se limita á un órden de ideas; y una elevada inteligencia ilustra todo lo que toca, difundiendo su lumbre divina por todas las esferas científicas.

La manía de sutilizar cuando se trata de ingenio tan eximio llega hasta el colmo, sosteniendo que Cervántes fué aficionado á la ostra y que en sus *Novelas* satirizó á los es-

peculadores en la pesca de este molusco. Germond de Lavigne asegura recientemente en un periódico madrileño que el autor del *Ingenioso Hidalgo* era partidario de la república federal; al leer esta badajada, disparamos en larga risa; pero convirtióse luego en compasion, cuando le vimos afirmar que el *Quijote* de Avellaneda, que atribuye á Argensola, era superior al de Cervántes, manifestando menguado criterio y pésimo gusto quien tales cosas escribe, ó que acaso debe de «*tener vacios los aposentos de la cabeza, ó habérsele secado el celebro.*»

Y ¿qué dirémos al leer las opuestas opiniones acerca de las ideas religiosas de Cervántes? Mientras Mr. d'Argens, asegura que se habia dejado llevar de la supersticion, Kaulbach y otros se empeñan en persuadirnos que era protestante. «*Yo tengo ocasion de ver ahora mismo*, me escribia no ha mucho en eruditísima carta nuestro compañero D. Aureliano Fernandez-Guerra, á quien tanto deben las letras, *firmado de puño del inmortal autor, el odio que profesaba á los protestantes, el amor ternísimo que sentia por la Madre de Dios, la fé y veneracion con que frecuentemente recibia la Sagrada Magestad. Era el más asíduo de los esclavos del Santísimo Sacramento, al punto de que, inscritas más de cuatrocientas personas de lo más lucido y noble de la Córte en aquella cofradía, era Cervántes uno de los treinta que ni un dia dejaron de asistir á la oracion, ejerçicios y mortificaciones, modelo desde 1609 hasta 1616 de piedad, de mansedumbre, de modestia y de desprendimiento. No se pueden ver las actas de aquella hermandad en los Trinitarios sin que se arrasen los ojos en lágrimas.*» Y ¿acaso faltan en otros hechos y en los escritos del *Príncipe de los Ingenios* testimonios para combatir la opinion de que proponiéndose deliberadamente favorecer á una secta ó escuela tomase la pluma? Volvamos ante todo por la verdad, y no dejemos alucinarnos por ideas estrambóticas y sobre modo increibles. Nuestro autor fué de la Orden Ter-

cera de San Francisco. «*Antes me hubiera cortado la mano con que las escribí,* dice en el prólogo de sus *Novelas ejemplares, que sacarlas al público, si todo en ellas no fuera medido por el discurso cristiano.*» Dígase si quien flaquease en la fé podria estampar las siguientes sentidísimas frases, no en boca de alguno de los personajes, sino en la suya propia, en *Los trabajos de Persíles y Sigismunda*; esto es, en el libro que estimaba acaso sobre todos los que habia escrito, y que en su juicio, equivocado sin duda en ambos extremos, habia de ser el «*más malo ó el mejor de cuantos en nuestra lengua se hubiesen compuesto.*»

Ya recordais el pasaje á que me refiero. Habla del monasterio de Guadalupe, «*cuyas murallas encierran la santísima imágen de la Emperatriz de los cielos, la santísima imágen*, prosigue, *que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones*; *la santísima imágen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias.*» Pone despues en boca de Feliciana unos ternísimos versos á la Virgen, que no pueden leerse sin participar del fervor del poeta católico. «*La pluma es lengua del alma; cuales fuesen los conceptos que en ella se engendrasen tales serán sus escritos.*»

Ni pueden olvidarse las sublimes palabras que pronunció el dia de la batalla naval de Lepanto en la galera *Marquesa*, estando enfermo, poco ántes de comenzar la funcion, contestando al capitan y á sus amigos, que no querian abandonase el lecho: «*Señores ¿qué se diria de Miguel de Cervántes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á S. M. y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado*; *y así ahora no haré ménos, aunque esté enfermo é con calentura: más vale pelear EN SERVICIO DE DIOS, é de S. M. é MORIR POR ELLOS, que bajarme so cubierta.*

En el cautiverio, si hemos de creer á sus compañeros de

infortunio, animaba á los pusilánimes, para que permaneciesen firmes en la fé, exhortaba á los apóstatas, para que se restituyesen á ella, cumplia con sus deberes como buen católico, y ensalzaba en sentidos versos á la Madre Inmaculada de Dios, ejercitándose acaso en escribir el *Auto de la Soberana Vírgen de Guadalupe*, para que se representase en el Baño, y sirviese de solaz á las penas del encierro. ¿Qué dicen los testigos de la informacion hecha en Argel á su instancia ante el R. P. Fr. Juan Gil, redentor de cautivos, y el notario Pedro de Rivera? Certifican *la pureza y rectitud de sus costumbres y el exacto cumplimiento de sus deberes de católico y fiel cristiano* durante aquel período desgraciado.

Pero si Cervántes, al idear la fábula del *Ingenioso Hidalgo* que, por decirlo de paso, quizá fué engendrada en Sevilla, no tuvo el designio de que toda ella fuese una invectiva contra tal ó cual personaje, contra esta ó la otra institucion; tambien es innegable que buscó sus modelos en la naturaleza y que muchos trozos encierran alusiones explicadas más ó ménos felizmente por los comentadores. Teófilo Gautier dice que *D. Quijote y Sancho* son dos grandes figuras que resumen el carácter nacional de los españoles; y Cárlos Mazade, que no son símbolos, como generalmente se cree, sino tipos humanos señalados con el sello de la nacionalidad española. Sea en buen hora el modelo del héroe de la novela el doctor Torralva, ó Quesada ó Quijada que acompañó á Cárlos V en Yuste; ó D. Rodrigo Pacheco, caballero de Argamasilla de Alba, fautor, segun se cree, de la prision de Cervántes, quejoso de que hubiese obsequiado á una hermana ó sobrina suya, y que á las veces tenia vena de loco; el cual, léese debajo de su retrato existente en la parroquia de aquella villa «*tuvo un gran dolor en el cerebro de una gran frialdad que se le cuajó dentro*;» ó bien, dando crédito á las tradiciones de Argamasilla, el primo de Doña Catalina de Palacios y Salazar apellidado *Quesada*, ve-

cino de aquel pueblo, hidalgo linajudo que no juzgaba tener Cervántes la nobleza requerida para enlazarse con su familia, y en cuyo escudo de armas se divisaba un cuartel con un guerrero escalando un molino; si ya no fué el deudo de Doña Catalina el hidalgo Quijada de Salazar, vecino de Esquivias, donde nació la esposa de Cervántes. No es increible que *Dulcinea* fuese el trasunto de la hija de Lorenzo, rico labrador del Toboso, que albergó en su casa á Cervántes fugitivo de Argamasilla, la cual lo descubrió á los villanos borrachos que intentaban darle un baño en las *tenagerías*, como acostumbraban hacerlo con los recaudadores; ó Ana Zarco de Morales, hermana del Dr. Zarco, cuya casa, llamada de la *torrecilla*, muestran los vecinos del Toboso como habitacion de la señora de los pensamientos del andante caballero. Curiosísimas son acerca de esto las observaciones anagramáticas contenidas en los escritos, que tenemos presentes, de los Sres. D. Cayetano Alberto de la Barrera, y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, devotísimos del célebre escritor y honra de la república literaria. Sirvió tal vez para bautizar al escudero del héroe el mote de *Sancho Panza*, con que algunos, entre ellos el conde de Villamediana, apodaban á Fr. Luis de Aliaga, el cual, segun otros, punto hoy litigioso en el tribunal de la crítica, bajo el falso nombre de Alonso Fernandez de Avellaneda dió á luz la *Segunda parte del Quijote*. ¡Quién sabe si el original de Maese Nicolas fue el barbero del mismo nombre que sirvió al moderno Alejandro! Puede descubrirse en algun lugar de la obra tal ó cual alusion al atrevido que pretendió locamente eclipsar la gloria del ilustre Cervántes. Acaso al describir la quinta de los Duques en la segunda parte de la novela recordara la que poseian los de Villa-hermosa en las riberas del Ebro; y dirijiera la enérgica réplica con que *D. Quijote* contesta á la reprehension que sufrió de cierto religioso amigo de aquellos, al que gobernaba la casa del de Béjar, tratando de impedir que patrocinase su obra; no es inverosímil que censurase los jui-

cios inquisitoriales en el prendimiento de *D. Quijote* y *Sancho,* y en la resurreccion de Altisidora, y que al describir la aventura del cuerpo muerto pintase rebozadamente el trasporte de los restos de San Juan de la Cruz desde Ubeda á Segovia en 1591. ¿Y quién duda, segun advierte Rios, que para censurar los vicios dominantes, como objeto secundario de su pluma, aludiese á sucesos ó personas recientes? Manuel de Faria y Souza, contemporáneo de Cervántes, dijo hablando del *Quijote: «que apenas tiene accion perdida ó acaso, sino ejemplar, ó abierta, ó satírica, ó figuradamente.»* ¿Quién no ve tambien en la novela del *Cautivo* alusiones á la persona y á los hechos del mismo que la escribia? ¿Quién no sospecha que en el gobierno de Sancho, tratase de ridiculizar la mala eleccion de los sugetos para el desempeño de los ministerios públicos? El Sr. Fernandez de Navarrete en la *Vida* de nuestro autor ve tambien misteriosas alusiones en las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino y otras, que hubiera sido imprudente declarar en aquella época: es dable que la relacion del escrutinio de la librería del hidalgo manchego encierre alguna sátira contra los hechos del César Cárlos V ó los historiadores de sus hazañas.

Nuestro insigne compañero el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra en sus preciosísimos artículos sobre *«Algunos datos curiosos para ilustrar el Quijote»* imagina con tan perspicaz agudeza, que en las manadas de ovejas alanceadas por el iluso hidalgo pudo Cervántes simbolizar las muchedumbres de dóciles vasallos de Felipe III tiranizadas por incapaces gobernantes, y en los caudillos de los ejércitos, que al encandilado magin del héroe parecian reales, á personajes de aquella córte corrompida, odiosos por sus baratos, cohechos, estafas y fraudes, por la dureza de carácter, por su elevacion inmerecida, ó por su desastroso valimiento con el Monarca, que es casi imposible resistirse á creerlo. Sostiene este escritor ilustre, honor de la crítica, de la poesía; de la elocuencia y del habla patria, que *no hay en el Quijote suceso, escena,*

cuadro, objeto ni dicho alguno que no haya tenido ántes como despertador un modelo real y verdadero en la naturaleza, el cual acendrado en el crisol de ingenio sublime, toca y rivaliza con la más encantadora realidad.

La vida de Cervántes fué la más propia y su espíritu estaba dotado de las más raras facultades para escribir este pasmoso libro y conquistar el lauro de su ingenio:

Neminem imitatus,
Nulli imitandus,

como escribió mi venerable maestro Lista al pié del retrato que puso en un sitio principal de su casa. Estudiante, camarero, soldado, cobrador de alcabalas, viajante y cautivo, tuvo ocasion de conocer y tratar á personas de todas gerarquías y de diversa laya, naturales y extranjeras. Dotado de prodigiosa memoria de sitios y de lugares, de hombres y de sucesos, de máximas y descripciones poéticas, de natúral festivo, de hermosos sentimientos, de alma nobilísima, centellean estas cualidades en todas las páginas del libro, y este es el espejo fidelísimo de las costumbres de su época y del temple de su alma. Entiende todas las materias de que habla, observa la naturaleza, y su imaginacion portentosa traslada al papel con inefable lumbre poética los cuadros de su riquísima fantasía.

Un libro, Señores, *obra magistral del humano entendimiento*, segun la hermosa frase de Walter-Scott, en que brillan tantas excelencias ¿puede dejar de ser estimado mientras haya buen gusto? qué digo buen gusto? mientras exista un hombre? Si el intento de su autor fué desterrar la lectura de los libros de caballerías, dicen los parciales de los comentarios filosóficos, cumplido este fin, debió perder su importancia, como la perdió el *Hudibras*, Quijote de los ingleses; y no embargante siempre se lee con el mismo gusto, prueba inconcusa de que entraña algo, y de que sus ficciones son el velo de transcendentales ideas. Séame lícito insistir ¿y no

está visible la fuente del placer, que su lectura nos causa, sin apelar á imaginaciones abstrusas? La obra del bienhechor del género humano, título que merece Cervántes, aunque no sea más que por esto, ha de ser eternamente mirada con la predileccion que inspiran todas las que se proponen y logran tan elevado intento. El medio de que se valió para obrar tan arduo cambio en la historia literaria no puede ménos de unir á la curiosidad el aplauso de todas las edades y de todos los pueblos. El autor ingeniosísimo del *Ingenioso Hidalgo*, curando la gran dolencia, no solamente literaria sino social, valiéndose del *similia similibus*, como dicen los homeópatas: haciendo que un caballero andante derribe y pulverice la descomunal, fantástica y abrumadora máquina de tanto embeleco, y arrojando en el olvido á una cáfila de paladines inverosímiles y de follones, malandrines encantadores, produjo un gran bien á la religion y á las costumbres. Su libro inmortal fué el martillo de los llamados de *caballerías*, los cuales, como dijo uno de nuestros más distinguidos compañeros, honor del púlpito y de las Buenas Letras, en la elocuentísima oracion fúnebre pronunciada por encargo de la Academia Española en las honras de Cervántes: «*en su mayor número adulteraban las creencias y traian la corrupcion de las costumbres, y eran casi, casi, tan malos bajo este doble aspecto allá en su época como la novela francesa en nuestro siglo. Porque en ellos la supersticion hacia tanto daño á la fé como en esta la incredulidad, y á más de esto porque una poderosa mezcla de estupendo maravilloso y de loco apasionamiento trastornaba los cerebros y derretia los corazones; y era así como la doncella aprendia sus devaneos, el jóven sus temeridades, la esposa su infidelidad, los potentados sus desafueros, y la familia y la sociedad entera amenazaban ruina y gran fracaso.*»

Pues bien: lo que no habian logrado muchos sabios, ya con el consejo, ya con la censura, alcanzó Cervántes con la risa. Dante, Petrarca, Hoces y Lopez de Ayala, habian

dirijido sus dardos contra los *libros de caballerias*, Gonzalo Fernandez de Oviedo en sus *Quinquagenas*, dijo:

Santo consejo sería
Que dejasen de leer
Y tambien de se vender
Esos libros de *Amadis*.

Varones como Hierónimo de S. Pedro, Sanchez Valdes de la Plata, Granada, Vives, Cano, Venegas, Mejía, Ulloa, Arias Montano, Malon de Chaide, Guevara, Gracian, y el autor del *Diálogo de las lenguas* habian crujido en vano su azote sobre esas disparatadas invenciones del mal gusto. Cárlos V habia dictado leyes, prohibiendo imprimirlos, enagenarlos y poseerlos en la América española. Las Córtes clamaban porque este mandato se observase en la Península. A Cervántes entre nosotros, como á Luciano entre los griegos, estaba guardada la difícil y gloriosísima empresa de dar fin á las pueriles extravagancias de las fábulas maravillosas.

Bien sabemos que estas, como dice D. Alberto Lista, debian ser despreciadas por las naciones europeas, como juguetes de su niñez, cuando llegasen á su adolescencia intelectual, buscando entretenimientos más dignos de su cultura en la novela satírica y la de costumbres: así como agradaban á la edad media, crédula, cándida y valiente, con todos los vicios y las virtudes de la infancia; pero esto no. quita el mérito á quien descargó el último golpe sobre la literatura caballeresca, por más que, gracias al progreso de la inteligencia, hubiese ya perdido gran parte de su ascendiente.

Preguntan: ¿porqué si el *Quijote* no tiene un sentido oculto continúa siendo delicias del ignorante y del sabio, del prócer y del villano, del niño, del jóven y del viejo, de propios y extraños, de todos, en fin, cuantos tienen imaginacion y sentimiento? Leed las descripciones de los ejércitos imaginarios, de la edad de oro y de las bodas de Camacho el Rico, la batalla del vizcaino, los lances de la venta, el paralelo entre las armas y las letras, el desencanto de Dulci-

nea y muchos otros pasajes. ¿No parece que estamos viendo los objetos pintados con palabras por el genio poético más vigoroso? ¿Es dudable que estos cuadros han de mover siempre poderosamente la fantasía? «*Los escritores más apreciados de todos los siglos*, apunta el mismo D. Alberto Lista, *han poseido el don de presentar los pensamientos bajo la forma de imágenes con tanta verdad que un pintor podria copiar el cuadro formado por palabras. Este es el mérito que ha inmortalizado á Homero, Horacio, Racine y Cervántes.* ¿A quién, transportado por el embeleso de los retratos de Ticiano y de Van-Dick ó de los cuadros de Velasquez, ocurre indagar si hubo en sus autores segunda intencion ó designio oculto? Basta representar la naturaleza sabiamente para producir el placer que se experimenta contemplando las obras de las artes bellas. Cide Hamete Benengeli fué el pintor insigne de las costumbres de su época, y esto es suficiente para vincular en su libro el interes, la admiracion y el aplauso.

Pero ¡ay! nos asalta una consideracion amarguísima. El heróico soldado, que derramó su sangre combatiendo con los enemigos de su religion y de su patria, el cautivo audaz, que soñó con apoderarse de Argel, el novelista más eminente que ha producido el género humano, el autor del *Quijote*, cuando solicitó un destino en Indias, alegando sus hazañas y sus padecimientos, obtuvo el breve y desabrido decreto del Consejo firmado por el Dr. Nuñez Morquecho: «*Busque por acá en qué se le haga merced.*» ¡Cuántas veces, leyendo su libro, parecen entreoirse lamentos de su pobreza, que lastiman el alma!

En el *Viaje del Parnaso* invitado por Apolo á que se sentase contestó, acaso era cierto, que *no tenia capa*; en la dedicatoria de la segunda parte de el *Ingenioso Hidalgo* dijo que *estaba muy sin dineros: en el poeta pobre*, léese en la *Adjunta, la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento,*» en

las hambres de Sancho, observa un célebre literato, que tal vez están retratadas las del inmortal Cervántes; su hermana Doña Andrea se sustentaba haciendo labores propias de su sexo; insúltalo el librero Villarroel, diciéndole que de su prosa podia esperarse *algo*, mas *nada* de sus versos. Tíldalo Villegas de *mal poeta* y de *quijotista*, como si no fuese esta su mayor gloria; el Grande que primero le dispensó su patrocinio, niégaselo no mucho despues, y los Argensolas lo desdeñan y olvidan. Búrlase de él Góngora y se le menosprecia hasta en alevosos anónimos. Desaires, persecuciones, procesos, encarcelamientos y miseria, fueron el pago que España, ó por mejor decir, los que regian su cetro, dió al más ilustre de sus hijos. ¡Hoy hace 255 años que en una humilde guardilla exhaló su último aliento! Pobres fueron sus funerales; ni una losa se puso para indicar donde yacian sus restos, cuyo paradero acaso se ignora. ¡Oh! La vergüenza enrojece nuestro semblante y las lágrimas brotan de nuestro pecho. Pero despues ¡sino del genio! despues han celebrado su talento los más famosos escritores naturales y extranjeros: sus libros, como asentó Marujan en un romance escrito para amenguar el mérito de Cervántes, fueron:

En láminas dibujados,
Y en los tapices tejidos,
En estátuas abultados,
Y en las piedras esculpidos.

Ilustres ingenios, entre ellos Guillen de Castro, Avila, Lope de Vega, Calderon de la Barca, Melendez y Ventura de la Vega, han tomado del *Quijote* argumentos para sus comedias; los pinceles de hábiles artistas han trasladado al lienzo las escenas de su libro: Leslie, el pintor filósofo amigo de Walter Scott, ha buscado en él inspiraciones; el lápiz portentoso de Doré lo ha ilustrado, y los buriles de Lagniet y de grabadores españoles muy notables; Vanlóo dibuja las más cono-

cidas aventuras del *Ingenioso Hidalgo*, que se copian en los magníficos tapices de Gobelins; se han erigido á su gloria mármoles y bronces; un Prócer extranjero se complace en hacer una suntuosa edicion del libro, para presentarla á la Reina Carolina de Inglaterra; un Príncipe español compra y conserva la casa en que, segun es fama, estuvo preso, é imprime por su mano algunos pliegos del *Quijote*; imitan su fábula un nieto de Luis XIV y famosos literatos; la elocuencia de los sucesores de los Apóstoles predica en el púlpito sus virtudes; la Real Academia Española hace una lujosa edicion de la obra y celebra periódicamente sus honras; tradúcese el *rey de los libros* á gran parte de las lenguas europeas; estámpase cien veces en España, empleando millares de duros en noble competencia tipográfica y artística; la fotografía reproduce las páginas de la primera edicion; buriles y pinceles, lenguas y plumas, lápices y prensas rinden homenaje á la sombra del *Manco de Lepanto*, y la admiracion y el aplauso corren de polo á polo y se transmiten de unas en otras edades. Recuérdanos esto los versos de Lope que, viendo al autor de las *Lusiadas* morir en un hospital, y merecer despues la honra de magnífico sepulcro, exclama:

«Decid, si algun filósofo lo advierte,
¿Qué disparates son de la fortuna
Hambre en la vida y mármol en la muerte?

Tiempo es ya de poner fin á mi desaliñado discurso. Improba ha sido la tarea de formar estos borrones. Mucho pide el asunto: poco he puesto de cosecha propia. Arduo era el compromiso: mal me he desempeñado; permitidme que, á fin de disipar el *ámago y náusea* de mi escrito, copie, para cerrarlo al ménos con llave de oro, los versos hermosísimos con que la armoniosa lira de mi ilustre y ya difunto amigo Ventura de la Vega celebró á Cervántes y á su estupenda obra:

«Si de Norte á Mediodía
En uno y otro hemisferio
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un dia;
Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos antes;
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos Cervantes!

Roma y Grecia, que al acero
Del Bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En Virgilio y en Homero.
Contra el Destino severo,
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
¿Puede el *Quijote* morir?
Pues morir no puede España.

. . . .
. . . .

¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al *Cautivo de Argel*!
Aun nos llamamos por él
La primer nacion del mundo.

HE DICHO.

SESION EXTRAORDINARIA

CELEBRADA EL DIA 26 DE FEBRERO DE 1872,

CON LA PRESENCIA

DE S. M. EL EMPERADOR DEL BRASIL.

PARA LA RECEPCION

DEL SR. D. JOAQUIN EMILIO GUICHOT.

DISCURSO

DEL SR. GUICHOT.

SEÑORES:

Existe consignada en una pájina memorable de la historia de España una grande injusticia, que clama hace cinco siglos cumplidos por una solemne reparacion. Esta injusticia es el epíteto de *Cruel* con que muchos historiadores ennegrecen la memoria de D. Pedro I. de Castilla.

En vano ha sido que á la misma raiz de los acontecimientos que señalaron su breve y cual ninguna tormentosa vida, algunos, muy pocos, hombres de juicio recto é imparcial, hiciesen justicia á las altas prendas de aquel malogrado monarca; de la misma manera ha sido tambien inútil que un rey muy conocedor de los hombres, el que coronó las banderas de Castilla con los inmarcesibles laureles de Lepanto, San-Quintin y Gravelines, el fundador del Escorial, sustituyese de su propio puño y letra la palabra *Cruel* con la de *Justiciero*, y en vano, en fin, ha sido que en nuestros dias la crítica histórica sábiamente manejada por autores de envidiable reputacion, tratase de rehabilitar su memoria: la falsedad, ya que no la calumnia, ha prevalecido, y aun todavía la generacion actual,

como todas las que se han venido sucediendo desde el entronizamiento de la dinastía de Trastamara, usa de aquel calificativo para denigrar al hijo y sucesor del heróico vencedor del Salado y de Aljeciras.

Contra el torrente de esa opinion que tiene en su abono una série de siglos; contra el juicio fundado en testimonios, al parecer irrecusables, emitido por eminentes escritores, alza su humilde voz en este solemne acto, en este momento el mas imponente de su vida literaria, el hombre á quien habeis sacado de la oscuridad de su modesto retiro para elevarle á una altura á la que nunca soñó llegar, á la vuestra, Señores, honrándole al elegirle para ocupar al asiento del Excmo. Sr. D. Antonio de Latour. Pérdida sensible la de este para la Academia; pero no irreparable porque siempre podrá ayudar á nuestros trabajos en clase de correspondiente, y podrá tener esta corporacion su parte en la gloria que adquiera con la publicacion de nuevas obras tan importantes como las que ya tiene dadas á luz. ¿Para qué recordarlas cuando todos los que me escuchan han leido con delicia los preciosos *Estudios sobre España*, tanto los relativos á Sevilla, como los referentes á Cádiz y á Toledo, que demuestran, no tan solo el talento y buen gusto de su autor, sino tambien su pasion por las cosas de España, tan acendrada, que ha dado lugar á que un célebre escritor asegure que á Latour no debe considerársele entre los literatos franceses, sino entre los españoles? Al ocupar su asiento, reciba el distinguido hombre de letras el homenage de mi admiracion y respeto.

No temo, Señores, el grito de reprobacion que pueda alzarse contra lo temerario de mi empeño, ni temo tampoco que se diga, al oir la lectura de este preámbulo, lo que dijo el ilustre historiador Thiers viendo anunciada la publicacion de la *Historia de los Girondinos*, del gran poeta Lamartine: «Este hombre nos va á dorar la guillotina.» porque voy á discurrir con el auxilio de la verdad que se desprende de los

hechos históricamente comprobados, no con el entusiasmo de la pasion, ni con la arrebatada elocuencia de quien tiene prisa por encontrar adeptos á una nueva doctrina.

Mas antes permitidme hacer una rapidísima escursion por las principales naciones de la Europa del siglo XIV: permitidme esbozar el estado de aquella sociedad política y religiosamente considerada. Será una digresion supérflua si quereis, un episodio ajeno al asunto de que voy á tratar, inútil y ocioso por consiguiente: pero que yo estimo necesario para poner mas en relieve la gran figura de D. Pedro I. de Castilla, pintando en un mismo lienzo el hombre y su siglo. Vosotros hareis la comparacion y direis cual de los dos fué real y verdaderamente *Cruel*.

Seré breve, seré compendioso: los hechos que voy á narrar pertenecen á la categoría de aquellos cuya sola enunciacion releva de todo comentario.

Puede decirse que en el siglo XIV comenzó á manifestarse en Europa ese movimiento político que en nuestros dias parece haber llegado á un estado de completa madurez. Habíanse hecho en el anterior algunos ensayos de organizacion, mas todos habian fracasado: la sociedad no se encontraba todavía en condiciones para ser organizada. La idea de la unidad, la de las grandes agrupaciones y la de nacionalidad eran desconocidas: dominaba en absoluto el mezquino espíritu de localidad y las inteligencias se movian en un círculo todavía muy estrecho. Los hombres mas *sabidores* carecian de toda nocion de administracion y de justicia verdaderamente pública, y si algun derecho prevalecía y tenía carácter de universalidad, era el peor de los derechos, el de la fuerza. Pero sentíase la necesidad de un nuevo órden de cosas; de una civilizacion bastante fuerte, bastante activa y bastante eficaz para mezclar, asimilar y fundir juntos en un mismo crisol todos aquellos elementos incoherentes. Para ello era necesario que se estableciese antes una poderosa centralizacion de los intereses, de las le-

yes, de las costumbres y de las ideas; en una palabra, que se estableciese un poder público y que se formase una opinion pública.

Esta anhelada civilizacion se adelantaba á pasos mesurados. Dante habia creado ya la lengua y la poesia italiana con la *Divina Comedia*, y D. Alfonso X el habla castellana en sus obras imperecederas; la química y la mecánica habian encontrado en los comienzos de este siglo el secreto para descomponer el trapo y fabricar el papel; la alquimia había descubierto hacía tiempo la pólvora; la actividad comercial fundaba en Génova el primer banco de emision y descuento, y un abad de Saint-Alban construia un reloj de péndulo sobre las bases exactas del cálculo y de las matemáticas: en suma, el pueblo comenzaba á tomar parte en en los asuntos del Estado, y aquel poder público que debía preceder á la civilizacion habia sido sacado del estado embrionario en España por el rey *Sabio* en las leyes de *Partida*, y por el rey soldado y legislador en el *Ordenamiento de Alcalá*.

Mas estos solo eran los primeros destellos de la aurora de la civilizacion de que tanto nos envanecemos en nuestros dias. Reflejos harto débiles todavía para arrollar el negro manto de la noche que envolvía como en un sudario goteando sangre á todos los pueblos de Europa, entregados los unos á la anarquía feudal, espectadores los otros de los mayores crímenes é injusticias, y actores los mas en las escenas mas deplorables de rebeliones y violencias.

En Francia, donde las confiscaciones y las exacciones constituian toda la ciencia de gobierno, fueron quemados vivos y á fuego lento multitud de caballeros Templarios cuyo verdadero crímen consistía en las grandes riquezas que había atesorado la Orden.

Alemania veíase profundamente perturbada por la mas implacable de las luchas, la lucha religiosa, empeñada

entre el clero católico y los discípulos de Juan Hus, protegidos por Wenceslao, hijo y sucesor del emperador Cárlos IV.

En Portugal, Alfonso IV. mandaba asesinar á la bella é infortunada Ines de Castro, casada en secreto con su hijo el Infante D. Pedro; y este á penas sentado en el trono vengaba con la mas inaudita crueldad la muerte de aquella muger á quien tanto había amado.

En Aragon, Pedro IV. el *Ceremonioso* rompía en las Córtes de Zaragoza con su propio puñal los *Privilegios de la Union,* escudo de las libertades aragonesas; mandaba dar muerte á su hermano el infante D. Fernando, y hacía rodar sobre el cadalso la cabeza del *mejor caballero del mundo*, el gran Bernardo de Cabrera.

En Nápoles, Juana I. se casaba con Luis de Tarento, asesino de su primer marido Andrés de Hungria, y ella moría pocos años despues estrangulada ó ahogada entre dos colchones.

En Inglaterra, Juan Wiclef, declamaba contra el poder papal, contra el culto de los santos y el celibato de de los sacerdotes. Aquella *estrella matutina de la Reforma*, hizo muy luego estensivas sus predicaciones contra el poder de los príncipes y contra los ricos, afirmando que el derecho de propiedad se fundaba solo en la gracia; y entusiasmaba al pueblo preguntándole: «Cuando Adan cavaba y Eva hilaba, ¿quién era noble? «Perseguidos activamente sus partidarios, presos los principales y puestos á cuestion de tormento, confesaron que su propósito era exterminar á todos los nobles, Obispos, propietarios y curiales y conservar solo los frailes mendicantes.

En Roma moría asesinado por la faccion de las familias patricias el tribuno Rienzi, que había salvado la ciudad Eterna de los horrores de la anarquía durante el triste periodo que los italianos llaman: *la cautividad de Babilonia.*

Todos estos terribles acontecimientos tenían lugar durante el gran cisma de Occidente; cuando los turcos acampados en la Anatolia solo esperaban reunir una escuadra para pasar el Bósforo y arrancar la Cruz de la cúpula de Santa Sofía, y cuando el célebre Tamerlan, vencedor de la India, de la Persia y de la Armenia recorría victorioso con sus bárbaros Mogoles el Sur de la Rusia.

Y si á tantos crímenes, á tantos desastres y á tan universal anarquía agregamos una peste asoladora que arrebató á Europa las dos quintas partes de sus habitantes; repetidas invasiones de la langosta que taló los campos y produjo muchos años de hambre y malas cosechas, tendremos un cuadro acabado de la calamitosa situacion en que yacieron todas las naciones de Europa durante los mas de los años del siglo XIV.

Bosquejado el cuadro, pongamos en él la figura mas importante, al menos para nosotros.

D. Pedro I. sucedió á su padre D. Alfonso XI. á la temprana edad de quince años y siete meses. Su infancia y los primeros años de su adolescencia habian pasado en la oscuridad y lejos de la corte, al calor solo del regazo de su madre, D.ª Maria de Portugal, esposa inocente y abandonada cuyo palacio era un monasterio en Sevilla, y cuyo séquito eran las lágrimas que sin cesar arrancaban á sus ojos los devaneos de su infiel marido, preso en las amorosas redes de D.ª Leonor de Guzman.

Esta ilustre dama en veinte años de concubinato anduvo tan fecunda en dar hijos á luz, que á la muerte de su real amante quedaban ocho vivos; todos espléndidamente dotados y gozando del respeto y consideracion de los nobles y palaciegos. Estos nobles, estos palaciegos formaban en la corte un partido numeroso en derredor de la Guzman, quien repartía entre ellos todos los cargos importantes de la iglesia, de la milicia y de

la casa del rey. Muerto D. Alfonso, D.ª Leonor, sus hijos, deudos y parciales temieron, y no sin motivo, que los legítimos resentimientos de la reina viuda y la hirviente indignacion del nuevo rey estallasen en la medida de su justicia y razon. El temor les abultó el peligro, y en tanto que en Sevilla se proclamaba á D. Pedro, ellos alzaron el estandarte de la rebelion en Medina-Sidonia y en Algeciras. Vencidos y perdonados por el rey, los rebeldes se vinieron para Sevilla á besar la mano y recibir mercedes del generoso príncipe, cuya clemencia agradecieron dándose prisa á nombrarle un sucesor viéndole acometido de una grave enfermedad.

Restablecido D. Pedro perdonó esta primera ingratitud á sus enemigos, y en los comienzos del año siguiente (1351) salió de Sevilla para celebrar Cortes en Valladolid, movido del deseo de mejorar la suerte de sus pueblos cuyos largos sufrimientos media por los que á él le habian aflijido desde la cuna.

En aquellas Córtes cuyas sesiones duraron todo el otoño de 1351 y primavera de 1352, hiciéronse importantes leyes políticas, civiles y administrativas para el buen gobierno de los reinos de la corona de Castilla; siendo acaso las mas importantes las que se referían al fomento de la agricultura industria y comercio; á la reduccion de los encabezamientos de partido; á la modificacion del sistema gremial; á las trabas puestas al monopolio y á la usura, y á la represion de la vagancia y de la mendicidad: asi es que á resultas de las leyes hechas en aquellas Córtes: *todos sus reinos eran seguros de asonada é furtos é robos, é todos los reyes de España le avian gran temor, é mucho mas sus ricos omes y cavalleros.*

¡Asi dió comienzo á su reinado D. Pedro I de Castilla! ¡Con tan paternal solicitud procuraba el bien de sus pueblos un principe que apenas contaba diez y ocho años!

Por este tiempo la reina viuda y D. Juan Alfonso de

Alburquerque, ayo de D. Pedro durante su infancia, su privado en cuanto subió al trono, y el angel malo de los primeros años de su reinado, concertaron el matrimonio del rey con la princesa Blanca, hija del Duque de Borbon y sobrina de Carlos V. rey de Francia. D. Pedro se prestó gustoso á este enlace.

Dos años tardó D.ª Blanca en responder al llamamiento de su esposo. En este espacio de tiempo rebeláronse contra el rey sus dos incorregibles hermanos bastardos D. Enrique de Trastamara en la villa de Jijon y D. Tello en Monteagudo, así como D. Alonso Coronel en su villa fuerte de Aguilar en Andalucía. Estas insignes deslealtades, estas negras ingratitudes fueron acompañadas de un acto de repugnante inmoralidad que fué el primer eslabon de aquella larga cadena de infortunios, de crímenes de felonias y traiciones que arrastrándose por un mar de sangre y de cieno terminó en el asesinato de Montiel.

Recelando Alburquerque que la tardanza de D.ª Blanca diese ocasion á que alguna dama de la córte ganase el corazon del jóven monarca é hiciese vacilar su privanza, corrompió la inocencia de una niña que se habia criado en su casa al lado de su mujer, y se la entregó á D. Pedro á manera de juguete para entretener sus ocios amorosos en ausencia de su esposa. Engañóse en su innoble cálculo el pèrfido ministro, pues D.ª María Padilla, hermosa y discreta cual ninguna, cautivó desde luego y en tales términos el corazon de su régio amante que se trasformó en el amor de toda su vida; adquiriendo á la vez tal ascendiente sobre él, que sus parientes y amigos reemplazaron al poco tiempo en la privanza y mercedes de D. Pedro al mismo Al burquerque y á los suyos.

Llegada al fin Doña Blanca de Borbon á Valladolid, mostró el rey grande repugnancia á unirse á ella; pero cediendo á los ruegos de su madre y consejeros, verificó su union para romperla á los dos dias de consumada.

No pretendo disculpar la conducta de D. Pedro, y líbreme Dios de manchar, sin pruebas suficientes, la triste memoria de aquella infortunada reina; pero ¿á quién si no es á la indigna intriga de Alburquerque puede hacerse responsable de la antipatía que el rey mostró hácia su esposa? No olvidemos que D. Pedro tenía á la sazon diez y ocho años y medio, y los ejemplos de su padre para regular su conducta en todos los actos de su vida doméstica. Esos ejemplos debieron ser tenidos en cuenta por su familia y consejeros, á fin de apartar la inesperiencia de sus pocos años de los grandes riesgos que los amenazaban.

De este deplorable acontecimiento tomaron pretesto los ambiciosos y descontentos para alzarse en audaz rebelion contra el rey. Los que se habian arrastrado durante veinte años á los pies de Doña Leonor de Guzman, y tolerado sin murmurar la conducta de D. Alfonso XI, infinitamente mas culpable que la de su hijo, no tuvieron empacho en invocar los eternos principios de la moral, la santidad de los juramentos y la razon de Estado para justificar sus crímenes de alta traicion.

Y, ¿quiénes fueron los inmaculados campeones de la justicia escarnecida y de la moral ultrajada? los bastardos D. Enrique, D. Tello y D. Fadrique, casados los dos primeros y religioso profeso de la órden de Santiago el último, quienes á pesar de los juramentos que los ligaban vivian en público concubinato y dejaron numerosos bastardos al morir; D. Juan Alfonso de Alburquerque, cuyo cadáver sirvió de bandera á la insurreccion, y que sacó al mercado la inocencia de su pupila para conservar su privanza, y finalmente la nobleza castellana de costumbres, un tanto licenciosas, que rebelde siempre á la autoridad del trono pretendia vengar en D. Pedro los agraviosque suponía haber recibido de los reyes sus predecesores.

Formóse, pues, una liga entre todos los ambiciosos que amenazaba renovar en Castilla los calamitosos tiempos de la larga menoría de D. Alfonso XI; y en ella ¡quién lo creyera! entró contra su propio hijo la reina viuda Doña María de Portugal, arrastrada por el portugués Martin Alfonso Tello, con quien segun pública fama tenía amores clandestinos. Y para que todo fuese monstruoso en aquella indisculpable rebelion, los conjurados ofrecieron la corona de Castilla al Infante D. Pedro de Portugal.

Interesante sería, pero demasiado larga para contenerse en los estrechos límites en que debo encerrar mi discurso, la narracion de los dramáticos sucesos que tuvieron lugar en Castilla desde el año 1353 hasta 1355, época en la cual fugose D. Pedro de la prision de Toro en que mañosamente le habian encerrado los rebeldes. Digo mal, no se fugó, sino que ellos mismos escandalizados de la enormidad de su atentado, tal y tan grande para aquellos tiempos, como no es posible que lo apreciemos en los nuestros, en que los pueblos juegan sin escrúpulo á los reyes ó con los reyes, facilitáronle la evasion, comprendiendo *que non podrian durar así, é procuraron cada uno en secreto hacer sus pleitesias al rey.*

Y ¿cuál fué entre tanto la suerte de los mismos pueblos de los reinos de Castilla? De ociosa calificareis la pregunta siendo evidente que no habiéndose podido poner en ejecucion á resultas de la anarquía que produjo la nobleza, las sábias leyes hechas en las Córtes de Valladolid, no solo continuarian los abusos y violencias que las hicieron necesarias, sino que se exacerbarian sin medida, como de ello dan testimonio el robo de la recua de Búrgos que iba á la feria de Alcalá de Henares, perpetrado por D. Tello hijo de la Guzman; la vida de salteadores de caminos que hicieron los rebeldes en su marcha por Salamanca, Zamora y Montemarta; el incendio de la villa

de Colmenares y degüello de todos sus habitantes, y el saqueo de la Judería de Toledo, donde dieron muerte á mil y doscientas personas.

Estos fueron los hombres que se levantaron contra la legitimidad de D. Pedro I., pretestando el bien público la moral ultrajada, y la paz de los pueblos, cuando á lo que aspiraban en realidad, era á tenerlo bajo su ambiciosa tutela y á repartirse maestrazgos, encomiendas, villas, lugares, castillos y *piaras* de vasallos.

Tal es, señores la historia abreviada de los primeros años del reinado de D. Pedro, á quien se comienza á llamar *Cruel* desde el suplicio del desleal Garcilaso de la Vega, en Burgos, por mas que perdonara clementísimo seis villanas traiciones á D. Enrique de Trastamara, tres á Don Fadrique y otras tantas á D. Tello, que los colmara de Mercedes, asi como á sus parciales, y que diera elocuentes pruebas de ser mejor que todos cuantos rodearon su trono, si se esceptua su ángel bueno, la hermosa y discreta Doña María de Padilla, y el leal y pundonoroso caballero Juan Fernandez de Hinestrosa.

No fué ciertamente perdida para él la dura leccion que había recibido con su prision en Toro, ni la enseñanza que le dejaron sus abuelos D. Alfonso el *Sábio*, y D. Sancho el *Bravo* y las memorias de D. Fernando el *Emplazado*, y D. Alfonso el *Justiciero*. Su clara inteligencia comprendió desde luego que la causa impulsiva de los inveterados males que aquejaban á sus pueblos nacía de la debilidad del poder real, que si bien era fuerte por la tradicion y el amor y respeto que le tributaban los *pequeños*, se ajitaba en la impotencia, cuando tenía que luchar con los *grandes*, que se median de igual á igual con él. Quiso pues robustecer ese poder, vindicando los derechos de la soberanía, y mantener á los señores dentro de los límites de la justicia y de la moderacion. Al efec-

to eligió con raro acierto el único medio que en aquella edad de hierro podía alcanzar tan apetecido fin.

Este medio era la guerra; pero una guerra extrangera que debia, si el éxito coronaba su jigantesta empresa, hacer de toda España una sola nacion regida por un cetro bastante fuerte entonces para alcanzar á todas partes, sin temor á que lo empequeñeciesen las ligas y confabulaciones de la nobleza, ni á que le hiciese rodar por el suelo la soberbia de alguno de tantos magnates que en Castilla podian poner sobre las armas una hueste tan numerosa como la del rey.

Don Pedro soñó con anticipar la grande obra de los Reyes Católicos; é hizo más, lo intentó.

Esta es la pájina de oro de su reinado; pero desgraciadamente es la menos conocida por haber sido muy poco estudiada.

La fatalidad, ó la pasion de sus cronistas contemporáneos, tan interesados en disfrazar ó ocultar la verdad, tomó á empeño despojarle de todos los grandes rasgos de carácter, ya que no de jénio que ennoblecieron su vida y levantaron su talla por encima de todos sus coetáneos. Asi que de él solo se escribieron aquellos actos de tremenda justicia que pudieran merecerle el dictado de *Cruel*, haciendo con deliberada intencion caso omiso de los antecedentes de la genealogía de aquellos actos porque esta hubiera sido su mejor justificacion.

Para comprender la grandeza, digo mal, la heróica temeridad de sus empresas terrestres y marítimas contra Aragon, es necesario examinar las dificultades que tuvo que vencer; esto es lo que voy á hacer breve y sumariamente.

En la época en que D. Pedro de Castilla declaró la guerra á D. Pedro el *Ceremonioso*, encontrábase la Corona de Aragon en el apojeo de su grandeza.

En poco menos de un siglo desde D. Pedro III llamado vulgarmente *dels Francesos*, Aragon no solo se ha-

bia elevado al rango de primera potencia marítima en Europa, sino que se habia levantado con la soberanía del Mediterráneo. Las conquistas de Sicilia, Cerdeña, Córcega, Mallorca é Ibiza; los innumerables y gloriosos combates en que habia vencido las escuadras francesas, genovesas, venecianas y Pisanas; las grandes humillaciones que en repetidos encuentros y batallas habia hecho sufrir á las armas de Francia, Roma y Nápoles coaligadas contra las de Aragon; la espedicion de Catalanes y Aragoneses á Oriente, y en suma, la fama adquirida por aquel pueblo «que habia plantado «su victoriosa bandera sobre los muros de Famagusta, y «sobre los torreones de Gozzo, Lipari y Corfu, que ha«bia convertido á Barcelona en emporio de las riquezas de «Oriente y llenado á Europa con los nombres de Lanzas, Laurias, Queralt, Mallols, Entenzas y Bernardo de Cabre«ra» habian hecho de él una de las naciones mas temidas en aquel siglo. Así que sus ministros y embajadores ocuparon los primeros lugares en las Córtes de Alemania, Italia, Francia, Inglaterra y Constantinopla, haciendo sentir el peso de la política aragonesa en todas las grandes cuestiones que se agitaban en aquellos tiempos.

Con esta preponderancia política; con un soberano tan celoso del prestigio de su corona como D. Pedro el *Ceremonioso*; con una marina mercante que al amparo de la militar visitaba todos los puertos comerciales abiertos al tráfico, y con un ejército de capitanes y soldados amaestrados y encanecidos en guerras internacionales y de conquistas, Aragon era, repito, en los tiempos de que me ocupo, una de las naciones mas preponderantes en la Europa civilizada.

Y ¿cuál era á la sazon el estado de los reinos de Castilla? Si no fuera bastante para formarse un juicio aproximado de él la sucinta relacion que hice anteriormente de los grandes disturbios, rebeldías y traiciones que se sucedieron sin interrupcion durante los primeros siete años

del reinado de D. Pedro I, traería á vuestra memoria las calamidades sin cuento que los aniquilaron durante las largas menorías de D. Fernando IV y D. Alfonso XI las inestinguibles rebeliones de aquellos magnates tan poderosos como reyes, que destrozaban á Alfonso X, é insultaban con vocablos mas torpes y soeces á D. Sancho el *Bravo* en las Córtes de Alfaro: lo exahusto de dinero que habian dejado al reino las tenaces pretensiones del rey *Sabio* á la corona imperial de Alemania, y, por último, la poca significacion política que tenia en Europa la corona de Castilla de la cual no se acordaban en las Córtes estranjeras como no fuera en cuestiones de alianzas de familia.

Os recordaría tambien que Castilla no era ni habia sido en el discurso de los siglos anteriores, lo que se llama una potencia marítima ni mucho menos. Hasta entonces, cuantas veces tuvo que defender su independencia en la mar contra los incansables ataques de sus eternos enemigos los mauritanos, habíase visto en la necesidad de tomar á sueldo barcos y marinos en Aragon ó en Génova, y por último, que el único grande esfuerzo naval, verdaderamente nacional que habia hecho en tiempo de D. Alfonso XI para resistir la postrera invasion africana, habia sido tragado por las olas del estrecho. Inmenso desastre marítimo que fué superabundantemente compensado con la inmortal victoria del Salado y con la gloriosa conquista de Algeciras.

Os repitiria, Señores, lo que ya sabeis; esto es, que si política y marítimamente Castilla era inferior á Aragon, tambien lo era bajo el punto de vista militar. Y no es que la nobleza castellana fuese menos valerosa que los orgullosos infanzones aragoneses, ni el pueblo menos aguerrido que el del rey *Ceremonioso*; sino que los infanzones mesnadas de Aragon se habian formado en los grandes campos de batalla de Italia, en las luchas con los franceses y con los turcos y en el asalto de las plazas de guer-

ra de primer órden en aquellos tiempos: en tanto que los castellanos no tenian mas ciencia militar que la que habian aprendido en sus luchas periódicas con los granadinos y con las ordas africanas que cruzaban el estrecho en son de conquista de la tierra del *Andalos*.

Mas esta era una guerra de rebatos, de sorpresas, de emboscadas; guerra que no obedecía por lo general á ningun plan estratéjico maduramente combinado, y que si bien formaba héroes, campeadores y audaces guerrilleros estaba muy lejos de formar grandes capitanes.

Con estas condiciones de inferioridad militar y marítima, y con un poder real debilitado, ya que no desprestigiado, y rodeado de traidores y desleales, D. Pedro I. de Castilla concibió el audaz proyecto de conquistar el reino de Aragon y unirlo definitivamente á la corona de Castilla.

Un atentado tan escandaloso como injustificable cometido en un puerto de mar de Andalucía por un Almirante aragonés, favoreció aun mas allá de sus esperanzas la ejecucion del pensamiento de D. Pedro, quien desde Sevilla, donde se habia retirado después de vencida la liga de los grandes, pidió humillantes satisfacciones al rey de Aragon, que se negó á darlas en la forma que le exijian, y tuvo que aceptar la guerra.

El digno hijo y sucesor de D. Alfonso XI abrió inmediatamente la campaña en son de conquista en el mismo suelo enemigo, sin arredrarle la superioridad de las fuerzas de su rival, ni lo que algunos cronistas llaman empresa injusta, descabellada y ruinosa para Castilla.

Si aceptamos, como no es posible negarlo, lo mucho que aventajaba en fuerzas de mar y tierra y en recursos de todo género el rey de Aragon al de Castilla, ¿á quién si no es al genio y al indomable valor de D. Pedro puden atribuirse los repetidos triunfos obtenidos en tan desigual contienda?

En la primera campaña (1357) partiendo de Sevilla atra-

vesó casi todo el reino de Aragon conquistando cuantas villas, castillos y lugares encontró á su paso; llegó hasta Tarazona, y no solo expugnó esta fuerte villa, sino que noticioso de que se acercaba para auxiliar la plaza un numeroso ejército compuesto de aragoneses, franceses y caballeros castellanos de la parcialidad de D. Enrique de Trastamara, traidores á su pátria y á su rey, salioles al encuentro y les presentó la batalla, que los aliados no quisieron aceptar retirándose del campo sin haber desenvainado una sola espada.

Sin la mediacion del Papa que á duras penas logró detener el vuelo del aguila castellana, asentando treguas por un año entre los dos reyes españoles ¿quién sabe lo que hubiera sido de Aragon en la segunda mitad del siglo XIV? Nótese que D. Pedro daba el nombre de *Castilla la Nueva* al territorio aragonés á medida que lo iba conquistando. Este es el primer rasgo de politica verdaderamente nacional que rejistran los anales de España; y y este rasgo nació en aquel gran corazon que sabia anteponer el interés de sus pueblos al interés de su familia.

En tanto batallaba en Aragon y en tanto corrian los meses del plazo de las treguas, D. Pedro, lo mismo bajo la lona de su tienda de campaña que bajo los dorados techos de sus Alcázares de Sevilla, meditaba sin cesar y allegaba sin descanso los medios para crear una marina militar castellana, convencido que solo por este camino podria destruir la superioridad del rey de Aragon. Es axioma de todos los tiempos que los marinos y las escuadras no se improvisan; mas D. Pedro desmintió esta verdad. Los desastres marítimos de los últimos años del reinado de su padre habian dejado vacios los arsenales castellanos y señaladamente las atarazanas de Sevilla de donde habian salido aquellos grandes armamentos navales; sin embargo en la época de que me vengo ocupando estaban ya reparados, puesto que de los astilleros de Sevilla salieron bien

armadas y pertrechadas las naves que dieron al viento delante de la opulenta y fuerte Barcelona el pabellon de Castilla.

El primer ensayo de sus fuerzas hecho acaso arrebatadamente en un teatro para él completamente desconocido, con buques que por primera vez rompian las olas del mar y con tripulaciones novicias, tuvo un funesto resultado, puesto que una deshecha borrasca estrelló las naves castellanas sobre las costas de Alicante, salvándose solo dos en una de las cuales iba D. Pedro y su fortuna.

Aquel terrible desastre que malograba tantas esperanzas y que para otro hombre hubiera sido de funesto augurio, lejos de acobardar su gran corazon, duplicó sus brios y le dió mayor aliento para continuar la demanda. Incansable en su propósito vino á Sevilla para activar con su presencia un nuevo armamento naval; y tanta diligencia puso, que en los primeros meses de 1359 salió del Guadalquivir con veinte y ocho galeras y cuarenta naves, cada una de las cuales embarcaba de ochenta á cien ballesteros y hombres de armas.

Con esta magnífica armada, la mas formidable que saliera de los puertos Castellanos, hízose D. Pedro á la mar, orgulloso de ser el primer rey de Castilla que aventuraba su persona en una empresa naval, y el primero para quien siendo estrecha la tierra de España, buscaba un nuevo campo á su actividad guerrera sobre un elemento que hasta entónces habia opuesto una barrera insuperable al teson batallador de un pueblo, que hacia muchos siglos no soltaba las armas de la mano.

A principios de Junio presentóse en el puerto de Barcelona. Dos dias estuvo combatiendo la ciudad; pasados los cuales levó anclas satisfecho con haber desafiado en sus mismas aguas todo el poder marítimo de Aragon.

Un mes después, las armadas Castellana y Aragonesa formaban en órden de combate frente á Calpe en las cos-

tas de Alicante. Y ¡quién lo creyera! allí como en Tarazona, aquellos soberbios marinos que durante un siglo habian considerado como un lago aragonés el inmenso mar que se estiende desde el canal de Constantinopla hasta el estrecho de Gibraltar, *non se atrevieron*, como dice Ayala, *de venir á pelear con las naos del rey de Castilla*, y se refujieron haciendo fuerza de remo y vela en el rio de Denia.

En vista de la retirada del enemigo, D. Pedro retrocedió al puerto de Cartagena donde disolvió la armada dando por terminada aquella empresa marítima, tan gloriosa para la improvisada marina militar castellana, como humillante fué para la veterana aragonesa.

Durante las campañas terrestres que se sucedieron desde 1359 hasta 1365, fecha esta última en que comenzó á eclipsarse la estrella de D. Pedro, continuaron las felonías de los bastardos D. Enrique, D. Tello y D. Fadrique y de los caballeros castellanos *desnaturados*, que traidores á su pátria tomaban sueldo del rey de Aragon para combatir por la espalda á su legítimo señor y soberano. cuando mas comprometido le veian en su empeño de engrandecimiento nacional; lo cual no fué obstáculo para que el belicoso é infatigable D. Pedro se apoderase de las plazas fuertes de las fronteras de Aragon; de las importantes ciudades de Calatayud, Borja, Magallones y Carinena; que llegase á amenazar sériamente á Zaragoza y que acampase al pié de los muros de Valencia, despues de haber rendido plazas tan señaladas como Teruel, Segorbe, Murviedro, Alicante y Orihuela.

Tan constante se le mostró la fortuna, que al decir de un escritor anónimo del siglo XV, sin la guerra que por sujestiones de D. Pedro de Aragon movió el rey de Granada en Andalucía, obligando al castellano á acudir desalado en defensa de sus provincias las mas queridas, *«en medio año este Rey D. Pedro conquistara todo el reino de Aragon.»*

Despues de haber trazado en grandes rasgos la historia de D. Pedro I. de Castilla, y presentádolo á vuestra ilustrada consideracion en la primera época de su reinado como príncipe clemente con los ingratos y traidores que rodearon su trono, y en la segunda como famoso capitan en aquel siglo guerrero y batallador, y como político de miras levantadas que intentó resolver el árduo problema de la union de Castilla y Aragon, un siglo muy cumplido antes del dia que la Providencia tenía señalado para dar comienzo á la ejecucion de tan grandiosa obra, y finalmente, como creador de la marina castellana, de esa heróica marina que abrió en Lepanto y cerró en Trafalgar la historia marítimo-militar de la edad moderna, cúmpleme ahora presentarlo bajo una nueva faz, si bien no tan dramática y novelesca como las anteriores, no menos digna de general respeto y admiracion.

Es opinion tan universalmente admitida la de que Don Pedro fué un rey eminentemente popular que consagró las horas que podia robar á los afanes de la guerra, á dictar leyes, recopilar códigos, fundar y dotar iglesias y monasterios, alentar las artes y administrar recta justicia, que ni aun sus mayores detractores han podido despojarle de estos títulos tan gloriosos como envidiables. Si la historia anecdótica, que es la que con mas facilidad aprende y retiene el pueblo, no diera testimonio de ello, diéralo muy cumplido esa frase que brota espontáneamente de de todos los lábios cuando se divulga una grande injusticia que queda impune: *Aquí hace falta un Rey D. Pedro*; y diéranlo tambien el *Ordenamiento de los menestrales:* las leyes sobre la vagancia, la mendicidad, y los malhechores, y los *somatenes* contra los salteadores de caminos; sábias disposiciones cuya iniciativa y cuyo planteamiento fué debido á aquel malogrado rey.

Así es, que si ilustre fué su reinado por el brillo que en él alcanzaron las armas castellanas sobre los campos

de batalla, no menos digno de loa fué por el aumento y esplendor que en él tuvo la legislacion de los reinos de Castilla.

En efecto; D. Pedro I. no solo confirmó uno de los monumentos mas preciosos de la legislacion española, el *Ordenamiento de Alcalá,* hecho en aquellas célebres Córtes convocadas en 1348, por su padre D. Alfonso XI, sino que, como el mismo dice en su carta ó pragmática que va al frente: «*fallando que los escribanos que las ovieron de escribir apriesa* (las leyes) *escribieron en ellas algunas palabras erradas ó menguadas, é pusieron y algunos títulos é leyes do non avian de estar* mandó en las Córtes de Valladolid (1351) concertar las dichas leyes y escribirlas en un libro que dispuso se guardase en su real Cámara.

De la misma manera y con el fin de facilitar á todos los majistrados y súbditos suyos el estudio y conocimiento de las leyes de Castilla, hizo en 1356, una recopilacion de los fueros castellanos con todos los aumentos, correcciones y confirmaciones que en ellos habian introducido los reyes sus predecesores, y dió á este código el nombre de *Fuero Viejo de Castilla*, porque en él se recopilaron todas las leyes que traian su orígen de los tiempor antiguos del Conde D. Sancho de Castilla.

Finalmente; en el año 1352 acabó de formar el célebre libro llamado *Becerro de las Behetrias*, libro que se había empezado en 1340 por su padre D. Alfonso, con objeto de deslindar las tres jurisdicciones de *realengo, abadengo* y *señorío*, y poner coto á los desmanes y vejaciones de los nobles, corregir los muchos desórdenes que se cometian en el cobro de los derechos reales, y quitar pretestos á interminables riñas y disputas. Tambien se guardaba cuidadosamente este libro en su real Cámara.

Estas nobles y civilizadoras tareas no le abstraian en términos de hacerle olvidar sus deberes de rey cristiano,

celoso del esplendor del culto Divino; puesto que desde el año 1356, comenzó á reedificar las iglesias parroquiales de la Magdalena, San Miguel, Omnium Sanctorum, Santa Marina y San Roman; á prodigar cuantiosas limosnas para restaurar los templos de San Pablo y San Francisco; á hacer merced á las monjas del convento de San Leandro de las casas en que habitaron, y constituirse en bienechor insigne del convento del Carmen en Sevilla, obteniendo, de Alvaro Suarez, la donacion de algunas casas para la fundacion del convento; lo que aquel buen caballero se apresuró á conceder, *por habérselo pedido el magnánimo rey D. Pedro su Señor.*

¡Ni aun el mérito desinteresado de estas manifestaciones de su celo religioso han querido concederle sus incansables detractores, puesto que atribuyen á *penitencia impuesta de culpas contra el decoro de la Iglesia...!* ¡Infeliz rey, esclama con este motivo nuestro célebre analista, que hasta en las obras de piedad se le buscan motivos de culpa!

Llegamos ya, Señores, al desenlace del gran drama histórico cuyo breve resumen acabo de hacer. A medida que se acerca la catástrofe mis fuerzas flacas de suyo, desfallecen á efecto de la doble corriente de sentimientos dolorosos que las combaten: de un lado la certeza que tengo de haber abusado de vuestra benévola paciencia, y del otro la resistencia que pone mi alma á trazar el cuadro de los escesos que ensangrentaron la última época del reinado de D. Pedro. Cuadro tan sombrio que solo podría ser reproducido fielmente por la pluma del inmortal poeta que describió el suplicio atroz del Conde *Ugolino* en la *Torre del hambre*, y la venganza que aquel martirizado padre tomó en su verdugo, *sentado en la orilla del foso cavado en el estanque de hielo.*

Renuncio, pues, á detallar aquel tráfago de inicuas traiciones; aquel mercado de conciencias; aquel sacar á su-

basta su honor los que de mas nobles se preciaban; aquellas impúdicas ventas de provincias Castellanas al extrangero, y aquellas bastardas ambiciones que todo lo sacrificaban al afan de medro personal. Crímenes todos de lesa-nacion y de lesa-majestad en los cuales no tomó parte el pueblo, que obediente á la voz del deber y del patriotismo se mantuvo fiel á la justicia y el derecho, unido, en medio de su fatal fraccionamiento, á la causa de aquel rey valiente, lejislador y justiciero.

Mas si renuncio á entrar en semejantes detalles, no debo pasar en silencío que aquel rey tan calumniado terminó su reinado y vida como habian empezado; esto es, con actos de nobleza y generosidad.

Encontrábase D. Pedro en Sevilla descansando de su gloriosas fatigas; pero no en el ocio y los placeres, sino ocupado en administrar justicia. en hacer fundaciones y donaciones piadosas y en dispensar á las artes bellas y á las manuales toda la proteccion que cabía en aquellos tiempos bastante rudos todavía, cuando á principios de 1366 recibió la inesperada nueva de haber penetrado en España por los Pirineos orientales su hermano D. Enrique de Trastamara auxiliado por los reyes de Francia y Aragon, y seguido de las *grandes compañías blancas*, bandadas de aventureros, *malandrines* sin Dios, patria ni ley, que después de haber devastado varias provincias francesas acudian como buitres á saquear las castellanas acaudillados por el ignorante y brutal Duguesclin.

En su vista acudió presuroso á Burgos donde habia convocado á sus hombres leales para hacer frente á tan vandálica irrupcion; mas á los pocos dias, y sin que se sepa la causa, regresó precipitadamente á Sevilla dejando franco el campo al bastardo usurpador. Desde este momento comienza á estinguirse en él aquella varonil energía, aquella señalada actividad que se habian hecho proverbiales en toda España; y de debilidad en debilidad, de desacierto en desa-

cierto, empujado por defecciones sin número y por traiciones sin cuento llegó fugitivo á Bayona en el otoño de aquel año (1366) á pedir auxilio al bizarro y cumplido caballero, el príncipe de Gales, hijo de Eduardo III de Inglaterra.

Dióselo tan generoso aquel ilustre capitan, vendiendo y empeñando para ello su tesoro y sus alhajas, que en enero de 1367, un numeroso y brillante ejército anglo-castellano pasó los puertos de Roncesvalles, y se puso en campaña contra los rebeldes, á quienes alcanzó, el dia 2 de abril, en los campos de Nájera. Favoreció el Dios de las batallas la justa causa: la hueste del *Bastardo* sufrió una completa derrota y huyó á la desbandada dejando el campo cubierto de cadáveres, y en poder del vencedor numerosos prisioneros, entre los cuales se contaron á D. Sancho, hermano de D. Enrique, el célebre Duguesclin, el mariscal Aundechan, el marqués de Villena, los maestres de Santiago y de Calatrava, el Obispo de Badajoz, y muchos caballeros castellanos y leoneses.

¿Cómo usó D. Pedro de esa espléndida victoria que aseguraba la paz de sus reinos, permitiéndole esterminar á sus incorregibles y alevosos enemigos?

Aquel *mal ome*, aquella *bestia cruelísima*, dió libertad á la mayor parte de sus prisioneros, quienes agradecidos á tanta magnanimidad comenzaron muy luego á moverle guerra desde sus castillos, y á confabularse y confederarse tan sin rubor, que en la segunda entrada que D. Enrique verificó en Castilla, en el mismo año, uniéronse á él seiscientas lanzas de los vencidos y perdonados en Nájera; y finalmente, limitando las ejecuciones por cáusa de traicion probada en las ciudades donde la parcialidad de D. Enrique había levantado la cabeza, á dos justicias en Toledo, diez y seis en Córdoba y cinco en Sevilla.

¿Dónde anduvo en los meses siguientes al triunfo de

Nájera, no ya la *crueldad*, pero siquiera la justicia del rey D. Pedro?

Repuesto del pasado desastre, D. Enrique verificó su última y definitiva invasion en Castilla en octubre de 1368, acaudillando nuevo ejército de estrangeros y de españoles desleales. Con él llegó á poner sitio á Toledo en los comienzos del año siguiente. Despues de una larga é inesplicable inaccion, D. Pedro se puso en movimiento contra el usurpador, quien noticioso de su marcha dejó el cerco de Toledo y le salió al encuentro, avistándose ambos ejércitos, en la mañana del 14 de marzo en las inmediaciones de Montiel, lugar y castillo del maestrazgo de Santiago.

Trabóse la batalla, y el ejército real fué completamente derrotado, por mas que D. Pedro combatiera con su proverbial heroismo y temeraria intrepidéz, armado de una hacha de armas, con la cual daba golpes tan descomunales, que, segun refiere Froissard, *nul ne l'osait approcher*. Vencido se retiró al castillo de Montiel, donde Don Enrique le cercó tan estrechamente, que *ni un pájaro hubiera podido salir de la fortaleza*.

Pocos dias despues, un grupo de villanos vestidos de caballeros, parientes y amigos de Duguesclin, que los presidia, sacaban á subasta su honra, ofreciéndola á quien mas diera por ella entre D. Pedro I. y el bastardo de Trastamara. El primero ofreció al célebre breton el señorío de algunas villas y doscientos mil castellanos de oro, si haciendo traicion á D. Enrique le ayudaba á fugarse de Montiel, el bastardo doblaba la cantidad si le entregaban maniatado al rey de Castilla, y como es consiguiente, siendo el mejor postor, aquellos capitanes de *malhechores* le adjudicaron su honra.

En su virtud Duguesclin atrajo á una infame celada al rey mas bizarro y caballero de su época, y ayudado de su amigos y parientes le sujetó, le derribó en tierra

y puso en la diestra de D. Enrrique el puñal fratricida con que despedazó á mansalva aquel gran corazon...!

Así murió á los treinta y cinco años, en la noche del 23 de Marzo de 1369, el rey D. Pedro I. de Castilla, llamado el *Cruel,* víctima de su honrada confianza, en la palabra de un gefe de *bandidos!*

¡Cruel....! ¿y por qué? ¿Porque perdonó á los pequeños y fué inexorable con los grandes? ¿Porque quiso contener dentro de los límites de la debida moderacion á la turbulenta y opresora nobleza castellana? ¿Porque castigó los crímenes de felonía, de lesa-nacion y de lesa-majestad con el rigor que han sido castigados en todos los tiempos, en todos los pueblos y por todas las sociedades civilizadas? ¿Porque mando matar al maestre de Santiago que desleal á su rey y hermano, ejerciendo mando militar en tiempo de guerra en el reino de Murcia abrió tratos para pasarse vergonzosamente al enemigo, segun afirma el ilustre Gerónimo de Zurita? ¿Porque aprobó la sentencia de su consejo, que condenaba á muerte al rey *Bermejo,* usurpador del trono de Granada, cuyo legítimo soberano, *vasallo del rey D. Pedro,* lo envió preso y con buena escolta, para que le mandase *castigar como fallase en derecho?* ¿Porque abandonó á su esposa Doña Blanca de Borbon, que tan poca diligencia hiciera por unirse á él, y porque la dejó morir ó la hizo dar muerte violenta, acusada y convicta de haberse confabulado con los de la liga de Toro; de haber sublevado la ciudad de Toledo; de haber equipado á espensas del tesoro del rey un numeroso cuerpo de caballería, que al mando de D. Fadrique ayudó á los rebeldes á encerrarle en una prision; y porque vengó en la sangre de la familia real de Francia la conjuracion que contra su honra, su trono y su vida se tramaba por los reyes, por los nobles y por los bandidos de aquella nacion?

Uno de los cargos que con mayor insistencia se le

han hecho por aquellos actos de alta y tremenda justicia es la forma en que los mandó ejecutar, tan desnuda de todo procedimiento que parecen haber sido dictados por el espíritu de venganza. Los que esto escriben afectan desconocer el caracter, las costumbres, la administracion de justicia y la legislacion especial, sobre todo la de la nobleza de aquellos tiempos; por mas que los cronistas contemporáneos en cuyos libros se inspiran, no solo dejen adivinar aquella legislacion, sino que digan de todos los suplicios análogos decretados por los reyes antecesores de D. Pedro, *esta es justicia del Rey*.

En efecto; que la justicia era del Rey, lo dicen con sobrada claridad el *Fuero viejo de Castilla,* declarando al Lib. I, Tit. I, que las cuatro cosas que pertenecen al Rey por razon de señorío y las cuales no puede apartar de sí, son: *Justicia* (suprema) *Moneda*, *Fonsadera, é sus yantares;* la ley 12 tít. I. de las *Partidas* que dice: *solo el rey puede hacer leyes para sus súbditos*, y que las que no fuesen hechas así, no tienen fuerza, y el *Ordenamiento de Alcalá* que declara inseparable del poder soberano la *Mayoría de Justicia*.

Ahora bien, señores; en una sociedad política constituida de tal manera que el que hacía leyes las aplicaba, donde el rey, en tal virtud, podía sumariar y fallar en el secreto de su conciencia; donde reinaba y gobernaba un poder soberano tan absoluto y tan irresponsable; y donde existía una clase nobiliaria que formaba pequeñas monarquías hereditarias, especies de Estados dentro del Estado, y cuyos privilegios la eximian del fuero comun hasta en las cuestiones de compras, ventas, arrendamientos y labores nuevas, ¿qué estraño es que la voluntad del que hacía y aplicaba la ley señalase el tiempo y manera de imponer la pena al vasallo grande ó pequeño que se hacía reo de un delito penado por esa misma ley?

En los nuestros, en que la division de poderes y la

desconfianza entre el gobierno y los gobernados son la base de toda constitucion politica, semejante manera de *hacer justicia* sublevaría la conciencia universal, y dudo mucho que un soberano, por déspota que fuera, quisiese tomar sobre sí tan tremenda responsabilidad. Pero en aquellos en que el rey era el unjido del Señor; la fuente de todo derecho y señorío; el regulador de la organizacion política y social, y el juez único de todas las diferencias: tiempos en que el pueblo y las ciudades rendian verdadero culto á la monarquía, porque una larga tradicion trasmitida por mas de mil generaciones se lo habia enseñado; en que el trono servía de escudo á todos los vasallos labradores, solariegos y siervos contra los desmanes de los grandes señores, y en los que el respeto, el amor y la confianza constituian las bases del pacto que unía al pueblo con el rey, nadie, señores, nadie salvo los rebeldes y traidores, osaba poner en duda la justicia de los fallos del soberano por tremendos que fueran.

Por eso el rey podia, sin que se alzase una voz en son de protesta legal, *matar por sus propias manos*, como lo ejecutó D. Sancho el *Bravo* en las Córtes de Alfaro; ó mandar matar sin forma de proceso como lo hicieron D. Fernando IV con los hermanos Carvajales y Don Alfonso XI con su tio D. Juan el *Tuerto*, sin que hayan llegado hasta nosotros sus nombres manchados con el epíteto de *Cruel*.

Es verdad que sus cronistas no tenian que justificar ningun acto de insigne deslealtad, ni escribieron la vida de aquellos príncipes en la antesala de un bastardo, usurpador y fratricida.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO Y TOLEDO,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESTACION

AL DEL SR. GUICHOT.

SEÑORES:

Acabamos de escuchar un magnífico discurso, trabajo histórico de muy subido precio, lleno de saber profundo y de juicios esactos; escrito con pureza, y con el estilo grave que al asunto conviene; discurso notabilísimo que al par que demuestra la dilijencia y tino con que procede la Academia al escojer á sus individuos, llamando á su seno á todos los hombres de verdadero mérito sin reparar en opiniones, porque en ella caben todas las manifestaciones de la ciencia, patentiza por otra parte lo mucho que en sus tareas puede esperar la Corporacion con la ayuda de tan ilustrado compañero.

El encargo que se me ha confiado es superior á mis fuerzas. Sin embargo, lo he aceptado con verdadera alegria, y lo desempeño gustosísimo en este momento. No porque desconozca que el contestar á ese discurso es ardua y dificultosa tarea. No voy á intentarla. Habré de limitarme á dar la bien venida al nuevo Académico, saludándole en nombre de este cuerpo cordial y afectuosamen-

te. Luego espondré á la consideracion de los que me escuchan algunas lijeras apreciaciones sobre el reinado de D. Pedro I, que no podrán menos de parecer pálidas y descoloridas, despues de esas que todos acabamos de admirar. En la comparacion yo he de ser por necesidad el que pierda; pero esto en nada disminuye el placer de recordar á nuestro compañero el antiguo y fraternal afecto que hace mas de veinte años nos une, y dirijir tambien un recuerdo de simpatía y de amistad al Académico cuyo puesto viene á ocupar el que ahora se recibe.

De los merecimientos de este me priva de hablar esa amistad de todos conocida. Sus obras sin embargo, demuestran el saber, la modestia y la laboriosidad, y no necesitan mis encomios, y menos en este lugar donde todos las conocen y las apláuden. ¿Quién no ha pasado dulces horas leyendo el *Adalid Almogavar*, que nuestro ilustrado Director llamó «poema en prosa» comparándolo con las obras de Walter Scott? ¿Quién no ha saboreado la *Lucha de Pasiones*, que ocupó señalado lugar en Certámen abierto por la Real Academia Española y *Los Crimenes Misteriosos*, y otras Novelas instructivas y agradables, con que nuestro nuevo compañero ha intentado oponerse al torrente de esas traducciones de obras que ni pintan nuestras costumbres, ni sirven para instruir, ni siquiera están escritas en la lengua de Cervantes? Mucho ha merecido como novelista el Sr. Guichot; pero su verdadero láuro es la *Historia jeneral de Andalucía*, trabajo precursor de otros igualmente concienzudos, y que le ha valido, con justicia, vuestros sufrajios.

Y para que nada turbe nuestra alegría en este momento no tenemos que llorar la pérdida de ninguno de nuestros compañeros. El Sr. D. Antonio de Latour, por su forzosa ausencia, ha sido declarado Académico correspondiente, en conformidad á lo que dispone el Reglamento, pero su corazon y su pluma nos pertenecen todavía, y esta

Academia podrá ufanarse al considerar como hijos suyos los frutos que indudablemente ha de producir la privilejiada intelijencia del autor de los *Estudios sobre España*, y de otras obras que por ser numerosas fuera prolijo recordar. (1)

Estas consideraciones esplican la cáusa de la alegría que antes manifestaba. Si podía arredrarme lo difícil del trabajo y la imposibilidad de seguir, ni aùn remotamente, las huellas de nuestro compañero en el tema que ha escojido para su discurso, me halaga la idea de saludar de lejos cariñosamente al docto Académico saliente y tender la mano al que le sucede. En lo demás, ya lo dije, no pretendo contestar apreciaciones con las cuales estoy completamente de acuerdo, y me limitaré á espigar el campo donde tan abundante y rica cosecha acaba de recojerse, formando un pequeño ramo para ofrecerlo á vuestra consideracion.

La época es difícil, las fuentes donde hemos de beber los hechos para deducir consecuencias, enturbiadas están por los rencores, los intereses, y las pasiones encontradas. Gran tino y gran prudencia se necesita para estudiar los monumentos de esta época. Por eso me propongo únicamente demostrar que la *Crónica* de Pero Lopez de Ayala, aunque admirable, como monumento literario, no merece el crédito que hasta ahora se le ha concedido; que tal vez en la *Historia del Obispo de Jaen*, cuya existencia es indudable, encontraríamos la verdad de muchos sucesos; que el reinado de D. Pedro I, fué mas grande para España y tuvo mayor importancia de la que se ha creido, floreciendo en él al par de las armas, las ciencias, las letras y las artes. (2)

I.

El cadáver ensangrentado del Rey D. Pedro I de Castilla, hijo del muy noble Rey D. Alfonso, fué el primer escalon que pisó para subir al trono de S. Fernando, el Rey D. Enrique II, ***el bastardo, el de las mercedes, el fratricida.***

Cinco siglos acaban de cumplirse despues de la horrible noche de Montiel, y en ellos, cien escritores nacionales y estranjeros, eclesiásticos y seglares, han venido sucediéndose en la tarea, poco envidiable por cierto, de presentar con negras sombras la memoria del vencido, pintando con dulces colores la torva faz del vencedor. Y esos escritores se decian defensores de la lejitimidad, patrocinadores del derecho, entusiastas de la moral.

Sin embargo, la conciencia de D. Enrique ***el fratricida***, habló mas alto que las voces de los que durante su vida y luego en la historia se han ocupado afanosamente en adularle y ennoblecerle; en el momento de morir dejó encomendado á su hijo D. Juan que llamara á sus consejos á aquellos varones que habian permanecido fieles á la memoria del Rey D. Pedro (3). Algo habia pues, en este desgraciado monarca que se nos ha ocultado, cuando tanto valian los hombres que le guardaron fidelidad, y que podemos asegurar que eran mejores que los secuaces del bas-

tardo. En vida de D. Enrique fué costumbre decir de D. Pedro, en documentos públicos y privados, *aquel mal ome, aquel tirano, aquella fiera, aquel sangriento*; y el Rey escuchaba benévolo tales frases, que, al parecer, traian alguna disculpa á su delito y usurpacion. Pero en el trance postrero se acabaron los finjimientos y las vanas ilusiones y comprendiendo todo el mal que á su hijo podría seguirse de continuar en aquel camino, habló el Rey D. Enrique la verdad, por primera vez quizá en toda su vida. No transije la conciencia, señores, y el historiador debe dar gran importancia á aquellas últimas palabras del Rey usurpador.

La verdad de los sucesos del turbulento reinado de D. Pedro, no puede ni debe buscarse entre los escritores contemporáneos que siempre habian de inclinarse á una ú otra parcialidad, sino en la apreciacion esacta de los hechos, y esta formada no solamente por lo que en sí fueran, sino por el estudio de la época en que tuvieron lugar, compulsando y confrontando los documentos que á ellos se refieran y en que no pudieran tener cabida las pasiones de los escritores.

Que D. Pedro reunía á un valor indomable un carácter capaz de grandes empresas, cosa es que está fuera de dudas. No es, menos indudable, que las contrariedades que amargaron su existencia desde el punto mismo de su nacimiento hasta el de su muerte fueron parte á que cometiera muchos de los excesos que como crímenes se le han imputado, tal vez porque no se conocen las cáusas que los motivaron, ni aun las fórmulas mas ó menos legales que concurrieron en su ejecucion.

Vivo, irascible, temerario, lo era D. Pedro por naturaleza; de temperamento ardiente de corazon impresionable y sensible, admirador de la belleza, idólatra de la justicia, pero en todo estremado, era materia dispuesta igualmente al bien y al mal, capaz del mayor heroismo ó de

la mas horrible maldad, segun la direccion que se diera á sus pasiones.

Aque natural fogoso fué viciado por desgracia desde su principio; fué amamantado por su madre con veneno, y ahí está el oríjen de muchas de las acciones que censura la historia en su reinado.

Si se unen á estos antecedentes el carácter jeneral de la época y el particular de España, cuadro que con tan feliz pluma ha trazado el Sr. Guichot, para colocar en él la gran figura del Rey Justiciero, ya empezaremos el estudio de este reinado en disposicion de ánimo muy conveniente para juzgarlo de una manera acertada.

En las Córtes de Valladolid (1351) D. Pedro I atendió solícito y con gran prudencia á las necesidades del reino. Corrijió y dió fuerza legal á el *Ordenamiento de Alcalá*, obra de su padre; mandó compilar el libro *Becerro de las Behetrias*, para poder introducir algun órden en la administracion de ellas; y ordenó el *Fuero viejo de Castilla*, y el *Ordenamiento de los Menestrales*. En su reinado se hicieron por vez primera las llamadas ó somatenes contra los bandidos que infestaban ciertas comarcas; y en todas partes vemos á D. Pedro ansioso de llevar el órden á todos los ramos de la administracion pública, y muy capaz de gobernar bien sus estados.

¿Qué hubiera sido D. Pedro I sin los hijos bastardos que dejó su padre? Probablemente admiraríamos hoy en él al mejor monarca de nuestra España, porque hubiera vencido á la nobleza, si esta no hubiera contado con el poderoso apoyo de aquellos ambiciosos de estirpe real.

El pereció en la demanda, la nobleza turbulenta venció, y el fratricida de Montiel fué luego saqueado por esos mismos nobles que le tomaron lo mejor de las ciudades, villas y rentas á título de *Mercedes*. Mas tarde el pensamiento de D. Pedro se encarnó en D. Alvaro de Luna, y tambien este fué arrastrado por el torrente y pagó con la

vida en un cadalso el jeneroso intento; pero la nobleza vencedora produjo luego las escandalosas escenas de la menor edad de D. Enrique III, y la degradante y ridícula farsa de Avila, y el pensamiento de D. Pedro I, vuelve á renacer en los Reyes Católicos, que, aleccionados por la esperiencia, supieron llevarlo á feliz término.

Fenómeno histórico es, pero no el único de su clase, que la cáusa de la animosidad de los historiadores contra D. Pedro, es luego la base mas sólida de la gloria de los Reyes Católicos.

Nunca puede decirse con mayor propiedad ¡ay del vencido! Humillada la nobleza y sirviendo á D.ª Isabel I en los nuevos cargos del palacio, que se codiciaban como preciosos dones, se acabaron las turbulencias, concluyendo los bandos y parcialidades: la historia de aquella esclarecida matrona consigna el hecho y canta sus alabanzas. D. Pedro se opuso cara á cara á la corriente; fué arrastrado por ella; la nobleza triunfante llenó de ignominia su memoria.

Este es un lijero bosquejo de la apreciacion jeneral que puede hacerse del reinado de D. Pedro. Su carácter era altivo, levantado; capaz, como he dicho de grandes empresas, y de hazañas grandes. Los desórdenes de la época no le dejaron desarrollarse y lo llevaron por mal camino.

Descender á los hechos aislados, desmenuzarlos uno por uno, es tarea de otra especie y que no cabe en los límiter de un discurso.

Estúdiese, sin embargo, la época, y en la historia de D. Pedro IV de Aragon, del mismo D. Alfonso el de Alfonso el de Algeciras, de Eduardo de Inglaterra, encontrarémos hechos quizá mas indisculpables que los de D. Pedro, si de los de este conociéramos todos los datos históricos necesarios. Porque hay motivo para sospechar que aquellas ejecuciones que la crónica de D. Pedro escrita por Ayala nos presenta como hechas ab-irato y de una ma-

era cruel y sangrienta, fueron tal vez hijas todas de sentencias pronunciadas en justicia.

II.

Dos crónicas de D. Pedro I, se dividen hace mucho tiempo la atencion de los eruditos y estudiosos. La del insigne literato D. Pero Lopez de Ayala y la del Obispo de Jaen D. Juan de Castro. Aquella conocida de todos; esta de todos deseada, y que fueron muy pocos los que lograron ver en algun tiempo. De la primera se cuestiona la veracidad; de la segunda se duda la existencia; y aunque sea lijeramente yo voy á demostrar, que á la de Ayala no puede concedérsele el crédito absoluto que muchos le han dado, y que la de Castro ha existido y aun podemos ver alguna muestra de ella.

No debo ocuparme de quien fue D. Pero Lopez de Ayala. Los azares de su existencia son harto conocidos. Pero en ella resaltan tres puntos principales: 1.° Que Ayala fué declarado traidor por D. Pedro, como partidario del rey de Aragon: 2.° Que fué hecho prisionero por D. Pedro en en la batalla de Nájera, en la cual era alferez y llevaba el estandarte del bastardo. 3.° Que escribió la crónica despues de la coronacion de este, y bajo la mirada de su Señor que le colmaba de mercedes y beneficios (4).

Estas son indicaciones jenerales aunque sin embargo muy significativas. Pero hay mas todavía. Si yo demuestro que en mas de una ocasion faltó á la verdad á sabiendas el cronista, presentando como actos crueles de Don Pedro ejecuciones que fueron hijas de sentencias dictadas en juicio y conformes á rigorosa justicia, creo que podré decir confiadamente á todos que miren con prevencion las narraciones de esa Crónica, pues tal vez mañana parezcan otros documentos que demuestren la inesactitud de todo lo que en ella se refiere.

El espacio de que dispongo no permite para estas demostraciones la amplitud conveniente, pero indicaré lo bastante para dar toda la fuerza necesaria al razonamiento.

Sin pasar de el año segundo del reinado de D. Pedro empezaremos á encontrar las pruebas de la parcialidad del Cronista (5). En el final de ese año y en el comienzo del tercero, se refiere la sublevacion de D. Alfonso Fernandez Coronel en la villa de Aguilar en Andalucia, y el castigo que le impuso el Rey por su traicion. Referido está el hecho por Ayala de una manera tan diestra, tan discreta, tan astuta, que al leer su relato se comprende que si bien el Sr. de Aguilar cometia un delito alzándose contra la autoridad real, era tanto su temor á la venganza de D. Juan Alfonso de Alburquerque, privado del Rey y que le acompañaba en la espedicion, era tan grande el miedo que tenía de perder la vida en sus manos, que, sin decirlo el cronista, vemos ya la disculpa que en el ánimo del lector han de hacer nacer las premisas asentadas, vemos reducida la traicion á las proporciones de una falta, en cuya comparacion aparece durísimo el castigo que se le impuso.

El hombre de talento es el peor de los enemigos. Si D. Pero Lopez de Ayala hubiera dejado traslucir su deseo de disculpar á D. Alfonso Fernandez Coronel, si hu-

biese alegado razones en su favor, los lectores hubieran visto con prevencion su historia; pero con habilidad sin igual y un candor aparente, se contenta con referir los hechos, y en esto está el mayor peligro de su lectura, porque en la narracion vá envuelta cautelosamente la calificacion que no se hace con las palabras.

D. Pedro dió á este suceso grandísima importancia; le dolió mucho la deslealtad de aquel magnate á quien habia colmado de beneficios, y quiso que su sentencia quedara archivada en cuatro ciudades de las que estaban próximas á la Villa de Aguilar «porque lo sepan todos los que agora son é serán de aquí adelante é non puedan caer en olvido, é los que despues de mi regnaren ayan razon de lo guardar.»

Cinco copias de la sentencia, firmadas por el Rey y selladas con su sello de plomo, fueron distribuidas. La una se guardó en Jaen, la otra en Córdoba, otra en Aguilar, otra en la Cámara del Rey, y la última en Sevilla.

De providencial podremos calificar el hecho de haberse conservado en el Ayuntamiento de esta ciudad la copia de la sentencia que aquí se depositó (6), cuando durante el reinado del *Bastardo* se destruyeron cuantos documentos podrian servir para sincerar al desgraciado monarca que pereció en Montiel, como hoy lo justifica este que aparece á los quinientos años de su muerte. Desaparecieron los cuadernos de las Córtes de Sevilla de 1362, en las que D. Pedro declaró su matrimonio con Doña Maria de Padilla y fueron jurados los hijos de esta como sucesores á la corona (7); desaparecieron tambien las cuatro copias de la sentencia depositadas de órden del Rey en su Cámara, en Córdoba, en Jaen y en Aguilar y esta copia sevillana se conserva como por milagro y puede servir de base á muchas investigaciones del mismo jénero.

Elocuente por demás es la sentencia del Rey D. Pe-

dro. «La pena, dice, que es dada á los malos é á los que «en tal yerro caen es enjiemplo á los otros que lo oyen «y lo ven é lo saben de se guardar de caer en tal yerro. «E guarden por ello mas complidamente lealtad á que son «tenudos de guardar á su Rey é á su Señor.» Refiere luego el monarca que él mismo habia hecho donacion de la Villa á D. Alfonso, y que por acrecentar mas su honra, lo hahabía hecho rico ome y le había dado pendon; y por cierto que esos favores no eran por premios de grandes servicios, pues dice: «*todo en memoria porque fué criado del Rey D. Alfonso mio Padre que Dios perdone.*»

Lejos de ser agradecido D. Alfonso Fernandez Coronel quiso desnaturalizarse del Rey sin cáusa ni motivo; le hizo guerra desde su villa de Aguilar, talando y robando los campos y cautivando caballeros á los que exijía gran rescate; tuvo pláticas con los moros para que declarasen la guerra al Rey ofreciéndoles ciudades y villas; intentó asesinar á los señores de algunos pueblos de la frontera fieles á D. Pedro, para que sus pueblos se alzaran; y no contento con esto, cuando el Rey viendo su maldad vino sobre la tierra, lejos de humillarse acrecentó sus yerros haciendo tirar piedras y saetas contra el Estandarte Real y los que con él iban, y al lugar en que el mismo Rey estaba (8).

No seguirémos paso á paso lo demás que contiene la sentencia.

D. Alfonso Fernandez Coronel sufrió la pena de muerte por delito de lesa majestad, por crimen de alta traicion, por su ambicion y deslealtad que llegó al punto de tratar con los enemigos de su pátria y de su relijion.

Mal parado queda el ilustrado cronista en el cotejo de su relato, con la sentencia; y no es este punto el único en que tal sucede en su crónica.

Léase la narracion que hace en el capítulo 35 del año V., (1354) de lo ocurrido á las puertas de Toro, donde

los bastardos D. Enrique, D. Fadrique y D. Tello unidos con la muger lejítima de D. Alfonso XI, llevaron su audacia hasta el punto de hacer prisionero al Rey de Castilla.

De la relacion de Ayala parece que D. Pedro fué á ponerse ciegamente en manos de sus enemigos y que estos le trataron con todo respeto y consideracion, hasta que se promovió altercado sobre la separacion de D. Simuel Leví y Juan Fernandez de Henestrosa y entónces le prendieron. Bajo muy distinto aspecto se refiere este suceso en el *Compendio de las Crónicas de Castilla* escrito en tiempo de D. Juan el II, en vista de datos feacientes y contemporáneos. La conducta de los bastardos aparece allí con su propio colorido, con el que indudablemente debió tener en aquella ocasion como en otras muchas. Salieron á recibir al Rey á mas de dos leguas de distancia; al verle, se apearon todos, se hincaron de rodillas, le besaron las manos y los pies, y D. Enrique le dijo que venian á ponerse á su merced, que bien sabian que era su Rey y Señor natural, pidiéndole perdon en términos tales que el Rey se enterneció y los abrazo y besó, y hasta lloró, segun dice el cronista.

Con esta confianza cabalgaron todos y se dirijió el Rey entre ellos hácia Toro, y cuando llegaron á las puertas y entraron el Rey, el Tesorero y los bastardos, echaron una compuerta y no dejaron entrar ningun caballero de la hueste del Rey se apoderaron de su persona, y lo llevaron al palacio diciéndole *asáz feas palabras* (9).

Renunciamos al cotejo porque basta con la lectura de ambas narraciones, y porque nos llama el último suceso que hemos de examinar que es uno de los mas torpes y atroces que la Crónica de Ayala refiere del Rey D. Pedro I.

Sabido es de todos, que D. Francisco de Castilla Cronista y Rey de armas del Emperador Carlos V. en su libro de *Práctica de las virtudes de los buenos reyes de España* incluyó seis coplas de arte mayor en las cuales hacia

la apolojía del Rey D. Pedro. De esas coplas tan sabidas hablaremos después á otro propósito: lo que aquí debemos consignar es la existencia de otro libro del cual nadie se ha ocupado hasta ahora, ningun historiador lo ha conocido, que sepamos, que compuso D. Sancho de Castilla, hijo del D. Francisco, comentando las coplas que aquel escribió, y en el cual se consigna tambien un hecho que oponer á las narraciones de Ayala (10).

Refiérese á la muerte del Rey Bermejo; y escuso por la brevedad, y por ser cosa conocida de todos los que me escuchan, la manera con que Ayala refiere la muerte de aquel personaje, á quien dice que D. Pedro, desmintiendo su reconocido valor, tiró una lanza al verlo amarrado en Tablada.

Ya aquí dejó el Cronista el caráter de narrador, y en el capítulo 5.º del año XIII (1362) principia diciendo que la codicia es la raiz de todos los males del mundo, y á esta pasion desenfrenada atribuye la muerte que D. Pedro hizo dar á aquellos moros, y cuenta sin rebozo que le robó sus joyas y dineros.

Oigamos á D. Sancho de Castilla. Desmiente de un modo terminante el relato de Ayala, que le era conocido, y dice: «La verdad de lo que en aquel caso pasó es, que el Rey «de Granada que entonces reinaba era vasallo del Rey Don «Pedro, y le daba párias y tributo, y reconocia vasallaje, y «contra este Rey de Granada se levantó un tirano con «nombre de Rey, y le hizo mucha guerra, y le tomó al«gunas ciudades y villas del Reino y puso al Rey en gran «aprieto, el cuál viéndose en aquel aprieto envió á pedir «ayuda y socorro al Rey D. Pedro, como vasallo á Señor, «y el Rey D. Pedro le envió el socorro y ayuda que le envió «á pedir, con la cual y con la jente quel tenia de su par«te, peleó con el tirano que se le habia levantado, y lo «venció y prendió, y así preso lo envió á Sevilla donde «el Rey D. Pedro estaba, y le envió á decir que pues con

«su favor y ayuda él habia prendido á aquel traidor que «se le habia querido alzar con el Reino, que se lo enviaba «para que él como señor de todos lo mandase castigar co«mo hallase por derecho; y el rey D. Pedro lo mandó re«cibir y guardar, *y vista su causa por justicia*, lo mandó a«cañaverear en la plaza mayor de Sevilla.»

«Esta es la verdad de lo que pasó, segun consta por «las mismas historias de los reyes de Granada, que están «escriptas en arábigo, y por la que escribió D. Joan de «Castro, Obispo de Jaen.»

Media un abismo entre una relacion y la otra; y como ya hemos visto que el Canciller Ayala sabe diestramente presentar los hechos bajo el aspecto que le conviene, aun en los momentos que aparenta no tomar parte en la calificacion, mas inclinados nos sentiremos á desconfiar ahora que echa sus consideraciones en la balanza. Mas aun, el relato de D. Sancho de Castilla tiene todos los visos de verdad; está conforme con lo que dice la historia de que el ejército de D. Pedro entró en el reino de Granada y peleó á favor de Mohamad. Castilla refiere la muerte del Bermejo como hecha en justicia, probablemente á resultas de una sentencia semejante á la que recayó contra D. Alfonso Fernandez Coronel, por mas que esta haya aparecido y la otra permanezca oculta, aunque tal vez exista y aparezca en su dia.

¡Y cosa estraña! la existencia de ese juicio, lo que decia esa sentencia nos lo indica el mismo Ayala á despecho de todo su arte. Iba el Pregonero delante de los reos diciendo: «*Esta justicia manda fazer nuestro Señor el Rey «á estos traidores que fueron en la muerte del Rey Is«mael su Rey y su Señor*» (11). Ismael era el padre del Rey Mahomad, el aliado de Don Pedro I. y en el crimen de rejicidio, se fundó, al parecer, la sentencia de muerte.

D. Sancho de Castilla se apoya además en el testimonio de las Crónicas arábigas, que ciertamente están llamadas á dar mucha luz sobre este reinado, como ya

la han dado sobre el Cid, sobre los Reyes de Sevilla, sobre las Invasiones normandas y sobre otros sucesos de nuestros siglos medios, merced á los eruditos trabajos de Dozy, de Gayangos, Lafuente Alcántara y otros orientalistas.

Apóyase además Castilla en el testimonio de la *Crónica de D. Juan de Castro, Obispo de Jaen*; y esto nos trae como por la mano la otra cuestion que ofrecimos examinar.

III.

¿Ha existido alguna vez historia de los sucesos del reinado de D. Pedro mas esacta ó mas verídica que la de Ayala? ¿No es una fábula lo de la *Crónica* escrita por Don Juan de Castro, Obispo de Jaen?

No vamos á hacer mas que indicar los datos que demuestran la existencia de la Crónica de Castro, eslabonándolos en cuanto sea posible para que se conozca toda su fuerza.

D. Juan de Castro, fué Obispo de Jaen, y despues de Palencia en tiempo de D. Juan I.

Estuvo al lado del Rey D. Pedro y á su muerte marchó á Inglaterra al servicio de su hija Doña Constanza,

y allí escribió la *Crónica* objeto de tantas controversias (12). Ya en tiempo muy próximo á la muerte de D. Pedro, era conocida la existencia de este escrito, que la reina Doña Catalina, mujer de D. Enrique III, trajo de Inglaterra y depositó en el monasterio de Guadalupe, para que se conservase la memoria de los hechos verdaderos del reinado de su abuelo.

No era esta una tradicion destituida de fundamento, pues cuando el Dr. Galindez de Carvajal, se disponía á continuar la *Crónica de España*, obtuvo cédula del Rey Católico, fecha en Madrid en 4 de Octubre de 1510, en la que decía: «Devotos Padres Prior y Frailes y Conven«to del monasterio de Ntra. Señora de Guadalupe: yo he «sabido que en esa casa está un libro de la Crónica del «Rey D. Pedro que diz que es la mas verdadera de co«mo pasaron las cosas de aquel tiempo y porque yo la «quiero mandar ver por la presente vos ruego, etc.

Desgracia fué para esa Crónica el haber caido en manos del Doctor Galindez, porque desde entonces data su desaparicion, Sin embargo, hubo de verla D. Francisco de Castilla, cuando en su *Práctica de las Virtudes de los buenos Reyes de España*, decia;

El gran Rey D. Pedro, que el vulgo reprueba
Por selle enemigo quien hizo su historia
Fué digno de clara, famosa memoria
Por bien que en justicia su mano fué seva.
No siento ya como, ninguno se atreva
Decir contra tantas vulgares mentiras
De aquellas jocosas, cruezas é iras
Que su muy viciosa Corónica prueba.

No curo d'aquellas, mas yo me remito
Al buen Juan de Castro perlado en Jaen

Que escribe ascondido por celo del bien
Su Crónica cierta como hombre perito &c.

Digno es de ser conocido el comentario que á esta copla de D. Francisco puso su hijo D. Sancho, en la obra inédita antes citada; dice así:

«Despues fué Obispo de Palencia este D. Joan de Cas«tro que en tiempo deste Rey D. Pedro era Obispo de «Jaen; habiendo visto y leido esta historia vulgar que se «publicó y divulgó luego en tiempo del Rey D. Enrique, «y doliéndose que por causa della en los tiempos adelante «había de padecer sin razon la honra del Rey D. Pedro, «porque los que entonces no eran nacidos ni se halla«ron en aquellos tiempos en España no podian saber la «verdad de cómo pasaron aquellas cosas que en ella se «contienen, escribió él secretamente la historia verdade«ra del Rey D. Pedro, la cual se llevó orijinalmente á «Inglaterra á la Duquesa de Alencastri su hija, y la trajo «á España la Reina Doña Catalina, mujer que fué del Rey «D. Enrique el Doliente. Estuvo esta historia muchos años «en la librería del Monasterio de Ntra. Señora de Guada«lupe, hasta que el Doctor Carabajal, del Consejo de los «Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, y su coro«nista la sacó de allí por cédula del Rey para aprove«charse della para su corónica, y nunca mas la volvió; «ora fuese por habérsele perdido, ora porque no se en«tendiesen algunas cosas de los que siguieron al Rey «D. Enrique contra su Rey y Señor natural que era el Rey «D. Pedro, por donde había de resultar por fuerza infa«mia á sus ascendientes. Como quiera que sea, esta cró«nica no volvió mas á Guadalupe, aunque el Prior y Con«vento de aquella Santa Casa la pidieron con constancia «grande á los herederos del Doctor Carabajal, que de allí «la llevó, por una cédula del Emperador y Rey D. Cár«los nuestro Señor, que la mandó volver á Guadalupe; y

«Martin de Avila Carabajal, hijo del Doctor Carabajal, en «cuyo poder quedaron sus libros, viéndose apretado de los «frailes para que volviese la historia que había llevado su «padre, y no la hallando, buscó una de mano, que es la «misma que había escripto el caballero que he dicho, y «entregó á los frailes de Guadalupe, y pensando que era «la suya la pusieron en su librería, hasta que algunos «religiosos de aquella casa, doctos y curiosos leyéndola «entendieron el engaño que habian recibido, en tiempo «en que no lo pudieron remediar; y así está escripto esto «en la primera hoja del libro de aquella historia que está «de mano en el segundo banco como entramos á mano «izquierda. Y de esta manera que digo faltó de España «aquella historia verdadera, de la cual sacó mi padre todo «lo que aquí dice del Rey D. Pedro *porque la leyó an-«tes que el Doctor Carabajal la sacase de Guadalupe.*»

Varios testimonios resultan de lo que llevamos dicho. Primeramente que la Reina Doña Catalina trajo la Crónica al monasterio de Guadalupe, y no es dudoso que allí existía porque concurren á justificarlo otros sucesos posteriores. En segundo lugar D. Francisco Castilla vió y leyó allí la *Crónica* antes de que la sacasen por órden del Rey; en tercer lugar D. Fernando el Católico y el Doctor Carvajal tambien tenian conocimiento de ella, cuando con instancia la pidieron al Prior y á los monjes como *la mas verdadera.*

Por último, nosotros podemos dar hoy entero crédito á la narracion de D. Sancho de Castilla, porque ese ejemplar de la *Crónica abreviada*, que el hijo del Dr. Galindez devolvió al Padre Fray Diego de Cáceres en el mes de Febrero de 1539, existe ahora en la Biblioteca Colombina, sin saberse cómo ni cuándo ha venido á ella (13), y á su cabeza en una hoja de pergamino, que tal vez formó parte del antiguo volúmen que se sustituyó con el actual, está la nota escrita toda de puño y letra de aquel relijioso

en la que se incluyen la carta del Doctor Carbajal y la cédula del Emperador (14).

Motivos hay pues y muy fundados para afirmar que existió en Guadalupe la *Crónica* del reinado de D. Pedro, escrita por D. Juan de Castro, y asegurar que fué sacada de aquel monasterio, y que en su lugar se devolvió á los monjes un ejemplar manuscrito de la *Crónica abreviada* de Ayala, que aquellos tuvieron durante algun tiempo por la misma que habian dado.

No pudieron devolverla el Doctor Galindez ni sus herederos, porque se les habia extraviado, ó porque estaba en poder de personas á quienes no era posible pedírsela, y á quien, una vez pedida, hubiera sido desacato repetir la reclamacion. Muévenos á conjeturar que la Crónica estaba en poder del Monarca, la afirmacion que hace Luis Cabrera de Córdoba, en el libro que tituló: *De Historia para Entenderla* y *Escribirla* (15), donde al hablar del juicio que el historiador ha de hacer de las personas, dice: «tenga buen tiento y juicio en el reprobar «los Magistrados crueles y tiranos:» pero al advertirles que no alaben lo malo, trayendo los ejemplos de los historiadores que llamaron divinidades á Augusto y á Tiberio, añade: «el Rey D. Enrique II, mató á su hermano el Rey «D. Pedro; por abonar su tiranía y mal caso infamó la «memoria con una historia que mandó hacer con los exce«sos y crueldades de su hermano. Mas Dios que no aprueba «tales actos, movió el ánimo del Obispo de Jaen para que «hiciese una verdadera y desapasionada historia de la vida «del Rey D. Pedro, *que leyó el Sr. Rey D. Felipe II*, «y por lo que en ella vió le sobreescribió, el *Justiciero*, «borrándole el título de *Cruel.*»

Vengamos al último testimonio de haber existido esa Crónica.

Copia de ella, si tal vez no fué el orijinal mismo, dejó en su testamento á la Cartuja de las Cuevas el Mar-

qués de Tarifa D. Fadrique Henriquez de Ribera, y en aquella Biblioteca la vió y copió algunos de sus pasajes, por lo menos, el Doctor Benito Arias Montano(16).

Con tales testigos creemos queda bastante refutada la especie sostenida por muchos de que nadie ha visto semejante *Crónica*, y fácil sería hacer igual refutacion de todos los otros argumentos que á ella se oponen si esta fuera la ocasion oportuna.

No publicó la Crónica de Castro la Reina Doña Catalina, para que fueran notorios los verdaderos hechos del reinado de su abuelo, porque el Rey de España con quien venía á casarse era nieto del fratricida, y no le pareció, sin duda, ocasion de volver á despertar tristes memorias, ódios y rivalidades. Se contentó con depositar el manuscrito en lugar seguro, donde andando el tiempo alguien lo hubiese buscado, y de allí hubiera salido para divulgarse por medio de la imprenta, á no haber caido en manos de Galindez de Carvajal.

IV.

Aunque con estension demasiada, paréceme haber demostrado que los sucesos del reinado de D. Pedro I no han venido hasta nosotros en corriente tan limpia que

podamos aceptarlos sin discusion y maduro exámen. Los documentos de la época fueron destruidos intencionalmente, impidiéndonos comprobar las narraciones de Ayala, y la otra *Crónica*, que pudiéramos oponer á la de este, ha desaparecido por desgracia.

Sin embargo, la grandeza del reinado de D. Pedro bajo su aspecto político y militar nos la ha demostrado sábiamente nuestro nuevo compañero; su importancia en el desarrollo de las ciencias nos la dicen los Códigos de cuya compilacion hablamos al principiar; pero hay otra grandeza aun, que fué la que prestó á todos los hechos de su reinàdo el elevado pensamiento que abrigó aquel monarca. Adelantándose á su siglo quiso dar unidad y fuerza al primer poder de la nacion, quiso mejorar la suerte del pueblo limitando los privilejios de la nobleza, que por su estension y variedad hacían imposible una buena administracion. D. Pedro lleno de su gran pensamiento, contando solamente con la varonil enerjía de su caracter, quiso realizar por sí solo mejoras que habian de tardar mas de un siglo en llevarse á término; y aunque el poderío de la nobleza era muy grande, él creyó poderla enfrenar y reducir á los límites de la razon y de la justicia. La necesidad de esta reforma empezaba á sentirse y era la transformacion social de la época. El pueblo y el Municipio habian de oponerse al Señor y al castillo; era necesario que se desarrollara la clase media para que viniese á ser el mejor apoyo del Estado, representado ya en el Monarca; era preciso, en fin, que el poder central se robusteciera para crear la unidad nacional sólida y potente, que pudiera en un momento dado reunir ejércitos para destruir el último asiento de la morisma, y tender luego el brazo á un mundo nuevo y desconocido.

La evolucion social iniciada por D. Pedro era un paso jigánte para las evoluciones sucesivas. De ella dependía el engrandecimiento de España. Pero los grandes reformadores pe-

recen siempre bajo las ruedas del carro de lo pasado.

D. Pedro tuvo su martirio en Montiel. Su idea, sin embargo, fué mas poderosa que la liga de los bastardos y de la nobleza, y al cabo se realizó en tiempo de los Reyes Católicos á despecho de todos los obstáculos.

No pretendo hacer la apolojía del Rey D. Pedro, ni sé si alguna vez llegará ocasion en que pueda hacerse.

Por ahora vamos reuniendo materiales para que la historia le haga justicia; como ya se la ha hecho el sentimiento nacional (17). La poesía ha cantado las alabanzas de Don Pedro antes de que pueda hacerlo la historia; y esto es natural y ha debido suceder, porque el sentimiento es antes que el raciocinio; la admiracion anterior al conocimiento, la poesía precede á la historia y en los primitivos cantos y narraciones populares es donde los historiadores van á buscar los verdaderos orijenes de tradiciones, creencias y hasta de sucesos que no se consignan en otros monumentos.

El sentimiento poético y tradicional no puede mirarse con desprecio; y si vemos justiciero á D. Pedro en la tradicion y en el *Romancero,* única epopeya de nuestros siglos medios, en las *Coplas de arte mayor* de D. Francisco de Castilla y en el drama nacional; si vemos ensalzadas sus acciones por hombres de corazon y entendimiento superiores como Lope de Vega y Tirso de Molina, Calderon Moreto y Zorrilla, ¿por qué no hemos de prestar atencion á esa contradictoria manera de apreciar un carácter entre historiadores y poetas? ¿Por qué no hemos de buscar esplicacion á esa elevada idea que de la justicia de D. Pedro nos dá el teatro, y que el pueblo español aplaude siempre en el *Infanzon de Illescas* y en el *Médico de su Honra*, y lo mismo y con igual entusiasmo en el *Valiente Justiciero* que en el *Zapatero y el Rey?*

Hasta D. Francisco de Quevedo uno de los mayores injenios que ha producido España, que siempre es profundo y

filosófico, aun en medio del donaire y de la burla, decia juzgándole:

¿Pues D. Pedro el de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
Que hizo sino castigos
Y que dió sino escarmientos?
Quieta y próspera Sevilla,
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que están en el Candilejo.

Examina tambien algunos de los graves sucesos de su reinado, y esclama:

Si á D. Tello derribó
Fué porque se alzó D. Tello,
Y si mató á D. Fadrique
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y de otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.

Truena indignado contra la alevosía que en Montiel arrancó la vida al Monarca Castellano, y olvidándose de Don Enrique infama al extranjero que le ayudó en su felonia, diciendo:

Matóle un traidor francés
Aleve y mal caballero,
Y vió Montiel la trajedia
Y el mundo le lloró muerto.

Cuando el poeta canta, algo de grandioso hay que mueve su pluma, alguna idea jenerosa levanta su inspiracion para que pulse la lira. Y aunque nos separemos por un

momento de las ideas políticas y de las turbulencias de aquel reinado, aunque prescindamos tambien de aquel gran pensamiento de D. Pedro, intentando abatir la tirania feudal y crear el predominio de la clase media, que preparó el advenimiento de la edad moderna; quizá encontraremos todavía otras causas que justifiquen esa predileccion que el pueblo y los poetas, mas atentos al sentimiento que á los datos históricos, han concedido á D. Pedro.

Tenía este rey, á pesar de sus verdaderas ó falsas crueldades, un corazon altamente apreciador de todo jénero de bellezas. A su sentimiento estético debemos el Alcázar de Sevilla, joya cuyo mérito nadie desconoce, y debimos el hermosísimo templo de S. Miguel, cuya ruina nunca será bastante llorada, ni perdonarán á la pasion política los hombres amantes de lo bello. Si esto no fuera bastante, todavía le debió Sevilla los magníficos Monasterios de S. Francisco, de S. Pablo y la Merced, y muchas de sus mejores Iglesias, el engrandecimiento de las Atarazanas, y un legado de tres mil doblas castellanas de oro para la reparacion de la torre de la Iglesia Mayor; y otros edificios públicos todos de gran mérito artístico, porque en todo lo que D. Pedro ponía la mano llevaba el sello de la magnificencia.

Hay además otro aspecto bajo el cual no se ha estudiado bastante todavía el reinado de D. Pedro, y es el literario, en el cual fué precursor, como lo fué en el político, del gran período de los Reyes Católicos. En él comenzó á estenderse la aficion á los *libros de caballerías*, jénero literario cuyo estudio es interesantísimo, porque fué en nuestra pátria la lectura que se estendió á todas las clases durante dos siglos y medio (18). Florecieron tambien en su tiempo el rabí D. Semtob ó D. Santo de Carrion, y el Beneficiado de Ubeda; muchos de los poetas cuyos decires y trobas recogió luego, en el de D. Juan II, el judío Juan Alfonso de Baena en su *Cancionero* (19), y so-

bre todos D. Pero Lopez de Ayala, y Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, que dejaron monumentos poéticos dignos de grande estimacion, especialmente el *Arcipreste,* cuyas obras ha comparado mas de un escritor con las del inmortal Miguel de Cervantes (20).

Estos poetas, levantando sus pensamientos á esferas mas elevadas, y adornando con imájenes poéticas pensamientos abstractos, que revestian con un lenguaje notablemente mejor, con un estilo mucho mas flexible que el de todos sus antecesores, preparaban sin sentirlo el advenimiento de Juan de Mena, y de toda la cohorte de poetas del reinado de D. Juan II; viéndose así por singular designio de la Providencia el influjo que bajo cualquier aspecto que lo consideremos tuvo el reinado de Don Pedro I, tanto en lo moral como en lo político, tanto en lo administrativo como en lo literario; y la grande importancia que tiene para nuestra historia el concienzudo èstudio de una época en que puede decirse que se arrojó al suelo de España la semilla que, fecundada y creciendo, produjo como fruto del laborioso reinado de D. Pedro aquellos políticos, aquellos guerreros, literatos, poetas y artistas que tan alto nombre dieron á España, llevándola al mayor grado de prosperidad y grandeza en el interior, y á que estendiendo sus conquistas en Italia y en Flandes, y dilatándolas hasta el mundo de Colon, pudiera decirse con orgullo que nunca se ponía el sol en los dominios españoles.

HE DICHO.

NOTAS

al Discurso precedente.

(1.)

Al escribir este discurso llega á mis manos el último obsequio de tan afectuoso y verdadero amigo. Bajo el título de *Poesías completas,* ha coleccionado el Sr. Latour todas las que antes habia dado al público en diferentes épocas con los títulos de *La vida íntima* y *Lejos del hogar;* y además bajo el nombre jeneral de *Los Caminos del Extranjero*, ha reunido cinco bellísimas coleccioncitas que en otro tiempo había hecho imprimir en tiradas de á cien ejemplares, que no se vendian por ningun precio, y que el autor regalaba á las personas de su intimidad.

Es un tomo interesantísimo, nítida y elegantemente impreso en la tipografía de Enrique Plon y cuya lectura recomiendo á las personas de buena voluntad, que, como dice el Sr. Latour» *han conservado en sus corazones el sentimiento de la poesía y el culto de las cosas del alma y de la intelijencia.*»

Los afectuosos recuerdos que tanto en sus doctos artículos como en sus poesías me ha consagrado repetidamente el Sr. Latour, me impiden dilatar, como debiera, la alabanza de sus obras, con elojios que podrian parecer interesados.

(2.)

Sobre la importancia de la guerra que D. Pedro sostuvo con Aragon, para la cual creó la marina militar, siendo el primer Rey de Castilla que se embarcó capitaneando una armada, así como sobre otros puntos que demuestran el pensamiento profundo de la política de aquel Rey, estudien los historiadores los magníficos discursos leidos por Don Francisco Javier de Salas y D. Aureliano Fernandez Guerra ante la Real Academia de la Historia, en el acto de recibirse el primero como indivíduo de Número, pues son lo mejor y mas razonable que se ha escrito sobre este reinado.

(3.)

Véase en la Historia de España escrita por Mr. Cárlos Romey, el final del cap. 19 de la parte 3.ª—En la crónica de D. Enrique II por Ayala el cap. 3 del año XIV, y el testamento de este Monarca.

(4.)

Para conocer la vida y las obras de D. Pedro Lopez de Ayala, pueden consultarse los autores siguientes:

JERÓNIMO ZURITA en el Prólogo á las *Crónicas de Castilla,* impreso en la edicion de la crónica de D. Pedro I.—Madrid, Sancha—1779.
D. NICOLÁS ANTONIO en la *Bibliotheca hispana Vetus*, tomus II, liber. X, caput. I.
D. TOMÁS A. SANCHEZ, en las *Poesías selectas castellanas,* anteriores al siglo XV, y en los preliminares del tomo de los mismos poetas en la *Biblioteca de Autores Españoles.*
D. BARTOLOMÉ J. GALLARDO, en dos artículos insertos en los números de 66 y 68, de la Revista titulada *Cartas Españolas.*—Madrid: I. Sancha, 1832.
D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS, *Historia crítica de la Literatura Española,* tomo 4.° cap. 3.°
W. TICKNOR.—Historia de la Literatura Española, traducida por los señores Gayangos y Vedia, tomo 1.° cap. 5.° y 9.°
MR. FERDINAND LOISE.—*Histoire de la poesie Espagnole.*—Bruxelles.—1868.—Troisieme section.—párrafo III.

(5.)

Crónica del Reinado de D. Pedro I, por D. Pedro Lopez de Ayala. Año 1351—Cap. 21.—Año 1352—Cap. 1.°, 2.°, 3.° y 7.°—Año 1353—Cap. 1.°
MR. LOISE.—Histoire de la poesie espagnole, loc cit.—Aunque se muestra poco afecto al Rey D. Pedro, juzgándolo séveramente, no puede menos de hacer al hablar de Ayala la sesuda reflexion siguiente: (pág. 46.)

«Mais pour raconter, en historien veridique, les événements du «régne de Pierre le Cruel, il lui fallait une conscience bien in«tegre, car il s'agissait d'un prince contre le quel il avait pris les «armes. Il n'etait donc pas dans ces conditions que Tacite deman«de á l'historien: sans haine et sans amour.»

(6.)

Archivo Municipal de Sevilla, seccion 1.ª—Archivo de Privilegios. —Carpeta 168, núm. 3.°

(7.)

Consta la celebracion de las Córtes de Sevilla; y puede verse acerca del matrimonio de D. Pedro la siguiente curiosísima obra:

DISERTACION *que el Dr. D. Josef Ceballos leyó á su Real Academia de Buenas Letras de Sevilla el Viernes por la tarde 22 de Febrero de 1754 acerca del legítimo matrimonio que el rey D. Pedro el JUSTICIERO contrajo con D.ª María Padilla.*

4.° 250 hojas de letra de la época (Biblioteca Colombina B. B. B. B. 446-5).

Véase tambien el *Teatro de la Santa Iglesia de Sevilla*, de D. Pablo Espinosa, y á Zúñiga, *Anales de Sevilla* año de 1362 párrafo 3.°-El mismo historiador refiere que el Rey D. Felipe II mandó llamar Reina á Doña María en todos los documentos, y así la llama tambien el Rey D. Pedro en su testamento otorgado en Sevilla en 18 de Noviembre de 1362.

(8.)

Copiamos casi testualmente las frases de la sentencia.

(9.)

Puede leerse el estracto del *Compendio de las Crónicas* al final de la de D. Pedro en la edicion de Sancha.—Madrid, 1779—pág. 577—en las enmiendas y adiciones de Jerónimo de Zurita.

(10.)

Titúlase *Introduccion proemial de D. Sancho de Castilla*, Capellan del Rey D. Phelype Ntro. Señor, en la práctica de las virtudes de los buenos Reyes de España que compuso en coplas de arte mayor D. Francisco de Castilla su padre. (Biblioteca Colombina B. B. B. B.—446—39.)

Como las coplas de arte mayor de D. Francisco Castilla comienzan en el Rey Alarico; el comento de D. Sancho, viene á ser un compendio de la Historia de España, refiriendo en él á veces curiosas tradiciones para aclarar el sentido de las *Coplas*.

(11.)

Crónica de D. Pedro año XIII Cap. 6.°

(12.)

Noticias de D. Juan de Castro.

Las hay en la Historia Palentina compilada por Alonso Fernandez de Madrid, cuyo estracto se encuentra en el apéndice á la contestacion de D. Aureliano Fernandez Guerra, que hemos citado en la Nota núm. 2.° y en el prólogo de Jerónimo Zurita á las Crónicas de Castilla. Algunas noticias hay tambien en las obras escritas en defensa de D. Pedro por varios autores.

(13.)

Se encuentra hoy esta crónica en la Biblioteca Colombina T.—113—1.

(14.)

El Doctor Lorenço Galindez de Carbajal del Consejo del Secreto de la Cámara del Catholico Rey Don Fernando el quinto deste nombre marido de la Catholica Reyna de Castilla Doña Isabel, embió estando la corte en Seuilla el año del Señor de MDXI., por este libro destas quatro Corónicas del Rey Don Pedro y Don Enrique el segundo su hermano y D. Juan el de Albujarrota, y D. Enrique tercero su hijo el Doliente: por mandado del Catholico Rey Don Fernando con una Cédula del Rey, y una Carta del dicho Doctor para nuestro Padre el Prior deste Monasterio, que á la sazon era el P. Fr. Juan de Azpeytia, para que se lo entregasemos. E la dicha Carta del Doctor, é la dicha Cédula del Católico Rey... se pone aquí el traslado de ellas para el estima en que se debe tener este libro, y para que no se saque de esta casa, y se ponga recaudo en lo guardar, é no esté usurpado como estuvo cerca de treinta años, como de yuso se dirá, hasta que se cobró. E el traslado de la dicha carta é Cédula es este: § Muy Reverendo señor y Padre. El Rey nuestro Señor, antes que partiese de Madrid, pensando que yo fuera por Guadalupe, me mandó que hablase á Vm. sobre la Corónica del Rey D. Pedro y D. Enrique, y Don Juan y D. Enrique el Doliente, que dizque hay en esa Casa, la mas verdadera, y para esto me dió una Cédula. Y como yo no fuí ay, no se me he acordado desto, hasta que el otro dia me preguntó si era venida aquella Corónica: y á esta causa yo ove de enviar este Escribano que hiciese la diligencia que yo habia de facer. Vm. la podrá mandar dar,

porque ella será bien guardada, y vuelta presto, porque para cierto negocio S. A. la quiere ver, y vista se enviará; y desto yo tomo el cargo. Guarde Ntro. Señor su muy reverenda y devota persona como lo deseo. De Sevilla á XXIII. de Abril de MDXI. A servicio y mandado de Vm. el Dr. Carbajal. (La Cédula del Católico Rey D. Fernando dice asi: § El Rey: Devotos Padres Prior y Frailes y Convento del Monasterio de Ntra. Señora de Guadalupe. Yo he sabido que en en esa casa está un libro de la Corónica del Rey D. Pedro, que diz que es la mas verdadera de cómo pasaron las cosas de aquel tiempo. Y porque yo la quiero mandar ver, por la presente vos ruego y encargo que luego la deis á la persona que esta mi Cédula os presentare para que la trayga; que por esta yo os la mandaré volver: en lo cual mucho placer y servicio me hareis. Hecha en la villa de Madrid á IV. de Octubre de MDX. años.—Yo el Rey.—Por mandado de S. A. —Lopez de Conchillos. (En las espaldas de la citada Cédula del Rey está un conocimiento de un Escribano criado del dicho Doctor Carbajal, dice así: § Conozco Yo, Pedro de Vega, Escribano de la Reyna N. Señora, que por virtud de esta Cédula del Rey N. Señor, reciví del Rev. P. Prior desta Casa de Ntra. Srá. de Guadalupe el libro y Corónica en esta Cédula destotra parte contenido. Y porque es verdad que yo le rescibí como dicho es, dí este conoscimiento firmado de mi nombre en las espaldas de la dicha Cédula. Fecho en la villa de Guadalupe á XXVI. dias del mes de Abril de MDXI. años.—Pedro de Vega. (Este libro estuvo en poder del Doctor Carbajal y sus herederos XXVIII años. Como quiera que se pidió muchas veces por parte deste Monasterio al Doctor Carbajal antes que muriese, nunca se pudo cobrar dél diciendo que tenia necesidad dél para cosas del servicio del Rey. E despues dél muerto, lo pidió este Monasterio á su hijo Diego de Vargas Carbajal. E finalmente yendo á Salamanca yo Fr. Diego de Caceres le cobré en el mes de hebrero de MDXXXIX de Antonio de Carbajal, Comendador de la Magdalena, hijo del dicho Doctor Carbajal, en cuyo poder estaba, y le dí conoscimiento firmado de mi nombre como me lo entregó. Y así fué cobrado, y traido, y restituido este libro á esta santa Casa honra y Gloria de Dios.)

A continuacion de esta nota se ven en el pergamino tres ó cuatro renglones, que aunque se han borrado, se descubren claramente los restos, en los cuales, tal vez, estaría escrito lo que espresa D. Sancho de Castilla; y encima de letra mas moderna se ha puesto:

Esta es la crónica de D. Pedro escrita por Ayala.

(15.)

DE HISTORIA PARA ENTENDERLA Y ESCRIBIRLA. A Don Francisco de Sandoval Duque de Lerma etc. Luis Cabrera de Córdoba, criado de S. M. año (E. de A.) 1611.—Con privilegio en Ma-

drid por Luis Sanchez.=4.°—El pasaje citado se encuentra en el Libro 2.° Discurso 5.° páj. 59.

(16.)

Consérvanse en el códice F. 35 de la Biblioteca Nacional; y tanto por ser quizá lo único que se ha salvado de la Crónica de D. Juan de Castro, como por referir sucesos muy conocidos, vamos á darle cabida en esta nota, con la descripcion del volúmen en que se encuentran que fué coleccionado por un erudito sevillano; cuya reseña debemos á la buena amistad del docto Sr. D. Cayetano A. de la Barrera.

CÓDICE F. 35.

Catálogo de los Arzobispos de Sevilla y Primado de las Españas por el Licenciado Francisco Pacheco Canónigo en la mesma Iglesia coronista de los Sanctos de su Arzobispado. Con algunas notas y adiciones por el Dr. Juan de Torres y Alarcon. Sirue al Aparato de la Historia de Seuilla con lo que está trasladado aquí al archivo de la Santa Iglesia de Sevilla.

Desde Joan (I) año 278 hasta D. Diego de Guzman: 1626.—(Fólio 1 al 23 vuelto.)

Libro blanco, Libro de las Prebendas y dignidades, canongías, Raciones enteras y medias de la Sancta Iglesia de Sevilla. (Fólio 26 al 71).

Las imágenes de devocion que ay en la ciudad de Sevilla y su Arzobispado. (Desde el 73 al 99.)

Kalendario de los Sanctos de Sevilla y su Arzobispado por meses. (104 al 107.)

Relacion de los Preuilegios y otros scriptos del Archivo de la Sancta Iglesia de Seuilla, desde su fundaçion. (Fólio 114 al 117 vto.)

Despues desde el fól. 130 al 139, estan varias notiçias de Seuilla, y al fólio 130 vto. las siguientes:

MEMORIAS DEL REY D. PEDRO EL CRUEL.

Quejose el Rey D. Pedro á las justicias de su casa y corte en Seuilla de su poco cuidado y de los robos, fuerças y malfetrías que los malos omes fazian y quedaban sin punnir; fizo llamar los Alcaldes Mayores y al alguazil y encargoles la guarda de la villa y punimiento de los males que fazian los malos.

Domingo Ceron, Alcalde del Rey, respondió por todos, y mostró al Rey su razon y su cuidado, y que era voz echada á su oreja sin causa: que señalase su Señoría algun fecho malo que starie sin castigo en quanto pudiesse alcanzar.

El Rey dijo que lo daria, que boluiesen á su presencia otro dia y fablauan mas despacio en ello, porque acabasen entonce librar los negocios que allí auia.

Esa noche salió el Rey solo y mató un ombre en los Cinco Cantillos, y al ruido de las cuchilladas una vieja sacó un candil y vido las riñas.

E otro dia Domingo Ceron fué aueriguar la muerte y fallo que el Rey auia fecho el omezillo por la informacion de la uieja que dijo auia conocido al Rey; que riñendo le crujian al Rey las rodillas como nuezes, y este ruido fazía el rey quando andaua, y era conocido por él.

Luego fué al Alcazar y se asentó Domingo Ceron en la silla del juizio que estaua á la puerta, y esperó con la uara en la mano a quel Rey saliese a misa a Santa María, y al salir fizo reuerencia al Rey y omilló la vara. El rey le dijo: como estais despacio, auiendome dicho los malos fechos y muerte que auido esta noche.

Domingo Ceron dijo: ya está todo aueriguado, y el matador no a fuído, que esta presente. Preguntó el Rey:—Quien es que yo le faré quitar la cabeça y ponella en el lugar de la muerte.

Domingo Ceron se echó á sus pies y le dijo: Vtra. S.ª a. dado la sentencia, mas yo porné una cabeça de mi fijo Martin Ceron por la de Vtra. Señoria. El Rey dió por bien aueriguada la causa y mandó poner su cabeça en lugar que llaman Candilejo, y Domingo Ceron colgó la uara a la puerta de las Capillas reales por auer tenido al Rey en su juiçio.

Martianez de Aponte, tesorero del Rey D. Pedro, fué ajusticiado por auer perdido el tesoro del Rey D. Pedro en la galera que lleuaba a Valencia, que tomo D. Henrrique; y los quartos pusieron en la forca de Tablada.

Tenia Martianez un hermano Canónigo en la Iglesia Mayor, é Prior de San Saluador, el qual enterró los quartos en San Saluador, y dejó grandes memorias allí.

El Rey D. Pedro quiso en penitençia deste mal fazer algo que fuese en perdon del anima, é fizo la Iglesia de S. Miguel que estaua caida, y mandó llevar a Martianez y los Canónigos de San Saluador no quisieron dar mas de los dos quartos por no dar las memorias que eran ricas de grandes contías.»

(Al márjen esterior, á la larga, dize:)

«Estas Notas son de la Historia del Rey Don Pedro, que scriuió D. Joan de Castro, Obispo de Jaen, questa en la Cartuja de Seuilla llamada Las Cuevas, en los libros que allí dejó el Sr. D. Phadrique Henriquez, Marques de Tarifa, que fué á Hierusalem; que trasladó el Dr. Benito Arias Montano.»

(17.)

Una decision que no carece de cierta importancia ha recaido ya en favor de D. Pedro I; y creemos que merece consignarse, por ser la primera vez que con carácter cuasi oficial se han reconocido los merecimientos de aquel monarca, cuando había llegado la exajeracion hasta el punto de afirmar sesudo historiador que ningun rey de España volvería á llamarse Pedro, por ser nombre de aciaga recordacion.

Es, pues, el caso, que deseando el Ayuntamiento de Sevilla disimular en lo posible el feo y deslucido aspecto que ofrece á la vista de los entendidos una especie de garita de piedra, construida sobre la fachada nueva de las casas consistoriales para alojamiento del magnífico reloj, que construyó en Lóndres nuestro célebre compatriota el difunto Sr. D. José M. Rodriguez Losada, acordó segun dicen, colocar á los lados de aquella dos estátuas de célebres personajes que habian de ocupar los ángulos salientes del pabellon central.

Consultado el cronista de la ciudad acerca de los personages que dignamente pudieran ocupar aquel puesto, contestó que podrian colocarse las efijies de Hércules y Julio Cesar, las de D. Diego Ortiz de Zúñiga y Gonzalo Argote de Molina; las de D. Alonso X y D. Pedro I, ó las de Isabel I, é Isabel II. No sabemos si el cronista añadía algun otro grupo.

Dudoso el Ayuntamiento y deseando acertar, acordó se consultara á la Academia de Bellas Artes; y esta ilustrada corporacion despues de un maduro exámen y sin detenerse en añejas preocupaciones, contestó por unanimidad que debian colocarse las estátuas de D. Alfonso X, *el Sábio,* y D. Pedro I, el *Justiciero.*

MR. DE LATOUR.—*Etudes sur l'Espagne.*—Séville et l'Andalousie, tomo 1.º—aunque forma juicio adverso al Rey D. Pedro, no puede menos de sentir lo contrario de lo que juzga, y llegando á las puertas del Alcázar echa de menos los restos de la silla de piedra en que el monarca administraba justicia diariamente, y esclama: *«remarquez, comme, dés le seuil de sa demeure, c'est sous sa face «de JUSTICIER que D. Pedro vous aparait.»*

(18.)

Ya el Canciller Pero Lopez de Ayala, se muestra conocedor del Amadis y del Lanzarote, siendo la cita del *Rimado de Palacio* la mas antigua que conocemos de tan celebrados libros de Caballerías: Dice así:

Plogome otrosi, oyr muchas vegadas
libros de deuaneos é mentiras probadas,
Amadis, Lanzalote, é burlas asacadas
en que perdí mi tiempo á muy malas jornadas.

En el *Cancionero de Baena* hay un dezir dirigido á Ayala por Pero Ferruz, poeta del reinado de D. Pedro, pues escribía ya en 1340, y en él dice:

Amadys el muy fermoso
las lluvias é las ventiscas
nunca las falló aryscas,
por leal ser é famoso:
sus proesas fallaredes
en tres lybros é dyredes
que le Dyos dé santo poso.

(Cancionero de Baena, páj. 336.—Núm. 305.)

(19.)

Véase el Prólogo del *Cancionero de Baena,* en la edicion dirigida por D. Eujenio de Ochoa.—Madrid—1851.

(20.)

El autor aludido es Mr. Fernando Wolf, que así lo juzgó en el *Anuario de la literatura*—1832.

El Sr. D. José Fernandez Espino en su *Curso histórico crítico de Literatura española*.—Sevilla 1871.—Tomo I. páj. 139.—Cap. VIII, dice:

«Es un pequeño Cervantes sin su honestidad sin su estremada pro-«fundidad y grandeza, que en mas reducido marco abraza el cuadro so-«cial de la vida de entonces.»

DISCUROS

QUE

EL DIRECTOR DE LA ACADEMIA

SEÑOR D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

DIRIJIÓ

AL EMPERADOR DEL BRASIL.

SEÑOR:

Al dirigir mi voz al público, nunca me ví tan conmovido y turbado como en este instante. La presencia augusta de V. M., honor igual nunca recibido por nuestra Academia, la ilustracion del noble concurso que me escucha, los notables discursos que acaban de pronunciarse, todo viene á empequeñecer mi personalidad y á aumentar mi confusion y desaliento al rendir á V. M. á nombre de la misma Academia, el homenaje de su veneracion y de su profundo reconocimiento.

Grande es el apláuso con que la nacion ha acojido el viaje de V. M. por sus ciudades de más altos recuerdos. El solícito afan con que investiga sus glorias y tradiciones, el anhelo generoso que le guia en el exámen de las obras de esta fecunda madre de sábios y de ingénios, y el esmero con que estudia las grandes creaciones á que dió vida el espíritu de las artes, todo le ensalza á los ojos de la culta muchedumbre y le atrae universales y entusiastas simpatías.

No es desconocido en nuestra pátria historia el amor de los reyes á los conocimientos científicos y al cultivo de las Letras. La nacion que, como la nuestra, encierra en la Iglesia Metropolitana de esta ciudad los restos del inmortal Alonso X, fénix de la inteligencia y milagro de sabiduría, no puede asombrarse, aunque regocije por extremo su ánimo, de tan fáusto acontecimiento.

Quizás el que leyese al P. Mariana, cuando al referirse al sabio rey dice que «mientras contemplaba el cielo y miraba las estrellas perdió la tierra y el reino» pudiera formar no muy estimable juicio del amor á la sabiduria en los monarcas, considerando incompatible con las Letras la acertada administracion de un Estado. Mariana, sin embargo, en su frase, más ingeniosa que cierta, calificó por demás ligeramente á un gobernante que, sin los rigores de su enemiga estrella, habría igualado en acierto y en bondad política á su padre el rey Santo.

Alonso X., de hidalgo y valeroso espíritu y perito en las batallas, como lo muestran sus victorias en el reino de Granada y la conquista del de Murcia, sin la desapoderada ambicion de su hijo y las desventuras que por esta cáusa le abrumaron, habría podido realizar los altos fines de gobierno que en sus mismas obras se anuncian. En su grandioso libro de las Partidas decía: «la sabiencia es alma del alma et espejo del sesso ca ella es comienzo de las cosas acabadas et rayz de las noblezas:» pero no se olvida de dar lecciones á los príncipes al manifestar en el mismo libro que «menguadas non deben ser las palabras del rey» y que se guarde de la saña é de la ira é de la malquerencia.» Las páginas de este libro están sembradas de máximas profundas de religion, de moral y de gobierno; en todas ellas resplandece el propósito de igualar las leyes para todos, de mejorar la condicion del reino por medio de la ilustracion, y de que-quebrantar cuanto era posible el injusto poderío de los

magnates, único medio de hacer estimable la justicia, y de llevar el órden y el concierto á la administracion pública.

Aun la conducta de su hijo el usurpador D. Sancho revela, que, si su ambicion insensata le impidió ser obediente á su buen padre, no fué obstáculo para que le siguiese en la sabiduría y adoptase sus doctrinas, como lo prueban sus libros y su conducta, en que mostró conocer á fondo el espíritu de predominio de aquella alborotada nobleza.

No fué tampoco obstáculo á su primo el Infante D. Juan Manuel su gran pericia en las Letras y su aficion á las Musas, para mostrarse insigne guerrero y sábio político. Su libro de Patronio, una de las obras más notables de la edad media en punto á moral y política, revela que el estudio había formado en él tanto al valeroso capitan, como al estadista insigne; y que si hubiese ceñido sus sienes una corona real se le habría visto con sabiduría, con gran sentido práctico para conocer el bien, y con fuerza y constancia para realizarlo.

Error por demás grosero es pensar que el cultivo de las Letras quita vigor al ánimo: «la ciencia, (decía el ilustre mílite y poeta Marqués de Santillana) no embota el hierro de la lanza ni face floxa el espada en la mano del caballero.» Al contrario, la ciencío es el sol del espíritu, y además le robustece. El caballero, tal vez más discreto y sábio de la córte de D. Juan II, fuera del anterior, era el Condestable D. Alvaro de Luna, como lo publican sus trovas y su libro de «Claras é virtuosas mujeres», y ni en el campo de batalla ni en los tornéos, ni en las faenas del gobierno, pudieron jamás vencerle sus adversarios. Vivo era imposible; tuvieron que hacer rodar su cabeza en el patíbulo, y aun la sombra de lo que fué les aterraba todavía.

¿Quién más profundo moralista y más filósofo y delicado en los conceptos que Jorge Manrique en su elegía á la muerte de su padre? y sin embargo, el poeta murió heróicamente y con singular bravura, peleando como bueno en favor de su Reina. ¿Quién más excelso en valor que Garcilaso de la Vega,

verdadero Marte en las batallas? pero ¿quién más tierno dulce y apasionado que él en sus poesías? Rey del blando llanto le apellidó Fernando de Herrera; Príncipe de los poetas españoles llamáronle otros; y merecía en verdad tan lisonjeros títulos.

Error, sí, grave y peligroso y hasta grosero por ser hijo de la ignorancia, es sostener que las Letras pueden desviar el corazon de altos y gloriosos sentimientos. Fijémonos en Isabel la Católica: vedla, Señor, rodeada de sábios españoles y aun traidos de Italia para propagar las ciencias y pulir las Letras con estudios clásicos, en que entraba el génio helénico y latino y no ménos el de Dante y Petrarca: vedla ofreciéndose como dechado en su altísimo pensamiento, animando á los eruditos y á los ingenios con su real proteccion, aceptando las dedicatorias de sus libros, y honrándolos. Vedla, Señor, estudiando con gran esmero la lengua del Lácio, y haciendo que su hija Doña Juana la imitase, y ved tambien sus damas servirse á su ejemplo de la gramática latina de Antonio de Lebrija y de sus lecciones.

Los caballeros más ilustres de su Córte, comprendiendo que la destreza en las armas y el valor heróico en los combates solos no eran suficientes para merecer la completa estimacion de la Soberana, distinguiéronse de tal manera en el estudio, que algunos desempeñaron cátedras en la Universidad de Salamanca, en que era Rector entonces el muy docto D. Fadrique de Toledo, primer Duque de Alba.

La nobilísima conducta de la excelsa reina sirvió de emulacion al Cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que tradujo al Castellano las obras más clásicas de la antigüedad pagana; á D. Juan de Zuñiga, que premió liberalmente la sabiduría de Antonio de Lebrija; á Fray Hernando de Talavera, en cuyas obras ascéticas y morales compite la piedad con el mérito en la exposicion de las doctrinas; y queriendo exceder á todos el gran Cardenal Jimenez de Cisneros, fundó la Universidad literaria de Alcalá, que en breve fué

emporio de las Humanidades y de las Ciencias. Con tan insólita animacion literaria, la Córte de la egregia Isabel llegó á ser brillante foco de sabiduría y de cultura social que irradiaba por todos los ámbitos de la Península.

Esa luz purísima, iluminando cada vez más la profunda comprension de la Reina, en lugar de rebajarla y de enmuellecer su ánimo, como crée la ignorancia respecto á la sabiduría, lo levantó á grandes empresas y oprimiendo su cuerpo delicado con la armadura de los guerreros, rivalizó con ellos en fatiga, en serenidad y en valor, en la conquista del Reino de Granada.

Entónces fué cuando comprendiendo el génio de Colom, hasta allí en menosprecio, descubrió este en álas de la fé las regiones antípodas: entonces cuando la espada del Gran Capitan añadió al hemisferio español la parte más ilustre de Itália: entonces cuando el despótico y turbulento predominio de la nobleza, vencedor como ha dicho nuestro digno compañero el Sr. Asensio, de D. Alonso el Sábio, de D. Pedro de Castilla en Montiel, de D. Juan II arrancándole su defensa en su valido D. Alvaro de Luna, y de D. Enrique IV, escarneciendo en Avila la magestad del trono, quedó enfrenado y destruido por el incontrastable aliento de la Reina, cuya enérgica justicia aquietó su ambicion perturbadora y trajo á los Grandes sumisos á las leyes.

Estos, Señor, entre los españoles son los triunfos de la sabiduría: con harta razon dijo el Rey Sábio que es alma del alma, espejo del entendimiento y orígen de toda nobleza.

¿Cómo el gobernante que no ha nutrído con sabiduría su espíritu puede salir de lo mezquino y vulgar en la administracion de los pueblos? ¿Cómo dirigir su ánimo á encumbradas empresas, abrir á sus gobernados los senderos de la prosperidad material misma, y engrandecer su Reino por la autoridad, la cultura y el progreso, aspiracion ingénita de la dignidad humana? El Príncipe sin sabiduría es como sol sin brillo, que solo produce dias de niebla: el Príncipe ilustrado es sol

que con sus rayos vivifica la tierra, anima las plantas y regocija y dá concierto á la Creacion entera.

V. M., Señor, que se presenta hoy siendo al mundo ejemplo de ilustracion, como entre nosotros en edad pasada los Monarcas referidos: que sabe que en aquella reside la justicia, y que la moral es alimento de la virtud y el elemento más poderoso del bien público; que conoce con esa admirable modestia que practica, que la última es el mayor freno á la vanidad, madre espúrea de malas pasiones, y que guiado por ella ha venido á honrar y engrandecer estos modestos penetrales de la Sabiduría, permítame que mi humilde voz, á nombre de esta Real Academia Sevillana, le ofrezca por tan generosa bondad el homenaje de su reconocimiento: permítame tambien que diga que en el libro de sus actas quedará por los siglos estampado su augusto nombre y la imperecedera memoria de su admirable ilustracion; y permítame, en fin, que le desée tanta prosperidad y gloria como el inestimable y encumbrado aliento de V. M. merece.

HÈ DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

DON RAMON DE LA SOTA Y LASTRA,

EL 10 DE MARZO DE 1872.

SEÑORES:

Permitid que ántes de cumplir el deber que me imponen los Estatutos de esta Real Academia, cumpla el que me dicta la conciencia, mostrándome agradecido á vuestra bondad; porque á ella, y nó á mis escasos merecimientos, debo la señalada honra de pertenecer á un instituto ilustre por lo mucho que ha contribuido y contribuye al esplendor de la literatura pátria, y por los varones eminentes en todos los ramos del saber humano que ha contado y cuenta en su seno.

En este tranquilo recinto, á donde afortunadamente no llega el eco del clamoréo discordante de nuestras pasiones políticas, os dedicáis con solicitud y constancia á provechosos y gratos estudios que, elevando al hombre á la serena region de la inteligencia, muestran cuanto se diferencia de todos los otros séres creados, y cuanto se asemeja al Sér Supremo que lo creó. Sí, señores Académicos; vuestros contínuos trabajos científicos y literarios son la prueba práctica de la perfectibilidad del hombre, facultad de que carecen los demas animales, inclusos aquellos que por su organizacion ocupan el

segundo lugar de la escala zoológica. Y es que la perfectibilidad no se opera sobre la parte física del hombre; porque realizando ésta necesariamente su esencia, perfecta se manifiesta en todos sus procedimientos; sino sobre la parte psíquica, cuyo desenvolvimiento es libre y progresivo, cuya perfeccion jamás se alcanza en el mundo de la materia, y cuyas aspiraciones solamente pueden ser satisfechas por el que la sacó de la nada por su voluntad y para su glória.

Aunque el hombre reniegue de su orígen y desconozca su fin, aunque voluntariamente se degrade hasta el extremo de colocarse gustoso en el número de los animales irracionales, aunque se complazca en tener á estos por progenitores, siempre se sentirá dominado por una fuerza interior, que le impela al descubrimiento de la verdad, al amor de la belleza, á la práctica del bien, en una palabra, á buscar la felicidad de que se mira desposeido, y que apesar de no encontrarla, por suponerla donde no existe, sigue persiguiéndola con afan y no renuncia á la esperanza de poseerla. Esta esperanza es el resorte de la contínua agitacion del hombre: si sobre ella medita, si libre de preocupaciones reflexiona, llegará á conocer que él es el sér privilegiado de la Creacion, semejante á Dios por el espíritu, semejante á los demás animales por la materia. Pero esta doble semejanza no quiere decir identidad: y apesar de ser el hombre, mejor dicho, por ser el hombre un ser armónico compuesto de espíritu y de cuerpo, se diferencia esencialmente de la Divinidad y esencialmente se distingue de todos cuantos séres le rodéan.

No falta quien, alucinado por la semejanza del hombre con Dios, sostenga que aquél participa de la esencia de éste, del cual se desprendió en un principio, á la manera que del fuego la llama se desprende. No es mi ánimo refutar ahora este delirio de la razon humana; basta á mi propósito consignarlo, y exclamar rendido ante la majestad del Omnipotente: *¡Quid sicut Deus!*

Tambien se encuentran filósofos y naturalistas, que, en-

gañados por el parecido de la organizacion del hombre con la de los demás animales, afirman que no existe entre ellos diferencia alguna esencial, que todos arrancan de un mismo orígen; que con el trascurso de los siglos, y bajo la influencia de los agentes físicos, en medio de los cuales se desenvuelve, el único tipo primitivo del reino animal se fué modificando y perfeccionando hasta constituir la variedad de séres animados que pueblan el universo.

Esta teoría, que cuenta hoy numerosos y entusiastas defensores, no es nueva: brotó del cerebro de un célebre literato francés á fines del pasado siglo. Restif de la Bretonne trató de demostrar en 1781, que originariamente un solo animal y un solo vegetal habian existido sobre nuestro globo, y que las diferencias del suelo y de la temperatura habian producido la variedad de los séres y la multiplicidad de las especies.

Algunos años después, Lamarck admite la idea de Restif de la Bretone, y la desarrolla de una manera más científica. La especie, para este distinguido naturalista, no es inmutable; las formas orgánicas no tienen más que una estabilidad relativa. Partiendo del principio verdadero de que el poder funcional de un órgano aumenta ó disminuye por el ejercicio ó el reposo á que se le somete, saca la falsa consecuencia del cambio de la forma. El ánade, dice, se hizo nadador nadando; prolongáronse los tarsos de la zancuda caminando sobre los terrenos pantanosos; varios animales terrestres sintieron placer en el agua, y la permanencia en ella hizo que los miembros se transformasen en aletas, inhabilitándolos para la marcha terrestre, y constituyóse de esta manera la clase de los anfibios.

La doctrina de Lamarck no fué bien recibida por los naturalistas contemporáneos suyos, los cuales vieron en ella una nube bastante densa para oscurecer la glória que le habian alcanzado otros trabajos más juiciosos é importantes.

Geoffroy Saint-Hilaire sostuvo que en la vida no se encontraba nada fijo, que todo estaba sujeto á la ley de la perfectibilidad, y si no dió á su doctrina toda la extension que Lamarck dió á la suya, convino con éste en que las circunstancias que rodéan á los séres vivos influyen poderosamente en su estructura y les imprimen notables variaciones.

Pero la teoría de la mutabilidad de la especie no ha tenido un apologista más habil que M. Darwin, «La Creacion, segun este escritor, no ha terminado ni terminará; todas las generaciones asisten y contribuyen al desarrollo y progresivo desenvolvimiento de los séres; el universo tiene, como los indivíduos, un periódo de juventud, otro de virilidad y otro de vejez, para volver á renacer, á semejanza del fénix de la fábula, de sus cenizas en los momentos que debería acercarse su total ruina. El tiempo es el gran agente vital y creador para los darwinistas; la creacion empezó por los séres de estructura más sencilla y de menes dimensiones: los infusorios fueron los primeros animales, los cuales de una manera lenta y graduada se trasformaron en pólipos carnosos, en moluscos, en peces, en reptiles, en aves y en mamíferos. Formóse así una cadena no interrumpida, que por medio de modificaciones insensibles, manifiesta el orígen de todos los animales y los lazos de union que entre ellos existen. La sucesion regular de las generaciones no se ha suspendido un solo momento, ningun cataclismo ha ejercido su accion desoladora sobre el universo entero, y con seguridad puede afirmarse que tampoco sufrirán sus estragos las generaciones venideras. Si innumerables son los siglos que pasaron, incalculables son los futuros, porque el infinito no está sujeto á número ni medida. La naturaleza marcha forzosamente á la perfeccion, y dia llegará en que los séres vivos hayan experimentado una transformacion tan completa, que todas las formas actuales habrán desaparecido, y otros organismos muy superiores á los que hoy conocemos habrán venido á reemplazarlos.»

Con ingeniosa habilidad desenvuelve su fantástico sistema M. Darwin; el primer geólogo del mundo, M. Lyel, lo apoya con entusiasmo; y una elegante escritora, Mdlle. Royer, lo populariza en Francia. No extrañeis ya, señores, que una doctrina maravillosa (por no darle otro nombre) que si convierte al hombre en hijo del mono y nieto del perro le asegura una descendencia semi-divina, sostenida por los sábios y propagada por los literatos, cuente numerosos partidarios entre los espíritus poco reflexivos y aficionados á exageradas novedades.

Yo me propongo en este trabajo combatir el darwinismo, sostener la inmutabilidad de la especie, hacer ver que cada una tuvo un tipo originario distinto, que si observamos variaciones en el color, en la magnitud, en la fuerza, etc., no son suficientes para autorizarnos á afirmar el cambio de unos animales en otros. Los caractéres esenciales permanecen constantes en todos los séres vivos, sin que el tiempo, el clima, la alimentacion ni las costumbres hayan podido influir en la transformacion gradual y lenta de un ser de organizacion simple en otro de estructura complicada. Yo trataré de probar que entre el hombre y el mono más perfecto existe un abismo tan profundo, que la semejanza orgánica no llenará nunca, pues ese abismo lo constituye la inteligencia, don supremo concedido por el Omnipotente al hombre solo para que pudiera conocerlo y amarlo, admirar la creacion y servirse de ella.

Hubo un tiempo en que los sábios no se avergonzaban de admitir las verdades reveladas, y en que la ciencia no se juzgaba deshonrada prestando fé y confesando su ignorancia al tratar de los Misterios. Los contínuos adelantos en artes, ciencias y letras aumentaron considerablemente el caudal de los humanos conocimientos, sorprendiéronse (por casualidad casi siempre) varios secretos á la naturaleza, y los hombres dedicados al estudio se encontraron poseedores de un tesoro, con el cual ni soñado habian sus maestros. La inesperada

opulencia fué causa de lamentables desvanecimientos y no se meditó que todas las conquistas científicas eran pálido destello del poder inmenso de la Sabiduría Infinita. La soberbia estableció su trono en el cerebro de los sábios, negaron estos lo que su limitada razon no comprendía, y pidieron argumentos á la ciencia para combatir los misterios, de los cuales se mofaban. Pero la ciencia no correspondió á tan arrogantes deséos, y los que adornándose con sus deslumbradoras galas, se atrevieron á hablar en nombre de ella para negar las verdades reveladas, sufrieron la vergonzosa humillacion de una derrota científica.

El Génesis expone de una manera sublime y admirable el orígen del universo: los sabios no quieren confesar que su sabiduría es inferior al libro de Moisés, y apoyándose en las fuerzas de la fantasía porque la razon no alcanza á medir el momento primero de la creacion, inventan teorías y establecen doctrinas que otros sabios se encargan de combatir y ridiculizar.

Para unos es el fuego el poderoso agente de la formacion del mundo; para otros es el agua; para estos la electricidad; para aquellos el magnetismo; y los unos y los otros, y aquellos y estos, se han olvidado de decirnos quien formó el magnetismo y la electricidad, el agua y el fuego. No basta asegurar que los mil soles que giran en el firmamento en virtud de inquebrantables leyes, que les marcan un curso forzoso para que rueden en el espacio siglos y siglos sin chocarse, fueron constituidos por la materia cósmica: no es suficiente haber llegado á descomponer la atmósfera y á conocer los gases y los flúidos que sostienen la vida y engendran las tempestades: no queda el espíritu satisfecho con saber medir la redondez de la tierra y poder escudriñar sus tenebrosas entrañas El hombre dará reposo á su inteligencia cuando sepa de donde salió la materia cósmica, quién dictó las leyes y engendró las fuerzas que producen la armonía general, qué mano los astros ilumina y oscurece.

In principio creavit Deus cœlum et terram. Ved aquí, señores, el único punto posible de partida para el filósofo y el naturalista; cualquiera otro, además de falso, puede asegurarse que será incomprensible. No admitais ese poder creador y habréis de concederme que la materia no tuvo principio, y que, por consiguiente no ha de tener fin. ¡Espantoso absurdo que el entendimiento humano no puede siquiera concebir! Y, sin embargo, fué sostenido por un sábio médico; pero Broussais para esplicar la creacion, se vió obligado á admitir una potencia ordenadora que hiciese desaparecer la confusion en que la materia se habia encontrado durante una época inmensa ¿Y de dónde brotó esa potencia? ¿De la materia? nó: porque en lugar de dominarla iba á ser dominada por ella. ¿De la confusion en que esta se encontraba? ménos: porque el desórden no puede ser orígen del órden. Luego ó fué eterna como la materia, y entónces no existió ese tiempo necesario é inmenso, en que solo habia elementos revueltos sin concierto y sin sujecion á ley alguna, ú otro poder superior la creó, para que la materia saliera del cáos y fuera regida por leyes y adquiriera variadas formas. Lo primero no entra en las doctrinas de Broussais; para admitir lo segundo vale más aceptar la existencia de un Sér eterno, omnipotente y creador.

Y ese Poder Supremo ¿quién es? Aunque la inteligencia humana tuviera más extension que el espacio y mayores proporciones que el tiempo, no lograria comprender al que es incomprensible, ni conseguiría definir al que no admite definicion. Es el que es y por quien todo es: querer explicarlo de otra manera conduciría necesariamente al error.

Este Sér Omnipotente, segun la bella frase de un filósofo, habló á la nada y los mundos aparecieron para responder á su voz. Dijo que la luz sea, y la luz fué. Obedientes á su voluntad los soberbios mares, retiráronse dejando la tierra descubierta. A su palabra fecundante brotaron árboles y flores. Tendió sobre el infinito espacio su azulado manto y lo bor-

dó de estrellas. Mar, cielo y tierra pobló de numerosos animales. Hizo al hombre á su imágen y semejanza, y descansó.

La geología con sus modernos descubrimientos ha venido á demostrar científicamente la verdad de la relacion bíblica. Es cierto que ella ha permanecido muda sobre la causa primera, porque esta se encontraba fuera de su dominio; pero el silencio de la ciencia es la confesion más elocuente de la imposibilidad de explicar dicha causa, y de la necesidad de admitir y reconocer la accion omnipotente de un Dios creador.

Ridículo me parece querer averiguar el tiempo invertido por Dios en la manifestacion de su poder: hallándonos en presencia de la eternidad, forzosamente tiene que desaparecer de nuestra inteligencia la idéa del tiempo; y basta al geólogo saber por los sagrados libros, que la creacion no se verificó en un solo instante, para poder discurrir acertadamente sobre las distintas cualidades de los terrenos y sobre los restos de los diferentes séres que en ellos se encuentran. Si la materia cósmica en combustion fué el orígen de la tierra, de los demas planetas y de todos los astros; si aquella, entónces volcanizada é incandescente, era un sol como el que hoy nos ilumina, y este se convertirá un dia en cuerpo opaco, como en otro se convirtió aquella, porque irradiando y perdiendo calor su superficie llegó á enfriarse y se solidificó despues de haber pasado por el estado líquido, hay que convenir en que la vida no pudo aparecer en ella hasta que llegó á un grado de temperatura compatible con la existencia de los séres organizados. Los de estructura más sencilla debieron preceder á todos los otros; el reino vegetál al reino animal; las plantas acuáticas, casi todas celulares, á las plantas leñosas; los infusorios y animales de respiracion cutánea á los de respiracion traqueal; estos á los que respiran por branquias: y estos, en fin, á los que respiran por pulmones, La diversa alimentacion de los animales comprueba la anterior teoría. Las plantas necesariamente tuvieron que existir ántes que los

herbívoros; los insectos ántes que los insectívoros; los peces ántes que la foca y la ballena; la gacela ántes que el leon; la naturaleza toda ántes que el hombre. Si este físicamente considerado es inferior á muchos otros animales, por su inteligencia es el rey de la creacion; al usar de esta para satisfacer sus necesidades materiales, es la única criatura que se pone en relacion con ella y que la estudia y la comprende, y que, elevando hacia Dios el pensamiento, admirado contempla las obras de sus manos.

Pero de esta imperiosa subordinacion de creaciones que la ciencia explica y que el Génesis revela, no se deduce, como quiere M. Darwin, el cambio gradual de unos séres en otros de especie diferente. Los que piensan que este sistema presenta la creacion libre de lo sobrenatural, y únicamente por semejante consideracion lo admiten gustosos, no lo han analizado con detenimiento. Siempre será necesario reconocer un Poder Creador, si no se proclama eterno al universo, en cuyo caso es absurdo hablar de creacion; que existieran en el principio tantos tipos como especies, ó que uno solo hubiera, y que este por la accion lenta y no interrumpida del tiempo y del clima, y del género de vida, se transformase en otros organismos más perfectos.

El mejoramiento de los séres hacia el cual tiende la naturaleza toda, como afirman los partidarios de la variabilidad de la especie, no es, rigorosamente hablando, más que una palabra convencional; porque cada sér está dotado de la perfeccion que le corresponde, sin necesidad de poseer la de ningun otro. Todos sostenemos que el perro es más perfecto que la serpiente, pero si detalladamente comparamos ambas organizaciones, confesarémos que esta tiene el ojo más penetrante y el oido más delicado que aquel. Si el darwinismo es cierto, en este caso, como en otros innumerables, la naturaleza ha equivocado sus procesos, porque despues de mil y mil variaciones, las ventajas adquiridas por unos órganos casi estan equilibradas con las pérdidas sufridas por

otros. Yo créo, sin embargo, que hablar de pérdidas y ganancias con relacion á las cualidades de dos séres de estructura diferente, es una impropiedad de lenguaje. ¿Qué debemos entender por la palabra perfeccionamiento, cuando no se trata de la humanidad? Cámbiense las formas de un animal cualquiera por las de otro que nos parezcan mejores, y solo habrémos conseguido que desaparezca el primero para convertirlo en el segundo.

La especie es, señores, una reunion de indivíduos, que reconociendo un mismo orígen están destinados á producir séres que se les asemejen, como ellos se asemejan á sus padres: es, segun dice el doctor Fée, lo presente, teniendo detrás lo pasado y delante lo porvenir

Los animales de una misma especie no son exactamente iguales; obsérvanse entre ellos diferencias que constituyen la personalidad y que permiten distinguirlos: si todos fueran idénticos, vaciados, por decirlo así, en un solo molde, el mundo estaría sumergido en la confusion más espantosa. Pero estas diferencias, que caracterizan al indivíduo, no son suficientes para que desaparezca la fisonomía de la especie: la extructura exterior puede variar hasta cierto punto; vénse caballos blancos y caballos negros; perros de lana y perros de pelo fino; bueyes con cuernos y bueyes sin éllos; mas los rasgos característicos de la especie respectiva permanecen en todos, y ni la magnitud ni el peso, ni la fuerza ni el color, ni otras cualidades variables son capaces de hacernos desconocer de donde el animal procede. La unidad en la variedad es ley universal, se observa en los cielos y en la tierra, en los minerales, en los vegetales y en los animales.

Sucede algunas, aunque pocas veces, que el tipo específico produce séres que se diferencian bastante de su orígen, y que pueden trasmitir á las generaciones sucesivas las modificaciones en ellos realizadas. Tampoco en estos casos es permitido decir que hay mutabilidad de especie, sino variedad de raza: y casi siempre es fácil explicar el cambio por el cli-

ma, por la alimentacion, por el género de vida y por otras muchas circunstancias que ejercen influencia manifiesta sobre los organismos, aunque nunca tan poderosa, como suponen los darwinistas. Los mismos híbridas, que tanto se separan de las leyes generales, vienen á comprobar la permanencia de la especie, porque son el resultado de la union de séres muy afines, porque se asemejan constantemente al tipo productor y porque los más de ellos son infecundos.

Los que admiten un orígen comun para todos los animales, consideran la accion del tiempo el agente más poderoso de la variabilidad específica. ¿Quién sabrá decir, preguntan, la extension de los cambios que pueden determinar, no cinco, sino ciento, mil ó cien mil siglos? Para responder acertadamente era necesario probar que la accion del tiempo tiene sobre la organizacion la influencia que se le supone, porque esto es justamente lo que se niega. Aun concediendo que los siglos produzcan una verdadera metamórfosis, no es posible dejar de admitir que estas transformaciones antes de ser completas, se han realizado por actos progresivos, y para apreciar cada evolucion ha de ser suficiente un espacio de tiempo, aunque largo, limitado. En vez de preguntar hipotéticamente á quien no puede respondernos, hagamos hablar á los séres que vivieron en épocas lejanas á la nuestra. Las momias de los animales que existieron hace más de veinte siglos, nos dirán que en nada se diferenciaron aquellos de los animales contemporáneos nuestros. El olivo, el nardo, el sicomoro, el almendro y la higuera, mencionados en los libros bíblicos crecen aun en la Palestina, sin que hayan experimentado variacion alguna y los animales y las plantas, representados en los antiguos monumentos de la India, demuestran que el tiempo no ejerce sobre la especiela accion modificadora á que somete á los indivíduos. Podrán desaparecer, y han desaparecido, en efecto, algunos tipos, como lo patentizan ciertos huesos fósiles que á ninguno de los animales que hoy pueblan la tierra corresponden; pero los que

persisten conservan sus caractéres esenciales sin variacion alguna.

Influencia mayor que al tiempo sobre los séres orgánicos es necesario conceder á la tierra que habitan, al aire que respiran, á la temperatura á que están sometidos, á los alimentos de que hacen uso, al medio, en fin, en que viven. Todas estas circunstancias, sin embargo, no tienen poder suficiente para determinar el cambio de la especie.

Las plantas y los animales dependen de la tierra, que les suministra los elementos indispensables para la vida: cal, sílice, magnésia, alúmina, azufre, fósforo, hierro, etc. De la tierra y del aire toman los séres vivos las sustancias que sirven para su crecimiento y para reparar sus contínuas pérdidas. La armonía establecida entre los animales y los lugares que ocupan, es de imperiosa necesidad; si por un solo momento se interrumpiese, aquellos desaparecerían. Por este motivo todas las zonas no convienen á todos los animales, cada uno tiene su habitacion, cada uno su clima: las llanuras sustentan determinados séres segun la naturaleza de sus terrenos y de sus aguas; los bosques, los pantanos, las montañas, tienen sus especiales moradores. Distintos son los que en la zona tórrida se reproducen, de los que vemos en las zonas templadas, de los que se refugian á los helados mares. Todos los séres vivos tienen una patria para la cual han sido creados; si de ella se les priva languidecen y mueren, como languidece y muere el hombre víctima de la nostalgia. ¿Quién no sabe los estragos que la tisis causa en los monos que se transportan á los países templados? ¿Quién ha tenido el placer de conservar en España un pájaro-mosca? ¿Quién ignora los afanes, y los pocos resultados que consiguen, los que cultivan plantas de diferente clima? Apreciando debidamente estos hechos que todos los dias contemplamos, es imposible admitir que emigraciones casuales ó trastornos sobrevenidos en el globo hayan obligado á muchos animales á permanecer en regiones, para las cuales no estaba dispuesto su organis-

mo, pereciendo los que carecieron de resistencia suficiente y metamorfoseándose con lentitud los más fuertes, hasta alcanzar condiciones apropiadas para su vida en los nuevos climas. Apoyados en la ciencia y observnado la distribucion geográfica de los séres vivos, podemos asegurar que cada especie fué dotada de la organizacion conveniente para desarrollarse en determinados lugares; que si estos cambian, el animal ó la planta no variarán de estructura, sino que perecerán sin remedio.

Todo ser orgánico necesita del aire para sostener la vida: habitante de las aguas, de la tierra ó de la atmósfera, la conformacion de su aparato respiratorio le permitirá apoderarse de aquel para consumir el oxígeno, elemento esencial de su existencia. Indivíduos de espécies bien desemejantes viven y se propagan en los mismos medios: segun la doctrina de Darwin, estos animales debin estar organizados igualmente para verificar la oxigenacion de la sangre. Sin embargo, los mamíferos, las aves, los reptiles y muchos invertebrados toman el aire directamente de la atmósfera, unos por medio de pulmones y otros por medio de tráqueas. En los zoófitos, destinados casi todos á respirar en el agua, esta funcion se efectúa al través de su piel delicada y permeable, miéntras que en los peces y en cierta clase de anilladas, que de aquel líquido separan tambien el aire vivificador, existe un aparato especial para la respiracion conocido con el nombre de bránquias. Para demostrar mejor la inmutabilidad de la especie y la insignificante influencia que sobre los órganos esenciales de un animal ejerceen los medios en que vive, es conveniente no pasar en silencio que las bránquias en unos están representadas por ciertos tubérculos de textura más blanda que el resto de la piel, que en otros tienen la forma de filamentos membranosos, y en la mayor parte son láminas delgadas más ó ménos numerosas.

Carácter distintivo de la animalidad es el movimiento expontáneo, pero los órganos motores varían notablemente en

muchos animales. Desde las medusas, que contrayendo y dilatando alternativamente su sombrerillo logran llegar al seno de las aguas, hasta el hombre, que se mantiene en la posicion vertical y se traslada de un lugar á otro en virtud de un movimiento alternado de sus extremidades inferiores, se observan en los agentes de la locomocion diferencias que reclaman el estudio del naturalista. En los mamíferos, en las aves, en los reptiles y en los peces, se encuentra un sistema de piezas sólidas, en el cual se insertan los músculos, equivocadamente mirados por algunos, como los órganos activos del movimiento. Semejante estructura ha servido para diferenciarlos de los demás animales, cuyos músculos están fijos en la membrana tegumentaria, bien sea esta sólida y resistente como la de los insectos y cangrejos, bien flexible y blanda como la de otras muchas especies. La conformacion del esqueleto y del sistema muscular de los mamíferos les hace aptos para la marcha, si se exceptúan los queirópteros, las focas y los cetáceos. Las aves vuelan, corren, nadan, saltan y trepan; pero su organizacion indica que están destinadas al vuelo. Los reptiles arrastrándose verifican sus movimientos; pero en el sentido riguroso de la palabra, los ofidianos son los verdaderos y únicos reptiles entre los vertebrados; pues los quelonianos nadan perfectamente, y sobre la tierra marchan, aunque con lentitud proverbial; los saurianos corren; y los batracianos nadan, marchan y saltan. La estructura de los peces revela que esta clase de animales fué creada para la natacion: las aletas pectorales son sus brazos; las del vientre sus piernas; la columna vertebral, sobremanera flexible, además de prestar apoyo á la aleta del dorso, extendiéndose en forma de abanico constituye la caudal, que es para el pez lo que el timon para la nave. A todo este aparato hay que añadir la forma general del cuerpo y la existencia de una vejiga natatoria, por medio de la cual los peces se elevan ó descienden en las aguas. Los insectos son los animales más favorecidos por

la naturaleza para la locomocion. Ellos tienen tres pares de patas para la marcha, muchos dos, y cuatro alas para el vuelo; así sus movimientos son rápidos y enérgicos, dan saltos asombrosos, corren y marchan con facilidad, algunos se sostienen en el aire durante largo tiempo luciendo sus pintadas alas, y otros muchos nadan en la profundidad de las aguas, ó se deslizan ágiles sobre la líquida superficie, como si su cuerpo careciera de peso. Los anélides nadan ó se arrastran, segun habitan en la tierra ó en el agua: algunos moluscos y los pólipos tienen tentáculos por órganos motores, y en el mayor número de los radiados, todas las partes del cuerpo parecen contráctiles y destinadas á ejecutar sus limitados movimientos. Considerando anatómicamente esta desemejanza de organismos para el desempeño de una misma funcion, no se puede comprender el fundamento del sistema que defiende la variabilidad de la especie, por grande que sea la accion que se conceda á los medios, en los cuales los séres animados sostienen la vida. Más natural es admitir y más satisface á la razon pensar, que cada especie fué dotada al principio de los órganos apropiados al elemento en que habia de moverse, y al género de vida á que tendria que sujetarse para realizar las dos principales funciones de la animalidad: la nutricion y la reproduccion.

En los tres reinos de la naturaleza encuentran los animales su alimento. Leche, huevos, carnes frescas y en putrefaccion, raices, tallos, botones, hojas, flores, frutos, simientes, fécula, azúcar y algunas materias inorgánicas constituyen las sustancias, que ingeridas y elaboradas en el tubo digestivo, sirven para la nutricion del reino animal. La gran variedad de los alimentos guarda perfecta relacion con la gran variedad de los aparatos á que están destinados. El hombre omnívoro tiene las mandíbulas movidas por músculos de poderosa fuerza; la diversa figura

de los dientes, la estructura del estómago y de los intestinos, la extension de estos, la naturaleza de los jugos digestivos, reclaman alimentos diferentes. Los carniceros, ágiles, robustos, provistos de largos y desgarradores dientes, de fuertes mandíbulas, de estómago reforzado por gruesa membrana muscular, de tubo intestinal corto, de jugos acres y disolventes, devoran la carne palpitante de su presa y son los tiranos de las comarcas que habitan. Los mamíferos herbívoros trituran los alimentos con dientes de ancha superficie, tienen un estómago simple ó múltiple, jugos digestivos suaves, y el canal intestinal muy largo. La conformacion de la boca difiere mucho en los animales, segun viven de materias sólidas, ó hacen uso exclusivamente de líquidos. Por no hacerme difuso, no seguiré recorriendo la escala zoológica para presentar las variaciones de estructura del tubo digestivo en relacion con la variedad de los alimentos; pero basta lo dicho para no atribuir á estos poder suficiente para transformar la organizacion, y me parece más razonable admitir la idéa contraria, á saber: que cada animal buscó para alimentarse las sustancias que más convenian á los medios de que estaba provisto para extraer con facilidad de ellas los elementos necesarios á su crecimiento y á la reparacion de sus pérdidas.

Si las funciones de nutricion tienen por objeto la conservacion del individuo, las de reproduccion se encaminan á conservar la especie. Todo sér vivo trae la filiacion escrita en su estructura, y cuando se observa un animal, cuyo organismo se diferencia esencialmente de aquel de quien procede, mónstruo se le denomina en el instante. El que se desprende de una parte cualquiera de otro ser, divídase sin temor, porque cada trozo formará un nuevo indivíduo con las condiciones reproductoras del primero. El que de la yema nace, por yemas se reproducirá; el que fecunda sus huevos á la luz del dia, no se desarrolló en

el claustro materno; y el que aspira el aire en su primer instante, vivos lanza los hijos de su seno. Esto es lo que continuamente pasa á nuestra vista, y esto es lo que han contemplado las generaciones todas. Pensar otra cosa es un delirio, impropio del filósofo y del naturalista, y permitido ùnicamente á la audaz fantasía del poeta.

La permanencia de la especie, atestiguada por los monumentos antiguos, por los restos humanos, que se remontan á las épocas prehistóricas y por ciertas especies de conchas anteriores al Diluvio (1), tiene, sin embargo, que ser negada por los que sostienen que la naturaleza procura constantemente el perfeccionamiento de los séres por medio de la resistencia vital y de un poder selectivo. Los organismos débiles, segun esta teoría, perecen en un tiempo más ó ménos largo; los fuertes son los que viven y se transforman hasta el infinito. Si un animal produce accidentalmente un indivíduo mejorado, la naturaleza avara se apodera de él, no para que permanezca en el mismo estado, sino para que continúe produciendo séres cada vez más perfectos, que despues de cierto número de modificaciones en nada se parecerán yá al tipo primitivo. Este continuará viviendo y variando de manera distinta de la anterior, ó desaparecerá si no está dotado de la necesaria fuerza de resistencia. Aquí teneis, señores, los séres vivos confiados al azar: segun este sistema, la reproduccion no está sujeta á ley alguna, todo sucede en el mundo de una manera inesperada, sin que sea dable presumirlo ni explicarlo. No comprendo que pueda inventarse una teoría más contraria á la ciencia, màs irracional y ménos progresiva. ¿Pero acaso es cierto que cuando un sér nace ven-

(1) El ilustrado Académico D. Francisco Caballero Infante y Zuazo conserva, en su riquísima coleccion de antigüedades, vários conchas antidiluvianas y algunos vejetales fósiles; à la cordial amistad con que me honra debo el tener ante mí vista, en los momentos en que escribo estas líneas, una bellota completamente petrificada.

tajosamente modificado, se constituye en núcleo de una descendencia, que de generacion en generacion va mejorando? La experiencia demuestra lo contrario.

Siendo la organizacion de los animales tan diferente, como he manifestado al recorrer con la rapidez debida las principales funciones que en ellos se verifican, seria necesario, para sostener que el reino animal forma una cadena no interrumpida, que desde los esponjiarios hasta el hombre, los cambios se verificáran de una manera insensible y sin interrupcion alguna. Aunque se conceda que muchas de estas son debidas á la desaparicion de clases enteras de animales, aunque al estudiar géneros afines se admire su semejanza, aunque notables escritores se hayan tomado el trabajo de señalar uno por uno los anillos de esta gran cadena, empezando por los amorfozoarios, siempre encuentra el observador imparcial completo aislamiento entre el mamífero y el ave, entre esta y el reptil, entre los vertebrados y los invertebrados. Si la foca y la ballena tienen el cuerpo pisciforme, si los queirópteros y ciertos pescados vuelan, nada significa para establecer el tránsito gradual entre los peces y las aves, entre las aves y los mamíferos, porque todos conservan sus caractéres específicos, y en estos no se hallan las pretendidas transiciones insensibles.

Grande es la semejanza que se descubre entre el organismo del hombre y el del orangutan, pero no llega á tanto que pueda ocasionar la confusion. El mono no está conformado para la marcha sobre dos piés, sino para columpiarse y saltar rápido de árbol en árbol; sus extremidades son extraordinariamente largas; todos sus pulgares oponibles á los otròs cuatro dedos; sus articulaciones elásticas; su agilidad imponderable. El hombre es el único animal bimano; el solo mamífero que, por organizacion y no por educacion, anda en dos piés; por la delicadeza del tacto, aventaja á los otros séres animados; y por la feliz armonía que existe entre sus sentidos no tiene que

envidiar al águila la vista, á la liebre el oido, al perro el olfato. Mas siempre se hallará el parecido entre el hombre y la bestia, miéntras de la parte física de aquel se trate; siempre podrá el darwinismo encontrar en la organizacion, algunos argumentos, aúnque débiles, para defender su teoría de progresivo desenvolvimiento; porque el verdadero carácter distintivo de la especie humana es la inteligencia, y solamente estudiándola se puede conocer la distancia inmensa que separa al hombre del bruto.

El primero domina á todos los segundos, y sin exageracion, se le considera dueño de la naturaleza; privilegio que no posee en virtud de la perfeccion de su organismo, síno que lo debe á un principio inmaterial, que en él existe. Este principio es activo, porque piensa; es reflexivo, porque entiende; es libre, porque quiere. Comparad el instinto de los animales con el alma humana, y veréis que aquel es pasivo, y que está privado de reflexion y libertad.

Todas las acciones de los brutos se dirigen á la conservacion del indivíduo y de la especie; buscan el placer de los sentidos y huyen del dolor físico. El hombre, apesar de sentir amor irresistible á la vida y repugnancia invencible á la muerte, prefiere en determinados casos la segunda á la primera, se impone sacrificios, se sujeta al dolor, y en medio de los tormentos más atroces puede gozar delicias inefables. Sus necesidades físicas nunca le obligarán á prescindir de sus obligaciones morales; el que de estas se olvida, renuncia voluntariamente á la dignidad humana, y con justicia pierde el aprecio de sus semejantes. *Ó con el escudo ó sobre el escudo*, decian las mujeres espartanas á sus hijos, cuando al partir estos para la guerra los estrechaban contra sus pechos henchidos de afliccion. Sí la inteligencia fuera producto del organismo, y como el instinto de las bestias obrara ciegamente impulsada por las pasiones, ¿se concebiria el lenguaje de aquellas madres tan con-

trario á los impulsos de la naturaleza? El sacrificio del cuerpo no puede ser impuesto por el cuerpo; cuando voluntariamente se acepta, es para conseguir el placer ó evitar el dolor moral, resorte desconocido de todos los animales.

El cuadrumano más perfecto, aquel cuyo cerebro esté mejor conformado, nunca investigará una causa, ni sabrá dirigirla para aprovecharse de sus efectos. Encontrará delicia en arrimarse al fuego cuando sienta frio; beberá con avidez si la sed le fatiga; y con loca alegría contemplará su imágen, si sobre un espejo se retrata; pero el fuego jamás será producido por él, ni hallará los elementos de que se compone el agua, ni averiguará por qué el espejo refleja su figura. El hombre sólo es el que sabe ordenar las cosas creadas para conseguir un fin determinado; el que estudia la naturaleza y conoce sus leyes; el que al descubrir una causa predice sus efectos.

Por mucho que trabajen los filósofos materialistas para probar que la inteligencia no se distingue esencialmente del instinto, les será imposible conseguirlo. De la necesidad de reconocer que los animales no son puras máquinas, sino séres sensibles; de que tengan la facultad de recibir imágenes, no se deduce que sean capaces de idéas, de pensamientos, de raciocinio y de reflexion. Que el niño recien nacido siente, nadie se atreve á negarlo, pero ninguno osará sostener que piensa. Por consiguiente, la sensacion no reside en la inteligencia.

Muchos sostienen que los animales están dotados de memoria; les atribuyen la facultad de reflexionar y un espíritu poco ménos perfecto que el del hombre. Pero la memoria de los animales no es más que la renovacion de sus sensaciones, que segun dice Buffon, «por las actuales se »despiertan con todas las circunstancias que las acompa»ñaban; la imágen principal y presente, llama las imá»genes antiguas y accesorias; sienten como han sentido; »obran, pues, como han obrado; ven juntamente lo pre-

»sente y lo pasado, pero sin distinguirlos, sin comparar»los y sin conocerlos.»

La idéa del tiempo pertenece al hombre, goza ó padece con el recuerdo de lo pasado; lo presente no le satisface; lo porvenir le sonrie siempre. Sus facultades intelectuales le permiten vivir en todas las épocas, porque estudia y juzga las pasadas y se atreve á pronosticar las venideras. Él se contempla lazo de union de las generaciones todas, se considera con poder suficiente para animarlas en un solo instante; y las que fueron, á su voz recobran vida; y las que serán, felices aparecen. ¿Quién estudiando á este sér inteligente puede asimilarlo al bruto, limitado por naturaleza á las solas necesidades del cuerpo? ¿Quién tiene valor para cerrar voluntariamente los ojos ante la luz de la inteligencia, y desconocerla, y con el instinto confundirla? ¿Quién es capaz de sustentar que esta privilegiada criatura tuvo orígen en otra organizada únicamente para reproducirse, vivir y morir en el servicio del hombre, como dice Bonald?

Veces várias en este desaliñado discurso he indicado, que el único animal perfectible es el hombre, y que debe esta facultad á su principio inteligente. Los animales carecen de ella: desde que nacen saben cuanto necesitan saber, ejecutan algunas obras admirables; las aves sus nidos; las abejas sus panales; pero todo en ellos es preciso, y si se me permite la frase, añadiré que la fatalidad preside sus acciones. Ninguno trabaja con libertad y conciencia, ninguno ha podido realizar un adelanto ni introducir en sus costumbres una variacion, en ninguno se advierte prevision ni sospecha. Bossuet dice: «La razon nos persuade que »lo que los animales hacen de más industrioso, se hace de la »misma manera que las flores, los árboles y los animales »mismos; es decir, con arte de parte de Dios y sin arte que »resida en ellos.»

El hombre, al contrario, nace ignorándolo todo, pero

capaz de aprenderlo todo; recibe los conocimientos que se le comunican y se apodera de los que le suministra la experiencia. Empieza imitando mal, pero á fuerza de trabajo logra mejorar el modelo que estudiaba. Conoce la limitacion de su organismo, siente la debilidad de sus fuerzas y se aprovecha de la naturaleza entera para fortalecer estas y aumentar el póder de aquel. Si contempla su piel desnuda, fina, delicada é impresionable, inventa y fabrica ropas que la cubran y la preserven de los agentes exteriores; si la atmósfera que respira contiene gérmenes de enfermedades y de muerte, logra destruirlos y convertirla en salutíferas; si las sustancias que han de servirle de alimento no están en relacion con sus fuerzas digestivas, las prepara convenientemente ántes de ingerirlas en su estómago: si el dolor se apodera de su cuerpo, inquiere la causa y los medios de combatirla; si desprovisto de la natural defensa se encuentra ante feroces animales, sabe armar su diestra con máquinas ingeniosas. No contento con recrear su vista en las maravillas del cielo, construye instrumentos qne le patentizan sus arcanos, y con el auxilio de otros penetra en el mundo de los infinitamente pequeños. Osado asciende á las nubes y se apodera del rayo; intrépido pasea la superfieie de los procelosos mares, y hace cruzar la palabra, en chispa convertida, por su profundo seno.

¿Y la potencia que esto realiza puede ser considerada como un grado superior del ciego instinto, porque el animal domesticado aprende y ejecuta algunos movimientos cuando así cumple á la voluntad de su maestro? Nó, y mil veces nó: porque la habilidad del bruto solo revela la inteligencia del que le enseña, y su obediencia en ejecutar con la regularidad de una máquina esos aprendidos equilibrios, prueba que reconoce y se sujeta á la superioridad del hombre. Lo repito: este solo es perfectible, porque este solo es inteligente.

Si lo expuesto no bastara para llevar el convencimiento al ánimo de los que sostienen que el hombre desciende del mono, les suplicaré que comparen los órganos de la voz en ambos animales, y que despues de encontrarlos idénticos, expliquen por qué habla el primero, cuando el segundo es mudo. El orangutan está privado de la palabra, no por defecto alguno orgánico, sino porque carece de pensamiento: él produciria sonidos articulados, si tuviera ideas que expresar. La falta ó mala conformacion de ciertas partes de su organismo le impediria el lenguaje hablado, pero comunicaria sus pensamientos por la escritura ó por otros medios racionales, como lo hacen los sordo-mudos. Mas esto no sucede, ni ha sucedido, ni sucederá: el animal lanzará gritos y ejecutará movimientos que revelen las sensaciones que experimenta; la palabra jamás saldrá de su boca; y si algunos, como el loro, por su organizacion particular las articulasen, las oiriamos con el mismo desprecio que oimos el ladrido del perro ó el canto del gallo, porque ellas no serian la manifestacion de un pensamiento.

En tan buenas razones me apoyo para sostener que existe un abismo entre la inteligencia y el instinto: este es limitado por la organizacion y caracteriza al bruto, aquella domina la materia y distingue al hombre.

Señores: he abusado de vuestra indulgencia, y voy á concluir.

El universo está sujeto á leyes que hacen de él un todo armónico; sin ellas el cáos primitivo, ideado por algunos filósofos, reinaria hasta la consumacion de los siglos. Encontramos esas leyes en el cielo y en la tierra, las vemos en las plantas y en los animales, y hasta los más espantosos trastornos de la naturaleza son producidos por ellas. El acaso es una palabra vacía de sentido, que sirve solo para cubrir nuestra ignorancia.

Todos los séres creados tienen ciertos puntos de contacto, pero todos se diferencian unos de otros; dos abso-

lutamente iguales no se encuentran, ni la razon puede concebirlos.

La semejanza ha servido para formar la escala universal de estos séres, desde el mineral más sencillo, hasta el animal más perfecto; pero, como dice un distinguido fisiólogo contemporáneo, dicha escala solo es admisible en cuanto facilita el estudio natural y filosófico del mundo. Querer fundarse en ella para deducir (á lo ménos respecto á los reinos vejetal y animal) que de un sér único, de un tipo primitivo, por la accion del tiempo y de otras circunstancias, se han formado los numerosísimos que hoy existen, es un delirio impropio del que habla en nombre de la ciencia.

Si no queremos extraviarnos en locas fantasías y deseamos saber de qué Sér único procede el universo, levantemos con humildad los ojos al cielo, y exclamaremos con el príncipe de los oradores romanos: *Quis est tam vecors, qui cum suspexerit in cœlum, non sentiat Deum esse? Pulchritudo mundi, ordo rerum cœlestium, conversio solis, lunœ, siderumque omnium, indicant satis aspectu ipso ea omnia non esse fortuita.*

HÈ DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

DON FERNANDO SANTOS DE CASTRO,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESITACION

AL DEL SEÑOR SOTA.

SEÑORES:

Sobradamente difícil y embarazosa es mi situacion en este momento, teniendo que contestar, á nombre de la ilustre y sábia Academia de Buenas Letras, al elocuente discurso que acaba de pronunciar nuestro nuevo y digno compañero don Ramon de la Sota y Lastra. Árdua y penosa, no porque lo sea para mí trabajo alguno anexo al honroso cargo de Académico, título para mí tan glorioso como inmerecido, sino porque la Corporacion ha elegido para un acto tan solemne al más débil de sus intérpretes. Y tanto más penoso cuanto que, colmado por este sábio Cuerpo de muchas y honrosas deferencias, no me creía en el caso de repugnar este trabajo, por más que abrigara el íntimo convencimiento de no desempeñarlo dignamente, seguro como estoy de la flaqueza de mis fuerzas y de la escasez de mis conocimientos. ¿Cómo excusarme sin riesgo de parecer ingrato á la lisonjera benevolencia de esta Corporacion? En tan duro trance, en tan amarga situacion, sólo me quedaba aceptar gustoso esta tarea y pedir indulgencia á quien me nombra y al escogido audi-

torio que nos honra con su presencia. No es en mí una vana fórmula cumplir en este caso el precepto oratorio de demandar indulgencia á mi ilustre auditorio, sino una necesidad justa é imperiosa. El notable Discurso que acaba de leerse versa sobre un ramo importante de las ciencias, que no ha formado la base de mis estudios predilectos, y abraza además cuestiones importantes de alta trascendencia y de interés actual y grandísimo. Elevarse en álas de la inteligencia al orígen del hombre y recorrer en la escala de los séres el desarrollo sucesivo de los organismos y el desenvolvimiento progresivo de la vitalidad, supone, para la solucion de tan difícil problema, estudios y conocimientos de que por mi desgracia carezco y para desgracia tambien de la Academia en estos momentos. Con tales antecedentes, juzgue, pues la Academia y juzgue el público si pedia con poderosa razon su benevolencia. Á tan desfavorables circunstancias han venido á unirse tambien desgracias y acontecimientos funestos para mí, de tal naturaleza, que afligiendo profundamente el corazon roban á la inteligencia la serena calma que debe reinar siempre en la region tranquila de las ideas.

Dos sistemas han inventado los filósofos y los naturalistas para explicar el orígen biológico de los séres organizados. La primera supone la *perpetuidad* ó la *inmutabilidad* de las especies, cualquiera que sea el orígen de nuestro planeta; y la segunda, por el contrario, establece la *variabilidad* de las especies ó la *transformacion* gradual de unas en otras. En aquella han existido siempre tantos tipos primitivos de especies cuantas son las que han poblado y pueblan el universo, y si por las circunstancias favorables algunas especies han recibido una notable perfeccion, y por motivos externos desfavorables han desaparecido completamente algunas otras, las que hoy subsisten conservan sus caractéres principales y primitivos que muestran siempre la derivacion de su orígen.

En el segundo sistema, por el contrario, se supone que la naturaleza para la formacion de los séres organizados ha

partido de los organismos más sencillos y que por una evolucion constante y gradual ha llegado á formar las organizaciones más perfectas, desde la célula orgánica del *eozon* ó el *pólipo,* hasta los mamíferos mas perfectos. Segun esto, en la escala zoológica, los animales todos se derivan de un tipo *único* y *primitivo*, que ha producido gradual y sucesivamente todos los organismos. Esta teoría, que tanto se presta á las galas brillantes de una imaginacion científica, ha sido desenvuelta por Darwin, constituyendo el *transformismo* ó la *mutabilidad* de las especies. No es, en mi juicio, ocasion oportuna de desenvolver y comparar uno y otro sistema, una y otra teoría, aun en el caso en que fuera indudable mi competencia en tan importante cuestion; pero séame lícito hacer algunas reflexiones para demostrar que no es tan poderosa la influencia del *tiempo*, del *clima*, de los *aguas* y de otros agentes externos, para producir un cambio profundo en la organizacion de los séres vivientes, y una transgresion de una en otras especies.

Para que la doctrina de la variabilidad de la especie fuera admisible, necesitarian demostrar sus partidarios, que el tiempo, el clima, la alimentacion y el género de vida, tienen realmente el fuerte poder modificador que les conceden; y que, lo mismo en el reino animal que en el vegetal, es dado al naturalista seguir paso á paso la no interrumpida série de transformaciones que en ellos se han efectuado, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias.

La influencia del tiempo sobre los individuos es innegable; ni uno solo se libra de llevar impreso el sello de su despótico dominio. El primer momento de la vida puede decirse que es el primer paso hácia la muerte: nacer para vivir, vivir para morir, tal es el destino de todo ser organizado. De tan dura esclavitud no están exentos los mismos cuerpos inorgánicos; tienen una vida que se manifiesta en sus contínuas y sucesivas modificaciones, y les aguarda una muerte segura, por inconmensurable que sea la distancia que de ella los separa.

Pero las leyes que rigen al mundo orgánico y al inorgánico son inmutables, ningun poder tiene sobre ellas el tiempo; fueron establecidas por una Suprema Inteligencia y constituyen las inmensas columnas en que descansa el majestuoso alcázar de la ciencia. Si el hombre se relaciona consigo mismo y con todo cuanto le rodéa; si conoce y predice los maravillosos fenómenos que en los cielos se realizan; si distingue y clasifica los séres todos que pueblan la tierra; si cruza los mares; si cultiva los campos, es porque está persuadido de que son estables las leyes á que obedece el universo. La razon y la historia afirman su convencimiento, y los delirios del filósofo y del naturalista conseguirán exaltar su fantasía, pero no lograrán subyugar su entendimiento.

La especie se perpetúa en virtud de esas leyes inmutables: en su conservacion y en su propagacion ningun poder tiene el tiempo. Los darwinistas, negando lo permanente, entregan la creacion entera al azar y se muestran satisfechos creyendo haber realizado un notable progreso científico. Se esfuerzan, sin embargo, en hacer ver que su teoría tambien está fundada en inquebrantables leyes; sostienen que el tiempo no ejerce su poderosa influencia de una manera ciega y caprichosa, sino que los cambios se verifican lenta, gradual y ordenadamente, y que las transformaciones empezaron por los séres de organizacion más sencilla, hasta convertirlos en los de organizacion más complicada.

Difícil es explicar y comprender cómo el tiempo desempeña su oficio creador y en virtud de qué fuerza sujeta á los séres todos á tan perpétuas mudanzas. Si de lo conocido es lícito, en buena lógica, inducir lo desconocido, al vernos rodeados de animales y de plantas que proceden de otros animales y de otras plantas semejantes á ellos, y que contienen gérmenes iguales á los que le dieron orígen; si guiados por la contemplacion de los restos del mundo orgánico de los pasados siglos, hallamos existentes en las más remotas edades las especies mismas que hoy co-

nocemos, estámos autorizados para asegurar que los caractéres específicos de los séres vivos, ni han variado, ni quizás variarán nunca.

Los darwinistas se atreven á presentar como axiomas incontrovertibles sus bizarras concepciones, y en lo desconocido, quieren establecer las reglas de todo lo conocido. Por esta causa preguntan: ¿quién calculará las mutaciones que pueden producir en el reino orgánico, nó cinco, sino ciento, mil ó cien mil siglos? Si el tiempo fuera capáz de influir en las variaciones de la especie, la razon humana jamás podria dar satisfactoria respuesta á tan audáz pregunta; pero los que sostienen la permanencia específica, contestan á ella pronta y satisfactoriamente; la especie podrá desaparecer, y muchas han desaparecido, pero ni el más ligero rasgo esencial de la menos complicada sufrirá transformacion alguna, aunque dure su existencia siglos sin cuento. ¿Qué cambio importante se ha verificado en los animales de que nos hablan los primeros historiadores, y qué mutaciones se observan en las conchas de hoy respecto á las que poseemos indudablemente de la época del diluvio? Acabamos de manifestarlo, la semejanza más perfecta existe entre las antiguas y las actuales especies; y, como dice el nuevo Académico, si el tiempo produjera las maravillas que supone Mr. Darwin, habiamos de advertir ya algun cambio, siquiera incompleto, supuesto que este no se verifica de una manera brusca y repentina, sino gradual y ordenadamente.

Señores: demos al tiempo lo que legítimamente le corresponde, pero no le concedamos facultades de las cuales carece; su fuerza es *destructora*, de ningun modo *creadora*; las ruinas lo manifiestan siempre, la fecundidad no lo demuestra nunca.

Lamarck y sus discípulos atribuyen mayor influencia al clima, que al trascurso de los siglos en la mutalidad de las especies, y sostienen que los séres vivos

experimentan modificaciones esenciales por los agentes físicos que les rodean.

Cierto es que el clima ejerce una accion poderosa sobre los cuerpos orgánicos, y que ninguno está dotado de la fuerza necesaria para resistir lo mismo la abrasadora atmósfera de las regiones tropicales, que los helados vientos de los polos. Cada zona, cada region, cada comarca tiene su flora, tiene su fauna: muéstrase en unas la vida en todo su explendor y lozanía, y aparece en otras pobre, lánguida y marchita. Si visitamos los lugares situados entre los trópicos, el alma se extasía contemplando el exhuberante lujo con que se engalana allí la naturaleza. Los mamíferos están cubiertos de sedosas y pintadas pieles; las aves de tornasoladas y luengas plumas; los reptiles de impenetrable armadura; los peces de doradas escamas; y brillan más los insectos que el rubí, la esmeralda y el topacio. La fuerza y la ligereza, la magnitud y la gallardía, distinguen á los animales que viven bajo el ardiente sol de las comarcas intertropicales. En ellas las plantas alcanzan un desarrollo prodigioso; sus flores tienen una belleza inefable; la pintura es impotente para reproducir sus colores, y el aroma suavísimo que exhalan, recuerda el ámbar de las fábulas mitológicas.

Inútil es buscar este exceso de vida en las zonas templadas: los animales que las habitan y las plantas que cubren su suelo, dan testimonio constante de sus relaciones con el hombre. Por esta razon, dice el doctor Fée, que en estas regiones la *naturaleza* se muestra *civilizada*, y que en los sitios en donde permanece independiente no puede rivalizar en hermosura con la de los climas ecuatoriales.

En las glaciales zonas no hay que buscar las maravillas de los paises cálidos. Pájaros y anfibios cargados de grasa, de paso tardo y de olor repugnante; el oso, el almizclero, la foca y los cetáceos, son los únicos animales

que en los eternos hielos encontraron los intrépidos navegantes, que á costa de inmensas fatigas y de inminentes peligros, lograron explorar las inhospitalarias regiones polares. Las plantas en aquellos climas son escasas y de sencillísima extructura. La vida tocó su límite en reforzado muro de cristal inquebrantable.

De todos los séres vivos el hombre únicamente ha conseguido fijar su morada lo mismo en la zona tórrida que en los paises templados, ó en las regiones hiperbóreas. Mediante su inteligencia se ha provisto de medios para resistir ventajosamente al frio y al calor excesivos: él ha avanzado sobre la tostada arena del desierto mucho más que el leon y la pantera; él se ha aproximado al polo mucho más que el oso y la ballena.

Si de los climas pasamos à considerar los diferentes *medios* en que la vida se desarrolla, hallaremos que todos influyen sobre ella, que todos exigen de las plantas ó de los animales, cualidades de extructura en relacion conveniente para no perecer por falta del equilibrio necesario.

Todo ser para vivir necesita respirar y nutrirse; si colocamos en el fondo de los mares un animal dotado de pulmones, aunque tenga el cuerpo pisciforme y la magnitud y potencia de los cetáceos, perecerá sin remedio. Êl habitará forzosamente en la superficie de las aguas para tomar de la atmósfera el aire que ha de vivificar su sangre, y allí buscará el alimento con que ha de reparar sus pérdidas.

Aunque las tempestades agiten el occeano y obliguen á subir hasta el cielo en formidable montaña la masa de agua que descansaba en su profundo lecho, los pescados serpentiformes no ascenderán á la superficie, sino que permanecerán en sus ocultas cavernas, cuyas bocas se hallan revèstidas de las plantas necesarias para su nutricion; y en la capa de agua que los baña encuentran el aire suficiente para su respiracion.

Los diferentes elementos químicos de las aguas dulces y de las saladas, son obstáculo insuperable para que en ellas se desarrollen unas mismas plantas y habiten unos mismos animales. No hay que buscar en lago alguno, por grande que sea, ni madréporas, ni pólipos, ni crustáceos: estos séres encuentran en las mares los elementos necesarios para su existencia, y huyen de las aguas dulces que carecen de ellos.

Las múltiples especies de animales y de plantas están separadas no solamente por los climas, sino tambien por la naturaleza de los terrenos, por la composicion de las aguas, por la altura de las montañas, por la presion atmosférica, por la direccion de los vientos, por el influjo de la luz, de la electricidad y del magnetismo, y por otras muchas cáusas desconocidas. Ved aquí por qué no convienen todos los lugares á todos los séres vivos: cada uno tiene su habitacion propia, su clima conveniente, su medio en el cual se desarrolla, y fuera de él pereceria indudablemente.

Reconocida la influencia de los climas y de los agentes físicos que rodean á los cuerpos orgánicos, los partidarios de la variabilidad de la especie pretenderán, sin duda, deducir la excelencia y perfeccion de su fantástica doctrina. Pero de que los séres vivos tengan una pátria predilecta y áun necesaria, no se deduce que puedan abandonarla, trasformándose hasta el punto de adquirir cualidades muy diferentes de las anteriores y propias para continuar viviendo en medio de las nuevas circunstancias en que se los coloque. Una deduccion muy contraria se desprende de todo lo dicho anteriormente, y si pudiéramos suponer, que por un cataclismo imprevisto y áun inverosímil, los climas se trastornáran, los séres orgánicos, á excepcion quizás de algunos animales acuáticos, no pudiendo resistir tan violenta transicion, pereceriau en vez de transformarse.

No es esta una hipótesis gratuita. Constantemente te-

nemos una prueba indudable en los animales y las plantas que se transportan de los paises cálidos á nuestros climas; la mayor parte mueren, no obstante rodearlos de los màs prolijos cuidados; y los que se conservan, á costa de afanes extraordinarios, arrastran una existencia miserable; ni las plantas fructifican, ni los animales se reproducen. El olivo, una de las principales riquezas de nuestros campos, no arraigará en las provincias septentrionales de España, ni los habitantes de las márgenes del Bétis conseguirán que crezca en ellas lozano el árbol sagrado de los druidas.

Tampoco puede admitirse la hipótesis que pretende, que el mundo orgánico reducido á dos únicos tipos, apareció en los primeros tiempos sobre toda la superficie del globo, y que estos dos tipos fueron variando progresivamente bajo el influjo del clima y de las otras cáusas ya citadas, hasta constituir organismos especiales provistos de la estructura necesaria para vivir y desarrollarse en los medios, cuya presencia los habia tan poderosamente modificado. Absurdo es conceder mayor fuerza resistente al sér de organizacion más débil, así como no hallamos progreso alguno en la pérdida de la prerogativa de habitar bajo todas las latitudes, sobre todas las alturas, en la tierra y en la atmósfera, en los rios, en los lagos y en los mares.

En vez de abandonarnos á la imaginacion desordenada, consideremos la naturaleza toda en perfecta armonía, para que la vida pueda verificarse fácil y ordenadamente. Si esta armonía se interrumpiese, los séres orgánicos desaparecerían. Perpetúanse porque el aire vivificador los envuelve, porque la luz los inunda, porque la humedad los penetra, porque las aguas y la tierra les suministran el necesario sustento. Todo está providencialmente preparado, y nuestro globo es la mansion destinada por el Supremo Hacedor á los séres vivos, y en él dispuso habitacion acomodada á los diferentes organismos para que mostrasen las maravillas de su omnipotencia.

No encontraréis, señores, mayor poder modificador en la alimentacion, que el que hemos hallado en el clima y en el tiempo. Variadísimas son las sustancias, cuyos elementos extraen los innumerables animales para su subsistencia; y todos estos están dotados de órganos digestivos apropósito para elaborar convenientemente los materiales de que se alimentan.

Por más que nos propongamos explicar cómo un alimento dado ha podido añadir al tubo digestivo, de una especie cualquiera, un órgano de que primitivamente carecía, no lo conseguiremos jamás. Ciertos infusorios se nutren de las sustancias líquidas ó gaseosas, que absorben por toda la superficie de su cuerpo, y carecen de un aparato especial para realizar esta funcion; otros hacen uso de materiales sólidos y están provistos de un canal interior, que presenta una ó más dilataciones, una ó dos aberturas. Mayor sencillez orgánica, que la que nos ofrecen estos últimos, no puede siquiera imaginarse; para explicar la transformacion de aquellos en estos dejemos á nuestra fantasía crear todas las hipótesis posibles, y no conseguirá patentizar cómo un infusorio ástomo logra hacer penetrar en el interior de su cuerpo sustancias sólidas, y cómo por el contínuo uso de ellas se transforma en infusorio monogástrico ó poligástrico. Y ¿lo que nos es imposible concebir en la organizacion más sencilla queremos que se acepte, cual verdad incontrovertible, en las especies superiores? Si la alimentacion y la estructura del tubo digestivo necesitan guardar relacion perfecta ¿cómo comprender que un animal adquiera la aptitud necesaria para digerir sustancias propias á la nutricion de otras especies, porque él haya hecho uso de esas mismas sustancias? Señores: esto es incomprensible, y es admirable que en nombre de la ciencia se nos quiera obligar á creer en la transformacion de las especies con tan peregrinos argumentos.

Si estudiamos detenidamente la disposicion, la estruc-

tura y el número de los órganos que componen el aparato de la digestion, desde los espongiarios hasta el hombre, nos admiraremos de la variedad orgánica que existe, y por la inspeccion sola de los órganos deduciremos la naturaleza de las sustancias de que se alimentan los diferentes séres, sin necesidad de otras investigaciones. No cansaré la atencion de la Academia con la reseña minuciosa de los órganos digestivos de que está provista cada especie animal; pero permitidme bosquejar la de algunas, para demostrar que las transiciones insensibles, de que nos hablan los darwinistas, son suposiciones fantásticas. Veo una clase de pólipos (los anthozoarios) en los que el tubo digestivo está reducido á la boca y un saco sin abertura, mientras que otros pólipos (los bryozoarios) están dotados de boca, esófago, estómago, intestino y ano. Varios helmintos se nutren al través de la piel (los acanthocéfalos) mientras que otros presentan una boca, un esófago y dos tubos intestinales (los tremátodes). Hállanse crustáceos con boca en forma de trompa y canal intestinal sin circunvoluciones, y encontraránse otros cuya boca está provista de lábios, fuertes mandíbulas y un órgano tactil llamado *palpo*, cuyo tubo intestinal está dividido en esófago, estómago é intestino. El canal digestivo en los insectos varía de tal manera, que sería preciso emplear muchas páginas para dar á conocer cuan diferente conformacion tienen unos animales, cuyos caractéres esenciales nos obligan á colocarlos en una misma clase. Mayor desemejanza se nota entre unos y otros peces, y entre unos y otros reptiles, que la que se descubre compaparando aquellos con estos. Imposible es manifestar la série de transformaciones que ha debido experimentar el tubo digestivo del reptil para convertirse en el del ave, si la naturaleza no verifica cambio alguno repentino. Igual dificultad hallarémos al pasar de las aves á los mamíferos, pues, por más que otra cosa proclamen los darwinistas, la decantada cadena animal está interrumpida en este apa-

rato, como en otros muchos, segun despues demostraremos.

Cuando se contempla tanta variedad en los diferentes séres, no se concibe como en buena ciencia es dado sostener, que la alimentacion es la causa de tantas modificaciones. Nadie ignora que las sustancias de que un animal se nutre influyen en su organizacion, pero imposible es probar que el herbívoro sea capaz de devorar la carne palpitante y convertirse en carnívoro. La digestion de las sustancias animales acelera la circulacion y la respiracion, aumenta el calor, dá fuerza al estómago, y á la economía toda su actividad y energía; la alimentacion vegetal produce la laxitud de la fibra, el empobrecimiento de la sangre y la languidéz de las funciones; pero estos fenómenos solamente se observan en el hombre, animal omnívoro, y no pueden apreciarse en los demás animales. Estos buscarán siempre el alimento adecuado á su organismo; y si obligados por la necesidad hicieren uso de otro, su naturaleza se empobrecerá y jamás se encontrarán satisfechos. El mono buscará las frutas, el insectívoro los insectos, las carnes el carnicero, el granívoro los granos, los jugos el chupador, el herbívoro las yerbas. Cada cual hallará en su manjar propio los elementos necesarios para sostener su vida, y solo de él hará impunemente uso para reparar sus pérdidas. Por esta misma razon el hombre, organizado para la polifagia, enferma por exceso ó por defecto de fuerzas, cuando su alimentacion no es proporcionada á sus necesidades físicas. Sostenemos, pues, y autorizados estamos para ello, que la tierra fué desde su orígen abundantemente enriquecida, para que pudiera mantener con sus variadísimos productos los no ménos variados séres que la poblaron.

Si en órden al indivíduo únicamente queremos apreciar la influencia que sobre su organizacion ejercen los hábitos y las costumbres, llegarémos á penetrarnos de que no hay

mayor poder modificador del organismo que el género de vida. Por el ejercicio se consigue ver á grandes distancias, apreciar facilmente objetos sumamente pequeños y distinguirlos con escasísima luz. Por el ejercicio se perciben ruidos que á ningun otro oido impresionan. Olores apreciamos por la educacion del olfato, que aumentan el caudal de nuestros conocimientos. El paladar con la costumbre gusta de alimentos y bebidas que la primera vez halló desagradables. El tacto educado sustituye en cierto modo al órgano de la vista. Se habitúa el animal á comer poco y á comer mucho, á dormir durante largas horas y en posicion descansada y á conceder al sueño cortos momentos en actitudes incómodas. Si nos acostumbramos al movimiento, con dificultad sienten fatiga nuestros músculos; y si al reposo nos entregamos, la pereza nos domina. El dolor, el hambre y la sed, en ciertos límites, se soportan fácilmente, si el hombre se habitúa á tales privaciones.

De esta poderosa influencia que ejerce el género de vida sobre el indivíduo, como lo ejerce el tiempo; que la tiene el clima, que la tiene la alimentacion, se quiere deducir que la especie está sometida al mismo influjo, y que las costumbres de los animales son las que han hecho variar al tipo primitivo. No vuela el murciélago por permitírselo su organismo, segun los partidarios de la mutabilidad de la especie; sino, por el contrario, está organizado para el vuelo, porque quiso volar. Lamarck lo afirma con gran seriedad, y el distinguido naturalista no pensó al emitir esta idéa que pudiera ridiculizarse científicamente considerada. Examinémosla con la detencion debida.

El cuerpo de los queirópteros no está cubierto de plumas como el cuerpo de las aves, ni sus extremidades anteriores están dispuestas en forma de alas. Una delicadísima membrana se extiende por sus partes laterales, y los huesos del hombro, del brazo, del antebrazo, del carpo, del meta-

carpo y de los dedos la fijan y la sostienen ora extendida, ora plegada, como la tela de un paraguas. Estos huesos se diferencian notablemente de los que constituyen los miembros torácicos de los otros mamíferos. El omoplato es más ancho y más largo, su apófisis coracoides se prolonga y encorva tanto que figura una segunda clavícula, esta tiene gran longitud, lo mismo que el húmero, el cúbito y el radio, pero extraordinariamente largos y divergentes son los huesos del metacarpo. El esternon está muy desarrollado y ofrece bastante semejanza con el de las aves.

¿Tan profundas modificaciones en el sistema cutáneo y en el huesoso pudieran explicarse por los esfuerzos que este animal hiciera para surcar el aire en lugar de andar sobre la tierra? ¿Quién se atreverá á sostener, que el queiróptero, organizado en un principio como los demás animales de su clase, precipitándose repetidamente de la elevada roca en que tenía su morada, consiguió por el natural movimiento extensivo de sus brazos irse paulatina y gradualmente transformando, hasta que al cabo de muchas generaciones y de muchos siglos se halló enriquecido con la forma que hoy le distingue? ¿Cómo aprendió á volar á fuerza de caidas y golpes y en cambio olvidó el andar? Creo mucho más razonable que la explicacion de Lamarck, suponer que este género de animales fué conformado para el vuelo, y que no ha experimentado ninguna modificacion esencial. Lo que acaba de decirse de los queirópteros, se puede tambien afirmar de todas las otras especies zoológicas y botánicas.

Que los séres vivos forman una cadena contínua, en la cual es fácil apreciar cómo los distintos eslabones se suceden unos á otros de una manera insensible y sin transicion alguna repentina, es una frase de escuela, que carece de exactitud. Nosotros conocemos animales de sangre fria y caliente, roja y blanca: animales que respiran por tráqueas, por bránquias y por pulmones; animales que se alimentan

de frutos, de yerbas, de insectos, de jugos y de carnes: animales vivíparos, ovíparos, ovovivíparos y gemmíparos: animales terrestres y acuáticos: vertebrados é invertebrados. ¿En dónde está, cual es el sér que sirve de eslabon entre el pez y el reptil, entre este y el ave, entre esta y el mamífero? Si se presentan como lazos de union entre los peces y los mamíferos á la ballena y á la foca por sus aletas y su cuerpo pisciforme, y entre estos y las aves al murciélago, porque vuela, fácil es comprender que no son los caractéres esenciales de aquellos ni de estos el estar conformados para habitar en el agua, ó en el aire, ó en la tierra, sino el estar los unos provistos de órganos, que ni rudimentariamente existen en los otros.

Analogías innegables se encuentran entre los séres vivos: todos proceden de otros séres semejantes á ellos, todos necesitan medios para reparar sus fuerzas y contribuir á su crecimiento, todos son modificados por la luz, el aire, el calor y la electricidad, todos producen séres para que la vida continúe por esa sucesion no interrumpida de indivíduos. Pero estas analogías nada significan en la cuestion actual, porque todos los séres vivientes tienen distinta estructura, y no todos verifican las diversas funciones de una manera idéntica. Cada especie vive, segun se lo permite su organismo y entre unas y otras no se encontrarán más lazos de union, que los característicos de la animalidad ó de la vegetabilidad, los del órden, los de la clase ó los del género.

Réstame, pues, antes de concluir este acto solemne, dar á mi insigne amigo y nuevo compañero, cuyas felices disposiciones me complazco en apreciar, la más cordial enhorabuena por la nueva distincion que acaba de obtener al entrar en el seno de una Corporacion de tan gloriosa historia y de tan justo y merecido renombre, asi como tambien felicitar á la ilustre Academia porque admite un activo é inteligente colaborador, y en medio de esta feliz compla-

cencia, que forma uno de los más gratos dias de mi vida, solo acibara estos gratos momentos la triste idea de que, por grandes que hayan sido mis deséos, no habré sabido interpretar dignamente los sentimientos y el recto juicio de esta Corporacion sábia.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. FRANCISCO CABALLERO-INFANTE Y ZUAZO,

EL 23 DE ABRIL DE 1872.

SEÑORES:

Entre todos los pueblos de la antigüedad, ninguno mejor dotado por la naturaleza para el cultivo del Arte, que el pueblo griego. Un conjunto de felices circunstancias contribuyó providencialmente á este objeto. La situacion geográfica de la Grecia, á las puertas de Europa, frente á los paises civilizados de aquel tiempo, el Asia menor y el Egipto, y en el centro del Mediterráneo, teatro del movimiento histórico del mundo antiguo; el orígen antiquísimo de sus habitantes, que en su orgullosa fantasía llegaron á considerarse como autóctonos, para aparecer así agenos á toda tradicion extraña; las instituciones nacionales de este pueblo, fuerte lazo de union entre sus diversos Estados; la variedad de sus constituciones políticas, acomodadas á las circunstancias y carácter especial de cada tribu; su brillante imaginacion y génio creador; su fecunda actividad, estimulada por la suavidad del clima, la galanura de sus campos, la belleza de sus pintorescos valles, las formas poéticas de sus montes, la va-

riada ondulacion de sus costas, la pureza de su cielo y la trasparencia y limpidez de su atmósfera; su lengua flexible, rica, sonora y armoniosa; su religion, en fin, antropomórfica, que le permitía concebir como propia y adecuada la forma humana para la manifestacion de la Divinidad, y por lo mismo hallar ecuacion perfecta entre la belleza ideal y su forma sensible de expresion; todo concurrió á hacer del pueblo griego un pueblo artista por excelencia, un pueblo clásico, que sirviese de modelo á las generaciones venideras. No sin razon eligieron á la Grecia por morada los Dioses de la Fábula.

Todas las manifestaciones de la Belleza son, en efecto, objeto de su actividad. Créa y cultiva todos los géneros artísticos y en todos alcanza la perfeccion; en las Artes del espacio inventa y recorre diversos sistemas, pero siempre tan primarios, puros y originales, que los siglos y pueblos posteriores hallarán en ellos la base de todas sus combinaciones y trabajos. Las obras de Zéuxis, Apéles y Parrahsio en la pintura, de Phidias y Praxiteles en la Escultura, y el Parthenon y Acrópolis en la Arquitectura, nos muestran el más alto grado que es dado alcanzar al génio artístico del hombre. Mas donde brilla con luz sin igual, donde ostenta las ricas y preciadas dotes de su fecundidad, es en la más noble de las Bellas Artes, en la Literatura; sus producciones literarias llegaron á un grado de perfeccion tal, cual despues en algunos géneros no ha podido alcanzar pueblo alguno; y en la Oratoria, en la Historia y en la Poesía, los nombres de sus esclarecidos génios, Demóstenes y Esquínes, Herodoto, Tucídides y Jenofonte, Homero, Hesiodo, Píndaro, Safo, Anacreonte, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, nombres son y enseña gloriosa, á cuyo recuerdo se conmueve el alma y se eleva é inspira la imaginacion y fantasía de los hombres y pueblos, amantes del buen gusto literario.

Muéstrase, sobre todo, la Grecia superior á los pueblos

que la precedieron y modelo eterno para las generaciones sucesivas, en su poesía dramática; esta es sin duda la gloria más pura de tan hermosa y rica Literatura; nada hay que la iguale en originalidad; sorprende la manera con que fueron vencidas las dificultades de género tan complejo, y causan admiracion las bellas y variadas formas de que se presenta revestida. No sin razon, pues, la poesía dramática griega viene siendo desde los tiempos del Renacimiento, objeto especial de los desvelos y trabajos de los críticos más eminentes y sábios más doctos de Alemania, Inglaterra, Italia, Francia y de nuestra nacion.

Siguiendo yo, aunque de léjos, el camino trazado por tan ilustres maestros; dedicado á mi vez á los estudios arqueológicos y principalmente á los que tienen relacion con la antigüedad clásica, considero natural, al verme designado por vuestra benevolencia para obtener un asiento en esta distinguida Academia, tratar tambien de la poesía dramática griega; género literario que, entre todos, es el espejo más fiel de las creencias, tradiciones, vicisitudes, manera de ser, pensar y vivir de aquel pueblo privilegiado. Mas como la materia, considerada así en su totalidad, no podria ser tratada sin exceder los límites de un discurso de la índole del presente, y como quiera que ya en otra ocasion solemne y semejante, procuré dar á conocer la poesía dramática griega en una de sus dos formas fundamentales, la Tragedia, y en su mas acabado representante, Sófocles, me he creido casi en la obligacion de exponerla hoy en su otra forma esencial, y aun más interesante por ser más popular, la Comedia, y en su más genuino intérprete, Aristófanes.

Fijar, pues, el orígen, caractéres y desarrollo de la comedia griega, y examinar el teatro de Aristófanes como su más perfecta representacion, será el objeto de este modesto trabajo.

Pero mi ánimo desfallece y mis fuerzas, débiles de

suyo, se abaten aún más, al considerar, ya lo árduo de la empresa, ya la solemnidad extraordinaria de que, con espíritu patriótico y plausible, habéis rodeado este acto, ora se atienda á vuestra sabiduría, ora en fin se recuerde al laureado vate, cuya vacante voy, aunque indignamente, á ocupar. Gracias al Cielo, no es la muerte, sino solo la ausencia la que os priva del caballeroso trato y profundo saber del Excmo. Sr. Marqués de Cabriñana; y estamos seguros de que el afortunado cantor de la TOMA DE CÓRDOBA por nuestro Santo Rey Fernando, el hablista elegante, digno sucesor del Duque de Rivas en la Escuela Cordobesa, estará con su alma siempre, y hoy especialmente, con nosotros. A su égida me acojo, y escudado con su memoria, y confiado en que vuestra bondad ha de ser tan grande conmigo como vuestra ilustracion, no dudo ya comenzar mi tarea, si difícil, con tales auspicios grata al mismo tiempo á mi corazon.

I.

Diversas, aunque no contradictorias, son las opiniones de los críticos acerca del orígen de la comedia griega. Aristóteles, en su Poética, dice, despues de reconocer la dificultad de señalarlo con exactitud, que el Margites, poema burlesco en yambos, atribuido por algunos á Homero, y segun la opinion más general á Arquíloco, fué para la comedia lo que la Iliada para la tragedia. Estas palabras no significan, á mi entender, que el gran filósofo considerase dicho poema como orígen de la Comedia, sino como prototipo de los caractéres que más tarde revistió este género. Horacio, en su epístola «Ad Pisones» (1), recuerda, en concepto del sábio

(1) Versos 275, 276 y 277.

aleman Schneider, su verdadero orígen:

> Ignotum tragicæ genus invenisse camaenæ
> Dicitur, et plaustris vexisse poemata Thespis,
> Quæ canerent agerentque peruncti fæcibus ora.

Mas otros críticos, y entre ellos el P. Brimoy, ven en estas palabras el orígen comun de la tragedia y de la comedia, si bien haciendo á esta posterior á aquella.

En nuestros dias, el distinguido crítico aleman Olfried Müller, ha demostrado con notable lucidez que tanto una como otra tuvieron su orígen en las fiestas de Baco. Dice Müller: (1) «La comedia se refiere, segun la tradicion general á las pequeñas Dionysiacas ó Dionysiacas campestres (τά μικρά,τά κατ'αγρύς Διονύσια) fiesta final de la recoleccion del vino, donde la bulliciosa alegría, inspirada por la inagotable riqueza de la naturaleza, se manifestaba por toda clase de locuras. Una de las principales ceremonias de estas fiestas era el κόμος ó festin, que debemos representarnos mucho menos ordenado y solemne que el κόμος en que se cantaban las Epiniceas de Píndaro; era en efecto este banquete ruidoso y animado, y se formaba de un beber ilimitado, de cantos pendencieros, y de bailes desenfrenados. Segun documentos atenienses que enlazan íntimamente el orígen de la comedia con el κόμος de las Dionysiacas campestres, no se puede dudar que el nombre de comedia significaba *canto de comos*, aunque otros, desde la antigüedad, le dan el significado de *canto de aldea*, lo que sería admisible bajo el punto de vista histórico, aunque evidentemente sea un error.»

De las varias y respetables opiniones que acabamos de exponer, paréceme la más aceptable la de Müller, confirmándome en ella la ceremonia que seguia al κόμος Bá-

(1) Histoire de la Litterature Grecque jusq' Alexandre le Grand, vol. 3.° pág. 6.

quico y que consistia en una especie de marcha ó procesion en que se llevaban en triunfo los símbolos de la creacion natural y se entonaban canciones alegres y entusiastas en honor de Baco, procesiones conocidas con los nombres de Phalophóricas ó Ithyphálicas, de las que encontramos un ejemplo notabilísimo en los *Acarnenses* de Aristófanes. Al terminarse los cantos que saludaban á Baco como al Dios de la alegría y del placer, el coro tomaba por objeto de diversion á cualquiera de los espectadores, haciéndolo víctima de sus burlas, chistes picantes y bufonadas, toleradas en gracia de la solemnidad de aquella especie de fiesta religioso-burlesca. Tal fué, sin duda, el orígen de este género que tan bellas formas habia de tomar andando el tiempo, entre los griegos.

Difícil es á su vez señalar en qué comarca de la Grecia tuvieron primeramente lugar las representaciones cómicas, así como quién fué el primer autor ó poeta que elevó la comedia de sus primitivas formas á la consideracion de drama perfecto; gloríanse los Icários de haberla inventado y de ser Susarion, compatriota suyo, el primer poeta cómico. Aristóletes por otra parte dice, en su Poética, que los Sicilianos fueron los que dieron á la comedia el carácter distintivo con que se presenta en Grecia. Lo cierto es que los primeros nombres que se mencionan son los de Susarion y Epicarmo, y que, poco á poco, la comedia se vá desenvolviendo hasta el punto de que, segun la tradicion, se encontraba ya con formas literarias en Chionides, Cratynos, Teopompo y otros muchos, cuyas obras se han perdido. Pero los títulos y fragmentos que se conservan son bastantes para indicar la manera de sér y el carácter de la comedia griega, al aparecer su gran intérprete el fecundo y original poeta Aristófanes.

Sin entrar á exponer la historia circunstanciada de la comedia entre los griegos, parece conveniente sin embargo recordar ligeramente los diversos caractéres que presenta

en los tres períodos en que comunmente se acostumbra á dividirla de comedia *antigua, media* y *nueva*. Era la comedia *antigua*, una verdadera sátira en accion, libre, personal, comparable á la prensa política de nuestros dias; en ella le era dado al poeta ridiculizar á los personages que más llamaban la atencion, presentándolos en la escena no desfigurados y envueltos en reticencias más ó menos transparentes, sino designados con sus nombres propios. Segun algunos críticos, esta clase de comedia duró hasta la época de Pisístrato; segun otros, hasta la conclusion de la guerra del Peloponeso en que, hechos dueños los Lacedemonios del gobierno de Aténas, prohibiéronla, dando con ello orígen á la que lleva el nombre de comedia *media*. En ésta tambien se permitia ridiculizar á los hombres públicos, con tal que no se les señalára con sus propios nombres; pero aun desfigurados y entre sombras, los poetas los presentaban con tales cualidades y rasgos tan característicos, que bien fácilmente eran reconocidos por los espectadores. Por último, los abusos cometidos en esta segunda época y la menor libertad tolerada por las instituciones, abrieron paso á la comedia *nueva*, cuyo objeto era presentar solo hechos tomados de la vida real, y en que, censurándose y castigándose con el látigo de la burla y el escarnio los vicios sociales y las preocupaciones de clase, procurábase un correctivo saludable, sirviendo por lo tanto de lecciones morales y asemejándose á nuestras comedias de costumbres. Mas ni la comedia nueva ni la media son expresion fiel del pueblo griego en la expontaneidad característica y libre que le distingue, y de que debe darnos muestra su teatro cómico; su verdadera, propia y distintiva expresion lo fué la comedia *antigua*, que se personifica gloriosamente en el célebre Aristófanes. Fijémos, pues, los caractéres especiales de ella.

El lugar de la escena no era el interior de una morada, sino siempre un espacio al aire libre que recibia el

nombre de Skene, desde dónde pudieran divisarse todos los edificios más notables de la poblacion. En cuanto á las formas de la composicion, la comedia como la tragedia fué sufriendo cambios sucesivos, haciéndose cada vez más compleja: comenzó por un monólogo, despues se inventó el diálogo, hasta llegar á admitir en Cratyno, y especialmente en Aristófanes, tres interlocutores; siendo de advertir que en la comedia era frecuente lo que se llama el cambio de papel, ó sea que un mismo actor represente diversos personages ó caractéres; y aun Aristófanes usó alguna vez, como sucede en *Las Avispas*, de un cuarto actor. El rostro de los cómicos aparecia cubierto con máscaras que imitaban las facciones de los personages que se intentaba ridiculizar, creyéndose por algunos que las pinturas que se encuentran en ciertos vasos antiguos griegos representando personages grotescamente vestidos, no son otra cosa que los trages y máscaras usados en el teatro cómico de este pueblo. Algunas comedias de Aristófanes debieron ofrecer verdaderas dificultades para la máscara, por componerse sus coros de animales, tales como ranas, aves, avispas, etc., suponiéndose con fundamento que más que figuras mecánicas, serian hombres revestidos de los signos distintivos de estos séres. El coro, parte importantísima en la tragedia, fué usado tambien en la comedia, no desmereciendo muchas veces por su lirismo y belleza, pero desempeñando funciones más modestas y externas; en la tragedia el coro encarna el espíritu del público, y elevándose á veces á sábio maestro, hace reflexiones saludables sobre la virtud y el vicio, y dá consejos provechosos para la vida; y en la comedia su objeto inmediato es dividir las escenas, á la vez que el medio de que se vale el poeta para que los espectadores comprendan el alcance y fin de su produccion. El acto en que el coro se volvia al público dándole cuenta, bien de los propósitos del poeta, bien de los sucesos que habian de seguirse en la representacion,

llamábase *Parabásis*, y Aristófanes usa generalmente de ella en el momento en que la accion llega á su más alto grado de interés, á fin de tener por más tiempo suspensa la curiosidad de los espectadores y dar mayor realce al desenlance de la comedia. En cuanto á la versificacion, la comedia usó de la misma que la tragedia, del trimetroyambico, metro que se prestaba á la variedad necesaria en los géneros dramáticos; así se observa en Aristófanes que se sirve de la misma metrificacion para expresar la más viva alegría y los conceptos más profundos y severos: frecuentemente, dice un escritor moderno, dá una sonoridad tan hermosa á sus versos y palabras, que es de sentir no la emplease en materias más graves; encuéntrase en este poeta la armonía perfecta entre la forma y el pensamiento, entre el lenguaje y los caractéres que pretende representar: así, por egemplo, las blancas cabezas de los ancianos, en los *Arcanenses*, en las que aun bulle el fuego de los años juveniles, expresan admirablemente su madurez al par que su vigorosa impetuosidad y entusiasmo por la medida rítmica que domina en los cantos del coro de la pieza en que figuran.

Tales son, ligeramente indicados, los principales caractéres de la comedia *antigua griega*, cuyo principal representante es Aristófanes. De su vida, aptitudes y cualidades literarias he de decir breves palabras antes de pasar á estudiar algunas de las producciones que más realzan su gloria.

II.

Escasas por desgracia son las noticias biográficas que de Aristófanes han llegado á nosotros. Nacido en Atenas hácia la Olimpiada 82 ó sea 452 años antes de J. C., es indu-

dable que floreció durante la guerra del Peloponeso y que debió tener graves disgustos con Cleón por lo mucho que le satiriza en sus comedias políticas, presentándole siempre en escena como un tirano, mal ciudadano, muy ambicioso y odiado por sus vicios y sórdido interés. A la edad de veintidos años nuestro poeta pasó con su familia y otros ciudadanos atenienses á tomar posesion y colonizar un territorio en la isla de Egina, dando ocasion este suceso á que más tarde tuviese que defenderse ante el senado de Aténas contra Cleón, que le negaba el derecho de ciudadanía. De creer es que se dedicase desde muy jóven al teatro, pues se refiere por sus biógrafos que una de sus primeras comedias *Los Babilonios*, tuvo que representarse bajo el nombre de otro escritor por carecer Aristófanes de la edad que la ley exigia á los autores cómicos. Generalmente sus piezas fueron egecutadas por Philónides y Calístrates, representando el primero los caractéres políticos y el segundo los que se referian á la vida privada; mas en cierta ocasion el mismo Aristófanes vióse obligado á desempeñar el papel ó personage de Cleón que ninguno de los actores se atrevía á interpretar.

En su larga y fecunda vida mereció por su independencia y grandes talentos el respeto y consideracion de sus contemporáneos y despues de su muerte la posteridad le ha honrado como á uno de los génios más privilegiados de la antigüedad clásica.

La cualidad sobresaliente en Aristófanes es la llamada por los latinos *vis cómica*, ó sea la abundancia de gracias, chistes y sales, en la que todavía no ha encontrado digno rival; y si alguna vez abusó de esta facultad, cúlpese no al poeta, sino á las circunstancias de su época y á las exigencias y preocupaciones del pueblo.

Los bellísimos coros con que adorna sus comedias son uno de los mejores fundamentos de su reputacion literaria; magníficas poesias líricas llenas de entusiasmo unos, co-

mo los de *La Paz*; cantos estraños y caprichosos otros, como los de *Las Aves* y *Las Ranas*, cuyos gritos inarticulados logra imitar, son todos admirables modelos de poesía y de armonía imitativa. El lenguage de todas sus producciones es el más selecto ejemplar del aticismo perfecto; pureza, suavidad, dulzura á veces, energía y vigor otras, sonoridad siempre. San Juan Crysóstomo estudiaba las comedias de Aristófanes como modelos perfectos de la lengua griega; y aun cuando se sirve de palabras compuestas de tan grandes dimensiones, como alguna usada en las *Arengadoras*, que tiene setenta y dos sílabas y ciento sesenta y tres letras, lo hace con arte tan feliz que no perjudica al número ni á la versificacion.

El contenido de sus producciones es, á la vez que rico y abundante arsenal de datos históricos, especialmente acerca de la guerra del Peloponeso, cuadro maravilloso para estudiar los usos, virtudes y vicios internos de la sociedad helénica; así que bajo este aspecto fueron enviadas por Platon á Dionisio de Sicilia, como el retrato más fiel de las costumbres griegas.

El único defecto que una crítica imparcial no puede ménos de notar en las obras de este gran poeta, es la falta de pudor en algunos chistes y el uso de frases licenciosas. Pero si este defecto no tiene justificacion posible, halla fácil y satisfactoria disculpa recordando el estado de las costumbres de su época: la corrupcion era general en todas las clases; la ambicion mas desenfrenada el móvil casi exclusivo de todos los hombres públicos; la inmoralidad en la distribucion de los destinos tal, que solo dejaban ya de venderse aquellos para los que no se encontraba comprador; la consideracion á la muger reducida á la nulidad, ofreciéndose solo como objeto de placer ó de vanidad; las creencias religiosas hallábanse desquiciadas y sin freno alguno el mundo de las pasiones; tal era la Atenas contemporánea de Aristófanes, tal debió ser su teatro; sá-

tira amarga y personal, licenciosa quizá, con cuadros acaso demasiado desnudos y con colores excesivamente vivos, pero verdaderos en aquella época, á la que es preciso trasladarnos con el pensamiento, para ser justos con su autor, al que no debe olvidarse faltaba la luz de la Moral Cristiana que más tarde vino á purificar al hombre, á la familia y á las sociedades humanas.

Estas breves observaciones, aunque basadas, segun mi humilde juicio, en los más rectos principios de la crítica, recibirán la autoridad que de suyo no tienen, si exponemos ahora las opiniones de algunos de los más notables críticos literarios, tanto antiguos como modernos, que han tratado del escritor que estudiamos.

Plutarco le llama ilustre maestro de Menandro, su poeta favorito; y Platon no solo procuraba modelar su estilo al del gran cómico, sino que le honró con un dístico, cuyo concepto era, «*que habiendo buscado las Gracias por todas partes un lugar en que fabricarse un templo eterno, habian elegido el corazon de Aristófanes, y jamás lo habian abandonado.*»

En los tiempos modernos la célebre Mme. Dacier, hace acerca de Aristófanes las siguientes reflexiones: «Nunca hombre alguno tuvo más habilidad para hallar el ridículo, ni mejor disposicion para presentarlo con viveza; su sátira es fácil, natural, espontánea...» «El espíritu ático, tan alabado de los antiguos, se vé en él con todas sus gracias.» «Tiene el arte inimitable de encantar con sus discursos, cual si fueran animada conversacion;» «su estilo es tan agradable como ingénuo» «cuando desciende al estilo mediano y comun lo hace sin rebajarse, cuando se eleva al estilo sublime hácelo sin oscuridad, y nadie ha sabido mezclar tan artísticamente los diferentes géneros literarios: en vano se habrá estudiado cuanto nos resta de la antigua Grecia; si no se ha leido á Aristófanes no se conocen todos los encantos, todas las bellezas de la lengua griega.»

Deschanel escribe el siguiente elogio: «Aristófanes excede á todos en presentar la idéa en la escena, en revestirla de una forma viva, dramática, y al mismo tiempo lírica. Lo imprevisto hallado por su fantasía, la agilidad de su espíritu en lo imaginario admiran y arrebatan. Es necesario llegar á Shakespeare para encontrar en literatura un ejemplo de este poder ligero, aéreo; *Las Aves* solo tienen rival digno en *El Sueño de una noche de verano.*»

No seguiré exponiendo más autoridades críticas, porque á diferencia de lo que sucede con la mayor parte de los escritores, objeto siempre de diversas apreciaciones, Aristófanes ha sido igualmente alabado por los hombres eminentes de todas las épocas.

III.

Extraordinaria debió ser la fecundidad del ingénio de nuestro poeta, visto el número de comedias que se le atribuyen, y que algunos autores hacen subir á cincuenta y cuatro; mas de este gran número solo han llegado á nosotros once íntegras, conservándose los títulos y algunos fragmentos de las restantes. Las que nos quedan llevan los siguientes nombres: *Los Acarnenses*, *Los Caballeros*, *La Paz* y *Lisístrata*, que pertenecen al género político; *Las Ñubes*, *Las Avispas*, *Las Arengadoras* y *El Pluto*, del género filosófico ó de crítica social, y *Las Thesmophorias*, *Las Ranas* y *Las Aves* al literario.

Agradable taréa seria la de estudiar todas estas bellísimas composiciones; pero, para no molestar demasiado vuestra indulgente atencion, solo expondré brevemente las que llevan por título *La Paz, Las Nubes y Las Ranas*. Auque de distinto género, político, filosófico y lite-

rario, las tres revelan el carácter y la representacion especial de Aristófanes en la sociedad griega. Enemigo de toda innovacion, sus comedias están en lucha constante con las tendencias de su época; la guerra, que Atenas sostenia con Esparta, representaba la exhuberancia de poder de las instituciones democráticas, su establecimiento definitivo en toda la Grecia, una vez alcanzada la victoria, la preponderancia de los demagogos sobre las clases aristocráticas; por eso, Aristófanes, hombre de partido, apasionado, comprendiendo la influencia del teatro en su tiempo, á la altura casi de un poder gubernamental, una theatrocrácia como la llama Platon, combatirá la guerra, pintará sus estragos, se burlará de los que á ella se dejan llevar, y entonará cánticos sublimes á la paz, y describirá admirablemente las riquezas, solaces y bienes sin cuento que inseparablemente la acompañan; tal es el fin de la comedia que analizarémos en primer lugar, *La Paz*. Sócrates personifica la revolucion en las creencias, en las idéas, en la educacion; es el espíritu nuevo, con su audacia, con su inquieta curiosidad, con sus aspiraciones de discusion y de exámen, con sus protestas contra el órden religioso admitido por el pueblo; Aristófanes procurará detener al gran filósofo, le desautorizará para con las masas, le presentará como un sofista, embaucador y hasta impío, y no dudará en esgrimir contra él las armas de la burla, la sátira y el sarcasmo; eso significa su comedia *Las Nubes*. Eurípides á su vez es el génio innovador en la literatura. Educado en medio de las discusiones de la plaza pública y de las disputas de las Escuelas, rechaza desdeñosamente las antiguas costumbres, que habian sido la base de la civilizacion de Atenas y las idéas y creencias á cuyo calor vivian las creaciones de sus predecesores, Esquilo y Sófocles; á los ojos, pues, de Aristófanes, Eurípides altera esencialmente la tragedia destinada á continuar la educacion religiosa y nacional del pueblo griego

comenzada por la epopeya de Homero; y así, todas sus comedias de crítica literaria especialmente *Las Ranas,* van dirigidas contra Eurípides, no obstante ocuparse detenidamente del mérito respectivo de los tres grandes trágicos griegos. Entrémos, pues, en el exámen de cada una de estas tres producciones cómicas.

La Paz pertenece, como queda dicho, al género político, y aunque la censura moderna hubiera sin duda encontrado un gran número de escenas que tachar, quedarán indelebles en el ánimo de los amantes de las bellezas literarias sus admirables descripciones y los coros en loor de la Paz, comparables solo á los del sublime Esquilo. Ya en *Los Acarnenses* habia procurado nuestro poeta la terminacion de la guerra zahiriendo con la sátira á sus promovedores, y ridiculizando con la burla y el sarcasmo á sus inconscientes mantenedores; mas aunque *Los Acarnenses* hicieron reir, la lucha habia continuado y recientemente habia producido muchas víctimas en la toma de Amphipolis; ocasion propicia era esta para proseguir en el teatro la defensa de la Paz, y Aristófanes no dejó de aprovecharla presentando un placentero cuadro de sus beneficios.

Un labrador llamado Trygeo exasperado por las exacciones y desdichas de la guerra, intenta y logra subir, de manera intencionadamente ridícula, al Olimpo á consultar á los Dioses sobre los males que trae consigo la guerra y á implorar el establecimiento de la Paz. En el cielo solo encuentra á Mercurio, el cual, despues de un animado diálogo, le manifiesta, que la guerra ha bajado á recorrer todas las ciudades de la Grecia, víctimas de la lucha del Peloponeso, dejando á la Paz encerrada en una cueva, cuya entrada se halla obstruida por enormes peñascos; desde este momento solo tiene Trygeo un pensamiento, el de dar libertad á la Paz cautiva: convoca y reune á todos sus conciudadanos, principalmente á los la-

bradores, mercaderes, artesanos, á los que más sufren con la guerra, para ayudarle á apartar con cuerdas las grandes piedras que cierran la boca de la caverna: esfuérzanse todos, pero en vano: no logran mover ni un solo peñasco! Ah!, exclama Trygeo, todos no tiran á un tiempo, y el poeta pone en sus lábios multitud de alusiones ya á los pueblos, ya á los personages que más se habian opuesto á la paz, suponiendo que eran los que tiraban fuera de tiempo de las cuerdas. Esfuérzanse más y más, pero siempre infructuosamente; pues mientras unos tiran hácia arriba, otros lo hacen hácia abajo. Entonces determinan que los labradores solos cojan las cuerdas y al momento logran sacar de la gruta la anhelada Paz: renace la alegría, reina un júbilo indescriptible y tiene lugar la escena más brillante de la comedia, escena llena de entusiasmo y de poesía lírica. Al avanzar la Paz, el melancólico Otoño cargado de frutos y la bella Theoría, protectora de las procesiones y de las fiestas, derraman á su paso mil deliciosos perfumes y aromáticas flores y arbustos, ofreciéndole todos los bienes de la vida: vendimias, banquetes, Dionysíacas, armoniosas flautas, goces de las comedias, cantos de Sófocles, versos de Eurípides. El coro en estrofas, cuya belleza es imposible trasladar á una lengua extraña, aunque sea á nuestro hermoso habla castellano, por consistir más en las expresiones que en las ideas, la saluda de esta manera:

El Coro. «Oh, tú, tan deseada de los hombres de bien y que tan dulce eres á los labradores, ya que te he contemplado con alegría, permíteme ir á saludar mis viñas y á abrazar tras de larga ausencia las higueras que planté en mi juventud.

Trygeo. Qué cosa mas bella que una hazada bien manejada? ¡Cómo relucen al sol los rastrillos de tres dientes! Qué plantas tan bien alineadas! ¡Cuán ardientemente deseo volver á mi campo y remover sus tierras, por tan largo tiempo

abandonadas! Oh, amigos mios, recordad los placeres con que la Paz nos colmaba en otro tiempo: hermosos cestos de higos, doradas uvas, olorosos myrtos, dulce vino, prados esmaltados de violetas á la orilla de los riachuelos, olivas tan deseadas! Oh, amigos mios, adoremos á la Diosa, en cambio de tantos bienes como nos concede.

EL CORO. Salud, Divinidad querida, tu vuelta nos llena de gozo: ¡cuánto suspirábamos por tí, consumidos por el deseo de ver nuestros campos! Oh, Paz tan deseada, madre de todos los bienes, solo tú sostienes á los que como nosotros pasamos la vida en labrar la tierra. Bajo tu reinado gustábamos mil encantadoras dulzuras, que nada nos costaban. Tú eres el pan del labrador, tú eres su salud. Por eso nuestras viñas y nuestras jóvenes higueras sonreirán con gozo á tu vista.»

La comedia termina con un idilio lleno de frescura y bienestar, en que Trygeo se casa con la Abundancia, compañera de la Paz; escena final, en que Aristófanes para hacer resaltar los bienes que de ella resultan, pinta con inimitable pincel la belleza exterior y las armonías de la naturaleza, al par que los íntimos goces de la amistad, de la familia y del amor.

Mas si en *La Paz* ha podido revelar Aristófanes bajo agradables ficciones y alusiones vivas y mordaces todo el lirismo de qne era á la vez capaz su espíritu, en *Las Nubes,* comedia de crítica apasionada contra las innovaciones filosóficas de Sócrates y los sofistas, es donde luce con todo su brillo la vehemencia de su sátira y su númen fieramente sarcástico. *Las Nubes* son el desahogo del ódio de Aristófanes hácia el filosofismo y la ciencia nueva de su tiempo, que venian á matar las instituciones y creencias venerandas del pueblo griego. El coro, compuesto de nubes, personages que hablan y cantan, es el que ha dado el nombre á esta comedia, pero su verdadero título deberia ser el de «La Educacion,» pues real-

mente bajo esas apariencias burlonas, y aun grotescas si se quiere, se plantea la eterna y constante lucha de lo pasado con lo porvenir, de las ideas antiguas con las nuevas, del *statu quo* con las aspiraciones, quizá insensatas, pero naturales en toda sociedad. Veamos bajo que plan, el cómico griego defiende las antiguas ideas y ridiculiza las lucubraciones de los espíritus fuertes de su tiempo.

Strepsiades, un buen hombre, de condicion humilde y de cortas luces, ha contraido matrimonio con una muger de elevada clase y bastante fortuna; pero su hijo Phidíphides, jóven dispendioso y vano, que no gusta sino de caballos, apuestas y juegos, lo ha arruinado, haciéndole contraer grandes deudas. Aristófanes presenta al padre y al hijo acostados en la misma habitacion, y mientras el primero se desvela recordando sus deudas y calculando los intereses, el segundo sueña con carrozas y trenes magníficos; exposicion llena de vida y colorido. Frente á la casa de Strepsiades se halla la escuela de Sócratés y aquel que ha oido decir, que el filósofo enseña por dinero á ganar las causas buenas y malas, despierta á su hijo y le ruega vaya á la dicha escuela á estudiar el medio de no pagar las deudas, de probar que es de dia siendo de noche; á aprender «el razonamiento injusto.» Pero viendo que no consigue persuadir á Phidiphides, se decide á ir él en persona. Llama á la puerta de Sócrates y es recibido por un criado, que le reprende por haber turbado el razonamiento, que hacia el maestro sobre la extension del salto de una pulga comprobado por medio de la cera. Desde este momento comienza Aristófanes á considerar al filósofo como un hombre entregado á pueriles y rídiculas investigaciones: en el diálogo entre Strepsiades y el criado halla ocasion el poeta de exponer las acusaciones que se hacían contra Sócrates y sus discípulos. El célebre filósofo se nos presenta suspendido en el aire dentro de una canasta y absorto en profunda me-

ditacion, interrumpida por los descompasados gritos de su criado: Strepsiades le ruega por los dioses le enseñe á hablar de manera que burle á los usureros, que le acosan y no tenga que pagar sus deudas. Sócrates le interrumpe preguntándole por qué Dioses jura, añadiéndole que en su escuela no se reconocen los del país; apareciendo así el filósofo como descreido é impío; que los Dioses supremos eran las Nubes; con cuya alusion indicaba el poeta que el objeto de la contemplacion y culto de Sócrates eran vanas quimeras. A ruegos de Strepsiades hace una invocacion burlesca á las Nubes suplicándolas se hagan visibles al nuevo adepto; estas divinidades, mugeres disfrazadas con máscaras á propósito, se muestran en el aire (sobre máquinas invisibles) y prorrumpen en un magnífico coro, mezcla de sério y cómico, que puede considerarse como una de las concepciones más fantásticas del génio poético del gran cómico griego. Sócrates se finge extasiado á su vista; pero en medio de todo este aparato, Strepsiades ni las vé ni las oye: ¿son heroinas? pregunta; no, contesta el filósofo, son las Diosas de los holgazanes y perezosos, son las que dan ingenio, palabra, sutileza, el arte de hablar de todo, y de cautivar los corazones con vanas palabras. Strepsiades las invoca, no para que le enseñen á perorar, sino á poner de su parte el fallo de los tribunales, á burlar á sus acreedores y á no pagar sus deudas. Por conseguir este fin se someterá á todo, abjurará de las divinidades de su país, reconocerá por tales á las Nubes, sufrirá toda clase de privaciones y seguirá ciegamente las lecciones de Sócrates. Este al fin comienza á instruirle en el arte de los sofistas, pero Strepsiades solo busca «el razonamiento injusto» por el que se logra viciar la ley. El maestro desesperado jura por el Caos y el Aire, que no ha encontrado jamás hombre tan estúpido. Esta escena de la leccion se halla salpicada de sales y chistes sin cuento: Aristófanes presenta á Strepsiades como un *simple* maligno que, con sus expontaneidades y dichos vulgares, pone en ridículo al filósofo á fin de hacer resaltar la

oposicion, que existe entre la vana filosofía y el sentido comun. Sócrates enseña por último á Strepsiades el modo de no pagar las deudas, pero vista su torpeza para las demás cuestiones le ruega se retire y envie por discípulo á su hijo. Este, despues de una escena en que el padre lo quiere arrojar de su casa por haberle oido invocar á Júpiter y demás Divinidades, escena preparada para exponer los conocimientos extravagantes que Strepsiades habia adquirido en la escuela de Sócrates, consiente al cabo en ir á oir al filósofo, quien lo toma por un jóven sencillo é inocente: el padre le suplica le enseñe á combatir lo justo y lo deja entregado bajo su direccion. Preséntanse en esto lo *Justo* y lo *Injusto* disputando y tratando ámbos de convencer á los espectadores. Aristófanes saca de esta reyerta motivo suficiente para dar á conocer, zaherir y ridiculizar todo el sistema filosófico de Sócrates. Phidíppides ha escuchado las anteriores sutilezas y jura por las Nubes, que á la vez dan la razon á lo Justo y á lo Injusto, que alguien recogerá el fruto de aquellas lecciones. Entretanto Strepsiades vé acercarse con temor el último dia del mes á causa de las deudas, pero Sócrates le tranquiliza diciéndole que imite á su hijo, capaz ya de negar una deuda contraida ante mil testigos. Reanímase con esto el padre y burla á sus acreedores, valiéndose de los sofismas, excusas y medios dilatorios que habia aprendido. Para preparar el desenlace, Aristófanes hace que el coro prediga el castigo de Strepsiades y de su maestro. No se hace esperar, pues bien pronto aparece aquel magullado y lleno de sangre de resultas de una paliza que su hijo le ha dado, demostrándole con *razones socráticas* que tenia derecho bastante para cometer aquel desman. Desesperado el padre pide perdon á los Dioses y armando á sus criados con escalas y téas encendidas, va á poner fuego á la casa del filósofo, despues de despedir cómicamente á las Nubes.

Esta comedia es considerada como la obra maestra de Aristófanes, no solo por la reflexion con que está escrita,

por los cuadros admirables que presenta y por la fantástica ilusion de que reviste ciertos episodios, sino por la incomparable manera de sostener el interés de la accion y las innumerables agudezas de que por todas partes se halla salpicada. Solo puede notársele el defecto de haber confundido á Sócrates con los sofistas, y bajo este concepto haberle satirizado tan sin piedad; pero aun esto puede explicarse, si se atiende al género de vida que el filósofo habia adoptado, á que no dudó en emplear los argumentos sofísticos para combatir á sus adversarios y á que afectaba cierta especie de escepticismo al afirmar *que solo sabia que nada sabia*; todo lo cual podia inducir á la confusion en que Aristófanes cayó. Además, no debe olvidarse, que Aristófanes es, como ya queda indicado, conservador tenaz del espíritu griego en el estrecho círculo de la nacionalidad, y Sócrates es el espíritu de lo porvenir, el espiritualismo universal naciente: por eso se ha dicho con razon que negó á los Dioses para afirmar y anunciar á Dios.

Atrevida é irreverente fué sin duda, pero ingeniosa y poética, la sátira lanzada por Aristófanes contra los innovadores en las idéas y creencias del pueblo griego, como queda demostrado en *Las Nubes*. No con menos ímpetu y mordacidad ataca á los innovadores del sentimiento, á los que llevan la revolucion al mundo del arte. *Las Ranas*, última produccion que del gran cómico griego hemos de analizar, es una comedia de crítica literaria contra Eurípides, en quien Aristófanes veía al corruptor del drama trágico, al poeta que desnaturaliza la antigua religion helénica y quita fuerza al Destino que tan sublimemente enlazados con la tragedia estuvieron en Esquilo y Sófocles. Y á la verdad, Eurípides no sólo concibe el arte literario de distinta manera que sus dos grandes antecesores, sino que profesa tambien diversas doctrinas políticas, morales y religiosas; amigo de la igualdad, como educado en una época de verdadera democracia, reduce los Héroes y Príncipes de los tiempos épicos á la condi-

cion vulgar de los demás hombres; su moral es ménos religiosa, si se permite la frase, más dulce, más humana, más tolerante, que la de las generaciones anteriores; los Dioses no son para él más que poéticas tradiciones de los tiempos primitivos y heróicos, á quienes conviene reemplazar por las investigaciones científicas fundadas en la realidad. Con estas opiniones Eurípides no podía ser para Aristófanes más que un revolucionario, un corruptor del arte y de la sociedad; así se explica la saña con que le trata en *Las Ranas.*

Esta comedia puede dividirse en dos partes: en la primera, Aristófanes trata de parodiar y burlarse del entusiasmo por Eurípides manifestado con ocasion de su reciente muerte; para ello presenta á Baco, que cansado de no presenciar sino representaciones de malas tragedias, manifiesta su decision de buscar un verdadero trágico, aunque sea en los infiernos. Tiene una entrevista con Hércules, al que ruega le cite alguno de los trágicos mejores, pues no quiere volver á oir en la escena dichos como el de Eurípides, *la lengua juró, mas nó mi animo*, frase que Aristófanes considera propia solo de un sofista; emprende Baco el viaje, mudando varias veces de disfraz, segun su conveniencia, acompañado siempre de su esclavo Xantias, que montado en un asno aparece no ménos cobarde ni ménos divertido; la escena de este viaje está llena de alusiones, equívocos y reticencias y es cómica completamente: al atravesar al fin el Dios y su esclavo la laguna Stigia, Caron los obsequia con una música extraña, que no otra cosa es que un coro de Ranas, de donde toma nombre la comedia, canto estridente, raro y caprichoso en que luce su ingénio el poeta.

En la que puede considerarse como segunda parte de esta pieza cómica, Baco, despues de atravesar la Stigia entre las graznadoras ranas, penetra en los infiernos donde lo encuentra todo agitado y en tumulto, y es, que Eurípides desde que llegó de la tierra no cesa de disputar á Esquilo el trono de la tragedia, que por tanto tiempo habia ocupado, y el

viejo y venerando vate defiende con incontrastable teson su amenazado imperio. Baco asiste como juez á esta gran contienda, y ordena que las dos partes aduzcan sus méritos. Esquilo expone la grandeza de sus argumentos, la sublimidad de su estilo, y la moral severa de sus dramas. Eurípides, su admirable pintura de las pasiones, su exquisita eleccion de palabras, ysus limadas combinaciones métricas. Baco, á ruegos de Pluton, pronuncia la sentencia en favor de Esquilo á quien se lleva á la tierra: Eurípides no logra siquiera la satisfaccion de mandar en el interregno, pues durante la ausencia de Esquilo, el cetro de la tragedia queda en manos de Sófocles por la severa magestad de sus composiciones.

Realmente esta comedia es una preciosa exposicion de las doctrinas literarias de Aristófanes: su crítica contra Eurípides, aunque viva no es del todo injusta: el tono y colorido de la pieza es de lo más bello y pintoresco, y la admiracion del poeta por Esquilo y Sófocles templa lo poco defectuoso que se encuentra en su ojeriza contra el trágico moderno. Su juicio acerca de los tres grandes trágicos ha prevalecido entre los más notables críticos antiguos y modernos.

He concluido: por los rasgos mal trazados, que preceden, ha podido afirmarse más y más la alta idéa, que del pueblo griego, como artista, nos dá unánimemente la historia: su literatura seguirà siendo modelo eterno para las generaciones, y sus producciones dramáticas, fuente inagotable debellezas clásicas; su comedia, especialmente por las circunstancias de la época y del pueblo en que se desarrolló, ejemplo único quizá de su poder para contrarestar todas las tiranias, todos los vicios, todos los abusos y toda peligrosa innovacion; y Aristófanes, su fiel y acabada personificacion, dechado perfecto de númen satírico, lleno de gracia yrico en sales y oportunoschistes: su nombre será siempre una de las más brillantes piedras incrustadas en la corona de gloria artística de la Grecia.

HÉ DICHO.

DISCURSO

DEL

ILMO. SEÑOR DON JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA,

EN CONTESTACION

AL DEL SEÑOR CABALLERO-INFANTE.

SEÑORES:

Dia es este de gran solemnidad para nuestra Academia. Si los preclaros varones en Letras son admiracion y regocijo de la humanidad, ¿no han de serlo con más poderosa razon para las Corporaciones en que las Letras reciben culto? Colocados aquellos por la Providencia Divina muchas veces entre las oscuridades de la ignorancia, como faros que disipan las sombras señalan á la sociedad con sus verdades y altas creaciones el camino de la cultura del espíritu y de la prosperidad de los pueblos. La Iglesia conserva sus festividades para la glória de los escogidos del cielo: la pátria tiénelas para sus héroes: ¿no han de adoptarlas tambien los Cuerpos literarios para los que con los brillantes frutos de su inteligencia transfiguran al hombre de grosero casi en ángel?

Bien conozco que el génio bástase á sí mismo, y que no necesita para su glória que sus restos reposen en ricos mausoléos, ni que á su memoria se levanten estátuas; de la oscuridad de su sepulcro brotarán á la contínua laureles

para ornar su esclarecida sien, y de sus obras inmortales raudal de ideas y de sentimientos, que apoderándose de la mente y del corazon de la humanidad la encariñen con él, y hagan grande é imperecedera su memoria.

Miguel de Cervantes Saavedra es uno de esos génios: si no aparece el mayor del mundo, ninguno le supera en lo excelso de la inspiracion, ni en la profundidad del pensamiento: pero ninguno le iguala en la prodigiosa variedad de sus cuadros ni en sus altas lecciones, ninguno en la pasmosa inteligencia para desentrañar los móviles y misterios del corazon, y ninguno, por lo mismo, ha debido á la posteridad tan glorioso recuerdo, ni admiracion tan universal y merecida. Con él rie y llora la humanidad; con él aprenden el grande y el pequeño, el ignorante y el sábio, y todos le comprenden y le aman. Hasta en su propia vida, desdichado tejido de tristes aventuras, enseña por su resignacion en el infortunio, por su valor heróico y por la grandeza y generosidad de sus sentimientos. Se admira al génio, se ama al hombre. En estas dos frases está el secreto de esa apoteósis contínua, cada dia más grande, que de todas las generaciones recibe el autor del *Ingenioso Hidalgo*.

La Real Academia Española fué la primera en tributar elogios á su soberano númen y en dirigir preces á Dios en el aniversario de su muerte para eterno descanso de su alma. Siguiéronla en tan generosa idéa otras Corporaciones literarias, y nuestra Real Academia no es la última en rendir el homenage de su entusiasmo y cariño, «al manco sano, al famoso todo, al escritor alegre, al regocijo de las Musas.» Ha resuelto celebrar todos los años juegos florales en el mismo dia, en honra suya: hoy es el primero, y al nuevo Señor Académico y á mí casualmente, nos ha tocado iniciar esta solemnidad literaria. Creyó la Academia que este año podria tener lugar, á falta de tiempo para la preparacion de los ejercicios en la gaya ciencia, con

la recepcion de un Académico, añadiendo algunas poesías, y así se verifica.

Para que ningun doloroso recuerdo venga á turbar el dulce júbilo que hoy reina en nuestro espíritu, el Sr. Caballero Infante no viene á ocupar el sitio de compañero alguno arrebatado á nuestro cariño por la segur de la muerte: siéntase en el lugar de uno, que alejado de aquí y en tierra extraña, puede volver todavia á nuestro seno y recrear aún á la Academia con los ricos y armoniosos acentos de su lira.

Veo aquí honrado al génio, maravilla del mundo y orgullo legítimo de España; veo ya séntado entre nosotros al que fué un dia mi caro discípulo y aplauso de sus compañeros. No mucho despues le ví por sus esclarecidas prendas en el sitial honroso de los doctores y de los maestros. ¡Qué, para mí tan grato! Mi alegría no tiene límites.

Empero las mismas circunstancias extraordinarias que nos reunen hoy contribuyen á turbar mi mente y á que aparezca, cuanto más grande es el acto, más empequeñecida y con mayor embarazo en la expresion de sus idéas. Sólo la confianza que abrigo en vuestra benevolencia, porque nunca me la habéis negado, puede disminuir mi temor y hacer que éntre con ménos zozobra á responder en vuestro nombre al notable discurso que habéis escuchado.

Grecia, Señores, luz de todos los espíritus y maestra de héroes, de sábios y de ingénios, es una de las naciones Áryas de más excelsa historia. Grande y gloriosa en Maraton y en Salamina, no ménos grande, aunque desdichada, en las Termópilas, fué cuna de Homero, de filósofos que maravillan, del génio de las Letras y de las Artes. Pueblo singular, extraordinario, en quien la perspicacia, la cultura y la vivacidad del talento eran ingénitas, en quien la dignidad humana llegó á su mayor grandeza, y la lumbre

del alma á su mayor brillo; pero pueblo impresionable, ligero, versátil, que se complacía en derribar los ídolos que creaba y los preclaros varones que producía: pueblo en que alternaba lo sublime con lo pequeño, la virtud con el vicio, y los nobles y desinteresados instintos con los de la envidia y la bajeza.

Y sin embargo, en esas mismas dotes que de pueblo grande y libre convirtiéronle al fin en débil y esclavo, habia infundido el Hacedor la fecunda sávia que todo lo vivifica y embellece. Aquellos hombres, á pesar de sus creencías que los envolvian en el materialismo y en la fatalidad, llevaron sus creaciones por una intuicion pasmosa á un grado de idealidad que nos suspende y maravilla, y que les ha constituido para las obras del pensamiento en dechado de todas las generaciones.

Ellos animaron el universo con su poderosa fantasía, personificando en séres sobrenaturales, que poblaban el cielo, los mares, los rios y los campos, la mayor parte de las fuerzas de la naturaleza física y humana. Veíanse animados los bosques y las selvas por Sátiros, Silvanos y Dríadas; los rios por Ninfas, los mares por Neptuno, Nereidas, Tritones y Delfines, y el Monte Parnaso por Apolo y las Musas. Allí hallábase tambien la Fuente Castália, cuya linfa daba mayor inspiracion y númen al poeta: no léjos el Templo de la Fama, deidad alada y bella que en el sonido de su clarin extendia la gloria de los preclaros varones. El Arco Iris era una diosa que descendia á la tierra á calmar las angustias de los mortales: la Noche, otra divinidad que cubria con su negro manto salpicado de estrellas la claridad del cielo: otra, la Aurora que daba paso á la cuadriga luminosa regida por Febo: la Luna, casta y bellísima diosa, enamorada del pastor Endimion: Vénus, símbolo de la hermosura y de la sensualidad mugeril; y Cupido su hijo, el Dios que en sus flechas contenia el filtro que derramaba el amor en el pecho de los mortales. Seria in-

terminable esta relacion si hubiese de hablar de todas las personificaciones que formaban su pasmosa mitología.

El Olimpo, pues, con las dramáticas contiendas é inagotables placeres de sus moradores, y la tierra llena de deidades, á la que descendian tambien aquellos, formaban milagroso conjunto de acciones interesantes, de armonías, de cuadros fantásticos, de graciosas escenas, en que el ingénio, así del artista como del poeta, podia espaciarse á maravilla y verterá torrentes la mágia de su inspiracion. En Grecia hallábanse entronizados el sentimiento que dá valor al guerrero en los combates, el móvil que lleva la mente del filósofo á profundas especulaciones científicas, y el espíritu que dá encumbrado vuelo á la imaginacion en vates y en artistas.

Empero la misma admirable fuerza de su alcance intelectual, la riqueza vivísima de su fogosa fantasía y el inmoderado amor á la libertad, transformándose en exaltada pasion, fuera de toda racional medida, aflojaron los vínculos que unen al ciudano con la ley, con la moral y las buenas costumbres; y aquella admirable República, asombro del mundo por sus altísimas cualidades, fuese convirtiendo en conjunto de vicios, de míseras debilidades y de desenfrenada y repugnante demagógia. En tal estado apareció Aristófanes en la palestra teatral.

No hablaré del orígen de la comedia: hálo dicho ya el nuevo Académico acertadísimamente, y no habria de añadir, si lo intentase, novedad alguna, ni histórica, ni de estilo que pudiese llamar vuestra atencion. Hay placeres y conocimientos que no se deséan si no se ven: pero otros, como el de la Comedia por ejemplo, que tienden á las perfecciones de la criatura humana, despiértanse en nosotros vivamente, á la manera que nuestras idéas se van esclareciendo, y no descansamos hasta descubrirlos y perfeccionarlos. Ahí está el orígen de todos los descubrimientos humanos. Sin historia no puede vivir el hombre culto; tam-

poco sin comedia. Anhelamos poseer la imágen de personas queridas, ¿no hemos de desear la del sér humano visto en la escena pública, cuando es ingénita la simpatía del hombre por sus semejantes? Pero la comedia no es sólo representacion de la humanidad, es tambien la exaltacion de la virtud, la protesta del ingénio del poeta y de sus sentimientos morales contra los vicios y flaquezas de la sociedad en que vive, y esto se muestra ámpliamente en las de Aristófanês.

Aristócrata por inclinacion y por su noble linaje, valióse, sin embargo, de la desmedida libertad que le daban las leyes democráticas para zaherir y maltratar el desenfreno de las costumbres. Veia hombres vulgares prostituidos en su desapoderada ambicion, sin otros servicios á la Pátria que su vocinglería, alcanzar altos honores y colocarse en los puestos más encumbrados: veia en el sofista la personificacion del descreimiento; veia las costumbres corrompidas, y sistemas sociales que amenazaban el trastorno de lo existente hasta en sus más íntimos fundamentos; y fiel observante de la tradicion y de las leyes, desatóse contra toda esa gangrena social en ingeniosas burlas y en sátiras procaces. Hallábase entónces Aténas en estado de descomposicion, y los hombres que á ella contribuian, son el principal objeto de su encono.

No quedó libre Eurípides de sus acerados tiros, segun nos ha demostrado ya el Sr. Caballero-Infante: mas obsérvese, además de las explicaciones por éste dadas, que si el gran trágico fué el poeta del corazon y de las pasiones tiernas y ardientes, solia carecer de elevacion moral, presentaba á algunos héroes físicamente defectuosos, ó pretendia despertar la compasion del auditorio, á veces, por los dolores de la materia, ántes que por las angustias del alma. Eurípides, diez años anterior á Sócrates, fuese por intuicion propia, ó como partidario de las doctrinas del filósofo Anaxágoras, de quien habia sido discípulo, comenzó á

vislumbrar la unidad del Sér Supremo, á mirar con desden la personificacion de algunos vicios en dioses y diosas, y á no creer en la doctrina del fatalismo, admitiendo en la tierra la libertad humana, la Providencia y la intervencion de la justicia divina, segun aparece con claridad en algunas de sus tragedias, y singularmente en *Las Troyanas*. (1)

Aristófanes condenaba, pues, en Eurípides al que habia rebajado la dignidad trágica y relajado la moral, y al heresiarca que, conculcando la fé en sus cimientos, descaminaba á la muchedumbre, lo mismo que Sócrates, en las creencias religiosas.

Edad aquella, en que florecia el gran cómico, de perturbacion de idéas en religion, en moral, en política, y de reforma social, habia tomado cuerpo la doctrina de la república ideal de Pitágoras modificada despues por la república de Platon. Conforme á ellas, la muger como el hombre podía influir en la gestion de los asuntos de la Pátria y en su destino, debia adoptarse la comunidad de bienes y de mugeres, y la igualdad de derecho á ser consideradas y á dominar en el corazon del hombre lo mismo las féas que las hermosas. Los conatos en los Estados-Unidos para la emanci-

---

(1) «Oh tú, dice Hécuba dirigiéndose al Ser Supremo, que das movimiento á la tierra y que al propio tiempo resides en ella, Júpiter ó cualquiera que tú seas impenetrable á los mortales; ya seas necesidad de la naturaleza ó de la inteligencia de los hombres yo te dirijo mis súplicas porque tú por secretos caminos gobiernas todas las cosas con arreglo á la justicia.»

En esa misma tragedia al defenderse Helena de la infidelidad á su esposo y de su pasion á Páris dice á Hécuba.

«Vénus ejerce completo dominio sobre nuestra voluntad y sobre nuestras pasiones.... ¿Qué sentimiento pudo excitarme á dejar mi Pátria y mi familia para seguir á un extrangero? Júpiter es el soberano de todos los dioses, pero esclavo de Vénus: tengo, pues, derecho á ser tratada con indulgencia.»

Oigamos la contestacion de Hécuba:

«No acuses de locura á los dioses para disculpar tus vicios: mi hijo era de rara belleza, y á su vista se personificó en Vénus tu corazon. Las pasiones impúdicas de los mortales son en efecto la Vénus que ellos adoran.»

pacion de la muger y el comunismo reciente en París, revelan que aquellas insensatas utópias no se han perdido para la civilizacion moderna. Aristófanes las hiere con el arma irresistible del ridículo en su comedia *Las Arengadoras*: supone que las mugeres de Aténas reuniéndose en secreto, se ejercitaban en imitar la vida pública y política de los hombres, y que, introducidas despues con hábito varonil en la Asambléa legislativa, constituyen mayoría y hacen adoptar la constitucion del comunismo. El ensayo de su república, en que las mugeres arengan apasionadamente y representan el papel de personajes políticos, la confusion que se levanta con tales escenas, y aquellas á que dar lugar el comunismo entre hombres y mugeres, en que alguna vieja disputa á las jóvenes la posesion de un airoso mancebo, son de grandísimo valor cómico, y puede asegurarse que de mayor energía para desacreditar y dar muerte á tan absurdo sistema, que las obras sérias de mayor alcance científico.

Vitupérase por algunos críticos á Aristófanes que pintara la pasion amorosa sin el pudor que debe aparecer en ella para no ofender la decencia pública. (1) Quizás los que así juzgan olvidaron que no siendo entónces el amor un sentimiento del espíritu, sino un instinto de los sentidos, no podia comprenderlo de otro modo Aristófanes: ni era posible otra cosa, existiendo entónces ciertas festividades públicas con prácticas contrarias al pudor, y autorizando la religion los sacrificios á Priapo y las orgías obscenas al Dios del vino. Rebajada la muger en su condicion moral, vivia como humilde sierva en el retirado fondo del hogar doméstico, entregada solamente al cuidado de sus

(1) Pueden verse los notables escritos de los Excmos. Sres. D. Leopoldo Augusto de Cueto y D. Francisco de Cárdenas sobre este punto, leido el primero ante la Real Academia Española y el otro ante la de Ciencias Morales y Políticas.

hijos, sin que respeto alguno realzára su santa cualidad de madre. La Hectária ó cortesana, por el contrario, que sólo otorgaba su amor y ofrecía su belleza al que con más ricos dones la pagaba, era considerada de todos y vivia entre los aplausos y lisonjas de la apasionada y bulliciosa juventud, y áun entre los de graves filósofos y magistrados. Más de un pleito vióse en que ante la ley se disputaba por dos rivales la posesion de alguna de estas cortesanas, dándose á veces el escándalo de que el tribunal la adjudicase en comun á los pretendientes. Para ellas, consideracion, riquezas, distinciones: para las esposas, trabajo, humillacion y abandono. El amor casto y puro, en que tanto y áun más que el corazon toma parte el espíritu, que santificó el Cristianismo y convirtió en culto ideal la Caballeria, era desconocido entónces. Aun dado el imposible de que Aristófanes por adivinacion de su raro instinto lo vislumbrase, su pintura en la escena, como cosa extraña á aquellas costumbres y sentimientos, habríase mirado con frialdad y desden.

La comedia de Aristófanes fué política, porque entónces la causa pública era centro de todos los intereses y de todas las aspiraciones del ciudadano: fuera de ella el hombre individual no valía nada; la ley misma obligábale á tomar parte en las deliberaciones legislativas y en el regimiento de la Pátria. Aristófanes, pues, no podia seguir otro rumbo en sus comedias: pero en este punto como en todos los demás que trató con la superioridad de su admirable ingénio, fué trasunto del sentimiento moral y protesta que los buenos ciudadanos hacian desde el fondo de su alma contra la corrupcion y liviandad de aquellas costumbres.

Aristófanes es el custodio de la ley, de las antiguas tradiciones, de la moral, de todo cuanto habia hecho grande, temida y gloriosa á la República Ateniense: en sus comedias es lo que Esquilo y Sófocles en la tragedia: como ellos, pretendía restaurar el vigor perdido de los nobles sentimientos: ámbos, para que los imitasen, los habian presentado, en

edad de ménos corrupcion, en toda su grandeza y atractivos á la consideracion de sus conciudadanos; él, castigando los vicios de su época y las miserias sociales con el poderoso ridículo de una crítica sangrienta.

Los defectos que en este punto se hallan en sus obras, hijos son de la libertad omnímoda concedida por la ley y las costumbres al pensamiento: su insultante desenfado y el no aparecer en sus pinturas el retrato de la humanidad, como lo hicieron despues todos los escritores cómicos, sino el de personas conocidas á quien maltrata con la violencia de sus crueles burlas, es porque así estaba aceptado. Altos personages fueron ántes duramente satirizados por otros poetas cómicos: esto era lo públicamente admitido. Esquínes en la *Oracion de la Corona*, acusa á Demóstenes ante Grecia entera de delitos y de actos vergonzosos, y éste en cambio no sólo le acusa de crímenes, sino que le zahiere tambien, por su oscuro linaje, por la vileza de sus ocupaciones y, por lo que debia serle más doloroso, por la lubricidad y afrentosa vida de su madre. Áun los graves Romanos, entrando en los últimos tiempos de la República en parecidas costumbres políticas, maltrataban como los Griegos á ilustres pesonages en la escena, llegando hasta verse en ella ridiculizado Pompeyo. No, repito; no era este defecto propio de Aristófanes; era de la libertad de entónces, de los mismos viciosos ó criminales que se presentaban á su vista; era de su época que así lo exigía, y en la cual hubieran parecido pálidos los retratos, que del vicio y de las humanas flaquezas hizo despues la poesia cómica huyendo de toda personalidad concreta. Platon, que conocia estas circunstancias, sólo encuentra conceptos para tributar elogios á Aristófanes.

No pudo tener el teatro en Roma la misma originalidad que en Grecia: careciendo aquella de orígenes propios y habiendo aceptado las idéas, sentimientos y cos-

tumbres del ateniense, la comedia, y cuanto pertenecia á la Literatura y á las Artes fué imitacion, con rarísimas excepciones, del espíritu griego. Mas como ningun pueblo ilustrado ha existido sin conocer el retrato de sus semejantes en la escena, y singularmente de la sociedad en que vive, Roma tuvo comedia, aunque por las razones apuntadas, no tan feliz en esto como en otros puntos de su poética inspiracion. Quintiliano, que lo conocia, pudo decir con justicia: *In comœdia maximê claudicamus.*

Plauto, el verdadero génio de la comedia romana, comenzó imitando á los Griegos, y á pesar de que el célebre crítico Laharpe le supone sin variedad en sus asuntos, léjos de eso aparece en ellos con gran novedad y siendo el creador de caractéres, que, como retratos admirables de alguna debilidad humana, han pasado á la posteridad con gran loa, sólo ligeramente retocados algunos por otros felices ingénios.

En su comedia titulada *Cistellana* se presenta á una jóven llena de virtud y de modestia, que salva su pudor áun entregada en manos de un vil traficante de deshonras y halagos mugeriles: en los *Menæchmi,* cuya felicísima invencion y gracia cómica de la fábula imitaron Regnard en Francia y nuestro Moreto en *El Parecido en la Corte,* reune la admirable pintura de la fidelidad de un esclavo: en el *Poenulus* vése á un padre que busca lleno de angustia y amor á su perdido hijo; en *Stichus* á dos honestas mugeres que guardan entre mil peligros fidelidad á sus maridos; en *Rudens* aparece desenvuelta la idea de que el crímen y la virtud están inscritos por Júpiter en registros eternos; en *Amphitryon* situaciones llenas de ingénio, de interés y de maligno donaire; en el *Miles gloriosus,* es decir en el militar fanfarron, el guerrero sin valor y sin hazañas que presenta como realizadas por él las que crea con los recursos de su fantasía. Hubiera de ser larga la lista si hiciese conmemora-

cion de la mayor parte de los asuntos, que, inventados por él han contribuido despues al solaz en el teatro de la civilizacion moderna, en mano de otros poetas cómicos.

Su *Aulularia*, ó sea el hipócrita, basta por sí sola para dar alta estima al poeta que la hubiese ideado. Es la comedia moral de todos los tiempos, porque la avaricia entregada en ella á las iras del ridículo no pertenece á esta ú otra civilizacion: es, por el contrario, un vicio de la humanidad que atormenta á quien desdichadamente le abriga, y siempre le roba el afecto de todos y le convierte en triste objeto de las burlas de la muchedumbre. En la *Aulularia* de Plauto concurren todos los personajes y situaciones á poner en alto relieve este vicio. Euclion, así se llama el avaro, encuentra un tesoro, que guarda con afanoso cuidado noche y dia, que vive miserable, y segun la expresion hiperbólica de Plauto, se colocaba al dormir la mano en la boca para no malgastar la respiracion. Al fin de tantos cuidados desaparece su tesoro y este suceso, poniéndole en consternacion, hácele fijar su sospecha en una esclava, á la que en su furiosa demencia detiene: le dice que le enseñe la mano donde creia que lo ocultaba, y no vé nada, le pide la segunda, y tampoco; y ya fuera de sí, mándale que le muestre la tercera.

Plauto es uno de los poetas, en quien, como en Aristófanes, campéa vivamente la fuerza cómica. Una situacion, una escena, una frase son, á veces, bastante en él para la expresion de un afecto, de un vicio ó de una falta.

Verdad es que suele ser poco urbano; pero la culpa, antes que en él, está en las costumbres de aquella época, que consentían tales desenfrenos en los poetas cómicos. Censúrasele tambien que tomara la mayor parte de sus asuntos no de Roma sino de otros pueblos extraños, especialmente del griego, y no hay causa para ello. La sociedad antigua, con singularidad la romana, política entónces y guerrera y cerrando el hogar doméstico á la muchedumbre, no podia por sí sola dar gran alimento á la fantasía y estudio del poeta

cómico: faltaban en parte á la vida social íntima ese ameno trato, esas fiestas particulares y de familia que entre los modernos son ocasion de amorosas galanterías, de pretensiones, de intrigas y de curiosos contrastes, cuyos cuadros prestan al poeta cómico rico material de caractéres, de aventuras é interesantes situaciones. La censura severa de los Ediles forzábale por lo mismo, para sus fábulas, á recurrir á las cortesanas y á costumbres extrangeras: la severidad romana se habría alarmado al ver en la escena á Cónsules, Magistrados, Senadores y Tribunos, ú otras personas constituidas en dignidad, sirviendo de recréo al público unas veces, y siendo en otras blanco de sus risas y sus burlas. Rara vez, por esta razon, aparece en ellas la matrona, y eso no siendo jamás protagonista de intriga alguna, que no se avenga bien con la gravedad de su condicion.

Sin embargo, cuanto era posible á Plauto, dado el estrecho marco en que debia encerrar sus comedias, está pintado con admirable maestría. Bajo el hábito griego, bajo costumbres griegas y bajo muchos accidentes de los que constituian el carácter del Pueblo Griego, se descubren, usos, sentimientos y debilidades propios de los Romanos. Aun con este inconveniente, que quita gran parte del colorido local á sus comedias, todavia es uno de los escritores cómicos que con mayor fortuna y más rara habilidad ha sabido descubrir los misterios del alma y pintar superiormente sus debilidades, sus virtudes y sus aspiraciones.

Como prueba de la singular admiracion que á la posteridad ha debido, consignarémos un suceso que lo atestigua. En el año de 1844 fué representada en Berlin una de sus Comedias, titulada *Captivi* (Los Cautivos), en su propia lengua, por los estudiantes de la Universidad, delante del Rey, de los Príncipes y de un auditorio compuesto de Hombres de Estado, de literatos y artistas. Las decoraciones presentaban una plaza y una calle de Pompeya: los trajes hechos con exactitud y perfeccion fueron regalados por el Rey; y Odas de Horacio,

tambien en el original latino, puestas en música por el insigne Meyer-Beer, servian para ser cantadas en los entreactos. (1) Considerad, Sres. Académicos, el arrebatador efecto que la comedia produciría en tan cultos é inteligentes espectadores. Representábase á los dos mil años como se habia representado bajo los muros del Capitolio, en la época de Caton el Censor, dando otra vez vida á los personages en su propio hábito y en su propia lengua. Si esta solemnidad fué un altísimo honor consagrado á la memoria del vate latino, ¡qué diremos del preclaro Príncipe que la ideó, dando así generosa muestra en sus solaces del respeto y amor con que miraba su génio!

Continuó la comedia en Roma siendo alimento, retrato y leccion de aquella sociedad, y viósela despues enaltecida, y más culta que en Plauto, en la pluma de Terencio, protegido del gran Scipion. Pero si las costumbres habian perdido su antigua rudeza, la gangrena de la inmoralidad, corroyendo el seno del Pueblo Rey, iba desterrando su aficion á las emociones puras del espíritu, y aficionándolo á las que sólo halagan los sentidos y conmueven la materia. Los juegos del Circo en que luchaban las fieras ó los hombres entre sí hasta la muerte, constituian sus diversiones favoritas. Los ejercicios de un acróbata, de un volatin ó una pantomima, eran más gratos á su ánimo que las apacibles y risueñas lecciones de la Comedia: Terencio tuvo ocasion de asegurarse de ello, aunque con pena, cuando al comenzarse la primera representación de su *Hecyra* se anunció que iba á trabajar un bailarin en la maroma y el público la abandonó por ir á verle: nó más feliz en la segunda solo pudo terminarse el primer acto; al llegar aquí anunciaron la lucha de unos gladiadores, y el teatro quedó desierto, y avergonzado y corrido el pobre autor. Este repetido desaire hácia uno de los más altos poetas cómicos romanos, en la primera repre-

(1) Teatro completo de los Latinos bajo la direccion de M. Nisard.—Pág. III.

sentacion de una obra, cuyo mérito se ignoraba, y cuando mayor curiosidad podía despertar en el público, revela el triste estado en que se hallaban en aquella sazon los sentimientos morales.

Cuando estos no se han pervertido, la delicada é ingeniosa censura del hombre vicioso, débil ó á quien alguna ridícula vanidad domina, cautiva, divierte y enseña á los circunstantes, que, extasiados, aplauden el donaire y agudezas del autor: mas cuando la fé ha huido y la reemplaza el descreimiento, y los placeres groseros que embotan y áun extinguen los nobles del espíritu son los anhelados del público, ni las lecciones del poeta, ni el interés y artificio de la accion, ni la bella pintura de los personages divierten ni enseñan. Conviértese entonces el vate en censor incómodo del público, porque la sociedad sólo busca el espectáculo licencioso de los sentidos.

La Comedia moral, pues, murió en Roma huyendo como espantada de tan cenagosas costumbres, y dando lugar á la abominable caricatura dal sér humano en representaciones torpes y escandalosas.

Cayó aquella sociedad, hundióse bajo el peso de sus vicios y delitos, y ostentóse sobre sus escombros la sociedad cristiana que proclamó la virtud y los nobles sentimientos: y como la Fé era el principal de todos, la Comedia renació al principio en los templos y fué meramente religiosa: lo mismo en ellos que en los cláustros, encargábanse de su ejecucion las personas que à la Iglesia pertenecían. Creció entre nosotros con mayores brios que en ningun otro pueblo, siendo tan original como la griega, y llegó á cultura tal en sus formas y afectos, y á tan poderosa inventiva en sus asuntos, que ni entónces ni despues ha existido nacion alguna que la supere ni iguale en el copioso número de sus obras.

Veamos el drama vaciado en el molde del elevado carácter español: la Religion, base del mundo moral y móvil

generoso de nobilísimas acciones, era el sentimiento más profundamente arraigado en el corazon de la sociedad española; y el drama sacro, en la pluma de Lope, de Calderon, de Tirso y de Moreto, con especialidad en los primeros, fué manantial inagotable de altas y sorprendentes situaciones y de maravillas literarias. Como la Fé tenia su culto, ostentábalo tambien el honor en algunos dramas, rayando á veces en fanatismo, y apareciendo fuera de las proporciones que marca la razon á la prudencia. Sin embargo, siempre es grande, áun en esos extravíos del alma, porque brota de encumbrados sentimientos; y aunque desearíamos que en *Garcia del Castañar* y en ***A secreto agravio secreta venganza***, no fuesen los mismos interesados sangrientos ejecutores del desagravio de su ofensa, áun en estos instantes que aterran el espíritu, si no disculpamos la accion, es tan maravilloso el efecto, que no podemos dejar de admirar el móvil que la dicta.

No menos grande aparece el sentimiento de la justicia. La lucha en la Edad Media de los Ricos Hombres contra la Potestad Real, habia terminado con el triunfo de esta, y desde entónces fué considerado el Monarca como única fuente de todo poder y de toda justicia. Realzar esta idéa, extenderla para que todos la comprendiesen y le tributasen culto en época en que solo se creia en un solo Dios y en una sola autoridad en la tierra, fué el objeto de ***El mejor Alcalde el Rey***, de ***El Infanzon de Illescas*** y de ***El Rico-Hombre de Alcalá***. En ***La Estrella de Sevilla*** parece canonizado este principio, sin duda con exageracion, en la persona de ***Sancho Ortiz de las Roelas***.

Pero vengamos á la comedia: el amor, pasion trágica, cómica y áun risible, segun las situaciones en que aparece y las personas que la abrigan, idealizado por el antiguo espíritu religioso y caballeresco, convirtióse en manantial de asuntos, ora trágicos, ora galantes, ora delicados ó ridículos. La sociedad de principios del siglo XVII suceso-

ra de la que en el xv ejercitábase en tornéos, en fiestas de ingenio, y soñaba en fantásticas aventuras, sin perder la espiritualidad de aquella, ni sus aficiones á lo ideal y poético, habia adquirido en sus conquistas y viages un caudal de grandeza en sus instintos, de experiencia y de cultura, ántes desconocidos. Demás de esto, damas y galanes alimentándose de los sentimientos espirituales é hidalgos que la fé, el culto al amor y al honor y la inclinacion á lo novelesco les infundian, ministraron deliciosa y vária materia al poeta cómico para sus creaciones. Vióse entonces en ellas el sacrificio del amor propio por un desinteresado amor en *La Esclava de su Galan*; el desden y altivez de la hermosa vencido por un simulado desden; en la comedia del mismo nombre: la falacia de lo que se promete, en *Palabras y Plumas* y en *La Prueba de las Promesas*; los peligros de la curiosidad mugeril, en *Si no vieran las Mugeres*; la dificultad de guardar á una muger si ella no se guarda, en *El Mayor Imposible*; la recompensa del que defiende la honra de esta, en *El Premio del bien hablar*; las angustias del avaro, en *El Castigo de la Miseria*; la ridícula presuncion del petimetre, en *El lindo D. Diego*, y el vergonzoso descrédito del embustero en *La Verdad sospechosa*. El amor, hijo del capricho, de la vanidad ó de románticas y bizarras idéas; aquellas tapadas en el prado, aquellos galanes pundonorosos y valientes, aquellos que acechan de noche ó escalan balcones, aquellas pudorosas damas, aquellos padres severos en punto á la honra de sus hijas, aquel hervidero de amorosas aventuras, y tanto problema moral resuelto: en todo esto, si alguna vez traslúcese la debilidad humana, nunca aparece la perversion del sentimiento moral: por el contrario, en casi todas estas comedias transpira la encumbrada pasion á lo hidalgo y caballeresco, y viven y palpitan los alientos de aquella galante sociedad, su grave carácter y sus nobilísimas aspiraciones.

Áun Cervántes mismo en algunas de sus comedias ostenta el mismo admirable pincel, anuncio ya del que pintó las inmortales figuras de Sancho y D. Quijote, con aquella profundidad para idear situaciones y con el mismo atractivo y donaire para hacerlas interesantes. Su comedia *El Rufian dichoso*, notable por el cuadro de valentones y gente perdida y de sus costumbres en aquella edad, es muestra feliz del estudio que de tal gente habia hecho en Sevilla. Pero la pintura no queda reducida á tan estrecho marco; aunque en primer término aparecen los personages citados, uno de ellos, Lugo, por las extrañas cualidades de su alto aliento, en que alterna lo maleante con lo virtuoso y sublime, por sus relaciones y rara vida, por su trato con el Inquisidor su amo, por su arrepentimiento y santo fin, lo ensancha y enaltece. Si esta comedia, fuera del primer acto, cuyos primores de ejecucion encantan, no merece grandes elogios en la accion, ni en el modo de desenvolverla, contiene en cambio la estimable cualidad de ser feliz trasunto de las virtudes, de las preocupaciones y de los vicios de una parte del pueblo castellano.

Pero sus entremeses, donde más libremente se desenvuelve su *vis cómica* en la expresion de la clase vulgar y áun ínfima española, son de inestimable precio. Su maravillosa inteligencia no podia vivir sin observar, y la observacion durante sus expediciones por Andalucía y la Mancha, dióle para ellos, riquísimo caudal de retratos, de situaciones morales ó desenfadas, ó malignas, en que se vé alentar y vivir con el colorido de la verdad aquella parte del vulgo, objeto de sus pinturas. Anúncianse en muchas la moralidad y donoso pincel de las Novelas ejemplares, y en algunas hay rasgos del gracejo y profundidad que despues habian de enriquecer con más altas perfecciones la inmortal obra del Hidalgo manchego. El teatro español, en suma, es el complemento de nuestra historia: á donde ella no alcanza penetra la luz dramática con ver-

dad y con más variado y brillante colorido.

España entónces, objeto de envidia para otros pueblos, si fué mirada por ellos con enojo por las humillaciones que les producian sus gloriosos triunfos, y por otros con celos porque éranle inferiores en sabiduría y númen, su conciencia, á pesar suyo, publicaba su mérito. No otra cosa muestra el anhelo de imitar á nuestros sábios y poetas, con especialidad á los dramáticos.

El pueblo francés, sensible á lo bello, mezcla feliz en su conjunto, de sentimiento, de fantasía y de razon, ofrecia al poeta cómico en sus variadas costumbres, en la vivacidad de su comprension y en los caprichos de su espíritu, personages, escenas é interesantes asuntos. Moliére, estudiando atentamente á los Latinos, á los Italianos y los Españoles, halló en ellos gran mina de ejemplos para conducir la intriga de sus fábulas, para la creacion de caractéres y para dar colorido y gracia á las situaciones. Dotado de perspicaz ingénio, de profunda intuicion cómica, de rica imaginacion, de sagacidad y gran donaire, reunia cuanto era menester para atacar con la maligna flecha del ridículo, los vicios, las extravagancias, el egoismo, la avaricia, la presuncion, la hipocresía, el falso honor, y casi todas las flaquezas del espíritu y del corazon, que, traducidas en hechos producen el ridículo, y muchas veces ludibrios y desdichas en quien las alimenta.

En la pintura de caractéres es inimitable: testimonio de ello su comedia titulada *El Hipócrita*. Cuanto más se estudia el personage del protagonista, se advierte en Moliére el dón de penetrar con sábia filosofía en los secretos del corazon humano, y la facilidad y gracia de la expresion. Propónese el hipócrita con su fingida virtud no solo dominar en la casa de su bienhechor y hacerse dueño de sus bienes, en cuanto le era posible, pero tambien abriga el infame intento de seducir á su esposa. Cuando requerida ésta de amor por él, échale en rostro su proceder indigno, tan contrario á las

apariencias de su virtud, contéstale en el admirable rasgo siguiente: «Ah, por ser devoto no dejo de ser hombre; y cuando contemplo vuestros celestiales atractivos, mi corazon no raciocina y se deja seducir.» (1) Luego que se vé acusado ante su bienhechor, se humilla y fíngese lleno de humildad, haciendo con su tono resignado aparecer verdadera la mentira y confundir á su acusador. Descubierta su maldad, desata su cólera contra el hombre bondadoso á quien tanto debia; procura su perdicion, y cuando llega á su misma casa para prenderle y este le echa en rostro sus maldades, ahoga en el pecho su soberbia, y en un rasgo de refinada hipocresía, vuelve al tono manso y de resignado sufrimiento. Pincelada magnífica, con la cual termina la admirable pintura de de tan odioso carácter.

La moralidad del cuadro no es ménos digna de estimacion. Al redomado hipócrita opone un matrimonio honrado, crédulo y entusiasta de su devocion: de otro lado aparece un jóven impetuoso qne detesta la hipocresía, una criada diestra, que dice cuanto siente, y un hombre sábio y una muger virtuosa que contribuyen á desenmascarar al hipócrita. Moliére tuvo la singular penetracion de revestir con el risueño manto del ridículo un defecto de funestas consecuencias sociales, que otro hubiera presentado sériamente con ménos éxito en el drama. El ódio que desde la representacion de esta comedia mostraron los hipócritas de París á Moliére, por haberlos entregado en ella á las burlas del público, revela su envidiable triunfo.

Sin embargo, su anhelado moralizador suele llevarle á concentrar por extremo los rasgos más interesantes de su vena cómica en el carácter principal, para que la leccion resulte más provechosa. Algunas veces, exagerando esta idéa

(1) Ah! pour étre dévot, je n'en suis pas moins homme:
Et lorsqu'on vient á voir vos célestes appâs,
Mon coeur se laisse prendre, et ne raisonne pas.

y creyendo que la risa de los espectadores es el mayor castigo del vicio ó flaqueza que se propone destruir, saca fuera de toda verosimilitud escenas y caractéres. Cierto es que hacen reir, pero la risa no es siempre garantía segura del mérito de una obra. Puede el hombre sensato reirse de rasgos y acciones donde el ridículo llega á su mayor grado; pero cuando se camina contra la naturaleza y la verdad, entónces la risa no significa aprobacion, y ménos el aplauso de las situaciones ó personages que la excitan.

Moratin, inferior en génio é inventiva á Moliére, pero de igual profundidad y de mayor juicio y gusto, no cayó nunca en tales defectos. Sus personages ridículos no llevan en sí la exageracion de la falsedad, y cuanto en ellos se mira puede encontrarse en la naturaleza. En el pedantismo de D. Hermógenes vénse concentradas la vanidad literaria y al par la ignorancia de todas las edades; en la Doña Irene de *El Sí de las Niñas*, el charlatanismo, la inconveniencia y falta de juicio de la vieja impertinente; en D. Roque las angustias del viejo ridículo que casado con una niña, en lugar de atraerse su amor halagándola por el cariño y la tolerancia, la aprisiona y mortifica cada instante con sus desconfianzas y celos; en Muñoz criado de D. Roque, al viejo malicioso, regañon é interesado. Si estos personages solo tuvieron realidad en la mente de Moratin, son retratos admirables de caractéres que existirán mientras dure el sér humano. La risa, por tanto, que producen es sinónima de aprobacion y aplauso.

El defecto de Moliére de llevar sus personages ridículos hasta la caricatura, fuera de toda verosimilitud, debiólo quizás, tanto como á la viveza de su cómico ingénio á la imitacion de los Italianos, inclinados á la pintura de retratos bufonescos, y al deséo de hacer reir á un pùblico ligero que gozaba en chistes y burlas, algunas veces de no buena ley.

Los Españoles en sus personages ridículos no traspasaron los límites que á esta clase de creaciones señala la estética. Moreto, que, antes que Cañizares, los puso en escena en algunas de sus comedias, ni los desencaja nunca en su idealismo, ni los coloca en contradiccion con la naturaleza. Debió conocer, que así como en las lecciones de las ciencias el error solo sirve para pervertir el entendimiento, en la comedia quita todo mérito á sus lecciones la falsedad de los caractéres.

Ajustado á esta teoría presenta en su comedia titulada *El lindo D. Diego,* al jóven presumido y fátuo que con su belleza física y su esmerado vestido, hasta la caricatura, cree rendir el corazon de cuantas mugeres le miran. En él créa un tipo que en sus circunstancias es de no ménos valor que el de Diana en *El desden con el desden,* y que *El Hipócrita* y *El Misántropo* de Molière. D. Diego, este es el nombre del presumido, và á Madrid á casarse con una prima suya, acompañado de un caballero, llamado D. Juan, que lleva igual propósito respecto á otra hermana de la misma, tambien su prima. Llegan á Madrid y los dos se preparan para acudir inmediatamente á casa del tio á ver á sus futuras esposas. D. Juan vístese pronto; D. Diego se eterniza en esta operacion, y cansado aquel de esperar dícele:

D. MENDO. D. Diego, tanto primor
Es ya estilo impertinente;
Si todo el dia se aséa
Vuestra prolija porfía,
¿Cómo os puede quedar dia
Para que la gente os véa!
D. DIEGO. D. Mendo, vos sois extraño;
Yo rindo con salir bien
Más que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
Os véis como yo me véo,
No os tardéis en vuestro aséo

Porque es tiempo malgastado.
Mas si véis la perfeccion
Que Dios me dió sin tramoya
¿Queréis que trate esta joya
Con ménos estimacion?
¿Véis este cuidado vos?
Pues es virtud más que aséo
Porque siempre que me veo
Me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
Tan bien labrado y pulido,
Mil veces he presumido
Que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella
Que rinde el que más regala,
La arrastro yo con mi gala;
Pues dejadme cuidar de ella.
Y vos, que váis á otros fines,
Vestios de prisa; yo no,
Que no me he de vestir yo
Como frailes à maitines.

Este es el verdadero retrato: no la exageracion ni la caricatura: con él se rie y se aplaude porque es perfectísimo símbolo de tantos otros jóvenes que en todas épocas, si no dicen las palabras de D. Diego las piensan, y creen en lo mismo que él creia. No hay aquí el deseo de buscar una forzada risa por medio de la exageracion, no acontece lo que en la excelente comedia de *El Avaro* de Moliére, en que cuando á Harpagon le roban su tesoro, en su angustia y aturdimiento cójese su propio brazo juzgando que cojia el del ladron: tampoco hay falsedad en el *Castigo de la Miseria* de nuestro D. Juan la Hoz, cuyo protagonista inventó aguar el agua: echando á un cántaro de la que era dulce y pura otro de la salobre que nada le costaba, dá en este rasgo una muestra feliz de su avaricia: mas Plauto, suponiendo que el Avaro guardaba las raspaduras de sus uñas, solo presenta la exageracion: ¿para qué fin útil podia esto ser-

virle? en el avaro del poeta cómico español vése claramente la utilidad de su accion: la verdad de su pintura es clara y altamente filosófica.

Voy á terminar mi mal trazado discurso: mortifícame ya el temor de causaros molestia: sólo diré ántes, que de la rápida ojeada dirigida por el campo de la comedia, resulta, como apunté al principio, que mientras la sociedad no se extrema en la corrupcion, es aquella apacible santuario del sentimiento moral, y por lo mismo recréo y leccion que busca la naturaleza humana en sus ingénitos instintos. No hay sociedad por grande que aparezca en sus perfecciones, en cuyas venas no circulen el vicio ó debilidades del corazon ó los bizarros caprichos de la fantasía. Poner coto á estas faltas por el dulce retrato de las virtudes ó por el risueño y burlon de las extravagancias y miserias del sér humano es la providencial y nobilísima mision de la comedia. Mas para ello forzoso es que la perversion no se halle enseñoreada por completo de la universalidad de los corazones: cuando estos se encuentran en ese estado, léjos de servirles la comedia de enseñanza, es censora molesta de la cual huyen para buscar otros goces análogos á su descreimiento y á la sensualidad que los domina.

¿Habrémos llegado los Españoles á ese grado de depravacion? No hace muchos años que se miraban todavía con placer las escenas y personages de *El Hombre de Mundo*, de *Los lazos de la familia*, de *El tejado de vidrio*, de *La cruz del matrimonio*, de *Lo positivo* y de *La escala de la vida.* Todas han desaparecido para dar lugar á las representaciones escénicas de los Bufos, tan obscenas como por demás escasas de ingénio. ¿Pasarán estas á modo de las llamadas del género andaluz, no tan perniciosas, aunque de la misma grosera urdimbre? Aquellas constituyeron una moda literaria sostenida algun tiempo por los aficionados á recrearse en el espectáculo de escenas y tipos andaluces: mas exageradas en los retratos y corruptoras de la magnífica lengua de Cer-

vántes, si bien tenian la cualidad de responder á sentimientos y costumbres de alguna parte de nuestra sociedad, su moral, por extremo laxa, y su fealdad estética, fueron razon bastante de su desprecio y olvido. ¿Sucederá, repito, lo propio con los dramas bufonescos? Nada en ellos contribuye á enaltecer y dar ensanche á los sentimientos del alma; el recréo de los sentidos y los torpes estímulos de la materia es lo que parece vislumbrarse en la intencion de sus autores: nada ingenioso, nada que encumbre alguna virtud, nada que recrée el ánimo con la pintura de su grandeza ó de sus sacrificios encuéntrase en ellos. ¿Revestiráse el público algun dia de la severidad de censor justo para huir de su licenciosa procacidad, ó entregarlos al desden y áun á la indignacion de la gente honrada? Progresos que espantan ha hecho en poco tiempo la inmoralidad en las costumbres: solo así pudiera explicarse el favor que esas perniciosas farsas van ganando en el ánimo de los espectadores. Empero el escritor dramático de recto juicio que puede contribuir con su talento á levantar la dignidad humana, harto decaida en ellas, incurre en responsabilidad ante el cielo y los hombres por no oponerse con el vivo y seductor ejemplo de sus morales creaciones, al torrente de la corrupcion que en aquellas alienta. Todavia puede con la pintura del virtuoso y resignado infortunio hacernos derramar dulces lágrimas: con la de la virtud acrisolada despertar y enaltecer la nuestra, y con la de los vicios y debilidades humanas, corregir y recrear nuestro espíritu, apartándolo de todo cuanto le mancilla ó empequeñece.

No hemos tocado, por dicha, en la vil y espantosa degradacion de las costumbres, á que llegó el Bajo Imperio Romano: por lo mismo es más vergonzoso el silencio de los poetas cómicos de moralidad y talento ante la gárrula vocinglera de los que sin inspiracion ni conciencia, y sin reparar en los tiros con que hieren la moral y la pureza de las costumbres, se lanzan ciegos por reprobada senda, á

cambio de algun interés material y de pasageros aplausos. Hacerles enmudecer, desterrar del público sus mal zurcidos enjendros, es deber imperioso en el poeta que estima la virtud y no pone su musa á precio de ningun oro. Nuestra sociedad se desquicia; triste es decirlo, pero no debe ocultarse, que no caben en esto ilusiones ni disimulo. Mucho, sin embargo, puede hacer en su favor la Literatura y muy singularmente la Comedia: todavia no ha muerto en todos los corazones la hidalga inclinacion hácia la dignidad y bondad de nuestro sér, y un generoso impulso puede realzarla y ennoblecerla: todavia venimos á honrar aquí al Príncipe de los Ingénios Españoles, no solo por su altísimo númen, cuanto por haber sido el más famoso pintor de la humanidad en su grandeza, y raro ejemplo de las más esclarecidas virtudes: todavia sentimos palpitar en nuestro pecho el legítimo orgullo de que haya nacido y muerto entre nosotros. ¡Quiera el cielo que jamás se extinga! Si otra cosa aconteciera; si nos olvidáramos de su gloria y de cuanto históricamente nos ensalza, ese dia pudiera decirse que, sordos ya á los gritos de la nobleza y de la virtud, habíamos sido abandonados por la Providencia Divina.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON JUAN BAUTISTA SOLÍS Y FLORES,

EL 16 DE JUNIO DE 1872.

SEÑORES:

Elegido há tiempo por la Academia, no he podido hasta hoy recibir la confirmacion de un nombramiento de que me glorío como de la mayor distincion que pudiera concedérseme por el poder y la voluntad humanos. No soy modesto en este punto, y ostentaré el título de Académico de la Sevillana de Buenas Letras como el más elevado y digno de cuantos pueda poseer, despues de aquel que me señala de una manera indeleble como *ungido* y *ministro del Señor.*

Anhelaba este dia, en que habia de prometer constante amor á las Ciencias bajo la excelsa proteccion de la Madre Inmaculada del Verbo Encarnado, en su tradicional advocacion de Nuestra Señora de la Antigua, y de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, honra y prez de nuestra Religion y de nuestra Pátria, Patronos de nuestra Academia, Patronos nuestros, ante cuyas Imágenes oramos todos sus Indivíduos, al dar principio á nuestras sesiones, como fiel protesta de una firme adhesion á la Fé Católica, única base de todo progreso científico.

Deseaba ocupar vuestra atencion con un asunto que conviniera á la necesidad de nuestra época, y al estado actual de nuestra sociedad, resolviendo la crísis porque atravesamos, con el único criterio que puede resolverse, con Jesucristo y con el Evangelio, perpetuado y sostenido en la Iglesia Católica, *columna y firmamento de verdad*, segun S. Pablo, y única protectora de las Buenas Letras como de las buenas costumbres, de las buenas leyes y de la buena sociedad.

Y como es conocido y reconocido por todos el ódio impaciente del nuevo racionalismo contra la verdad católica, y el grito deicida que se deja oir en todos los ámbitos del mundo desde el Norte al Mediodía, desde el Oriente al Ocaso, esforzándose en despedir á Jesucristo y su Iglesia de la ciencia y de la sociedad, justo es que los amantes de las Buenas Letras, de la pura filosofía, de los progresos de la ciencia, busquen la verdad por la ciencia misma, ilustrada y confirmada por la historia de los siglos y las generaciones.

Es indudable que existen dos sociedades perfectamente distintas en el seno de la generacion actual: la una que pide á Jesucristo, como *vida, verdad* y *camino*, como principio único de progreso y civilizacion, como Salvador del Mundo, como luz de la ciencia y guia divino de la humanidad. La otra, que le injuria, le calumnia, le llama infame, y no puede escuchar su nombre sin dar un grito deicida contra el Justo: que pretende arrojarle ignominiosamente de nuestras Academias, de nuestros Gobiernos, de nuestros hogares y de nuestro pensamiento; que señala su Religion como fanática y sangrienta, y que forma principal empeño en desprestigiar su doctrina como retrógrada y obscura, enemiga de la razon, de la ciencia y de la humanidad: Quitadlo; dicen, no habléis mas de Él, la ciencia lo ha conocido y ha pronunciado su última palabra, el hombre no puede ser feliz, la sociedad no puede salvarse hasta que desaparezca el nombre de Jesus.

Ved aquí, Señores, cuál es el estado de las idéas en el

mundo actual. ¿De parte de quién están la ciencia y la sabiduría? ¿En qué platillo de la balanza debemos colocar el peso de nuestra accion? ¿El mundo debe caminar con Jesucristo ó rechazarlo? ¿La sociedad debe algo á ese Hombre-Dios, causa de adoracion para unos y de desprecio y ódio para los otros? ¿Cuál es, en fin, la explicacion de este enigma?

Mis esfuerzos se dirigen á señalar, siquiera sea rápidamente, los bienes que Jesucristo ha dispensado á la sociedad y la influencia de su doctrina en la familia: pensamiento que debo desarrollar en este discurso, para que si la ofuscacion de los unos, ó la ciega pasion de los otros presentan la doctrina de Jesucristo como corrosiva é impotente, como gastada ó retrógrada, sepan al ménos que ni son justos ni veraces, ni agradecidos ni sábios.

Ved aquí, Señores Académicos, lo que me prometo explanar ligeramente sin ofender los derechos de la razon, que soy el primero en proclamar.

La familia es la primera de todas las sociedades, y el mismo Criador la estableció en el orígen del mundo haciendo descender sobre la frente de los primeros esposos la primera bendicion que vino sobre la tierra. *Benedixitque illis Deus, et ait: Crescite, et multiplicamini, et replete terram.* (1)

En los primeros vajidos de la infancia el hombre rodó desde su estado de gracia y justicia original, punto culminante de una elevacion semi-divina á la muerte y degradacion de una profundidad semi-satánica; y se rompió, por una soberbia libremente criminal, la sociedad religiosa que unía al hombre con Dios; despues el diluvio, sumergió en sus furiosas ondas á la sociedad política y sobre las ruinas de estas dos sociedades, solo quedó flotando y encerrada en un arca la sociedad doméstica, que Dios conservó con especial providencia para que ella fuera el manantial fecundo de donde

(1) Gén. 1.º 28.

habian de brotar los rios de las generaciones. Dios por lo tanto cuidó con infinita sabiduría de la conservacion de la familia, y por esto el que amenaza á la familia con la disolucion, contradice la obra de Dios y se hace reo de una estúpida impiedad, y el que estreche los lazos de ella responde á la obra más hermosa de la creacion.

Algunos filósofos, y entre ellos los racionalistas más exagerados, se empeñan en engrandecer la sociedad descomponiendo la familia cristiana, y todo hombre observador y atento á los infortunios de nuestra época, lamenta y se estremece de esos aullidos terribles que se oyen por todas partes contra la santidad é indisolubilidad del matrimonio, proclamando como adelanto y progreso, el divorcio de los padres, la independencia y libre inclinacion del hijo, la anarquía, la depravacion y la inmoralidad dentro del hogar doméstico. En su empeño de reformarlo todo, de renovar y fundar una nueva sociedad que nada deba á Dios *y sus Cristos*: en su esmerado orgullo por saberlo todo, en su envidioso empeño de llamar á Jesucristo ignorante, retrógrado é impotente, han tomado una nueva senda, han marcado un nuevo camino y han dicho á la familia: tu lazo es un yugo; tus hijos una pesada carga; tu esposa un mueble útil sólo á tus caprichos: déjalo todo cuando nada necesites, y marcha con nosotros por el nuevo camino de la independencia absoluta.

Así, persiguiendo á la moral divina hasta en su última trinchera, han querido levantar un mundo, ó mejor dicho, una sociedad de séres sensuales y asquerosos, socavando el cimiento y la base de la sociedad y envenenando lo más sagrado del hombre; *el hogar doméstico*. Para ello han negado la importancia del Sacramento divino, han manchado la bendicion de Dios sobre los esposos, han reducido el matrimonio á la condicion de compra y venta, y han asegurado que la union formada por la inclinacion animal es más estimable y digna, que la pura y santa indisolubilidad de la Iglesia de Jesucristo. Unos afirman con Platon que las mu-

geres deben ser comunes, otros creen que la poligamia es una cuestion de cálculo para el hombre que ha de mantenerlas. Así han llevado la anarquía al hogar doméstico, único asilo del hombre perseguido por la contradiccion y el infortunio, única guarida del corazon afligido, único encanto del amor paternal y filial.

Despues de ésto, podemos estrechar un poco la fuerza de los argumentos, preguntando al racionalismo: ¿Qué habeis hecho para engrandecer la familia? Ya lo veis, ante todo borrar de la frente de los esposos el sello sacramental de la bendicion de Dios, limitar el acto más solemne de la vida á la condicion material de un contrato sin religion, y reducir al hombre puro y á la muger vírgen á la índole mezquina de dos animales que podeis llamar de primer órden. ¿Y es ésto engrandecer al hombre, civilizar los pueblos é ilustrar las generaciones?

Sin ser pesimista me atrevería á sostener que esta nueva filosofía, ni tiene nombre ni puede calificarse de tal; porque no hay filosofía posible allí donde se hace retroceder al hombre al estado salvaje de los pueblos más atrasados de la tierra; porque la filosofía no puede conducir á la ignorancia más estúpida y á la más grosera barbarie. Yo, que amo la filosofía y que defiendo sus derechos, yo que me glorío de ser amante de esa luz del entendimiento que llevo sobre mi frente, yo protesto ante vosotros, señores Académicos, más competentes que yo, más ilustrados y más amantes de la verdadera sabiduría; yo protesto, repito, contra los principios racionalistas, y afirmo que en este punto son indignos de llamarse filósofos, por más que se vean sostenidos por hombres como Collins, Bolinbroke, Tindal, Toussaint, Bayle, Voltaire, Rousseau, y algunos otros maestros autorizados del racionalismo copiado al español. Demos ahora la razon de nuestro aserto.

Es indudable que en los pueblos antiguos y modernos la civilizacion se señala por las leyes de la familia, y en nin-

guna otra cosa se distingue más el pueblo sensual del pueblo cristiano, el pueblo civilizado del bárbaro, que en las leyes de domicilio; leyes que podemos asegurar que nadie conoció ántes de Jesucristo, exceptuando al pueblo de Dios, que las obtuvo por inspiracion divina en los libros santos, aunque de una manera oscura por la dureza de los hijos de Israel. ¿Qué prueba tenemos de ello? Señores, la historia, juez supremo y testigo fiel para el racionalismo moderno.

En la misma víspera del dia en que brilló Jesucristo sobre la tierra, el género humano estaba arrastrado por el polvo, esperando para respirar ó morir el mandato de un despóta que tenia un pié sobre su garganta. La familia estaba prostituida, sin otro patrimonio que el sensualismo, la sangre y las lágrimas; la muger de los *Medos* era esclava de su marido; la de los *Persas* se vendia como un vil rebaño; el niño inocente de los *Sirios* era sacrificado bárbaramente por su mismo padre en el horno encendido que llevaba en su pecho el dios Cronos ó Moloch; la ley del emperador Cláudio mandaba á las madres asistir para ver arder á sus propios hijos, tocando tamboriles para ahogar los sollozos de la inocente víctima: la viuda de los *Crestonianos*, los *Catehenses* y los *Tártaros*, era obligada por la ley á morir en la hoguera abrazada al cadáver de su marido para espirar con él; el achacoso anciano de los *Dervises* y los *Caspianos*, era degollado, sepultado en vida ó muerto de hambre por sus propios hijos, cuando lo consideraban inútil á la República; los esclavos enfermos de los *Tracios*, los *Indios* y los *Partos*, eran arrojados á las fieras, si no curaban pronto de sus enfermedades. Dentro de Roma, el padre tenia derecho de vida y muerte sobre sus hijos, llevando una espada á guisa de cetro, autorizado por las leyes (1).

---

(1) Strabon, Libro XI y XV, y Herodoto, Lib. V.

Y hay una ley que dice: «El padre puede matar en el acto «de salir á luz al hijo gravemente deforme», (Tabla IV). Vuestro corazon se estremece aun con el recuerdo del *Velabro*, pantano cenagoso que servia de receptáculo á la inmundicia, cerca *del monte Aventino*, y aquella Columna Lactaria, sitios funestos donde todas las noches se acumulaba un monton de niños recien nacidos, que los padres abandonaban como pesada carga.

No recordaré el destino de estos niños, objeto de infame comercio para hombres que ántes de asomar el dia iban á escoger entre aquellas inocentes víctimas las que convenian á sus culpables designios. No hablarémos de los *proveedores de los lupanares*, de los *lanistas ó tratantes de gladiadores*, ni de los *mágicos* ó *magos*; pero ¿cómo pasar en silencio el *tráfico de los mendigos*?

Entre los raptores de niños expósitos los mendigos expeculaban de una manera horrorosa, valiéndose de los medios más infames y crueles. Basta conocer á fondo las costumbres de aquella época, y el testimonio auténtico de los antiguos filósofos para admitir los hechos que voy á recordar.

Todas las noches acudian al *Velabro* ó á la *Columna Lactaria* cuadrillas de mendigos que se apoderaban del número de niños necesario para sus designios. Llevábanlos á sus sombrias moradas y los criaban hasta la edad de diez y ocho meses ó dos años sin hacerles daño alguno. Entònces los estropeaban y mutilaban para la especulacion á que eran destinados; no puedo resistir á la tentacion de copiar el cuadro que nos ofrece Séneca de tan estupenda degradacion:

«¿Veis, dice (1), á esos ciegos, apoyados en un palo, que «recorren las calles? ¿Veis á ese con los brazos cortados, á

---

(1) Séneca. Controv. Libro V, 33.

«aquel con las piernas fracturadas, y á esos otros, cuyos piés «y piernas están sanos pero unidos á muslos despedazados? «El bárbaro especulador mendigo ha roto al uno los huesos, «y ha amputado al otro el brazo: ha hecho á este impotente, «torcido á aquel el cuerpo, y descoyuntádole los riñones; á «otro más infeliz ha cortado los hombros en muñon gro-«tesco, para excitar la risa con este género de crueldad. «¡Muéstranos, especulador miserable, esa familia trémula y «débil de ciegos, mancos y niños hambrientos y moribun-«dos; muéstranos tus cautivos!

»¡Por Hércules! quiero visitar tu caverna, ese laborato-«rio de todas las dolencias humanas, ese *spoliarum* (1) «de niños. Cada cual tiene asignado como un *arte*, una mu-«tilacion de especie particular. Los miembros de éste son rec-«tos, y segun su natural condicion, debe tener una buena es-«tatura; por esta razon es preciso romperle los huesos para «que cuando sea hombre no pueda sostenerse en pié: le harás «pedazos los piés, las piernas y el espinazo, para obligarle á «que ande á gatas, y romperás á ese otro todos sus miem-«bros; hé aquí un niño cuyo rostro es agradable, será un «hermoso mendigo, pues bien, descoyúntale y desfigura to-«dos sus miembros, ménos el rostro, para que enterneciendo «más vivamente los corazones puedas especular mejor! ¡Men-«digo vil, eres un tirano que solo y sin satélites, traficas á tu «antojo con las dolencias humanas!

»Todas las mañanas y especialmente los dias festi-«vos, *estos padres de familia* de nueva especie, señalan á ca-«da uno el sitio que ha de ocupar, y las casas en donde «ha de ir á mendigar. Muchos amos no sacan tanta utili-«dad de sus esclavos sanos, como estos especuladores de los «pobres estropeados; por la noche cuentan lo que cada cual «ha traido, y si hay alguno que no presente lo que se espe-

(1) *Spoliarum*, era el lugar donde los confeccionadores mataban sus víctimas.

«raba que habia de recoger, exclaman: ¿Por qué traes hoy «tan poco dinero? No habrás suplicado como debes, no has «recogido más abundante limosna por tu haraganería y des«cuido. Vas á ser azotado. ¡Pícaro!, añaden oyendo los gemi«dos y quejas que el dolor arranca á su víctima, si hubieras «suplicado y llorado así, hubieras traido por cierto más di«nero. Voy à matarte, ó te voy á abandonar para darte peor «castigo. ¿Dices que no tienes la culpa? Lo veo, no pareces «aun bastante desgraciado y por esta razon te niegan la li«mosna. Y apoyado en tan horrible conjetura, el mónstruo «manda en seguida que se haga una nueva mutilacion, y que «se desfigure otra vez á su víctima, bajo el modelo del que «ha traido más.»

Esta especulacion, cuya simple relacion arranca amargas lágrimas al Cristiano, las refería Séneca sin invocar ni una sola vez las leyes de la humanidad, ni de la religion para vituperarla; examina simplemente si es dañosa ó no para la República tan espantosa mutilacion. Y es, que los racionalistas podrán alguna vez señalar los males de la sociedad, como hizo Séneca, pero jamás curarlos, por que llevados del principio fundamental de su doctrina, consentirán estos horrores si de ello resulta alguna utilidad al Dios Razon ó al Dios Estado. ¿Qué han de hacer los filósofos por sí solos para impedir estas monstruosidades de la familia? ¿Qué han hecho por estos séres desgraciados? ¿Qué, para civilizar el mundo, para ilustrar las Naciones, para dulcificar las costumbres, para moralizar la familia? Es necesario confesar con vergüenza de las letras y de las ciencias puramente racionalistas y humanas, que ni la Sabiduría de los filósofos, ni las tan ponderadas leyes de Egipto, ni el ingenio y civilizacion de los Griegos, ni la famosa política de los Romanos, pudieron salvar á la familia del degradante y universal contagio que la corroía. La razon habia deificado todas las infamias, la filosofía racionalista las tenia consentidas, autorizadas, y aun aduladas. El Olimpo estaba lleno de dioses infames y crueles: un Júpiter

incestuoso; un Márte sanguinario; un Baco disoluto; una Vénus prostituida; un Moloch antropófago; un templo de Juno, de Adónis, de Príapo y de Cibéles; una Fiesta de Flora; un Circo de gladiadores; ved aquí lo que brotó de la humanidad sin Dios y sin Cristo.

Esta era la familia pagana, la familia del antiguo racionalismo. Y sin embargo, no hubo un solo génio que pudiera salvarla. Ya habian aparecido en el mundo hombres extraordinarios por su talento, su ciencia y sus descubrimientos; ya habian brillado conquistadores, filósofos, lejisladores, poetas y oradores ilustres: ya la Grecia habia tenido un *Homero*, un *Solon*, un *Licurgo*, un *Platon*, un *Temístocles* y un *Demóstenes*; ya la opulenta Roma habia visto á un *Numa*, un *Scipion*, un *Caton*, un *Varron*, un *Ciceron*, y un *Virgilio*. Pero estos génios ilustres no habian dado á los pueblos, ni una moral pura, ni mejor civilizacion, ni reforma alguna saludable; ni era posible. *Platon* dispensaba á la sociedad de todo pudor; *Ciceron* sancionó la venganza; *Aristóteles* justificaba el robo; y el severo Caton se creia feliz en la embriaguez. Hé aquí los grandes hombres del antiguo racionalismo.

No habia recurso: para civilizar el mundo era preciso destruir todo lo antiguo y edificar de nuevo sobre sus ruinas. Era necesario un nuevo cielo y una nueva tierra, una nueva creacion moral obrada por el mismo poder que necesitó la creacion del mundo; y si la creacion del mundo probó la omnipotencia del Padre, la destruccion del Paganismo probó la divina sabiduría del Hijo de Dios hecho Hombre; eran dos creaciones muy semejantes, la *primera* como la *segunda* fueron hechas de la nada con sola la eficacia de la divina palabra. Solo Jesucristo pudo colocarse ante el cadáver de la familia, y decirle: *Levántate y anda*, y el género humano, esto es, la familia sumida y ahogada en sangre y cieno, sacudió el sudario de su ignominia, y marchó libre de su miserable degradacion.

Sólo un Pueblo habia brillado en la civilizacion ante aquellas desgraciadas generaciones, el Pueblo Judío; el pueblo de las promesas, el Pueblo Cristiano por la fé *in Christo venturo.* Este pueblo bajo su aspecto moral, fué el más civilizado de la antigüedad, especialmente por las leyes de la familia: leyes de santidad, de unidad, de indisolubilidad, leyes que son bien conocidas, y que solo tendria que abrir el código divino para encontrarlas.

Entre los hijos de Dios no se encuentra ni un solo ejemplo de poligamia ó divorcio ántes del Diluvio. El mismo Noé, último representante de aquella raza bendita, no llevó al Arca más que una esposa, y en las mismas condiciones entraron sus tres hijos, *Sem, Cham* y *Jaféth.* Si se rompió la unidad, la santidad y la indisolubilidad del Matrimonio fué por los hijos de los hombres, es decir, por los primeros racionalistas que se separaron de la ley de Dios.

Lamech fué el único que ántes de la gran catástrofe que trastornó la superficie de nuestro Globo tomó dos mugeres, y rompió por primera vez la unidad divina de la sociedad doméstica (1). Lamech, á quien los Santos Padres llaman maldito de Dios (2). Las leyes divinas dieron una dignidad y elevacion á la familia primitiva que merecen nuestro estudio y nuestra admiracion.

Aunque el matrimonio no estaba elevado á la dignidad de Sacramento, tampoco se hallaba rebajado á la condicion de puro contrato. Los desposados recibian las oraciones del Gefe de la familia y de los circunstantes, para atraer sobre ellos la bendicion de Dios; así lo vemos en el enlace de Rebeca con Isaac (3), de Ruth con Booz (4), y de Sara con Tobias (5). La autoridad del Padre era inmensa; pero no po-

(1) Gén. 4—19.
(2) S. Hieron. Adv. Jovin. Lib. 6—4.
(3) Gén. 24.—60.
(4) Ruth. 4.—11.
(5) Tob 7.—15.

dia degenerar en tiranía, segun las leyes, pues solo se le permitia dar cuenta al Senado del hijo desobediente, segun el Deuteronomio (1). Aunque las hijas parece podian venderse por los padres, como se dice de Jacob, que compró á Raquel y Lia por veinte años de trabajo, sólo se compraba el servicio de las jóvenes, y nadie podia profanarlas á título de compra, ni dejaban de tener derecho á la herencia de su padre á falta de varon.

¿Y qué hijo se atreverá en la familia de Israel á faltar á su padre? Ved lo que dice el Exodo (2): *Honra á tu padre y á tu madre*; cuyo precepto viene en los capítulos siguientes sancionado por castigos y recompensas temporales. «*El* »*hijo*, dice, *que se atreva á maldecir á su Padre será cas*»*tigado con la muerte, y con mayor razon el hijo que levante* »*su mano sacrílega contra el autor de sus dias. La bendi*»*cion del Padre fortifica la casa, la maldicion de las ma*»*dres la destruye desde su nacimiento. El que abandona á* »*sus Padres es un infame, el que irrita á su Madre, maldito* »*de Dios.*» Así se fortificaban los sentimientos de respeto y de piedad filial.

Era tanto el esmero de la madre para con el hijo que desde la cuna formaba su principal cuidado, y sólo se habla en la Escritura de tres nodrizas, la de Rebeca (3), la de Mifiboset (4) y la de Joas, rey de Judá (5).

Pero fijémonos principalmente en el Matrimonio. El Pueblo Judío permaneció grande y civilizado mientras conservó las tradiciones divinas de la indisolubilidad, santidad y unidad del matrimonio, pero en el momento en que entraron en él el divorcio, el adulterio y la poligamia, se de-

(1) Cap. 21.—18 y sig.
(2) 20.—12.
(3) Gén. 24.—59.
(4) II Reg. 4.—4.
(5) Reg. 11.—2.

gradó, y perdió su brillo. Esta decadencia principió en el cautiverio de Babilonia, y durante su permanencia entre los hijos de Asuero, el pueblo más depravado de Oriente. Entre ellos, aprendieron los hijos de Dios á pisotear las leyes más santas del matrimonio, repudiando á sus propias mujeres para tomar las extrangeras, hundiéndose en el cieno del sensualismo y degradándose vilmente para no levantarse jamás.

El mismo Josefo, esa gran figura que descuella entre los historiadores judíos, tiene la desgracia de revelar con la mayor indiferencia que habia repudiado á su mujer porque no le gustaban sus maneras, á pesar de tener tres hijos de ella (1).

¿Qué resultó de esta facilidad en romper lo que Dios unió? Que la mujer se prostituyó y se dedicó con más furor que el hombre á corromper las costumbres públicas y privadas. Los tronos se convirtieron. en inmundos lupanares, y *Salomé, Herodiades* la hija de *Aristóbulo, Berenice, Mariana, Drucilla* y otras princesas repudiaron á sus maridos con un cinismo imponderable, que despues se constituyó en ley de costumbres públicas.

Yo, Señores, admiro la frialdad con que Josefo refiere estos hechos. Tan corrompida estaba aquella generacion que los reformadores eran los primeros que autorizaban con su ejemplo el adulterio y el libertinaje. El divorcio de *Augusto* con *Escribonia*, las infamias de su esposa *Livia*, y los adulterios de su hija *Julia*, formaban la vida privada de *Octavio* y de la familia imperial cuya prostitucion escandalizó al pueblo romano. Para completar este horroroso cuadro su hija Julia tenia por insolente jactancia el ser adúltera y prostituida: esta tendencia sensual y grosera se revela perfectamente en las leyes *Julia* y *Papia Poppéa*. En ellas se premia la prostitucion, se castiga la esterilidad, se hace lícito

(1) Hist. Joséph. Vit. tít. 2.—Pág. 39.—Edic. de Havercamp.

y obligatorio el concubinato, se crea el amancebamiento, se quita toda nota de infamia á los hijos habidos en tan degradante enlace, se rompe la indisolubilidad; se prescribe el divorcio; erígese al marido en déspota hasta mas allá del sepulcro, prohibiendo á la viuda segundas nupcias, y haciéndola incapaz de disponer de sus bienes *mancipi* (1), y por último, declarándola por la ley *Voconia* inhábil para heredar por testamento, ni aun de su padre. En cuanto á los hijos, Augusto permitió su exposicion, su venta y aùn darles muerte.

Hé aquí, Señores, la familia del racionalismo, hé aquí la familia dirigida por el solo poder civil y político de hombres materialistas y sensuales, hé aquí, en fin, el cuadro de la familia que no lleva en su frente el sello sagrado del Sacramento divino.

Pero ya es tiempo de llegar á la familia regenerada por Jesucristo; contemplémosla, bendecida y elevada por el Sacramento, y veamos lo que debe al Catolicismo.

El Hijo de Dios, cuando llegó el momento de manifestarse al mundo, sube á la cima de una montaña; están á su lado sus discípulos y más distante una multitud inmensa, primicias de todas las Naciones llamadas al Evanjelio. Las primeras palabras que salen de su boca son un golpe terrible que destroza la doble base del mundo pagano, el despotismo y el sensualismo. Ocho veces seguidas llama *bienaventurados* á los débiles y á los oprimidos, y despues los rodéa con su poderosa proteccion. «*El que diga injuria á su hermano merece castigo eterno.*» Y más adelante: «*Haced á los demas sin distincion de débiles, pobres, ricos, extranje-*

---

(1) Llamaban los Romanos *Res Mancipi* á los bienes que solo se podian adquirir siendo Ciudadano Romano, cuya enagenacion estaba sometida á solemnidades públicas y religiosas. Dichos bienes *mancipi* eran: 1.° Los fondos de tierra y sus accesorios, como las casas rústicas y urbanas; 2.° Los Esclavos; 3.° Los Animales domésticos.

ros, mujeres ó niños, lo que quisiérais que os hicieran á vosotros mismos.» Despues lo sanciona diciendo: «*Todo lo que hagais por el más inferior de los hombres, que son mis hermanos, lo hareis por mí.*»

Persigue el despotismo hasta en su última trinchera y manda: «*rogad por los enemigos, amadlos y hacedles bien, para que seais*, dice, *dignos hijos de vuestro Padre Celestial, que lo mismo hace salir el Sol para los buenos que para los malos; sed pues perfectos como vuestro Padre Celestial* (1).»

No basta al Divino Legislador haber hecho al Sér débil sagrado é inviolable, sino que más léjos, y dirijiéndose á los Tronos derroca el poder despótico de las naciones paganas.

«*Los Príncipes de las gentes avasallan á sus pueblos y los que son mayores ejercen potestad sobre ellos: No será así entre vosotros: mas entre vosotros todo el que quiera ser mayor será vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser primero será vuestro siervo* (2).» Por esta razon, ¡oh profunda filosofía! el poder es llamado *cargo*, en el lenguaje cristiano. Y para consagrar eternamente estos preceptos tan nuevos y tan costosos para el orgullo humano, Él mismo les presta la autoridad de su propio ejemplo. «*El Hijo del Hombre*, dice, *no ha venido para que le sirvan, sino para servir, y sacrificar su alma por la redencion de la muchedumbre. Os doy ejemplo para que hagais lo que hago. Depositarios de mi autoridad, aprended de mí, que el único uso que de ella podeis hacer es sacrificaros por vuestros inferiores hasta derramar sangre, si preciso fuese.*» ¿Cómo puede haber despotismo en la sociedad ni en la familia, despues que un Dios lo ha proscrito con su ejemplo y con sus leyes?

Establecidos estos grandes principios de rehabilitacion general, vuélvese Jesús á la familia para restablecer en ella

(1) Math.—5—44 45.
(2) Math.—20, v. 25 y 26.

sus caractéres primitivos de santidad, unidad é indisolubilidad, y desmoronando el Divino Señor todos los apoyos del despotismo Judáico y Pagano, se expresa de este modo: «*Está dicho, el que despide á su mujer debe darla carta de repudio: y yo os digo: el que despidiere á su esposa, exceptuando la causa de fornicacion la hace adúltera, y el que se case con ella es un adúltero* (1).»

Hé aquí restablecida la indisolubilidad *quoad vinculum*, proscripto el divorcio y asegurado el hogar doméstico. Los celosos defensores de la ley de Moisés piden á Jesucristo esplicaciones, y el Salvador aprovechando estas preguntas les dice: *¿No habeis leido que el que creó en el principio al hombre, creó un hombre y una mujer, y les dijo; por ella abandonará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su esposa y serán dos en una carne? En virtud de esta union no son dos, sino una sola carne, y el hombre no puede desunir lo que Dios ha unido.* Y ellos dijeron: *¿Pues por què Moisés ha mandado que se le dé carta de repudio?* Y Jesús respondió: *Moisés os permitió que repudiárais á vuestras esposas por la dureza de vuestro corazon, pero no fué así en un principio* (2).

Así quedó curada la segunda llaga de la familia, la poligamia. ¿Quién podrá repudiar á su mujer sin nota de pecado? ¿Quién podrá desunir lo que Dios ha unido? Forzosamente debia ser Dios el que atacaba tan de frente y sin embozo, el mal más inveterado y universal de la raza humana, apesar de los rugidos sensuales de aquellas pasiones desencadenadas. Tanto es así, que los mismos discípulos al observar las severas prescripciones de su maestro le dijeron: «*Si tal es la condicion del hombre con su mujer, no conviene casarse* (3).» Y Jesús le contestó: «*No todos son capa-*

(1) Math. 5—31 y 32.
(2) Math. 19 v. 4 al 8.
(3) Math. 19—10.

ces de ésto, sino aquellos á quienes es dado: El que sea capaz séalo (1).»

Santificó, es verdad, el celibato y la virginidad como más perfectos, pero anteponiéndose á los que interpretáran esta doctrina como una condenacion del matrimonio, quiso santificar personalmente la augusta alianza del hombre y la muger. Su primer paso en la vida pública, fué presentarse en la boda de Caná; allí hace su primer milagro, y elevando la union conyugal santificó el matrimonio, haciéndole representar la union mística de Jesucristo y su Iglesia.

Esta constitucion Evangélica, origina un órden de relaciones nuevas entre los miembros de la familia. El Padre no es ya un déspota, pero queda asegurada su autoridad; al quitarle el Divino Legislador la fuerza bruta, le reviste de autoridad moral, y así dice á la mujer: *Honra, respeta y ama á tu esposo, porque es tu gefe y Señor, guárdale tu fé porque yo he recibido tus juramentos, y no eres tuya, sino suya.* Despues dijo al hijo: *Honra á tu Padre porque está en él mi nombre, mi amor y mi poder; yo tambien soy padre, y toda paternidad dimana de mí. Yo seré el vengador de las injurias y ultrajes que te atrevas á hacer á la autoridad paterna. Honra á tu padre y á tu madre, y el que los maldiga morirá de muerte.*

Asegurada la autoridad del padre se ha dicho á éste: «*Amarás á tu hijo como me ha amado mi Padre; no le matarás, no le escandalizarás, no le reprenderás con dureza, no provocarás su cólera, y todo cuanto hagas por él lo harás tambien por mí.*» Y comó esposo se le ha dicho: «*Sufre los defectos de tu esposa como ella debe sufrir los tuyos; compadece sus flaquezas, y guárdate de abrumarla injustamente con pesares y humillaciones; porque no es una esclava, sino tu hermana, tu compañera y mi hija. Séa el primero de vuestros cuidados la santificacion vuestra y la de vuestros hijos;*

(1) Math. 19—11.

tal es mi voluntad, y el objeto del Sacramento que consagra vuestra union. Esposos, amad á vuestras esposas como Jesucristo á su Iglesia: Los esposos deben amar á sus esposas como á sus propios cuerpos, y el que ama á su esposa se ama así mismo; y que la esposa reverencie y ame á su esposo. Haced lo que os digo, dice el Apóstol, *porque teneis en el cielo un Soberano y un Juez que no hace distincion de personas.*»

Ved aquí, Señores, el código divino que regenera á la familia y salva á la humanidad de la postracion lastimosa é inmunda en que yacia.

Consignemos de paso que era preciso una fuerza divina para que el *Apóstol de las Gentes*, obscuro fabricante de tiendas, se levantára impetuosamente á decir, *nó* cuando *Augusto*, *Tiberio* y *Neron* decian *sí*; para predicar la indisolubilidad del matrimonio, cuando César mandaba el repudio y el divorcio: y para recomendar la virginidad como más perfecta, cuando las leyes *Júlias* castigaban á las mugeres que no eran madres à los veinte años, ó que siendo viudas no se casaban segunda vez para dar ciudadanos á la república. ¿Quién ha dado derecho á este *recien convertido* para venir á regenerar el mundo cuando el poderoso Augusto tiene á bien degradarlo? ¿Quién ha prestado valor, ilustracion y ciencia á este nuevo Apóstol del Crucificado para colocarse frente á frente de todos los soberanos de la tierra y decirles, en el nombre de mi maestro Jesús condeno vuestras costumbres, anatematizo vuestras leyes, y destierro vuestra influencia? No veis aquí la mano de Dios, el poder divino, á Jesucristo regenerador, salvador y bienhechor del género humano, en cuyo nombre habla S. Pablo? Sí, Señores, para no verlo, con perfecta claridad, y someterse con racional convencimiento se necesita ser *puro racionalista*.

¿Cuándo la filosofía humana pudo por sí sola llevar á cabo tan asombrosa transformacion en la familia? ¿Qué filósofo se presentó ante aquella ciudad postrada y empobrecida de toda virtud moral para salvarla? Ninguno, Señores,

solo Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre, pudo, con su divina influencia, regenerar aquella sociedad podrida de sensualismo.

Hemos señalado los hombres más eminentes del paganismo, y sus leyes más célebres y autorizadas, alimentando con sus preceptos el mónstruo repugnante de tan nefandas costumbres; hemos contemplado el último aliento de la degradacion y la muerte en la familia pagana; y despues hemos visto á esa misma familia regenerada, llena de vida y levantada de su postracion al soplo divino de Jesucristo, Salvador del mundo y vida de la Humanidad; hemos considerado el influjo benéfico de sus máximas y preceptos sobre la *familia cristiana*, de esa familia que es base de la Iglesia y el Estado y á la que el Hijo de Dios robustece todos los dias con su prodigiosa enseñanza de una manera tan sencilla como admirable; y decimos: ¿Puede separarse la iglesia del Estado en la educacion y direccion de la familia? Nó, Señores, solo el intentarlo ha costado dias de luto y sangre en nuestra sociedad actual, agitándose los pueblos en violenta convulsion como aguja imantada que ha perdido el Norte. No podeis tocar á Jesucristo para arrojarlo de la sociedad, bajo pena de quedar sujetos á un código de sangre que necesariamente ha de sustituir á su código de paz.

El Estado, pues, debe reunir á las familias bajo su proteccion para la conservacion y desarrollo de su existencia y bienestar material: la Iglesia reune á esas mismas familias bajo un padre comun para la conservacion y desarrollo de su vida íntima y espiritual: el primero recibe de las familias sus ciudadanos, y la segunda sus hijos.

Pero es indudable que la parte más noble del hombre corresponde á su espíritu, y por esto la Iglesia Católica está llamada á ocupar el primer lugar en el cuidado de la familia, y á ejercer una superior y benéfica influencia en su educacion, existencia y conservacion: y sea dicho para honra y gloria de esta misma Iglesia jamás ha faltado á estos de-

beres, aunque para cumplirlos haya tenido que sufrir sangrientas persecuciones y decepciones sensibles que comprometieran la paz universal de sus hijos. Ahí está respondiendo á este aserto, el cisma anglicano, levantado por el soplo de un violador de los lazos sagrados del matrimonio, que se llamó Enrique VIII. Pero si la Iglesia atrajo sobre sí enemigos feroces y furiosos, que la atormentan sin cesar, salvó en cambio la santidad del hogar doméstico, la moralidad de la familia, la indisolubilidad del matrimonio, defendiendo al sér débil, amparando á la pobre muger abandonada siempre por el orgullo humano, representado en las leyes del paganismo.

El Estado protege el bienestar del hombre como depositario de la fuerza de la espada y de las leyes necesarias para asegurar el órden y la tranquilidad general, y hacer *que podamos vivir*, segun S. Pablo, *tranquila, casta y piadosamente.* De aquí la definicion eminentemente filosófica del poder temporal dada por el mismo Apóstol: ***Ministro de Dios para el bien del hombre*** (1); de aquí el darle la Iglesia Santa el nombre de *Obispo exterior*, cuando habla de la potestad secular.

La Iglesia trabaja directamente por la conservacion y el desarrollo de la vida de nuestras almas en sus relaciones con Dios. Sus lecciones, sus Sacramentos, sus fiestas y sus expiaciones se dirigen siempre á dar al hombre la vida religiosa, á desarrollarla, á devolvérsela á quien la ha perdido para conducirle vía recta á Dios, término de su eterna dicha y último grado de su perpétua felicidad.

Sentado este principio, es tan innegable como evidente que la mision más elevada, más respetable, y más digna de la humanidad es la que Dios ha señalado á la Iglesia, la cual ha querido robustecer con su autoridad divina y con su divina infalibilidad. Y así, solo así puede explicarse que Dios sea un Dios de misericordia y un Padre bondadoso y amante de sus hijos.

---

(1) Ad Rom. 15—4.

Una Iglesia sin la autoridad de Dios, sería pequeña para levantar al hombre; y una Iglesia sin el don de la infalibilidad seria mezquina para proceder de Dios. Si Dios ama al género humano, ¿qué mayor prueba de amor que la autoridad y la infalibilidad de la Iglesia? Si la Iglesia ha de salvar á la familia, necesario es que tenga autoridad: si ha de dirigirla al cielo, precisa es la infalibilidad. Poco importa que los racionalistas se esfuercen por arrancar del corazon de la humanidad la saludable fé en estos principios, siempre se estrellará su filosofía contra esta verdad que los atormenta: *Fuera de la Iglesia Católica no se encuentra un Dios digno de ser Dios.*

Y ¿cómo los estrecharemos para inclinarlos bajo el peso de esta verdad? Segun los principios de la simple luz natural, Dios ama al hombre y desea su salvacion: los racionalistas son los primeros en confesar generosamente esta verdad. Y ¿cómo puede concebirse que ese Dios tan bueno haya de abandonar al hombre sin señalarle un camino seguro para llegar á su feliz término? Si Dios es la verdad, Dios ha debido colocar en el mundo una luz brillante para distinguirla; pero una luz que jamás pueda apagarse, que no esté sujeta á eclipses caprichosos ni á vicisitudes atmosféricas. ¿Puede ser esta luz la de la razon? ¿Brilla siempre esta luz en todos sin miedo de eclipse, de ofuscacion ó ceguedad? Quizás en un momento de orgullo pueda esa razon pronunciar *un sí*; pero la verdad racional dirá eternamente *no*. Yo, que soy por la gracia de Dios racional, y que tengo un convencimiento íntimo de la fuerza de mi razon, aseguro que por ella sola no daria un paso hácia mi dichoso término, hácia mi eterna felicidad.

Por esto, si Dios ha debido establecer un faro luminoso de verdad, este no está dentro, sino fuera de nosotros, dándonos una potencia para conocerlo, que es la que ciertamente podemos llamar *la razon* del hombre. La razon, que es con relacion á la luz de la verdad divina, lo que los ojos

corporales en relacion á la luz del sol. Aquella, como estos, no es más que la facultad de ver y estudiar el objeto que nos ilumina.

Conforme con estos principios, Dios, decimos, ha debido marcarnos el camino para llegar á él. ¿Y lo ha hecho? Sí, Señores: el camino es la Iglesia, la luz es su infalibilidad. Quitad esta Iglesia y su infalibilidad, y el hombre anda á tientas por este mundo de tinieblas. La Iglesia, por lo tanto, no es un poder arbitrario y tiránico, como han dicho algunos filósofos, es un destello de la misericordia de Dios, y nada más.

Conocida la base de este poder y la grandeza de su ministerio, es fácil ser dóciles á su fé, y concederle de buena voluntad el derecho que tiene á influir en primer término en la educacion, direccion y progreso de la familia y de la sociedad.

Todo el que no entre por este camino, perdido está, y todo aquel á quien no alumbre esta luz, en tinieblas anda y ciego se encuentra. ¿Quién puede negar estos principios? ¿El ateo y el racionalista? Pues estos son los ciegos que guian á otros ciegos, para dar todos en el precipicio, segun el Evangelio; esos son los espíritus del error y de las tinieblas, de que nos habla Jesucristo; esos son los que conducen á la humanidad por las peligrosas corrientes del mundo pagano que acabamos de recorrer.

Comparad á Constantino con Augusto, y encontraréis los verdaderos tipos de la familia racionalista y la Cristiana, el primero obra con arreglo á las leyes de la filosofía sin Fé; el segundo segun las máximas del Evangelio. Examinad sus leyes, y encontrareis que solo el Catolicismo siguiendo á Jesucristo, es el que ha levantado el espíritu filosófico de la humanidad en órden á su verdadera felicidad.

Comparad las leyes citadas, la *Júlia* y la *Papia Poppéa*, con las dadas por Jesucristo, segun los libros Santos, y des-

pues de meditad lo que nos dice la historia sabréis á qué platillo hemos de inclinar la balanza; creo tener probado lo que me proponia demostrar.

¿Qué más nos resta, Señores, sino caer de rodillas ante Jesucristo Dios, reparador de la familia y Salvador de la humanidad? ¿No es cierto que el racionalismo moderno llega á lo sublime del absurdo cuando se esfuerza en prescindir de Jesucristo para obtener el progreso de los pueblos? ¿No es cierto que es indigno de llamarse amante del progreso ilustrado y científico el que deséa fundar una sociedad sin Dios y sin Cristo? ¿No es cierto que los grandes filósofos, aun aquellos que los racionalistas quieren hacer suyos, como *Bacon* y *Descártes*, marcharon con Jesucristo y por Jesucristo?

A quien dude que la más alta filosofia está con la Fé y con Jesucristo, debo recordarles las palabras del gran filósofo *Bacon*, que acabo de citar: *La mucha ciencia conduce á la Fé, y la ignorancia á la incredulidad.*

Hemos visto el estado de una sociedad fundada sin Dios y sin Cristo; hemos visto la sociedad regenerada por las leyes divinas del Evangelio; hemos hecho ver las razones que obligan á conceder á la Iglesia la influencia que ejerce en la salvacion de la familia y que sólo ella puede ejercer. Si apesar de esto se niega la evidencia, ¿qué hemos de hacer?

Yo retiro mi palabra, y dejo á los pueblos, á las generaciones todas que demuestren y confirmen la exactitud de mi aserto. En la antigüedad hablan los *Griegos* y los *Romanos*, los *Indios*, los *Medos* y los *Persas*, que perecieron ahogados en sangre y cieno; en los tiempos modernos hablarán los que se han retirado de Jesucristo, por haberse podrido la familia en el sensualismo y la debilidad. Solo los que respetaron la santidad del matrimonio, como el pueblo Judío en los primeros tiempos y el Cristianismo Católico en los modernos, han podido llevar

en su frente el sello ilustre de la civilizacion y el progreso verdaderos.

Creo, Señores, haber molestado con exceso vuestra generosa atencion, y espero que me concedais el honor de aceptar este discurso como una prueba, no de mi suficiencia para hallarme entre vosotros, sino del amor á Jesucristo, y á la verdadera filosofía, fuera de la cual no veo salvacion posible para la familia y para la sociedad.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

ILMO. SEÑOR DON JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA,

EN CONTESTACION AL DEL SEÑOR SOLÍS.

SEÑORES:

Tras el aparato y solemnidad con que vinimos la última vez á tributar en este recinto culto de amor y admiracion al génio de Cervantes, volvemos hoy á la modesta costumbre de nuestras recepciones públicas sin pompa alguna, y sin otro afan que el del progreso de las Humanas Letras.

Pero en esta sesion no ha venido á ocupar el nuevo Sr. Académico la plaza de un ausente, á quien pudiéramos contemplar otra vez entre nosotros; viene por desgracia á reemplazar á nuestro antiguo compañero el Sr. D. Cayetano Herrera, magistrado integérrimo de esta Audiencia, quien, por su notable ilustracion de todos reconocida, alcanzó estimable lugar entre los doctos, y por su virtud y amor á la justicia ser colocado entre los buenos. La muerte inexorable le separó para siempre de nosotros; pero si el tiempo no ha conseguido que se borre de nuestro corazon su grata memoria, consuélanos, sin embargo, la adquisicion del nuevo Académico, que, soldado de Jesucristo y apóstol de sus santas doctrinas, llena su augusta mision en defensa de ellas

dignamente, como orador evangélico y como filósofo cristiano.

El erudito discurso que de sus lábios acabais de escuchar es claro testimonio de la certeza de mis palabras. La familia creada á la apacible sombra de las verdades divinas y sostenida por la sencilla austeridad de sus virtudes, es para él única y verdadera base de la moral, y por tanto la reguladora de la libertad humana.

Materia es esta grave, trascendental, importantísima, como que siendo alma de la vida social, entraña el destino humano en este mundo y despues en el eterno: pero más grave hoy que nunca, en que fatigados los ánimos por el mal presente, buscan la felicidad en lo desconocido, y, muchos, en novedades peligrosas.

Habeis oido tambien en el discurso del Sr. Solís que el influjo del cristianismo en la familia es tan benéfico como fresca lluvia en terreno agostado, y que la razon sola no basta para que en aquella impéren la paz y las virtudes, sin las cuales se afanó el hombre en vano, segun lo testifica la historia, para alcanzar la moralidad y la ventura. En esto muestra admirable erudicion: así, cosechado por él cuidadosamente este fecundo campo, ¿qué podré hallar ya digno de vuestra atencion, y ménos aún de vuestra sabiduría, faltándome conocimientos para añadir mayores pruebas históricas en favor de su tésis, y hasta el atractivo del ingenio para presentar el asunto revestido con el encanto de nuevas formas?

Con tan poderoso motivo solo procuraré añadir algunas observaciones que fortifiquen las suyas, de acuerdo, como me hallo, con su opinion en la materia: mas preferiré con especialidad aquellas, que, atendido el estado de descomposicion de la sociedad actual, contribuyan á asentarla sobre la única base segura en que puede tomar cuerpo cualquier innovacion política ó social para que en la práctica sea fructífera. Tarea por extremo difícil, y mayor todavía, en época en que

divididos los ánimos por contrapuestas ideas políticas y sociales, se anuncian reformas en este último punto que amedrentan los ánimos más enteros.

Por lo mismo, si siempre el orador que se dirige al público necesita impetrar su benevolencia para que le escuche benigna y atentamente, mucho más cuando su palabra ha de resonar en recinto donde tiene asiento la sabiduría, ¡qué no necesitaré yo cuando sobre esta circunstancia, que con tan notable brillo resplandece en nuestra corporacion, me encuentro con materia dificilísima y por el rumbo social á que he de ajustarla ocasionada á peligrosos extravíos!

Cuento por esta razon con vuestra bondad ahora más que nunca; y de tal modo confío, que sin seguridad en ella habria renunciado á la para mí profunda satisfaccion de dar la bienvenida al nuevo Sr. Académico, antes que echar sobre mis débiles hombros carga para ellos tan por demás pesada.

Siglo es este, Señores, de investigacion, de negaciones, de soluciones prácticas más que ningun otro de cuantos registra la historia; difíciles problemas en política, difíciles y trascendentales en filosofía y peligrosísimos en religion; todo cuanto puede sobreescitar el interés del hombre como sér sensible, inteligente y libre, ha venido en pavoroso tropel ante el tribunal de la razon humana para pasar por su veredicto. La cuestion social misma que envuelve la vida interna y pública de las naciones, preséntase amenazando con el trastorno y ruina de lo existente.

Y no es ahora la vez primera que ha aparecido en el estadío de la discusion: antiquísima es esta desalentada y triste idea. Apareció en Creta en tiempos remotos, y en Esparta llevóse á la esfera de lo real el comunismo que hizo imposible la estabilidad de aquella famosa república de guerreros. No descuidaron los filósofos esta materia, y Platon en sus tratados de la república, y Campanella en su república del Sol y San Simon y Fourier y otros muchos crearon sistemas pere-

grinos para la reforma radical y completa de la sociedad humana. Pasaron sus extrañas teorías consideradas por unos como resplandores de almas inteligentes y generosas, y por otros como locas aberraciones de la razon: y, sin embargo, en cuantas veces tuvo ésta libertad sin límiles, como mal apagado fuego que estalla al fin y ostenta de nuevo terrible y voraz llama, ha reaparecido la cuestion social acompañada de extrañas y en mi sentir irrealizables aspiraciones. ¿Es el grito del infortunio activo é inteligente, que busca racional y justo remedio á sus inmerecidos sufrimientos, ó el grito faccioso de la holganza, ó de la vanidad, ó de la codicia, que sin tener en cuenta la desigualdad con que nacemos y vivimos y las inevitables desdichas de la tierra, proclama la igualdad absoluta y con ella soñadas felicidades en la vida humana? Quizás ni lo uno ni lo otro; y acaso consista el error en el sistema de que parten los novísimos reformadores para la realizacion de sus teorías.

Hay una escuela histórica que cree en el progreso indefinido, en la posesion de la verdad y del bien en una forma absoluta, y por lo mismo en la perfectibilidad humana. Equivocacion grande, sin duda, y fácilmente demostrada con solo conocer que para que tal sucediese era necesaria la transformacion de la tierra en cielo y del hombre poco ménos que en Dios mismo. Esa felicidad no es de aquí, porque no hay ninguna que, realizada, deje de ser mudable y perecedera, ni que aparezca menor de lo que soñó la mente del que la anhelaba. Dad al niño lo que pide, al amante la posesion de su amada, al ambicioso la realidad de sus sueños de gloria, al filósofo la concesion de las verdades que busca: dad por último, al monarca territorios y súbditos hasta donde de pronto alcance su afan de dominacion, y no vereis á ninguno vivir de tal manera satisfecho hasta el fin de sus dias, que nuevos anhelos no vengan á mortificar su corazon y á turbar la serenidad de su alma.

Si de esto pasamos á la region de las especulaciones, el

error aparecerá más claro: el hombre como sér finito jamás podrá comprender las verdades que constituyen lo infinito, ni penetrará, aunque sin descanso lo intente, en los misterios que el Supremo Hacedor no quiso hacer patentes á su investigadora inteligencia.

Regístrense los libros donde se halla puesto en clara luz el saber humano; fijémonos en los del divino Platon y en los de su discípulo Aristóteles: en ellos se advierte que jamás el entendimiento se elevó á mayor altura, ni alcanzó más sublimes verdades: mas no por eso dejó de esparcir el error sus opacas sombras en algunas de sus investigaciones, ni ha dejado de suceder lo mismo en esa brillante cadena de sábios que la historia mira como gloria y bienhechores del mundo.

¡Cuàntos misterios, sin embargo, quedan por descubrir todavia en la naturaleza, en el espíritu humano, hasta en las cosas mismas que caen bajo la jurisdiccion de nuestros sentidos, que podemos tocar con nuestras manos, ver con nuestros ojos y examinar con holgura y calma! Y si en estos sencillos misterios deliénese abismado el espíritu y no los acierta á descifrar, ¿cómo ha de elevarse hasta la verdad increada, absoluta, eterna, que reside en Dios, á donde no alcanzará nunca ningun mortal, sin que ese Dios le transfigure, cambiando su naturaleza y su razon, y elevando ésta hasta la altura de su inteligencia? Si pues no solo no puede llegar á tanta excelsitud, pero ni penetrar en otros muchos misterios, ni la ciencia humana ha concordado claramente en muchas de las verdades definidas; si el hombre no resiste al estímulo de los sentidos que le empujan al vicio, ó le impiden la entrada en la senda de las virtudes; si en la constitucion misma nuestra existe un sentimiento irresistible que aminora en la realidad la dicha soñada y nos lleva á veces al hastío y áun aborrecimiento de lo que ántes de conseguido mirábamos como supremo bien; si el alma se agita sin tregua en pos de otros bienes, y alcanzados busca otros con la misma febril inquietud, sintiendo siempre en lo íntimo de su corazon algo que

no le satisface; si oye un grito interior que le dice más allá, y ese más allá, esa soñada ideal ventura no existe en la tierra, ¿puede el hombre por sí mismo cambiar ésta en un Eden, convirtiéndose á sí propio en ángel, y alcanzar que deje de ser el mundo valle de lágrimas como le llamó la palabra divina? Balmes dice que las conquistas de la filosofía han sido en el órden material muchas, en el social harto escasas, en el moral y religioso ninguna. Véase por qué en la tierra, donde no se cumple el destino del hombre, serán siempre débiles sus adelantos intelectuales comparados con sus aspiraciones. Véase por qué no encuentra aquí nunca ese más allá de inefable ventura que en sus interminables aspiraciones busca sin sosiego en esta vida, existiendo como existe solo en lo inmortal, en la beatitud eterna.

El giro que dan los socialistas á sus doctrinas de la regeneracion humana, háceme creérlos partidarios de la escuela histórica que sostiene el progreso indefinido del hombre hasta llegar dentro de esta vida á su más alta perfeccion. Mezcla sus teorias de muchasde las opiniones antiguas asentadas en este punto, parecen recordar, llevando la sociedad al estado de la naturaleza, pero sin poderle devolver la inocencia que ha perdido, la pintnra ideal, que de la edad de oro han hecho los poetas.

Mas suprimiendo en el hombre el espíritu los nuevos reformistas, y dándole por guia tanto el instinto de los placeres sensuales, como su razon, la virtud, base única sobre la cual puede descansar una sociedad justa y venturosa, veríase frecuentemente oscurecida por los estímulos de la materia, de suyo aviesos ó egoistas, y en este caso la felicidad quedaria en mera aspiracion, siendo desastrosa la realidad.

Diráse que la moral universal, teniendo por base la conciencia y por límite la razon, es bastante para que los sentimientos de justicia y de virtud arraiguen y florezcan á su benéfica sombra. Podria esto ser cierto si la razon fuese segura para conocer siempre la verdad y después inmutable en

ella; si los afectos del corazon no la oscureciesen ó los intereses ó malas pasiones no la bastardeasen, y si su mismo afan de investigacion, más allá, á veces, de lo que consienten sus naturales límites, no la condujesen tanto como á la verdad á la duda y los errores. Y como extraviada la inteligencia suele corromperse el corazon, y tras esto extraviarse tambien los sentimientos humanos, dedúcese claramente que la razon por sí sola no es suficiente para hallar con seguridad la virtud, y ménos todavía para perseverar en ella sin alteracion alguna. Resulta además históricamente que á nombre de la moral universal, por viciosas interpretaciones, se han cometido crímenes que espantan el ánimo solo en su lectura, y que habeis escuchado en gran parte de los lábios de nuestro nuevo Académico.

La moral universal existia ántes de Sócrates; y hasta que su mente casi divina con su altísima intuicion vino á fijar su enseñanza, eran horribles con frecuencia las aplicaciones prácticas que de ellas se hacian en muchas naciones.

Empero ni áun la moral socrática, por extremo imperfecta, comparada con la de Jesucristo, pudo echar raicés en la sociedad griega. Condenado el autor á muerte por sus doctrinas religiosas, tanto como por las morales, el inícuo juicio que precedió á su lastimosa tragedia es irrecusable testimonio de que el culto pueblo griego hacía diversa aplicacion de la moral universal, que el modesto y sapientísimo filósofo.

El mal subsistió, y la moral de Sócrates puede decirse que pereció con él, siguiendo embotada la conciencia y enturbiada la razon, hasta el punto de no saber ésta explicar los sentimientos morales que existen en nuestro sér, y están grabados en nuestro corazon de indeleble modo por la mano del Omnipotente. Sí, no hay duda; nacen con nosotros, con nosotros viven, y nos acompañan hasta el último instante de la vida; pero suele endurecerlos la ignorancia, gastarlos el vicio, extraviarlos las pasiones, adulterarlos los errores de la

razon, y quedar confundidos y como ahogados en la misma pura fuente de que proceden. Bien conocemos que la conciencia, de acuerdo con la razon, y por impulso natural del alma hácia el bien, inevitable en ella, no satisfecha con absurdas aplicaciones, buscó siempre y continuará buscando alivio á la humanidad. Despues de Sócrates vemos á Zenon de una parte y á Epicuro de otra, guiados por tan noble estímulo y con el auxilio de su profundo entendimiento, formular en sus doctrinas una ley moral, basada en la universal, aunque buscando por diferente camino la realizacion del bien humano. Naturaleza de hierro é inflexible y valeroso espíritu necesitábanse para cumplir las prescripciones de la extraña doctrina del primero. En sus soluciones morales, en lugar de la tolerancia indulgente hácia los hombres, que realza al humilde, que tiende la mano generosa al desvalido, que socorre al mísero, y se conmueve con el llanto de la desgracia, adviértese tal altivez, tan cómica vanidad y tan insensata dureza en el corazon del sábio, que subleva contra sí los sentimientos de la humanidad. Triste, segun la doctrina estóica, de los que no alcanzan la fortuna de la sabiduría, pues que son insensatos, esclavos y enemigos; triste del que comete un leve desliz, puesto que es considerado como abominable crímen; triste del que busque compasion á su desgracia; triste, en fin, de toda la humanidad sometida á tan duras, extrañas y aún absurdas reglas de moral. Los sentimientos en que se fundan, léjos de brotar de los geniales del alma, léjos de procurar la union del linage humano, hacian incompatibles á unos hombres con otros, considerando á los sábios como semidioses y á los demás como séres degradados é indignos de consideracion y afecto.

Moral extraña y de imposible realidad, por la dureza de sus máximas, en que se desconoce la debilidad é imperfeccion de la naturaleza humana, y la oposicion entre los sentimientos de ésta y la altivez y sequedad que aquellas respiran. Así, jamàs pudo difundirse la moral estóica entre las gentes,

sino entre espíritus ácres, excéntricos y vanidosos, que, aborreciendo la sociedad formaban ridículo contraste, por lo extraño de su vida, con los demás hombres y con las costumbres y creencias de la sociedad en que vivian. De aquí que léjos de extenderse sus doctrinas, de arraigar en los demás corazones y de inflamarlos en su fuego, aunque sus miras fuesen grandes, la falta de caridad y de amor, la imposibilidad de su ejecucion, su insoportable orgullo y su inaceptable forma, convertíanlas en repulsivas y áun odiosas para la muchedumbre. Contados fueron los estóicos en Roma: y el gran Caton, uno de ellos, puesto en contradiccion por sus doctrinas morales con los sentimientos de sus contemporáneos, no pudo llegar nunca á la dignidad de cónsul, que si la mereció por la alteza y energía de su espíritu, hacíanle incompatible con ella la dureza, muchas veces injusta, de sus principios.

Diráse que no todos los estóicos fueron tan inexorables, tan opuestos en sus sentimientos á los de aquella sociedad como los del citado ilustre patricio y Bruto y Casio; cierto: y que hay otros, como Epicteto y el emperador Marco Aurelio, en cuya moral dulce y atractiva, aparecen la tolerancia, el amor y la caridad, no ménos que el hermoso sentimiento de la fraternidad entre los hombres. Cualquiera conocerá que no siendo ninguna de estas ideas proclamada ni convertida en hecho por el fundador de la escuela estóica, ni por sus sectarios, los dos virtuosos estóicos, á que me refiero, derramada ya por el mundo la purísima y consoladora doctrina de la moral evangélica, sin dejar de ser gentiles, sin convertirse á la fé del Crucificado, habíanse convertido á sus nobilísimos sentimientos y á la apacibilidad de sus virtudes.

Enseñoreábase ménos difícilmente de la muchedumbre la moral de Epicuro, que era tolerante, aunque tambien sin caridad y fácil á degenerar en licencia, porque el gozo racional en que su fundador asentaba la felicidad de la vida, solian sus adeptos transformarlo en sensuales placeres y en afrentosas abominaciones. Horacio que proclama y ensalza esta mo-

ral en su recto sentido, no tiene inconveniente en apellidarse cerdo de la manada de Epicuro, mostrando así la sensualidad de sentimientos en que descansa. Los horribles desastres que en moral, en hábitos y en costumbres sociales llegó á producir esta doctrina, narrados están en la historia del Bajo Imperio, y pintados con ardiente pincel por la virtuosa indignacion del satírico Juvenal. Nunca ha llegado la humanidad á tan asqueroso materialismo, ni á tan vil degradacion en los sentimientos. La moral estóica y la epicùrea, diametralmente opuestas en principios y en resultados, convenian sin embargo en la explicacion del orígen del hombre y en la negacion de otra vida. Séneca decia:

Post mortem nihil, ipsaque mors nihil.

Despues de la muerte nada somos, ni la muerte misma es nada. De esto procedia que ambas considerasen el suicidio como natural remedio para los males de esta vida. Solo se diferenciaban en la manera de realizarlo. Dábanle los estóicos una forma grave y solemne: los epicúreos, por el contrario, cuando el refinamiento y materialismo de los placeres traia à su alma el hastío de la vida, ponian á ella término entre amigos, en los festines, en medio de la embriaguez de los placeres. En Alejandría en tiempo de Marco Antonio y Cleopatra, existía una Academia de suicidas que hacian profesion de encenagarse en los goces del sensualismo, y de apurarlos de todo punto hasta el dia señalado para su muerte. Cleopatra, que pertenecia á la Academia, buscaba el veneno que con ménos dolor la produjese.

Los epicùreos, ni aun en estos terribles instantes querian separar de su ánimo la idea de los placeres. Por eso criticaban á Caton que antes del suicidio leia á Fedon y á Medea y preparaba su espada, llenando de afliccion á su familia con tan fúnebres aparatos.

Dejemos á un lado las doctrinas de Platon contrarias al

suicidio, conocidas de los mismos que á él recurrian: mas no se olvide que este fatal recurso no sólo no proviene de la naturaleza, pero aún es contrario á la aspiracion ingénita de la vida, á la conservacion de ella, á dilatarla cuanto es posible como el más codiciado bien de este mundo. Moral, pues, que permite y aconseja lo contrario, no puede ser resultado de la universal que, prohibiendo y castigando el daño ageno, no debe tolerarlo al indivíduo respecto de sí propio. El libro divino de la sabiduría dice:

«*Deus mortem non fecit, nec laetatur in perditione viventium.*»

La doctrina estóica, pues, por orgullosa y sin caridad, dió frutos estériles y no pocas veces funestos: la moral epicúrea, desacreditando y escarneciendo los antiguos dioses, cayó en completo excepticismo: sin religion, principal base del edificio social, sin virtudes, sin pureza en las costumbres, sin respeto á las antiguas venerables tradiciones, la sociedad veíase por un lado entregada á proscripciones sangrientas; y por otro á bacanales disolventes. ¿A dónde volver la vista? ¿Qué luz podia disipar las oscurísimas sombras de aquel cuadro de horrores? La razon moral de Zenon, y sobre todo la de Epicuro, se habian equivocado, y los adeptos del último, interpretándola en sentido aún más erróneo que su autor, entregaron la sociedad á la perdicion y á la ignominia.

La razon, segun muestra la historia, á pesar de tan laboriosos afanes en el trascurso de tantos siglos, no habia sido suficiente para explicar por completo los sentimientos de la ley moral, cuando tales horrores cometiéronse á nombre de ella dentro y fuera de la órbita oficial ó religiosa.

No se crea por esto que no somos partidarios ardientes de la razon; por ella nos diferenciamos de los brutos, por ella camina la Humanidad á su desenvolvimiento, y se evitó tal vez que la ignorancia diese á la sancion de la ley moral más funestas y abominables aplicaciones; por ella en fin, como

afirma San Anselmo, llégase al convencimiento de la fé y de sus dogmas.

«La fé, dice Balmes, no coarta el vuelo de la inteligencia. Leibnitz, nacido y educado en el protestantismo, recorre en todas direcciones los espacios de las ciencias, y lejos de encontrar nada contrario á la verdad católica, se siente atraido hácia ella, como hácia á un inmenso foco de vida y de luz.»

Obsérvese cuán necesarias son las velas para el bajel; y sin embargo, á veces, empujadas por la furia de tempestuosos huracanes, hácenle zozobrar y sumergirse en la profundidad de los mares. Así es la razon en el hombre; sin ella quedaria reducido al instinto del bruto; ni podria comprender la verdad de lo existente, ni remontarse á las regiones de las altas verdades, ni áun conocer el dogma, y, por tanto, ni tener fé, porque sus creencias serian la preocupacion: pero cuando se la empuja más allá de lo que consienten sus limitadas fuerzas, ó la pasion ó la soberbia le hacen creer que es soberana y con poder ilimitado en sus concepciones, sumerge al indivíduo en el mar de la duda y muchas veces en el abismo de los errores.

Pero en esas contiendas de la razon magestuosa, apasionadas, y á veces terribles, ved como auxiliada aquella por la fé en San Anselmo, en Santo Tomás de Aquino, en San Bernardo, en Alberto el Grande, y en otros muchos insignes filósofos y teólogos, brota la luz como del choque del acero y el pedernal, y aparece clara la verdad en las doctrinas más trascendentales del hombre, del mundo y de su Hacedor. Eso prueba que la razon, poderosa por sí misma, no lo es tanto que pueda siempre y seguramente conocer la verdad ni alcanzar todas las verdades; y que cuando la fé la auxilia en sus conflictos, en sus dudas ó en sus errores, es cuando desaparecen las sombras. La razon, pues, no debe ser enemiga de la fé, como no lo es ésta de la razon, puesto que se completan la una por la otra.

Solo, por consiguiente, al que habia creado la ley moral para la direccion del hombre hácia el bien, era dado explicarla y esclarecerla en medio de aquel caos de dudas y de errores. ¿Quién podia interpretarla, relajada y extraviada como aparecia, sino el mismo Sér Omnipotente que la habia depositado en el seno de la criatura humana? Eso hizo Jesucristo tomando la figura de ésta para servirle de guia y modelo en sus doctrinas y en su santa vida: con su moral enseñó á hacer bien á quien nos aborrece, á perdonar y amar á nuestros enemigos, á pedir por el que nos persigue, á amarnos todos recíprocamenme. Esta moral, penetrando en el secreto de las aspiraciones humanas, y ahuyentando la impureza de bastardos anhelos, prendió fácilmente y con ímpetu, en los dormidos corazones: y de aquella sociedad gangrenada por todo linage de corrupcion, brotó una sociedad vigorosa, fuerte, enérgica, fundada en la paz y el amor, llevando por guia la virtud, por símbolo la pureza y la caridad, y mostrando el cielo por término de sus aspiraciones.

Aquellos tiempos pasaron y el espíritu filosófico, en su afan generoso de mejorar en breve plazo la sociedad humana, volvió la espalda á las antiguas tradiciones, confió por extremo en el poder de su razon, negándose á admitir la luz con que podia iluminarle la fé, y buscando la verdad y el bien por ignotos rumbos, y perdida en mares de dudas y de errores, se encontró con la misma invencible impotencia para producir el bien, que siempre que huyendo de la verdad revelada, se ha proclamado soberana y absoluta. Miradla, señores Académicos, fijarse hoy en un principio, y asustarse mañana de sus consecuencias; asentar después otro y abandonarlo por inútil; buscar otro luego y ser ahogado por otro más radical y extraño, y multiplicarse las teorias, y seguir unas pretendiendo ahogar las demás, como las olas de un agitado mar que, levantadas unas tras otras, se acosan, se oprimen y chocan entre sí, destrozándose mútuamente. Ah!, señores, en medio de este tumulto y conflagracion de ideas y de

teorías que algunas hielan de espanto el alma; en este caos, en esta incontrastable agitacion de encontrados intereses, de pasiones desenfrenadas, de vicios, de temerarias aspiraciones, de que la verdad huye despavorida, ¿quién podrá traer la luz, la paz y la concordia? La misma verdad que siempre, la verdad hija del cielo, la que calma el furor de las pasiones y ahuyenta las sombras de la ofuscada razon, infundiendo la serenidad y la templanza y el imperio del amor, de la caridad y de la justicia, entre los hombres.

No niego yo, hallándose contaminada la sociedad de enfermedades peligrosas, que deje de ser necesario y urgente el alivio de ellas: nadie puede vituperar al ciudadano ó al partido político ó social, qne en su deseo del bien, busque solícito remedio á tanta desventura; pero muchos años há que se les vé afanarse en vano, y léjos de conseguir su generoso propósito, con sólo la razon, la sociedad camina con gigantes pasos por la senda de segura perdicion: y no retrocederá, en mi sentir, de las cercanías del abismo en que se encuentra, mientras á sus doctrinas políticas ó sociales no pongan por base la moral y las verdades del Evangelio, comenzando su enseñanza por la reconstruccion de la familia, hoy profundamente amenazada, por el olvido en que se la tiene y por el estado infeliz de las costumbres.

Señores, la sociedad doméstica como parte de la sociedad humana, es el alma interna de ella, la base de la nacion, el sentimiento, la idea y la voluntad que la anima. Los legisladores descuidan este importantísimo punto de la existencia social, viendo solo indivíduos y naciones y olvidando los grupos de la familia, que reunidos, forman los pueblos, las ciudades, los imperios y la humanidad entera. De la familia proceden las generaciones, de su moral la moral pública, de sus verdades ó de sus errores los beneficios ó las desdichas que de aquellas y de éstos experimenta el sér humano.

Vemos que el mundo comenzó no por indivíduos aislados, sino por una familia; es decir, por la sociedad doméstica re-

presentada en nuestros primitivos padres: la familia forma la sociedad en los tiempos primitivos, y continuó formando pueblos y naciones. Puede pues, considerársela providencialmente como el alma de la vida social. Si el estado tiene obligacion de defender la pátria, la familia es su maestra, porque á ella corresponde el derecho de la educacion. Siendo esto indudable, en ella se halla vinculado el progreso de la vida humana, que no consiste en la inmovilidad ni en el cambio de las ideas y de las instituciones. La inmovilidad es la parálisis de la inteligencia y de la moral, y la rémora para la felicidad pública. Pero no se olvide que ni toda idea nueva es una mejora, ni todo cambio un progreso. Partir de lo desconocido, prescindiendo de la tradicion, engolfándose en un idealismo social, sin punto de apoyo que le sostenga, es caminar á ciegas por lo desconocido y pretender levantar un edificio sin cimientos: véase por qué los del legítimo progreso están en la tradicion: ella es su base, su impulso, su ciencia, su vida; por ella se mantienen firmes las instituciones, por ella se guarda en lo presente la herencia de lo pasado; por ella venéranse las glorias de nuestros mayores, las conquistas científicas de los sábios y las virtudes de los escogidos del cielo: con estas premisas por base á todo afan civilizador es imposible el extravío de la inteligencia.

Obsérvese que la sociedad doméstica es la que conserva en su seno como depósito riquísimo y sagrado, tan civilizadoras ideas difundiendo por las artérias de la pátria sus doctrinas para la vida intelectual, y sus costumbres para la moralidad de las acciones. Aun las ideas de fraternidad y de caridad, sin las cuales es imposible la pátria, serían punto ménos que incomprensibles para los indivíduos si no las aprendiesen desde niños en la familia y llegáran á ser constante sentimiento de su corazon y manantial de dulces emociones en su alma. La familia, pues, como obra de Dios es la maestra del hombre, la que le aparta del vicio, la que deposita en su seno el nunca mancillado sentimiento del honor y de la virtud,

y fortalece su espíritu en el amor para la abnegacion y el sacrificio. No se ha visto jamás hombre perverso en la familia, que sea bueno para la pátria.

Aun de la constitucion de la sociedad doméstica surge sin duda la constitucion del Estado. El padre en la familia es como el rey; su autoridad indiscutible, su influencia poderosa. La muger, segun la feliz expresion de Mr. Bonal en su tratado del divorcio, y por eso tan repetida por los doctos, es su ministro; sus hijos súbditos obedientes á sus mandatos. Mas la muger para ejercer en la sociedad doméstica tan altas funciones, forzoso era que en punto á consideracion y afecto fuese igual al marido, su compañera, no su esclava. Como el fundamento del matrimonio, no tiene como en Grecia por principio la conservacion de la belleza de la raza, ni como en Roma el de la procreacion de muchos hijos, esclavos de la arbitrariedad paterna, sino la consagracion primitiva de la sociedad doméstica por medio del amor puro que es su fundamento, la desigualdad en los cónyuges produciria en la familia los mismos defectos que en las naciones referidas. En la familia cristiana, la muger, despues de haber albergado la Vírgen Santísima en su seno al Redentor del mundo, no podia dejar de salir del sensualismo, resucitar á la vida del espíritu, ser ángel del hogar, compañera y delicia de su esposo, guia y sosten amoroso de sus hijos. No era ya posible en el Cristianismo que la muger, solícita en socorrer á los mártires, exaltada en favor de la religion del Crucificado, y más valerosa y entusiasta que el hombre mismo para arrostrar las persecuciones y el martirio, dejase de ocupar en la sociedad pública, y, sobre todo, en la doméstica, lugar importantísimo. Por eso en la union con el hombre todo es comun, el deber recíproco, un mismo lecho sirve para ambos, una misma voluntad alienta en sus almas y un solo sentimiento hace latir sus corazones. La esposa en el Cristianismo, no cautiva tanto los sentimientos de su consorte, como su espíritu, ni halla más ricos adornos que sus virtudes, ni mayor

felicidad que la de bendecir á Dios en medio de su esposo y de sus hijos.

Para que esta felicidad en la familia sea firme, y contribuya al progreso de la sociedad pública, necesítase que sólo pueda extinguirse con la muerte de uno de los cónyuges. Sociedad doméstica que hoy pueda ser y deshacerse mañana, vivirá con una felicidad efímera, no será su amor un culto, ni se hallará dispuesto á la abnegacion y ménos al sacrificio. Sin sentimientos de mútua consideracion, de amor recíproco, de tolerancia, nacidos y criados al calor de una sólida voluntad, y no libre para declararse independiente, pueden, en un momento de fascinacion ó de estravío, desatarse los vínculos que ligaban á los esposos, y deshecha la sociedad conyugal, poco antes modelo y enseñanza de la sociedad pública, convertirse en escena de escándalos é infortunios. ¡Cuántas veces alguno de los consortes, por vicios, por aberraciones del espíritu ó por alguna extraviada pasion, siendo en esos instantes libre para romper los lazos de la sociedad doméstica, se arroja á resoluciones en que, si de pronto no conoce el peligro, se arrepiente mas tarde con vergüenza y cuando tal vez no tiene remedio su desdicha! Pero supongamos que en el matrimonio disoluble viviendo el uno para el otro, alcanzan por completo la felicidad ambos contrayentes. ¿Puede aparecer esta union, no siendo segura, puesto que depende la voluntad amovible de uno y otro, sér tan íntima y confiada, tan tranquila y pura como cuando solo haya de romperla la espada inexorable de la muerte? En este último caso, si sonrien á los esposos los placeres de la edad juvenil, que consideran interminables, como ni áun piensan en ella, no puede servirles de mortificacion alguna; y si llegan á la edad en que los años á cada instante de la vida la recuerdan, consuélales la dulcísima esperanza de volverse á reunir en vida de más alta é interminable ventura.

¡Ah señores! el bien, aunque sea grande, cuando es quebradizo, le turba y aminora el temor de perderlo. Dad á la

muger amor, consideracion y respeto en la familia; pero que todo esto dependa del solo favor del marido; de un afecto, al cual los vicios ó el fuego de una pasion mal nacida pueda reducir en breve á yertas cenizas, y convendreis que estos homenages, por su fragilidad, nunca pueden labrar felicidad tan pura, ni consideraciones tan dignas y sólidas, como cuando durante la vida no puedan jamás perderse. Y no rebaja el repudio ó el divorcio solo á la muger: ¿de qué servirá al esposo haberle entregado su corazon, su libertad, sus floridos años, si cuando más necesite de su compañía y cariño, puede verse abandonado por su deslealtad, por su desamor ó su inconstancia? Obsérvese que el vínculo matrimonial hasta la muerte tiende á la virtud y á la dignidad de los consortes, porque la imposibilidad de romperlo les hace tolerantes y generosos, y mirar con horror todo pensamiento que pueda tender á otras aspiraciones y á una separacion imposible. Por el contrario, la libertad, produciendo más independencia, no acerca con tan profundo amor las almas de los esposos, y la misma facilidad para romper el lazo que los une, distrae su pensamiento y les lleva á soñar en otras venturas, que acaso no ha encontrado en el hogar doméstico.

¡Cuántos repudios nos presenta la historia romana en la familia, áun entre los hombres y las matronas, que por sus virtudes y por su dignidad social, parecian más obligados, por decoro de su propia clase, á conservar el recato y la perpetuidad en las virtudes domésticas! El severo Catón cedió su muger Márcia á su amigo Hortensio, como pudiera hacer con algun animal bello, ó alguna joya ú objeto artístico que agradase al célebre rival de Ciceron en el poder de la elocuencia. ¿Qué idea de cariño, de respeto, de moralidad, del propio honor de su esposa, podia sentir el gran estóico, cuando tan fácilmente deshacíase de ella y la regalaba para recreo y placer de su amigo? Si hubiese de recordar actos como este en personas calificadas por la nobleza, la autoridad, y las costumbres, seria interminable la relacion. No ol-

vidaré un suceso que consta en el magnífico discurso de Ciceron en defensa de Avito Cluencio, caballero romano, porque muestra más claramente la repugnante corrupcion y criminalidad á que habian llegado las costumbres por la fácil libertad en el divorcio. Hé aquí el suceso. Avito Cluencio, de fortuna é ilustre linage, acusó á su padrastro Opiánico de haber intentado envenenarle. Vencedor en la demanda, fué condenado Opiánico á la pena de destierro. Levantáronse despues rumores contra la probidad de los jueces, en este asunto, que dieron lugar á quejas populares y á hacer odioso por esta razon á Cluencio. Murió á los ocho años Opiánico, y en seguida se entabló una acusacion contra aquel, de haberle envenenado, por Sácia, su propia madre y un hijo de ésta del último matrimonio. Extraño, en verdad, y repugnante era ver á una madre acusando á su hijo de tan grave crímen; mas la extrañeza desaparecerá cuando se conozcan el carácter y cualidades de esta matrona. Poco despues de la muerte de su primer marido, padre de Cluencio, enamoróse de Aurio Amelino, jóven, rico y de claro nacimiento, el cual se hallaba casado con su hija hacía dos años; y pudo bastante con él por medio de la seduccion, para que, divorciándose de su hija, se hiciera su esposo. Ciceron al referir la desenfrenada liviandad de esta muger, rompiendo diques á su ira, exclama: «Aquel mismo lecho nupcial, que dos años antes habia preparado para su hija novia, manda que en la misma casa se le aderece y prepare, arrojando de ella á su conturbada hija. Desposóse con el yerno la suegra, sin auspicios algunos, y con funestos augurios de todos. ¡Oh maldad increible de muger, y nunca oida sino de ella sola! ¡Oh audácia singular! Ya que no le arredró el poder de los dioses, ni la opinion de los hombres, ¿no le extremeció siquiera, aquella misma noche? ¿nó aquellas antorchas nupciales? ¿nó el umbral del aposento, aposento de la hija? ¿nó las paredes mismas, testigos de las bodas anteriores? Todo lo quebrantó y echó al suelo con su insensata pasion: venció al

pudor la lascivia, al temor la osadía, á la razon la locura.»

No queda en esto, Sres. Académicos, la maldad de esta muger, excitada por la facilidad del divorcio. Envuelto despues éste su segundo esposo por artificios de Opiánico en las proscripciones de Sila, fué condenado á muerte, quedando viuda y rica otra vez. El infame Opiánico tuvo la osadía de pretenderla: más ella sin poner malos ojos al descaro de la repugnante proposicion de un hombre, cuyas manos hallábanse manchadas con la sangre no solo del segundo, pero tambien de su primer marido, opuso por obstáculo, tener el malvado dos hijos, cuya madre vivia y con quien se hallaba enlazado. Opiánico allanó la dificultad deshaciéndose secretamente de ámbos; y divorciándose en seguida de su esposa, madre de las dos infelices criaturas, se enlazó con Sásia. Estos notorios sucesos hállanse pintados por Ciceron con vivísimos colores. Cluencio hombre de honor, considerando la escandalosa conducta de su madre, que tanta infamia y dolores habia acarreado á su familia, no pudo vivir en buena inteligencia con ella y de esto su ódio y el arrojarse á acusarlo de haber envenenado á Opiánico su tercer esposo.

Por el contrario, no siendo el repudio ni el divorcio permitidos, si ocurre alguna de esas graves desavenencias antes enunciadas, la imposibilidad de la separacion completa, el temor del escándalo, la conciencia misma, juez inexorable contra lo que no es lícito, le retendrán, aunque con violencia, en la vida del deber. Será esta situacion molesta para los consortes, verdad; pero poco á poco, el consejo y autoridad de personas amigas, y la tolerancia y virtuosa resignacion del cónyuge agraviado, sobreponiéndose á ilusiones peligrosas que pasan, y al vicio que huirá al fin vencido, arrancarán de los ojos del culpable la venda que le cegaba, volverá á amar lo que aborrecia poco antes, y verá que solo en el seno de su familia, puede ser el placer tranquilo y la felicidad duradera y sin tristes dejos de amargura. No

hablo de la triste suerte de los hijos en el matrimonio disoluble porque está al alcance de todos.

Hemos visto que la familia es el alma de la sociedad, el elemento que la vivifica, el principio que le dá coesion y armonia: pero la familia con caractéres estables, perpétuos, porque en lo efímero ó deleznable no puede fundarse virtud alguna fructuosa, ni el sentimiento que crea el amor á la pátria, ni el bien, causa generadora de su prosperidad y ventura. En el matrimonio indisoluble está la vida de la felicidad doméstica: en la imitacion de la vida de Jesucristo, el progreso divino de la familia, en esta el progreso de la sociedad. Y no hay exageracion en las precedentes afirmaciones.

Hoy nuevos sistemas tienden política ó socialmente á la regeneracion del hombre: mas obsérvese que apénas principian en el terreno práctico la construccion de su edificio, males sin cuento, vienen á demostrar el error de sus autores; y no encontrarán la clave de la felicidad en que sueñan, sin asentar sus doctrinas, no en la moral universal que hemos visto ya ser insuficiente, sino en la moral purísima de Jesucristo y en la imitacion de su vida, norma y modelo de toda vida perfecta.

Envuelta hallábase la sociedad en la noche del error y de las abominaciones cuando Jesucristo descendió á la tierra. Para esto nació en la sociedad doméstica é instituyó el matrimonio, no como contrato, sino como Sacramento, á fin de que fuera indisoluble en la tierra y sobre él recayesen las bendiciones del cielo. El fruto de esta union se purifica y entra en la Iglesia por las aguas del bautismo, y sale de la culpa por el Sacramento de la penitencia, llevando despues á Dios en su propio seno, por la Comunion que le transfigura casi en ángel. Jesucristo anunció que era la verdad, y la niebla de errores y de males desapareció, y desde entónces es manantial de vida en la familia que no le desconoce y le tiene por modelo. En los hospitales están las elocuen-

tes lecciones de caridad por él difundidas, y en las iglesias ejemplos de virtudes piadosas de los que siguieron su doctrina y se criaron á la sombra de su santo amor. El padre de familia le representa en la sociedad doméstica; y como Jesucristo es la fuerza que la defiende, conserva en ella su imágen, la cual le sirve de norma, y á ella acude en sus penas y en sus alegrías.

Es de ver como el padre y la madre, apénas en el niño comienzan á despuntar los albores de la razon enseñándole á que pronuncie los nombres de Jesus y de María, él los repite con balbuciente labio, y llega á mirarlos como custodios de su vida, así como al ángel por ellos enviado que con sus blancas alas le defiende; y reza con sus padres la oracion al venir el dia, tambien la oracion, al descojer la noche su manto, y más tarde cuando suena la campana para recordar el ruego por los fieles difuntos, y despues al entregarse al reposo y al sueño. El padre le recuerda constantemente la vida y los beneficios de Jesucristo, la madre la pureza de la Vírgen y su amor sin límites á los mortales, y le muestran sembrada de flores su existencia si practica sus consejos, y despues de su término en esta vida las puertas de la bienaventuranza abiertas para recibirlo.

A estas sencillas y piadosas lecciones unen las que llevan la luz á su razon y le dan á conocer la verdad y ensanchan los horizontes de su inteligencia: enséñanle tambien los sucesos de su pátria, sus venerandas tradiciones, la gloria de los hombres ilustres, y la curiosidad mueve su espíritu para espaciarse en esos conocimientos, y su corazon palpita y su ánimo se enaltece y se encuentra capaz de imitarlos en sus sacrificios y en su grandeza. Le han enseñado sus padres la vida de Jesucristo, la augusta imágen de éste que vé en las paredes de los departamentos de su hogar, sírvele á cada paso de recuerdo y de ejemplo para su vida; se ha ilustrado su inteligencia; en su pecho alienta la moral del evangelio y la llama del honor, y en su mente vive pura la memoria

de los altos hechos de sus antepasados. Si sigue carrera militar ó civil podrá tal vez algun ciego afecto, ó alguna bastarda ambicion desviarle de la senda legítima; pero su conciencia, depósito de las nobles máximas que en ella sembraron sus padres, darále gritos de contínuo, mostrarále la enormidad de su bastardo sentimiento, y al cabo, libre de tal extravío, volverá á latir en su pecho el mismo espíritu de honor y de caridad que sus padres le inculcaron.

Si abraza el estado del matrimonio, nada necesita preguntar para conducirse en él como honrado y bueno: la vida de Jesucristo que de sus padres aprendió, la tolerancia con que se miraron, el apasionado y dulce amor que se tuvieron, las máximas purísimas que le enseñaron, la virtud de Jesucristo, y el honor inmaculado consecuencia de esta virtud que vió en su casa, son el dechado que tiene ante su vista. Pueden sobrevenirle desdichas, experimentar privaciones, miseria, aquí la ingratitud, allí la perfidia, en otra parte áun mayores infortunios; pero en Jesucristo ha aprendido la resignacion, y su fé no puede dejar de ser paciente.

Si la violencia del dolor lleva el despecho á su alma y vá á los altares en busca de paz, de dicha ó de la resignacion que ha perdido, se encontrará á Jesucristo pendiente de la Cruz con la fisonomía resignada, apacible, en señal del perdon que otorgó en su agonía á los mismos verdugos á quienes tambien habia venido á redimir con su pasion y muerte. Ante los tormentos de su Dios por salvarle, ¿qué pueden ser ya sus dolores, pasageros al fin? Si acaso ve morir á su esposa y á sus hijos, pedazos de su alma, su amor les sigue á otra vida: unido por Jesucristo se encontraba á ellos en la tierra, Jesucristo volverá á juntarlos en el cielo. Meditad, Sres. Académicos, si fuera de Jesús puede hallarse moral tan pura y caritativa, si alegrias tan apacibles y sin zozobra, si resignacion tan dulce en las desventuras.

Fijaos por un momento en la familia formada sin el modelo de la Cruz, sin el matrimonio Sacramento y, por tanto

disoluble, y sin la creencia de otra vida. Dadle solo el admirable axioma, que yó respeto, «haz bien por solo el bien»: registrad despues la historia y en ella vereis cuántos males, algunos terribles y espantosos, ha experimentado la humanidad á nombre de esta generosa máxima. ¿Es que las gentes no la comprendieron al llevarla á la realidad de los hechos? ¿Es que ofuscado su espíritu por el error, ó cegado el manantial de generosos sentimientos, por el mortal influjo de la materia, levantóse en su corazon el espíritu del egoismo? Ambas cosas pudieron ocurrir y las abominaciones de que os ha hablado el nuevo Señor académico son muestra irrecusable. Con la moral universal que encierra en su fondo ese axioma ya hemos visto el lastimoso resultado: en vano se dirá á la generalidad de las gentes «haced el bien por solo el bien»; en vano se les recordará á toda hora tan sublime doctrina; la ignorancia, la intencion aviesa, el deseo inmoderado del lucro, el sórdido egoismo les desviarán á cada paso de ella; que cuando no hay ni ley escrita, ni modelo claro de quien tomar esa enseñanza, ni premio alguno por obrar bien, fuera de la conciencia, ni aún siquiera la esperanza de obtenerlo algun dia en otra vida, los latidos del corazon hácia el bien, débiles siempre en tales casos, concluyen por disiparse y áun extinguirse de todo punto.

Se me dirá que la antigüedad entre las abominaciones de que ya he hablado presenta altos ejemplos de generosidad, de grandeza y de heroismo. Sin duda: pero la misma excepcion dá robustez á mis aserciones: analicemos esos actos de la perfeccion humana y veamos hasta qué punto llegan á realizar la máxima de hacer bien por solo el bien. No hablemos de Temístocles, ni de Alejandro, ni de César, ni de Aníbal, todos insignes capitanes, en quienes el valor y la fortaleza del espíritu compitieron con la grandeza del carácter; pero en cuya conducta no resplandeció mucho el sentimiento hijo del axioma citado: hablemos solo de Sócrates, de Arístides, de Caton, de Bruto, de Traseas, de Marco Aure-

lio; áun pudiéramos citar otros estóicos que en sentido moral presenta como dechados la historia antigua; y en la más humana y generosa de sus acciones hallaremos más bien que la caridad de la moral evangélica, solo vislumbres del sentimiento que en la máxima de hacer bien por solo el bien existe. Entretanto, los cristianos, siguiendo su código sagrado, comprometíanse por juramento á no mentir, á no negar ningun depósito, á no cometer robo, ni fraude, ni adulterio, à mortificar sus pasiones, á reprimir sus ímpetus, á sacrificarse por sus semejantes, á cerrar sus oidos á palabras deshonestas y su corazon al escándalo, y por último á vivir en su fé y á morir por ella. Sus deberes estaban claros, definidos, terminantes. Con la vida de Jesucristo, con el sublime sacrificio de su muerte, por amor al linage humano, pudieron, invocando fieles su amor, sujetarse á sus divinos preceptos: en nombre y por amor de Dios pide desde entónces el pobre limosna, en nombre, y por amor de Dios ejercita la caridad el rico y le llama hermano, y cubre su desnudez, y se complace en todas las virtudes desconocidas hasta que Jesús las hizo patentes á los mortales. No se exija á la muger que no cree en Jesucristo, la misma castidad y pureza de alma, que á la que cree en el Evangelio. No se pida al hombre que solo conoce la moral universal los sacrificios ocultos del que llega ignorado de todos al lugar donde la miseria espanta para socorrerla con lo mismo que necesita para su alimento. Ni todas las virtudes, ni los más altos heroismos de la tierra, no animados por el rayo del amor divino son comparables á las virtudes del cristiano. No recurriré á los sacrificios de los santos, porque se considerarán como una excepcion: los del pobre misionero pueden servirnos de muestra: abandona familia, amigos, los lugares que le son más caros, la pátria misma, y pasa en penoso viaje á inhospitalarias tierras.

Hemos visto claramente que la máxima de hacer bien por solo el bien, no penetrando vivamente en los corazones,

no siendo determinada, clara, expresiva, ni se graba en ellos con fijeza, ni ilumina los espíritus como el evangelio, ni ha producido hombres caritativos como Mañara, ni abnegacion y sacrificios como los de San Francisco Xavier.

Ahora se comprenderá por qué he afirmado que la familia no constituida á imitacion de Jesucristo, no puede alcanzar los resultados benéficos, que adoptando la Cruz por guia. El evangelio de Jesucristo nació con la familia, se estendió con ella, y por medio de ella propagóse por todos los ámbitos del mundo. Las familias, como las mallas que juntas forman una red completa, reunidas y enlazadas entre sí constituyen la sociedad entera. Son, pues, enemigos de la familia los que ven con ódio la tradicion: en ella están nuestros ascendientes y su tierna y veneranda memoria, fija en nuestros corazones; despreciar la tradicion, es despreciarlos; su olvido constituye el desamor á la familia, y á los gloriosos fastos de la pátria: la propiedad es otro de los grandes elementos de la familia, el ódio á la propiedad constituye la vida vaga, y el abandono de la tierra; porque la propiedad trae necesariamente la reunion de intereses, el trabajo é industria para su conservacion y aumento, el gobierno de la casa, y en todo esto la necesidad de brazos y del consejo de la familia. Finalmente, la religion de Jesucristo une á la familia con vínculos indisolubles; señala á cada indivíduo sus deberes morales y sociales, de sus cumplimientos resulta el órden de la familia en la tierra, y de la imitacion de Jesucristo, eterno y misericordioso, la ventura eterna en las mansiones celestiales. (1)

No es de extrañar el incesante anhelo de los novadores políticos y socialistas; el mundo se halla á la manera del hombre á quien lenta enfermedad devora y aniquila, y no creo vituperable el estudio de los que se afanan por buscar-

(1) Conferencias del P. Félix.

le remedio: de almas generosas es acudir á los males de la humanidad, de inteligencias profundas esclarecer los espíritus y moralizar los corazones.

Ya habreis notado, Sres. Académicos, cuántos sistemas vá inventando la mente humana, afanosa por librarse de la lepra moral que corroe la sociedad, y no ménos solícita por sacudir de su razon los tristes errores que la ofuscan y enloquecen: pero ved así mismo cuánta perturbacion, cuántos crímenes y horrores ha producido en la esfera de la realidad con sus malaventuradas utopias. Y en vano se afanará, sin tomar por base la moral del evangelio: sin ella solo producirá males allí donde soñaba paz y ventura. No basta desear la felicidad, forzoso es abrir camino para buscarla, y ese camino está en la virtud y en la verdad divina: sin virtud no hay moral ni órden, sin la verdad divina no hay perfeccion en la virtud: ámbas cosas únicamente pueden encontrarse en la familia que sigue la Cruz en la imitacion de Jesucristo.

HÉ DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON JOAQUIN ALCAIDE Y MOLINA,

EL 30 DE JUNIO DE 1872.

SEÑORES:

La preocupacion, bastante generalizada, de que el infortunio es compañero inseparable del génio, encuentra un poderoso fundamento en lo irregular y contradictorio de la Crítica, al juzgar los actos y las producciones de los grandes hombres, que fueron; el fallo de la posteridad es, en efecto, la mayor prueba que les resta sufrir y el más grave peligro para su reputacion y su gloria: nace esto, no precisamente de la ley general y necesaria, en cuya virtud los actos del hombre deben ser calificados por sus semejantes, recibiendo del juicio de estos su tanto de honor, de mérito y de importancia, sino que procede más bien de las cualidades de ese jurado compuesto de hombres, por naturaleza de entendimiento falible y de flaca voluntad. De esperar era sin embargo, que los poetas y las creaciones de su imaginacion, por lo mismo que no afectan directamente á los intereses individuales ni sociales, fueran apreciadas á la luz de unas mismas teorías, de un solo principio elevado y purísimo, para que de aquí resultáran semejantes, si ya no es que idén-

ticos, y por consecuencia autorizados veredictos; pero muy léjos de esto, obsérvase con pena, que en punto á juicios literarios casi son tantos los pareceres como los críticos: entra aquí por mucho, más por desgracia, que en cualquiera otro género de asuntos, el grado de talento, de ilustracion, la clase de educacion científica y hasta el carácter y genialidad del que juzga; añádase á esto, que el fundamento de la crítica literaria es esa cualidad indefinible y misteriosa, radicada en lo mas hondo de nuestro espíritu, que se llama *gusto*, y se comprenderá como, si afortunadamente no corrigiera estos vicios el sentido comun del género humano, no sabríamos aún de manera cierta, si Homero fué un gran poeta y Demóstenes un orador insigne.

La dificultad para llegar á un acuerdo sube de punto, cuando se trata de comparar entre sí bajo algun aspecto á dos escritores, sobre todo si estos son á manera de príncipes en la república de las letras y pertenecen á pueblos, épocas y civilizaciones distintas, como sucede entre los dos grandes poetas épicos de la antigüedad clásica, Homero y Virgilio; en este caso, únense á los ya citados inconvenientes las preocupaciones, rivalidades y áun ojeriza de las escuelas, llegándose al estremo de atropellar no solo á la justicia, sino tambien el buen sentido y las más vulgares conveniencias. Y en efecto, pocas cuestiones habrá en que la crítica literaria haya hecho mayor alarde de saber, de erudicion y hasta de vana pedantería á la vez que de entusiasmo, de pasion y de enconada rivalidad que en el juicio comparativo de Homero y Virgilio. La grandeza extraordinaria, aunque distinta, de estos dos admirables ingénios, cuyos poemas sobresalen entre todas las obras de su género, *quantum lenta solent inter viburna cupressi*, para usar de las palabras, que aplicára á Roma el poeta mantuano; su antigüedad venerable, el carácter diverso del pueblo griego y del romano, así como el de la mision que realizaron en la historia; los hermosos idiomas en que escribieron, que además de sus bellezas esen-

ciales, nos han legado los grandes caractéres y el saber de la antigüedad, todo esto interesando vivamente y de vária manera el ánimo de los críticos, ha producido tan fuertes antipatías y pareceres tan encontrados, que parecen ciertos juicios hijos más del apasionamiento y del capricho, que de la verdad y de la buena fé. No se ha seguido en esto el sábio consejo del Dante, que despues de llamar á Homero, *Signor dell' altissimo canto, che sovra gli altri, com' aguila, vola,* pone en boca de este el siguiente elogio de Virgilio, *Onorate l' altissimo poeta* (1), en lo que, tributando á entrambos la merecida alabanza, indica á la vez el diverso carácter de estos dos hombres igualmente ilustres y venerables.

Los partidarios de Homero, tanto antiguos como modernos, han esgrimido contra Virgilio un arma poderosa sin duda, pero cuyo temple han exagerado quizá deliberadamente; me refiero á las imitaciones. En efecto, salta á la vista con la sola lectura de la Enéida, que esta es, en su mayor parte, una imitacion, acaso una refundicion de los poemas homéricos. Esta verdad imposible de negar y que todo crítico prudente debe aceptar como base de su juicio, ha sido y continúa siendo en nuestros dias el verdadero palenque de la lid entre homeristas y virgilianos.

Debiendo á mi vez tomar parte en la contienda, haciendo el exámen de las más notables imitaciones de Homero, usadas por el poeta latino, procuraré huir ámbos extremos, así el de los que como Scaligero, dicen que, *quantum á plebeja ineptaque muliercula matrona distat, tantum ille summus vir (Homerus) á divino nostro (Virgilio) superatur,* (1) como el de los que más exagerados, que Macrobio, escarnecen la verdad y la justicia hasta el punto de reputar al gran poeta romano como vulgar é imprudente plagiario.

Asáltame desde luego el temor de no dar cumplida cima

---

(1) Dante, Infierno, canto 4.°

(1) J. C. Scaligero, Poeticcs, 1. 5.° cap. 3.°

á mi empresa, ya por lo escaso de mis fuerzas, ya por las dificultades que ofrece esta cuestion literaria para ser tratada de una manera digna de vuestra atencion y sabiduría. Y si al pronunciar estas palabras, encaminadas á prevenir en mi favor vuestro juicio, las calificárais por ventura de impertinentes, puesto que en mi arbitrio estuvo el elegir asunto menos escabroso, me atreveré á recordaros las circunstancias que me rodean y á lo que, creo, me obliga el cargo público que desempeño. Profesor de Literatura clásica griega y latina en nuestra insigne Universidad, no me era dado huir en este solemne momento, en que graciosamente me vais á honrar con la noble investidura de Académico la especie de obligacion de exponer un asunto digno de la ciencia crítica y de vuestra ilustracion, siquiera fuera superior á la mia y á mi ingénio limitado. ¿Y qué punto mas adecuado á mi propósito que el elegido, ya se mire la naturaleza de los poemas, ya la talla colosal de sus autores inmortales? De cuantos asuntos pueden proponerse en el órden literario á humano entendimiento, ninguno aventaja ni áun iguala en elevacion á la Epopeya. El génio, ese como mas allá del mayor grado de talento, ese don supremo y soberano á tan pocos concedido por la infinita inteligencia, discurre holgadamente y se pasea magestuoso por los campos de la Lírica y tambien de la Dramática; mas cuando se propone la Epopeya, como digna empresa de su naturaleza privilegiada, detiénese un momento á medir la soberbia altura, siéntese señoreado de la inspiracion y áun necesita para remontarse pedir un esfuerzo á sus alas poderosas; la Epopeya es la cumbre del Parnaso y solo las águilas pueden volar sobre tan sublimes alturas; por otra parte, es como la síntesis de todos los géneros, que abarca el Arte divino, porque caben y áun deben hallarse en la Epopeya todos los tonos, todos los estilos y todas las formas de la Poesía. Y ¿qué diré de los creadores de la Iliada y Odisea y de la Enéida? ¿Es posible tender la vista sobre el inmenso campo de la historia literaria, sin detenerse

con reverencia ante esos dos hombres inmortales, en quienes la medida comun no alcanza ni basta para calcular su altura? ¿Puede imaginarse acaso un tipo de poeta, que no parezca imperfecto al lado de Virgilio, y sobre todo de aquel griego sublime, que tanto honra á la humanidad y á quien debe en gran parte la Grécia su gloriosa nombradía? Si pues la epopeya es la síntesis de la poesía, y los dos génios citados los tipos eternos del poeta, no encuentro más digna manera de presentarme ante los sucesores de Herrera, Rioja, Reinoso y Lista, que hablando, siquiera sea brevísimamente, acerca de Homero y de Virgilio. Y concretando el pensamiento, despues de satisfacer á esta pregunta: *¿Qué son las imitaciones con relacion al Arte? Compararé á Virgilio con Homero, estudiando sus poemas principalmente bajo este punto de vista.*

Fijándose en la distincion analítica del plagio y de la imitacion, se deduce desde luego, que el primero no pasa de ser una copia servil que limita y enerva las fuerzas del ingénio, ó mejor dicho, supone una carencia absoluta del mismo; al paso, que la imitacion no es otra cosa, que la aceptacion, mediante un exámen concienzudo, de un tipo ó ejemplar, al que se ajusta la nueva creacion, lo cual demanda inteligente acierto y gusto esquisito para escoger lo mejor, y establece una proporcion exacta entre la elevacion del talento que imita, y la del modelo imitado; una imitacion perfecta de lo sublime debe de ser sublime á su vez; por donde se vé, que el imitar es una manifestacion nobilísima del poder de la inteligencia, á tal punto, que se confunde en cierto modo con lo original, porque, el que llega á imitar cumplidamente un gran modelo, prueba que, en iguales circunstancias, hubiera podido á su vez crearlo.

Fúndase en esto el gran principio de que, todas las obras de imaginacion, como la poesía y las demás bellas artes, nacen esencialmente de la imitacion: *longum iter per præcepta; breve et efiax per exempla*, dice con profunda sabiduría un

axíoma elemental. Verdad es, que el hombre no pudo imitar siempre las producciones de sus semejantes, *non enim primi quem sequerentur habuere*, como dice Scaligero: pero esto no contradice, ántes confirma, la anterior teoría. ¿Por ventura, en este caso, el hombre falto de modelos humanos, no empieza por copiar el grandioso original, el eterno tipo, llamado Naturaleza? Imitáronla los primeros y entre ellos Homero, cuya gloria consiste en haber pintado admirablemente esa Naturaleza, tan difícil de imitar, no obstante tenerla siempre ante los ojos y constituir nosotros mismos la parte principal de ella: el mismo Scaligero viene á confirmar esto con las siguientes palabras: «*Quare neque mirandum, si in eo (Homero) naturæ idea quædam, non aro extare videatur.*»

En efecto, Homero no tuvo modelos que seguir, ni reglas artísticas á que ajustarse, si por lo primero se entiende otra obra semejante á la suya, y por lo segundo las prescripciones de la ciencia estética, que áun no habia nacido: mas por eso no puede afirmarse, que estuviese exento de toda imitacion: por medio de una intuicion poderosa, una sensibilidad interna exquisita y un admirable buen sentido, concibió y expuso el argumento de su poema, tal cual se hubiera realizado, y la fuerza asombrosa de su génio llegó acaso á presentarle como un hecho histórico, la hermosa ficcion de su fantasía; imitó, pues, aunque de una manera admirable y sublime; pero en la justa imparcialidad de un análisis crítico, se debe afirmar, que el hecho psicológico, que produjo sus poemas, pudo verificarse en otro hombre, Virgilio por ejemplo, adornado de tan eminentes facultades poéticas, si se hubiese encontrado en las condiciones históricas de tiempo y espacio de Homero: el mérito de éste y su gloria dimanan de haber sido el primero, que en una feliz circunstancia, concibió y pudo realizar una epopeya: de ahí tambien el haber sido el creador del arte épico y el autor del poema modelo por excelencia. Cuando más, podrá establecerse en tésis general, y no hay inconveniente en que se aplique al caso

presente, que el génio crea y el gran talento imita, á veces perfeccionando. Pero, ¿se sabe qué causas determinan ese grado supremo de la inteligencia? Será acaso el génio hijo de las circunstancias?

Quizá parezca á algunos esta teoría demasiado absoluta, alegando contra ella que el poeta imita, pero mejorando la realidad con arreglo á tipos más perfectos, que la inspiracion ofrece á su fantasía. Mas, la inspiracion no es, sino un camino más breve y seguro para llegar á conocer? ¿qué digo conocer? á vislumbrar esa realidad tan ansiada, ó sea la verdad, la plenitud del ser contingente, la verdadera forma de la vida, de que son aún imperfectos trasuntos los tipos é idealidades del poeta. De ordinario, la generalidad de los hombres no ven más que la superficie ó como la tosca corteza de las cosas: los séres extraordinarios, que merecen el nombre de vates, se acercan con la imaginacion algunos pasos más á lo real, corrigiendo, perfeccionando, no esto, no la naturaleza, que nunca podrá ser retratada, sino los conceptos, harto incompletos, de sus semejantes; miéntras más perfeccionan, mejor imitan: lo que sucede es, que siendo tan hermosa la verdad, tan encantadora la naturaleza, quedamos asombrados y llenos de entusiasmo, cuando el artista logra mostrarnos parte de ese rostro casi divino.

Si pues, como queda demostrado, personificando esta teoría en el poeta más grande de la historia, la poesía nace esencialmente de la imitacion, nada más lógico y natural, que la poesía latina, así como todas las que dentro de su mismo sentir vinieron en pos de la helénica, fueran imitaciones de los tipos perfectísimos, que les legaran los griegos. Homero en la Epopeya, Píndaro en la Oda, Esquilo y Sófocles en la Tragedia, Aristófanes en la Comedia y Teócrito en la Bucólica, vinieron á ser los modelos inmortales de las generaciones sucesivas en estos diversos géneros poéticos, en que puede egercitarse el ingénio humano. No de otra manera fueron Herodoto y Tucídides, el Padre y el Maestro de

la Historia; Demóstenes, el Homero de la Elocuencia; Platon, el Píndaro de la Razon y Aristóteles el expositor irreformable de las leyes y de las formas del pensamiento humano. El pueblo romano que tomó en gran parte del griego sus Dioses, sus Leyes, sus Artes y Filosofía, aceptó tambien del mismo las bases de su lengua y las formas bellas de su poesía, movido en esto, no tanto de su carácter asimilador, cuanto de lo perfecto de los tipos griegos, que bien pronto comprendió con su raro buen sentido, y por la ley de la imitacion hácia una literatura de su mismo espíritu y tendencia, conformidad y semejanza en la manifestacion literaria de ámbos pueblos, que se explica fácilmente, pues su comun orígen, su aparicion sucesiva en el teatro de la historia, sus destinos, los hermanan y hasta cierto punto los identifican; así que sus literaturas se enlazan y mútuamente se completan y se confunden, formando, como impregnadas de un mismo pensamiento y espíritu, bajo cierta unidad superior, un conjunto bellísimo, espresion la más genuina y perfecta de estos dos pueblos, á quienes cupo la suerte de ser y obrar en el período de civilizacion más brillante del mundo antiguo.

Para comparar, pues, entre sí, á poetas griegos y latinos tan ilustres como Homero y Virgilio, no se deberá atender tanto á las dotes personales, como al estado de las creencias, de las ciencias, de las artes, de las costumbres, en una palabra, de la civilizacion en la época en que cada uno aparece y procura ensalzar su respectiva raza y pueblo.

Muéstrase Homero en la historia griega, si nó en una edad primitiva, en tiempo todavía, en que las ideas religiosas del politeismo se hallaban destroncadas y esparcidas á la ventura en las tradiciones y leyendas de la Grécia; edad fecundísima, en que por un esfuerzo supremo de su mente, formó una maravillosa síntesis de la fé y del pensamiento, dando al politeismo formas más sensibles y magestuosas, creando el Antropomorfismo, y levantando así una barrera insuperable entre lo vago y misterioso de las religiones orien-

tales, y la multitud de símbolos pelasgógicos sobre las fuerzas de la naturaleza: encadenando de esta manera la religion helénica en el círculo mágico de su poesía, crea á la vez las bellas artes en su mayor perfeccion plástica. Hasta poco ántes tambien cada tríbu griega habia vivido fiel á su diverso orígen y tenia una constitucion distinta y aún opuesta á las demás; Homero, al cantar la gran empresa comun en cuyo desenlace todos se hallan igualmente interesados, funda la unidad política de la Grécia; consagrando la genealogía de los héroes, glorifica la nobleza de las razas; cantando los juegos nacionales y ensalzando á los vencedores, dá mérito á la fuerza física y diviniza al génio; y celebrando á los valientes, prepara la heroicidad de las Termópilas y las jornadas de Maraton y Salamina. Por eso pudo ser y fué la Epopeya de Homero un lazo de union entre todos los griegos, retrato fiel de su civilizacion, fuente de todos los géneros de poesía y de arte y eterno modelo épico por excelencia para todas las generaciones.

¡Qué distintas circunstancias rodean al poeta latino! Virgilio aparece á la sazon que el pueblo romano despues de haber sojuzgado el mundo, se disponia á gozar tranquilo, bajo el Imperio, las adquisiciones hechas en sus gigantescas empresas; sabido es, que el mayor grado de su poder político coincidió con el perfeccionamiento de la ilustracion de este gran pueblo, al par que el principio de su degeneracion social: á lo primero habia contribuido el íntimo contacto con la Grécia, de la cual tomó lo más brillante de su cultura, y á lo segundo las relaciones con el Oriente, que insensiblemente introdujeron en su seno el lujo y la más refinada molicie. Virgilio, con un fin altamente social, habia procurado ya, que los romanos olvidasen el tumulto de las guerras por las dulzuras campestres, y las inquietudes del vicio y de las luchas políticas por la tranquila laboriosidad, y para lograrlo, dirigió el amor del pueblo hácia los campos y la agricultura, embelleciéndolos en sus Églogas y principal-

mente en las Geórgicas de inimitable manera.

Pero Virgilio en su amor á Roma y en su gratitud á Augusto, sintió una aspiracion mas alta, y quiso decorar con una epopeya el magnífico edificio de la civilizacion romana y arraigar y consolidar el Imperio, divinizando á sus fundadores; mas en esto el poeta romano fué menos afortunado que el griego; éste encontró esparcidos por la Grécia todos los datos para sus poemas, y reuniéndolos con arte maravilloso, ofreció á su pueblo y á la humanidad una obra de eficacia viva é inmortal; miéntras que Virgilio tuvo que crear casi toda la materia de su poema, en cuya realidad no tenia fé el pueblo, ni áun el mismo poeta: edad crítica, no de creencias, sino de dudas y vacilaciones: por eso, para dar cima á este pensamiento gigantesco, que tantos obstáculos ofrecia en su realizacion, acogióse al amparo del épico griego y le imitó en el fin, en el plan, en la pintura de caractéres, en muchos episodios y en innumerables detalles; pero le imitó, acomodando siempre el modelo á su propósito y hasta bajo algun aspecto perfeccionándolo.

Por otra parte, la educacion del vate mantuano habia sido completa y perfectamente griega; así, que puede asegurarse, que la lectura no solo de los poemas homéricos, sino tambien la de otros escritores griegos, le inspiraron hasta el deseo de escribir su Enéida; por esto se observa, que no imita solo al ciego de Chios, pues como dice Macrobio «*non enim de unius racemis vindemiam fecit, sed bene in rem suam vertit quidquid ibicumque inveni imitandum,*» pero la fuente principal de su inspiracion y de donde están sacadas la mayor parte de sus imitaciones, son los poemas homéricos, siendo esta imitacion digna de su génio.

Si Homero se propuso un fin religioso, político y social en su Iliada y Odisea, Virgilio abandonando toda innovacion religiosa en tiempos de duda, ó mejor de indiferentismo como el suyo, persigue sin cesar el fin político y social: la Enéida, en efecto, tiende, como ya he indicado, á acostum-

brar á los romanos al yugo de una dominacion, que siempre habian mirado con horror, y á que sobrelleven la forma monárquica á cambio de la paz, de la gloria y del dominio universal: no otra cosa significan las predicciones acerca de la soberanía sobre Italia y el mundo entero, hechas en el poema á los ascendientes de Augusto y de César en las personas de Juno y Eneas. De la misma manera, y aún más fácilmente, se echa de ver en la Enéida un fin social, noble, patriótico y más desinteresado: parece como que el poeta se propone disputar á la Grécia la gloria de la epopeya, y encender en la Enéida las apagadas cenizas de Troya para triunfar de sus vencedores: á tan nobilísima emulacion nacional juntó el haber divinizado el orígen de un pueblo, que, como el romano, se habia hecho glorioso con la conquista del mundo: por esto, fué á buscar en los tiempos más remotos el nacimiento de Roma, é hizo consanguíneos de los Dioses á los fundadores de una estirpe, que habia de ser la señora de la tierra: bajo este concepto, pues, Virgilio solo se separa de su modelo en lo que en él hay de exclusivamente nacional, y en que Homero realiza su propósito de un modo expontáneo, y su rival por medio de la reflexion, del arte y del estudio.

En cuanto al plan, llena la mente del poeta romano de los modelos homéricos, consideró la Iliada como poema de accion, de combates y de todo ese ministerio de Dioses, que exige y demanda la alta poesia, *ambages Deorumque ministeria*, así como en la Odisea vió entre mil bellezas de diverso género una cadena admirable de viajes y de relatos. Habiendo, pues, de venir Eneas de las riveras del Scamandro, comprendió la conveniencia de imitar la Odisea, y debiendo combatir su héroe á fin de establecerse en Italia, tomó por modelo la Iliada, llena del ardor y entusiasmo de los campos de batalla; de esta manera, trazó el plan de la Enéida sobre el de los dos poemas homéricos, refundiendo y comprendiendo sus cuarenta y ocho libros en los doce de la

Enéida, constituyendo así un todo artístico, armónico y perfecto: los seis primeros están modelados sobre la Odisea, y los seis últimos son un trasunto de la Iliada: solo hay una diferencia entre los dos poemas, que se refiere á la disposicion de las partes; en la Odisea los viajes de Ulises se verifican terminada ya la guerra de Troya, y en la Enéida, la navegacion del héroe precede á las guerras que sostuvo en Italia; por lo demás la imitacion de la contextura del poema es completa; renuncia, como Homero, al método histórico, y adopta el artificio de empezar por el medio, para volver la vista al principio de los sucesos, mediante una circunstancia propicia y una relacion oportuna; así saca á Eneas de Sicilia y le hace arribar á la Libia; allí cuenta el mismo Eneas su navegacion desde Troya á Sicilia; y despues se describe ya épicamente el viaje desde Africa á Italia; semejante fué el artificioso, aunque no estudiado, método de Homero en su Odisea con Ulises.

Virgilio no pudo dispensarse, al imaginar su poema, de introducir, á la manera de Homero, el elemento sobrenatural; pero en esta imitacion, como en todas, dejó grabado el sello de su talento; al comparar bajo este punto de vista los poemas en cuestion, podria decirse, que en Homero la intervencion de los Dioses aparece natural, es espontánea é hija del entusiasmo religioso; encuéntrase en él el politeismo antropomórfico en todo su explendor, con sus bellezas vigorosas y fecundas, al par que con sus monstruosos extravíos, pero apoyado en una especie de fé ardiente y en afectos religiosos fuertemente exaltados; Homero no comprende sin los Dioses el drama de la humanidad. Virgilio, por el contrario, no cree, sino que reflexiona; hállase además en medio de una sociedad descreida, indiferente en parte, y en parte supersticiosa, y falto él mismo de la fé en sus Dioses mezquinos y groseros, echa mano de la tradicion y de la abstraccion, y sustituye con los mitos legendarios y con las ideas filosóficas el perdido sentimiento religioso. Virgilio hubiera podido pa-

sarse sin los Dioses, si en la máquina de su poema hubiese podido sustituirlos; mas aún así, tiene la Enéida sobre la Iliada y la Odisea, el que, siendo sus Dioses más semejantes á los hombres, que los de Homero, han ganado en perfecciones todo lo que de estas adquirió la humanidad desde los tiempos de Troya hasta los de Augusto.

En la pintura de los caractéres es sin duda superior el griego al romano; pero hay algunos, cuya semejanza es notoria y cuyo mérito artístico y moral conviene dejar señalado. Eneas, héroe de la Enéida, está evidentemente sacado de Ulises y de Aquiles; en efecto, el hijo de Anquises viaja y sufre como el primero, y combate y vence como el segundo; pero Virgilio no ha tomado ni la ferocidad en que degenera alguna vez la bravura de Aquiles, ni la astúcia á que llega frecuentemente la prudencia de Ulises, sino que, mezclando á ámbos, creó un tercer carácter, en que el valor y la sagacidad, se hallan templados por la piedad más sólida, esto es, la sumision absoluta á la voluntad de los Dioses, *Pius Æneas*.

La Diosa Juno es á la vez uno de los caractéres más sobresalientes en ámbos poemas: en Homero, Juno respira implacable ira contra los troyanos, y usa alternativamente, para destruirlos y perderlos, de la fuerza y de la astúcia: su cólera, que llega á veces hasta el furor, no es hija, como parecia natural, de haber quebrantado el príncipe troyano con el robo de Elena las santas leyes del matrimonio, por cuya conservacion velaba Juno «*Junoni ante alias cui vincla jugalia curæ*, sino, que nace en gran parte de su despecho, *Judicium Paridis, spretæque injuria famæ, Et genus invisum, et rapti Ganimedis honores*. Igualmente la Juno de la Enéida ódia de muerte á los Troyanos, de lo cual es buena prueba la oposicion constante á los propósitos de Eneas, en la que llega hasta apelar al Infierno, con tal de lograr su intento. *Flectare si nequeo superos Acheronta movebo*, y últimamente el desesperado deseo, de que al ménos cambien el nombre

de Troyanos por otro menos odiado de ella, ***ne vero indigenas nomen mutare latinus.*** Pero á las causas de este rencor, idénticas en parte á las de la Juno de Homero, añadió Virgilio otra enteramente original y de admirable oportunidad en su poema; siéntese, en la Enéida, animada Juno en su ódio hácia Eneas de razones particulares y poderosas, á saber, la de que el poder de Roma habia de ser funesto á Cartago, su ciudad querida: de aquí tomó ocasion Virgilio para elevar á las nubes la gloria de su nacion, y halagar el amor propio de los dominadores del mundo, ¿qué gloria, en efecto, mayor para un pueblo, que haber llegado á tal grado de poderío, á despecho de una Diosa, como Juno, hermana y esposa del Padre de los Dioses y de los hombres? ***Tantæ molis erat romanam condere gentem.***

La reina Dido de la Enéida y la ninfa Calipso de la Odisea, son tambien dos caractéres semejantes, imitacion y modelo, pero en que se nota la diferencia de carácter y de ideas de los dos poetas: la importancia de estos dos caractéres nace, de que representan en los respectivos poemas el sentimiento del amor, y de esto cabalmente arranca tambien la diferencia, en virtud de la que Virgilio aparece como imitador eminente, mejorando de una manera admirable el modelo griego: en efecto, Calipso siente una apasionada inclinacion hácia Ulises, le ama verdaderamente, porque, aunque inmortal, no está al abrigo de las pasiones humanas; así es, que en vano pretende combatir un pensamiento natural, oponiéndole la ley misteriosa del pudor: la pasion de Dido es, si nó de otro género, más violenta y hasta volcánica; es el amor mismo, Cupido, que á ruegos de su madre Vénus, toma la forma de Ascanio, para que Dido lo estreche contra su seno y haga hervir en la sangre de la reina una llama inestinguible: dos divinidades, Juno y Vénus, procurando engañarse mútuamente, se esfuerzan en borrar del alma de la hermosa soberana de los Tyrios el recuerdo de su primer marido, y encender en su corazon los sentimientos,

que ella creyó haber enterrado en la tumba de Siqueo; martirizada por el dolor dirige al Cielo sus quejas y lamentos; mas estos lamentos son de otro género, que los de Calipso en la Odisea: al llorar el alejamiento de Eneas, llora al par, que la pérdida de su amor, la pérdida de su autoridad moral, de su gloria, de su reputacion intachable, y de su honor inmaculado. ***Et qua sola sidera adibam, fama prior***; la tierna y funesta imágen de Siqueo está constantemente á su vista, y en esta imponente desesperacion solo la muerte la resta como término de su desgraciada pasion. ***Quim morere ut merita es,*** muere Dido, y Señores, en la descripcion de su suicidio presenta Virgilio bellezas tan grandes y naturales, que apénas encontraria rival en las más admirables pinturas de los trágicos griegos: en Dido es Virgilio, permitidme decirlo, casi cristiano: ¡qué ternura y qué pasion! Con razon le llama por la pintura de este carácter y algunos rasgos de la visita de Eneas á las mansiones del dolor, ***Lugentes campi***, un escritor contemporáneo, Augusto Nicolás, el Platon de los poetas y el poeta de los sufrimientos del corazon.

Indicadas quedan algunas de las más notables imitaciones, que Virgilio ha usado del gran épico griego: aún podrian señalarse innumerables semejanzas, y aún traslados de la Iliada y la Odisea en muchos episodios, descripciones, comparaciones y relatos de la Eneida, en todos los que podrian observarse el carácter de las imitaciones del poeta latino, esto es, el prudente uso que hace de su modelo, acomodándolo á su propósito, y alguna vez hasta perfeccionándolo.

En conclusion, miéntras más se lee á Homero y á Virgilio, más se advierte la semejanza de sus dos poemas: vése en el primero al génio creador, al poeta original, espontáneo, varonil, pintor admirable de una época heróica, creyente y entusiasta de la belleza plástica, y en el segundo al talento privilegiado, enriquecido con el estudio, al poeta

imitador, sí, pero fecundo á la vez, elegante, con colores casi cristianos para los caractéres morales y para expresar la ternura exquisita de las pasiones del corazon; es el primero la fuente de las bellezas del segundo, ya en lo que se refiere al fin, al plan de su poema, á la disposicion de las partes, á los caractéres más notables, y á muchos detalles de ejecucion; Virgilio sin duda debe á Homero casi toda la Enéida, pero en cambio es suya propia esa admirable correccion, esa belleza de expresion á que nadie ha llegado despues, al mismo tiempo, que la proporcion y armonía de su obra: si Homero es inventor sublime, sublime imitador es el poeta latino.

Tal es el juicio, que fundado en un profundo análisis de los poemas de Homero y de Virgilio, de que este discurso es ligera muestra, puede y debe formar una crítica imparcial y desapasionada acerca del mérito respectivo de estos dos grandes hombres. Puede decirse de ellos, que cada cual en su género llevan, sin que nadie hasta ahora haya osado disputárselo, el cetro de oro del arte divino de la poesía. Mas allá de ellos, no es dado llegar á ningun hombre, porque lo perfecto no puede ser corregido ni sobrepujado. En fecundidad, espontaneidad, fuerza y belleza natural, es imposible aventajar al primero, así como en cuanto á la armonía entre las ideas y su forma, y á todo lo que dá el talento madurado por el estudio, para que resulte la perfeccion soberana, que es la corona del arte, nada igualará al poeta cortesano de Augusto. Aquí como en todo lo que es objeto de la actividad humana, es de lamentar, que un hombre solo, no logre alcanzar, por grande que sea, la perfeccion, de que sus obras pueden ser capaces. Por esto, en cuanto á la epopeya se refiere, una crítica sábia no puede separar, al buscar el modelo completo de este género, á la Iliada y Odisea de la Enéida, así como dándose á imaginar el tipo del poeta, se vé como en la precision de fundir á Homero y á Virgilio en una sola, magnífica y asombrosa personalidad. Bo-

deada del respeto y veneracion de las generaciones ha llegado á nosotros su memoria y del propio modo pasará á las venideras. Enlazados ámbos con abrazo de hermanos sobre el pedestal de la inmortalidad, vivirán en el mundo miéntras en él habiten séres inteligentes, amantes de la Belleza y del Arte.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SR. D. FRANCISCO CABALLERO-INFANTE Y ZUAZO,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESTACION AL DEL SEÑOR ALCAIDE.

Cada siglo su gloria á un hombre toma,
A Homero Grecia y á *Virgilio Roma.*

F. Escudero y Perosso. (Soneto á Cervantes.)

SEÑORES:

Nombrar á Homero es recordar la Grecia heróica, la Grecia de los Argonautas y de Troya, la Grecia fabulosa y legendaria, la edad poética de la literatura y del pueblo griego: á la vez, citar á Virgilio es tanto como traer á la memoria la Roma de la edad de oro, la Roma de los Augustos y Mecénas, de Horácio y de Ovidio. Cada uno simboliza un pueblo, un siglo. El primero es el nombre bajo que se reunen las leyendas gloriosas del pueblo griego, su epopeya: el segundo es el feliz, el acertado imitador que trata de crear en Roma el arte épico. Ellos han pasado de generacion en generacion cubiertos de inmarcesible láuro, ellos han sido la admiracion de uno y otro siglo; y si Grecia no tuviera otro monumento literario que la Iliada, podria aún decir: mi literatura es el modelo de las futuras, el guia á que deben amoldarse.

Difícil es comparar ámbos ingénios. Cada uno tiene un carácter propio, esclusivo, como el pueblo á que pertenece. Esta consideracion no ha arredrado, sin embargo, á nuestro nuevo compañero para presentarnos acerca de ellos un brillante cuadro que bastaría por sí solo, si no se uniera á méritos anteriores, para hacerle digno de ocupar el sitio á que entre nosotros ha sido llamado.

Conocidas son de todos las cualidades literarias que al nuevo académico adornan, pero especialmente de los que, como yo, el último entre los dignísimos miembros de este Cuerpo, han tenido la honra de ser sus discípulos y de oir de sus lábios lecciones elocuentísimas, ya de literatura clásica, ya de la Española. Su erudicion, sus profundos conocimientos en los idiomas griego y latino, su notable elegancia en el decir, su gusto perfeccionado con el estudio de las obras clásicas, justifican el buen acierto que habeis tenido, al llamarle á compartir con nosotros las tareas que nuestro honroso cargo nos impone.

Mas la alegría propia de este acto disminuye al recordar que, no es la ausencia, sino la muerte, la que le abre las puertas de esta Real Academia. Sí, la inexorable muerte, de quien decia Horácio, que *æquo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres*, ha hecho desaparecer de entre nosotros al sábio cuanto modesto y virtuoso sacerdote D. Jorge Diez. Su irreparable pérdida, tanto para la ciencia como para cuantos tuvimos la dicha de tratarle, deja un vacío notable en esta ilustre Asamblea, y á llenarlo viene el Sr. Alcaide, quien seguro estoy, y me enorgullezco al decirlo por el cariño fraternal que nos une, no desmerecerá del sábio humanista y eminente profesor de esta insigne Universidad. Témplase, por lo tanto, con esta adquisicion el dolor producido en nuestro ánimo por la pérdida del Sr. Diez.

El nuevo académico, en el notable discurso que acabais de oir, ha tratado de una manera perfecta la teoría de la imitacion, presentando las más notables hechas por Virgi-

llo en su poema la Enéida y tomadas de las obras de Homero. Seguirle en este terreno seria cansar largo tiempo vuestra benévola atencion, y por eso, ya que he sido designado, aunque sin méritos, para dar la bienvenida al Sr. Alcaide y contestar á su brillante disertacion, me permitireis os hable por breves instantes del *sentimiento* en Homero y Virgilio, sirviéndome para estudiarlo en uno y otro el pasage de la Iliada, conocido entre los críticos con el nombre de Εκτορος καὶ Ανδρομάχης ὁμιλία, ó sea la despedidá de Héctor y Andrómaca, y el de la Enéida denominado, los Amores de Dido y Eneas.

Tarea difícil y superior á mis fuerzas, pero que el deseo de cumplir un deber reglamentario, gratísimo hoy para mí, me obliga á llevar á término, confiado en que la benevolencia que siempre me habeis dispensado, disculpará los defectos que en este desaliñado discurso han de encontrarse.

I.

El canto cuarto de la Iliada contiene, desde el verso 390 hasta el 501 el episodio, objeto de este estudio; mas ántes de entrar en su exámen, conviene exponer sus antecedentes.

Los Dioses, que han tomado parte en la lucha entre Troyanos y Griegos, abandonan el campo de batalla y regresan al Olimpo. Sucédense á sus hazañas las de los héroes más nombrados de una y otra hueste, probando sucesivamente su valor y ardimiento Ayax, Agamenón, Ulíses, Adrásto y Diómedes. Los Troyanos no pueden resistir el furioso ímpetu de los griegos, y vénse obligados á retroceder. Entónces Heléno, hermano de Héctor, que se distinguía entre sus conciudadanos por el espíritu profético y de adivinacion que los Dioses le habian concedido, ordena á Enéas y á Héctor reanimen el valor de los soldados troyanos para que no huyan ante los griegos ni vayan á refugiarse en la ciudad en los brazos de sus mugeres, siendo así la risa de sus enemigos.

Al mismo tiempo, suplica á su hermano que vaya á Ílion y ruegue á su madre que (1) «prepare un grandioso sacrificio á Minerva, (la de los ojos azules λγαυκώπις,) para que se apiade de Troya y rechace léjos de sus muros al hijo de Tydéo, Diómenes, guerrero feroz, afrentoso causador de muertes, μήστορα κράτερον φοβοῖος.»

Héctor obedece las órdenes de Heléno y, saltando de su carro, dirige una exhortacion breve y elocuente á los troyanos que, animados con ella, hacen horrible carniceria en las filas de los griegos, hasta el punto de obligarles á retroceder. Este pasage ha sido imitado, aunque no con la sencillez homérica, por Vigilio en el libro IX de la Enéida. Viendo el héroe que sus esfuerzos no eran inútiles, prepárase á volver á Troya para ordenar los sacrificios, y Homero nos lo muestra caminando á pié con una piel negruzca que rodea los bordes de su redondo escudo y que toca á la vez su cuello y sus piés. (2)

Durante el tiempo empleado por Héctor en llegar á la ciudad, el poeta presenta un bello episodio, que nos dá á conocer la fuerza de la hospitalidad entre los antiguos. Siento que el corto espacio de tiempo de que puedo disponer, me impida examinarlo y hacer ver sus bellezas, que son de primer órden, encontrándose en él pensamientos tan hermosos como el contenido en los siguientes versos:

«Οἵη περ φύλλωνγενεὴ, τοιήδε καὶ ἀδρων.
Φύλλα τὰ μὲν τ' ἄνεμος χαμάδις χέει, ἄλλα δέ θυλη
Τηλεθόωσα φύει· ἔαρος δ' επιγίγνεται ὥρη·
ὡς ἀνδρῶν γενεὴ ἡμὲν φύει, ἠδ' ἀπολήγει.

«El nacimiento de los hombres es como el de las hojas, el viento las esparce sobre la tierra, pero las selvas las pro-

(1) Iliada, canto 6.º, versos del 86 al 100.
(2) Iliada, canto 6.º, versos 116 á 118.

ducen nuevas con la vuelta de la primavera: así nacen y mueren las generaciones humanas.»

No hubiera dicho más un poeta cristiano al considerar la pequeñez de la vida del hombre y su instabilidad. Este pensamiento, nuevo para Homero, no lo era sin embargo; semejante lo encontramos en uno de los más admirables libros santos, en el Eclesiástico. Posteriormente el autor del poema griego «Los Paralipómenos,» Quintus Cálaber, lo imitó, sustituyendo las hojas por las flores. En una preciosa elegia de Simónides de Zéa se han comentado estos versos, y por último el célebre filósofo Pyrhón los repetia frecuentemente.

Héctor llega á Troya, penetrando en ella por las puertas Sceas, donde encuentra reunidas á las mugeres troyanas que, llenas de ansiedad, le piden noticias de sus hijos y esposos. El héroe tan solo las contesta que vayan á rogar á los Dioses, porque la mayor parte de ellos están amenazados de grandes peligros. (1) Pasage imitado por Virgilio en el libro segundo de la Enéida.

Dirígese en busca de su madre, encontrándola cuando iba á ver á la más hermosa de sus hijas, Laodíce. El poeta ha descrito anteriormente la magnificencia del palacio de Príamo y sus habitaciones.

Hécuba se atemoriza á la vista de Héctor, temiendo que los griegos estén próximos á los muros de la ciudad, mas luego cree que la venida de aquél tiene por objeto el ofrecer un sacrificio á Júpiter y le presenta los útiles necesarios para hacer la libacion. Su hijo la desengaña y le explica las órdenes de Heléno, rogándola reuna á las troyanas para que juntas regalen un rico presente á Minerva victoriosa (ἀγελείη). Él entre tanto irá en busca de su hermano Páris á fin de obligarle á combatir contra los Acheos.

Marcha la esposa de Príamo al interior del palacio y to-

(1) Iliada, canto 6.°, versos 240 y 241.

mando un rico velo, obra de las mugeres de Sidón y regalo del bello Páris, dirígese en union de las mugeres más venerables de Ilion á ponerlo á los piés de la Diosa protectora de Aténas. Llegan al templo cuyas puertas les abre la sacerdotiza Theáno, la de las bellas mejillas (καλλιπάρηος), y levantando sus manos hácia la Divinidad recitan una hermosa plegaria, pidiéndola destruya á Diómedes. Virgilio, en el libro XI de la Enéida la ha traducido literalmente en los siguientes versos:

Armipotens, præses belli, Tritonia virgo,
frange manu telum Phrygii prædonis, et ipsum
pronum sterne solo, portisque effunde sub altis.

«Armipoténte, árbitra de la guerra, vírgen hija de Tritón, quebranta con tu mano las armas del Frígio robador, y derríbale en el suelo y póstrale bajo esas altas puertas.» (1)

Piadosa y conmovedora ceremonia, digna de aquellos tiempos heróicos. No es solo un cuadro poético, sino tambien una pintura histórica y de costumbres de la época. Repetidos ejemplos nos ofrecen los libros santos en sus admirables páginas.

Todo es inútil, sin embargo. Minerva no ha olvidado aún la ofensa que le fué inferida por Páris en el monte Ida, y ella y Juno han de ser enemigas constantes del pueblo troyano y fieles aliadas del pueblo griego. Así, esta idea esparce sobre todo el episodio un tinte melancólico, que lo hace aún mas grato para nosotros.

Héctor, entretanto, ha llegado al palacio, que en el interior del de Príamo, se habia hecho edificar Páris. Homéro

(1) No habiendo encontrado una traduccion castellana en verso del canto II que me satisfaga por completo, he preferido la hecha en prosa por el señor D. Eugenio de Ochoa.

presenta á aquel héroe, favorito de Júpiter, teniendo en su mano una lanza de once codos, cuya punta de bronce, rodeada de un círculo de oro, resplandecia cual viva luz. (1) Encuentra á su hermano Alejandro ocupado en dar brillo á sus armas, y á su esposa Helena repartiendo varios quehaceres á sus esclavas. El héroe le dirige severas recriminaciones por su cobardía, incitándole á combatir, acusaciones que Páris encuentra justas y á que contesta, ofreciéndole marchar al campo de batalla.

Helena, á quien el poeta se complace en disculpar y hacerla interesante hasta el punto de que los ancianos de Troya, al contemplar su hermosura, sus gracias y su ingénio, den por bien empleados los males que sufren, dirige palabras cariñosas á Héctor, y en ellas se lamenta nuevamente de ser la causa de las desgracias de aquel pueblo, culpando al Hado que así lo dispuso. Suplícale descanse por breves instantes, á lo que se niega el hijo de Príamo, manifestando que, antes de regresar al campamento, desea ver á su esposa é hijo, pues ignoro, añade, si volveré alguna vez á verlos ó si los Dioses me harán perecer en manos de los Acheos. (2)

Corre á su morada y no halla en ella á su esposa Andrómaca, quien, segun le dice una de las esclavas, sabiendo que los griegos acosaban á los troyanos, habia subido á las murallas con su hijo para tener noticias de su esposo.

Desolado el héroe marchaba ya hácia las huestes con el agudo sentimiento de no ver á los séres mas queridos para él, cuando al llegar á las puertas Sceas, por donde debia salir de la ciudad, encuentra aquellas personas tan amadas. Tiene entónces lugar el magnífico episodio que brevemente he de analizar.

Multitud de críticos extrangeros lo han hecho antes que

(1) Iliada, canto 6.°, versos 319 y 320.
(2) Iliada, canto 6.°, versos 367 y 368.

yo, y todos ellos no han tenido palabras bastantes con que elogiarlo. Rollin, Mme. Dacier, Bitauvé, Philarete de Chasles, Dugas-Montbel, Widal, hé aquí los más afamados que lo han estudiado. Son tantas sus bellezas, así en el órden moral como en el literario, que para recorrerlas, sería necesario hacer un trabajo voluminoso, dedicado exclusivamente á ponerlas en relieve. Por mi parte, solo deseo añadir una pequeña piedra al magnífico edificio, respetado y hermoseado por por los siglos y por los hombres.

El ciego de Chios, que ya se ha mostrado en los libros anteriores como gran conocedor del hombre y de la naturaleza, va á presentársenos ahora bajo un nuevo aspecto y á demostrarnos la universalidad de su génio. Nadie ha conocido como él la naturaleza exterior, nadie ha descrito cual él las batallas, los paisages, las tempestades, los grandes y variados espectáculos del mar. Nadie ha sabido conmover mejor el ánimo con la pintura de los afectos morales, ya en el indivíduo, ya en la familia. Para encontrar un génio, que pueda asemejársele, es necesario llegar á Shakespeare.

La ternura, la dulzura, la suavidad, la gracia y la delicadeza son los rasgos más notables de este episodio. Los ciento y tantos versos que lo forman, encierran, segun dice oportunamente un escritor moderno, tantas bellezas como palabras.

Andrómaca vé á su esposo y corre á su encuentro. Vá acompañada de una esclava, que lleva á su tierno hijo, semejante á un hermoso astro (ἀλίγκιον ἀστέρι καλῷ,) segun la bella expresion de Homero. Su padre le llamaba Scamandrio, pero los demás troyanos le habian puesto por nombre Astiánax, (1) porque solo Héctor defendia la ciudad. A la vista de su

(1) Astyanax se forma de las dos voces griegas ἄπτυ (ciudad) y ἄναξ (rey). Vale, pues, tanto como Rey de la ciudad, recibiendo aquí el hijo este título á causa del cargo que egercía el padre. Véase á Dugas-Montbel. Observaciones sobre la Iliada, t. 1.°, p. 297.

hijo sonrie en silencio. Andrómaca se le aproxima, vertiendo lágrimas. (1)

Notable es este trozo por la sencillez que revela; en medio del tono grave que al poema épico corresponde, el poeta coloca á un niño, lazo de amor entre sus padres. Admira la manera tan delicada con que presenta á una criatura destinada á ser víctima de la fatalidad y presa de las mayores desgracias. Lo compára con una radiante estrella. Tal vez la frase homérica haya dado orígen á la expresion proverbial, *bello como un astro*. Y no termina en esto la manera con que Homero sabe presentar el sentimiento. La silenciosa sonrisa que vaga por los lábios del padre, el sobrenombre que ha puesto á su hijo, las dulces lágrimas de la esposa y madre, pintan mejor que las más bellas frases, que los más delicados conceptos, el dolor, la pena que embarga en aquellos momentos á entrambos corazones. Héctor presiente su futura suerte. Andrómaca parece que vé descorrerse ante sus ojos el velo de lo porvenir. Oigamos, en efecto, el discurso que dirige al héroe troyano, considerado como una obra maestra de la antigüedad clásica:

«Tomando su mano, le dice estas palabras: infortunado, tu valor te perderá, ni tienes piedad de este niño ni de mi desgraciada; bien pronto seré viuda, pues dentro de poco, precipitándose sobre tí todos los griegos, te darán la muerte. Antes que perderte me sería preferible ser sepultada en la tierra: sin tí no tendré consuelo alguno, tan solo me quedará dolor: mi padre y mi augusta madre ya no existen: el terrible Aquiles dió muerte á mi padre, cuando saqueó la populosa ciudad de los Cilicios, Tébas, la de las altas puertas, pero al inmolar á Étion no le despojó, pues le contuvo el respeto: despues de haberle hecho quemar con sus soberbias armas, levantó un monumento, á cuyo alrededor las ninfas de las montañas, hijas del poderoso Júpiter, plantaron olmos. Tambien tenia siete hermanos en nuestro palacio, pero todos en un mismo dia fueron sepultados en el eterno sueño: todos fueron exterminados por el impetuoso Aquiles, el de los piés lige-

(1) Iliada, canto 6.°, versos 402 á 406.

ros (ποδάρκης), cuando apacentaban sus numerosos rebaños de bueyes y blancas ovejas. A mi madre que reinaba al pié del monte Plácion, cubierto de bosques, el vencedor la condujo á esta villa con las demás riquezas; sin embargo, la dió libertad mediante un fuerte rescate, pero en el palacio de mi padre pereció á manos de Diana que se complace en lanzar flechas (ἰοχέαιρα). Héctor, tu eres para mi un padre, mi venerable madre, mi hermano y mi esposo en la flor de la juventud. Ten piedad de mi dolor, permanece en lo alto de esta torre, no dejes á tu esposa viuda y á tu hijo huérfano.» (1)

Un célebre escritor moderno, Driden, ha criticado severamente esta arenga, considerándola como un lunar del poema. En efecto, dice, que es impropio que recuerde Andrómaca la muerte de sus padres que bien conocida debia ser de Héctor, para dar á entender los motivos que tenia de alarma. Tal vez pudiera darse la razon á aquel escritor, si se considerasen las poesías homéricas con relacion á nuestras costumbres; pero como para estudiarlas es necesario remontarse á los tiempos heróicos, léjos de ser un defecto resulta apropiado este recuerdo. La importancia que en aquella época se daba á las relaciones de los sucesos, de las desgracias ocurridas á los antepasados, era inmensa, y el efecto, que egercia sobre los corazones, de gran trascendencia. Nada tiene, pues, de extraño que el poeta ponga esta narracion en los lábios de la afligida madre que teme perder el único refugio que tiene en la tierra.

La elocuencia del corazon resplandece en este discurso: Andrómaca es en él más esposa que madre. Cuando Héctor perezca á manos de Aquiles, Homero sabrá pintarnos los sentimientos maternales con no menores bellezas. En él admiramos á la esposa que teme por los dias de su esposo, á la muger amante, modelo en la naturaleza y en el arte. Notable es encontrar sentimientos tan delicados en tiempos en que la guerra y la mútua destruccion eran el placer mayor del hom-

(1) Iliada, canto 6.° versos 407 á 439.

bre. Pero al mismo tiempo esas luchas estrechaban más y más los lazos familiares por la inminencia del peligro que amenazaba á los séres más queridos. Héctor, nos lo dice Andrómaca, lo es todo para ella, sin él nada le resta, y en su dolor no encuentra más consuelo que la muerte.

Este magnífico pasage ha sido imitado en diferentes épocas. Sófocles, que se inspiraba en las obras de Homero, para escribir sus sublimes tragedias, lo presentó de nuevo en una de las mejores, en el Áyax. Mas tarde, en el célebre poema los Niebelúngen, se encuentra un episódio que recuerda por más de un concepto el que se está analizando.

Andrómaca que comprende que el héroe troyano prefiere el cumplimiento de su deber á las más caras afecciones familiares, reserva para lo último conmover su corazon con el recuerdo de su esposa viuda y de su hijo huérfano. No menos bella es la respuesta de Héctor:

«Esposa amada, dice, los mismos pensamientos me preocupan, pero me avergonzaria ante los troyanos y las troyanas de largos velos (ἑλκεσιπέπλους), si, como un cobarde, me alejase de los combates. Mi corazon me inspira otras resoluciones: yo he aprendido á ser valiente, á combatir en las primeras filas de los troyanos por sostener la gloria de mi padre y la mia. Si, lo conozco en el fondo de mi alma: llegará un dia en que la sagrada ciudad de Ílion, Príamo y su pueblo perecerán juntamente, pero ni las desgracias venideras de los troyanos, de la misma Hécuba, de Príamo ó de mis hermanos, que aunque numerosos y valientes, caerán en el polvo, domados por los héroes enemigos, me afligen tanto como tu suerte, cuando un pueblo inhumano te encuentre llorosa despues de haberte privado de la dulce libertad: cuando en Argos tejas las telas á las órdenes de una mujer extrangera y que contra tu voluntad lleves el agua de las fuentes de Meséis ó de Hyperéo. Entónces dirán al ver correr tus lágrimas: esta es la esposa de Héctor, que fué el más valiente de los troyanos (domadores de caballos ἱπποδάμων), cuando combatian en Ílion. Así hablará cada uno y será para ti un nuevo dolor el no encontrar á tu esposo para alejar de tí la esclavitud. Que la tierra amontonada cubra mi cuerpo inanimado, ántes que oiga tus gritos y que te vea arrancada de estos lugares.» (1)

(1) Iliada, canto 6.°, versos 440 á 465.

El amor conyugal es el rasgo más notable de este discurso. Héctor es un hijo amante de sus padres, consagrado á ellos, pero aquí no lamenta su muerte por el dolor que pueda causarles, sino por la falta que hacia á su esposa. Este sentimiento es natural. Recordemos en este punto las célebres palabras del Génesis: «El hombre dejará padre y madre para unirse á su mujer y formar con ella una sola carne.» (1) Así, lo que al héroe atemoriza, es el porvenir de Andrómaca.

Conocida es de todos, cuantos han leido la historia antigua, la condicion desgraciada del vencido. *Vœ victis*, exclama Breno, al arrojar su tahalí en la balanza romana, y nada más cierto. Cualquiera que fuese su cuna, ya la más alta, ya la más baja, igual habia de ser su suerte. El ser vencido era quedar reducido á la más ínfima, á la más degradante de las condiciones. Recórranse todos los poetas antiguos así como los historiadores, y se confirmará la exactitud de nuestro dicho.

Héctor teme, no por la vida de su esposa, sino por verla reducida á teger las telas para personas extrañas, á sacar agua de las fuentes de Argos y Thesália con los ojos velados por las lágrimas. Esta última era una de las señales más marcadas de la esclavitud entre los antiguos. Así lo observa Mme. Dacier, esa ilustre escritora francesa que tan buenos servicios ha prestado á la república de las letras: (2) «Herodoto refiere que, despues de la toma de Memphis, Cambyses quiso que la hija de Psammético pasara por delante de su padre vestida de esclava en busca de agua. Del mismo modo en la Biblia, Josué conmina á los Gabaonitas á cortar madera y llevar agua para la casa de Dios. Ante tan cruel idea, se comprende bien que Héctor prefiera la muerte.»

(1) Génesis, 2.° 24.
(2) Mme. Dacier. Remarques sur l'Iliade.

Un célebre escritor inglés, Heyne, ha criticado con demasiada dureza el discurso del héroe troyano, y en contestacion á su juicio, séame permitido transcribir la defensa que de él hace el crítico francés Dugas-Montbel. (1) El discurso de Héctor, dice, respira el gusto de la más bella antigüedad. Aquel generoso guerrero que preságia un funesto porvenir, aquella esposa desolada, aquel niño que, en la inocencia propia de su edad, no prevee aún sus desgracias, forman la escena más noble y conmovedora que puede imaginarse. En su conjunto y en sus detalles prueba bien el poeta cuán enérgico y profundo pintor era de las miserias humanas.

Homero hace seguir á estas dos patéticas arengas una escena propia de la situacion.

Héctor quiere abrazar á su hijo, y para ello vá á tomarlo de los brazos de la nodriza, cuando el niño, espantado á la vista del casco de su padre y asustado con la cola de caballo que sobre él llevaba, ocúltase en el seno de aquella. Entónces el hijo de Príamo quítase el casco, y abrazando á su hijo, dirige una bella plegaria á los Dioses.

No ha podido hacerse un estudio más profundo de la naturaleza, que el que nos revela este cuadro, y así no es de extrañar que haya inspirado al célebre artista Flaxman uno de sus más acabados dibujos. La sonrisa que esta escena hace nacer en los lábios de su padre es propia completamente del momento, y así hemos visto á los hombres en medio de las circunstancias más aflictivas adquirir consuelos y fuerza con cualquier gracia de sus hijos. La plegaria que el ciego de Chios pone en boca de Héctor es la admiracion de los críticos, y con ella se cierra este magnífico episodio.

«Júpiter, dice, y vosotros Dioses, haced que mi hijo sea ilustre como yo entre los troyanos, que tenga mis fuerzas y mi valor, que reine

(1) Observations sur l'Iliade, t. 1.° pág. 303.

poderoso sobre Ilion. Que llegue un dia en que se diga, al verle volver de los combates: es más valiente aún que su padre.» (1)

Esta última frase pinta más que cuanto pudiéramos decir, la belleza de la súplica. El πατρος δ'ογε πολλον αμεινων es la espresion más sublime del amor paterno. Un gran crítico (2) ha dicho: la obra maestra de la creacion es el corazon de un padre. En efecto, se han visto hermanos celosos de sus hermanos, pero un padre celoso de su hijo? Sería el espectáculo mas horrendo. Para un padre no hay como la gloria del hijo. En ella se extasía, es la suya propia, es un patrimonio comun. El padre lo es todo por su hijo, ante su amor todo cede, para él ansía todos los bienes, toda la gloria.

He terminado el episodio que me propuse estudiar en Homero: háse visto de qué manera expresa el sentimiento, qué gran pintor fué de la naturaleza y del hombre, y cuán pocos han conocido como él el corazon humano.

Permitidme terminar la parte referente á Homero con las palabras de un célebre crítico francés: Los siglos pasados han admirado este episodio, dice, los siglos venideros no lo admirarán ménos, no tanto por la gracia de los detalles cuanto por la verdad de los sentimientos en él expresados. Las costumbres y los hábitos de los personages de los tiempos heróicos nada tienen de comun con los nuestros, y millares de años han pasado sobre su fabulosa ceniza, sin embargo hoy todavía nos conmueven, gracias al génio del poeta, que ha sabido despojar del velo de la fábula la conmovedora expresion de la humanidad.

II.

En cinco partes acostumbran los críticos á dividir el li-

(1) Iliada, canto 6.°, versos 476 á 479.
(2) El Abate Prebost.

bro 4.º de la Enéida que se ocupa de los amores de Dido y Enéas: 1.ª Progresos y desarrollo del amor de Dido: 2.ª Union aparente de aquella con Enéas: 3.ª Órdenes de Júpiter trasmitidas al caudillo troyano: 4.ª Esfuerzos de Dido para retenerle, y resistencia del héroe: 5.ª Preparativos y muerte de la reina.

La astucia de Vénus, al sustituir á Ascanio por Cupido, parecia librar ya á los troyanos del eterno ódio y de las persecuciones de Juno, pero por el contrario, viene á favorecerlo más y más. El violento amor que el Dios vendado produce en el corazon de la reina de los fugitivos Tirios, será un nuevo obstáculo que se suscite á Enéas y la causa del profundo ódio que en tiempos posteriores dividirá al pueblo romano del cartaginés.

Este amor desencadenado y violento que vá á vencer los recuerdos de Dido, que la llevará hasta el suicidio, forma el más bello de los episodios de la Enéida, y en él Virgilio manifestará que, en ocasiones dadas superó á Homero en la manera de pintar el sentimiento.

Desde los primeros versos del libro, vemos ya el carácter violento de ese amor; son imágenes fidelísimas de un corazon desgarrado, presa violenta de una pasion desmedida; las frases *gravi saucia cura, vulnus alit venis*, lo muestran perfectamente. La gradacion del dolor se completa con la idea de un fuego que la devora sin apercibirse de él, *cæco carpitur igni.* Los versos que le siguen pintan sus diversos efectos, ya en el espíritu, *multa viri virtus animo, multusque*, en el corazon, *hærent infixi pectore vultus verbaque,* ya en todo el cuerpo, *necplacidam membris dat cura quietem.*

Dido necesita confiar su amor y para ello acude á su hermana, á quien dá cuenta de los sentimientos que le agitan, y que ella no acierta ó no se atreve á comprender. Para disculparlo, de su boca solo salen elogios referentes ya á las cualidades físicas, ya á las morales, ya á la as-

cendencia de Enéas y así exclama:

«Quis novus hic nostris successit sedibus hospes!
Quem sese ore ferens! Quam forti pectore, et armis!
Credo equidem, nec vana fides, genus esse deorum.
Degeneres animos timor arguit. Heu, quibus ille
Jactatus fatis! Quæ bella exhausta canebat!»

(1) «Mas este huésped que tenemos, dime,
Cuál corazon habrá que no le estime?
Qué brio á su alma y brazo no acompaña?
Cuál se pinta en su frente su destino!
Yo, si mis ojos la ilusion no engaña
Que desciende de Dioses adivino;
Pues torpe miedo, que el semblante empaña,
Siempre delata al corazon mezquino;
Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,
Qué de combates concluidos canta!»

Para combatirlo, recuerda la fidelidad que debe á la memoria de su esposo Siqueo, y se conmina con las penas más crueles, antes que faltar á las severas leyes del honor. Una frase bellísima reasume por completo estos pensamientos:

«Ille meos, primus qui me sibi junxit, amores
Abstulit; ille habeat secum servetque sepulcro.»
«Pues de todo mi amor hice á él promesa,
Amar debo su sombra, honrar su huesa!

Las lágrimas, dulce don concedido por la Omnipotencia á la humanidad, son el desahogo de aquel lacerado corazon:

«Sic effata sinum lacrimis implevit obortis.»
«Dice, y baña en sus lágrimas, rendida,
El seno amigo.»

Ana, léjos de combatir aquel sentimiento, lo aviva aún

(1) Hemos adoptado la traduccion en verso del canto 4.° de la Enéida, hecha por el señor D. Miguel Antonio Caro, publicada por la Real Academia Española en el 2.° cuaderno de sus memorias, correspondiente al mes de Mayo de 1871.

más con sus reflexiones. Hace ver á su hermana que no exígen las cenizas y manes de los muertos tales sacrificios, y la alienta, comparando á Enéas con los reyes vecinos de Cartago, y haciendo ver la superioridad de sus dotes y hásta indicándola las razones políticas que aconsejaban llevar á cabo aquellos amores. Para lograr un feliz éxito, la aconseja haga sacrificios á los Dioses, procure llenar los deberes de la hospitalidad con el héroe troyano y discurra pretextos para detenerlo. El resultado de esta arenga lo muestran perfectamente los dos versos, que la siguen:

«His dictis incensum animum inflammavit amore,
Spemque dedit dubiæ menti, solvitque pudorem.»
«La voz de Ana el reprimido fuego
Torna de Dido en llamas encendidas,
Y en esperanzas del amor mas ciego
Las timideces del pudor nacidas.»

Comienza Dido á cumplir los deseos de su hermana, y al efecto recorre los templos, ofreciendo sacrificios por su propia mano. El poeta nos presenta aquí diversas transiciones. Primero apacíguase algun tanto su amor, para aparecer aún más violento al corto rato, obligando á Virgilio á exclamar en sentida frase:

«Heu vatum ignaræ mentes! Quid vota furentem,
Quid delubra juvant? Est mollis flamma medullas
Interea, et tacitum vivit sub pectore vulnus.»
«La ciencia del augur ¡oh cuánto ignora!
Ni ¿cuál rito sanó pechos amantes?
Consume fuego halagador la vida,
Fresca recata el corazon su herida.»

Desde este momento nos hace ver la fuerza del delirio de aquella pasion expresada en una bellísima imágen:

«Uritur infelix Dido, totaque vagatur
Urbe furens: qualis conjecta serva sagitta,
Quam procul incautam nemora inter Cresia fixit

Pastor agens telis, liquitque volatile ferrum
Nescius: illa fuga sylvas saltusque peragrat
Dictæos; hæret lateri letalis arundo.»
«Tal la Reina abrasada incierta guia:
Así tambien en la selvosa Creta
Algun vago pastor de léjos tira
A cierva incauta rápida saeta;
Él, que clavó el arpon tal vez no mira;
Ella en bosques y valles huye inquieta,
Y en vano huyendo de librarse trata,
Que vá con ella el dardo que la mata.»

Y al mismo tiempo, para que resalte más la situacion y el contraste, nos muestra al héroe ignorante *(nescius)* de aquel amor.

Pasa despues á pintarnos en breves frases su fuerza, su violencia, su duracion. El recuerdo, la imágen de Enéas no abandonan un solo instante á la reina. Ya es durante el dia, *nunc Aeneam per mœnia ducit, urbemque paratam incipit effari*, y añade para hacer notar su pudor, *mediaque in voce resistit.* Ya por la tarde, *nunc eadem, convivia quærit,* completando la frase con esta imágen, *Iliacos demens audire labores exposcit, pendetque iterum narrantis ab ore.* Durante la noche *post ubi digressi*, la calma de la oscuridad y la idea del sueño, *lumenque obscura, cadentia sidera,* hacen resaltar la agitacion expresada en estas voces: *sola domo moeret vaqua* y en esta accion, *stratsque relicti incubat.* De dia y de noche, ausente Enéas, su persona y su voz no se borran de su imaginacion, *illum absens absentem auditque videtque,* idea que se termina con otra más conmovedora y delicada, *aut gremio Ascanium, genitoris imagine capta, detinet.* Vénse por estos detalles la manera admirable con que el poeta romano sabe describir el sentimiento, pues no se fija solo en su expresion general, que podria hacerse un tanto vaga, sino que lo presenta de un modo perfecto y acabado, pintándolo y dándolo á conocer hasta en sus más insignificantes

pormenores, contribuyendo de esta manera á hermosear un cuadro ya de suyo bello. Al mismo tiempo, mostrando las obras de la ciudad detenidas, la juventud en la inaccion y abandonado el egercicio de las armas, ruinosos los muros, desplomándose las torres, manifiesta el efecto que en el corazon y en la imaginacion de Dido, causaba aquel amor, que ya, segun frecuentemente acontece, la hacía olvidarlo todo, para consagrarse á él por completo.

Virgilio necesita justificar el abandono en que más tarde ha de dejar Enéas á la Reina, y para ello, en la que pudiéramos llamar segunda parte del libro, nos ofrece al troyano uniéndose á Dido, aunque no con verdaderos é indisolubles vínculos.

La Diosa enemiga de los troyanos, la esposa de Júpiter, Juno, cree hallar en estos amores la ocasion de llevar á cabo sus planes y apartar de Italia para siempre aquel odiado pueblo. Avistándose con Vénus, fórjase la ilusion de que la engaña, y convienen ámbas en suscitar al dia siguiente, durante una proyectada cacería, una horrible tormenta para obligar á Dido y á Enéas á refugiarse en alguna cueva, donde ella cuidará acuda el Himenéo.

Nueve versos bastan al poeta para describir la caza, que en su delicadeza no la ofrece de béstias feroces sino de inofensivos animales, dedicando cuatro de aquellos á pintar la bella figura de Ascánio. Breve es tambien la descripcion de la tempestad, presentándola de manera, que justifique la dispersion de los cazadores, cuya necesidad la demuestra el último verso, *ruunt de montibus amnes.*

Ningun poeta cristiano podriá describir de una manera más pura, de la que lo hace Virgilio, aquella apariencia de enlace. En nada falta ni á la dignidad del poema épico, ni tampoco á lo que se debe al pudor y á la moral.

Inmediatamente se dejan sentir los efectos de aquella fatal union, que léjos de producir goces, solo males habia de proporcionar, *ille dies primus lethi, primusque malorum causa fuit.*

En la tercera parte del canto 4.º vuelve á encontrarse la gran riqueza de detalles, que hemos tenido ocasion de observar anteriormente. Ya es la descripcion de la fama, hija de la tierra, en la que sobrepuja al mismo Homero, y que por órden de los Dioses recorren las ciudades de la Libia, divulgando el deshonor de Dido. Ya el modo de retratar á Iarbas, rey de Africa y amante de aquella, sus estados, ya la súplica, que dirigida á Júpiter, pone en sus lábios. Ya por último, las órdenes del Dios supremo á Mercurio, y la bajada de éste á la tierra, exhornando estos cuadros en bellísimos versos con mil riquísimas comparaciones y hermosísimas imágenes.

El mensagero de Júpiter encuentra á Enéas ocupado en dirigir la edificacion de la ciudad. Échale en cara que abandone de aquel modo las órdenes del destino y olvide el porvenir de su hijo. Y cuando juzga haber producido el efecto necesario, regresa de nuevo al Olimpo.

Si se considerára, bajo el punto de vista de nuestras costumbres la conducta que vá á seguir Enéas, mucho tendríamos que tacharle. El calificativo de *Pius*, que le dá Virgilio, pareceria un sarcasmo, una cruel burla. Para nosotros, el amor es un sentimiento heróico, que nos obliga á llevar á cabo las más árduas empresas. Por él olvidamos nuestras más sagradas obligaciones y ante él ceden nuestros deseos y nuestras aspiraciones. Entre los antiguos se consideraba como una debilidad y casi siempre era una pasion propia solo de la muger. El héroe conserva siempre sana su razon. Además es necesario recordar que el poeta desde el primer libro ha hecho ver que Enéas solo experimenta por Dido un sentimiento de amistad y gratitud. Los envenenados dardos de Cupido hieren solo el corazon de la reina, mas no el del troyano. La desesperacion de aquella forma la cuarta parte de este libro.

Enéas, atemorizado con la aparicion, no sabe de qué medios valerse para huir de Dido, y por último llama á dos de

sus guerreros, ordenándoles reunan á sus compañeros, aparejen los barcos y estén dispuestos á marchar. Entretanto verá de qué modo logra persuadir á aquella á que consienta en su viaje; mas el poeta lo añade á continuacion, *Quis fallere possit amantem!* La fama que ha recorrido toda el Africa dá la fatal nueva á Dido. Virgilio pinta la furia de la muger que se cree engañada en estos magníficos versos:

«Saævit inops animi, totamque incensa per urbem
Bacchatur....»
«Corre por la ciudad, como se agita
En las orgías solemnes la Bacante....»

Y en las palabras que dirige á Enéas. En ellas se vé primero la amante ofendida, ultrajada, celosa; luego, á la muger que vislumbrando aún un rayo de esperanza, cree poder lograr todavia con la súplica se cumplan sus deseos. Digna es la respuesta del héroe, observándose en ella al hombre que se sacrifica por cumplir los deberes á que ha sido destinado.

Si á gran altura se ha elevado Virgilio hasta este momento, en las desordenadas palabras, en la actitud que hace tomar á Dido, vá á presentarse tan admirable que ningun poeta posterior ha podido superarlo. Ya no son súplicas, ahora son las reconvenciones de un alma injuriada, son recriminaciones, y por último, casi la pérdida de la razon. En este punto el poeta pintó con mágica verdad la fuerza de la situacion, y para completar más el cuadro los versos siguientes determinan perfectamente su verosimilitud:

«Sequar atris ignibus absens;
Et, quum frigida mors anima seduxerit artus
Omnibus umbra locis adero; dabis, improbe, pœnas:
Audiam, et hæc Manes veniet mihi fama sub imos.»
«Invocarás; y Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente.
Y cuando á manos de la muerte helada

Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, á tu mirada
En todas partes estaré presente.
Tu crímen pagarás; sabráse, oiréloꞏ
Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!»

Quiere olvidarle y no puede, y aunque le amenaza y pide á los Dioses le castiguen, le hagan desaparecer entre las olas, al mismo tiempo nos dice la suerte que le espera. *Frigida mors anima seduxerit artus.* De dudar es, que un escritor moderno pudiera describir mejor que el romano los efectos de una pasion contrariada.

El poeta presenta en seguida un nuevo espectáculo en los preparativos para la fuga y el ardor con que se hacen, y gran conocedor del corazon humano, muestra nuevamente á Dido recurriendo á las lágrimas y á las súplicas ántes de condenarse á morir, lo que justifica Virgilio en este bello pensamiento:

«Improbe amor, quid non mortalía pectora cogis!»
«Tú ¿á que un alma no obligas, amor ciego?»

Acude la reina á un nuevo medio. Comprendiendo que ha agotado con Enéas todos los recursos posibles, ruega á su hermana le hable é interceda con él; pero todo es en vano. Resuelve entónces morir y pidiendo á aquella que disponga una pira y coloque encima las armas de Enéas, para ofrecer un sacrificio que le ha sido ordenado por una sacerdotisa Masalióta, logra engañarla y que se cumpla su mandato.

Vacila aún, sin embargo, y durante la noche duda entre seguir á los troyanos, aunque teme no la admitan en sus naves, ó permanecer al frente de su pueblo. Aparécese un mensagero de los Dioses á Enéas, y diciéndole que la reina medita el incendio de las naves troyanas, le obliga á partir y á abandonar las costas de Cartago. Un episodio conmove-

dor y patético forma la quinta parte del 4.º libro, designándose con el nombre de suicidio de Dido.

Al despertar la reina de Cartago y asomarse á la atalaya vé la playa desierta y las naves de los troyanos que, á fuerza de remos, se alejaban de aquellas costas. Entónces, dando rienda suelta á su reconcentrado furor, prorrumpe en imprecaciones y amenazas contra los fugitivos y especialmente contra Enéas, que de aquella manera tan cruel la abandonaba. Lo primero que absorbe su atencion es la marcha del héroe, expresándola de un modo brusco, que revela á la vez sorpresa é ira. ***Prh Juppiter! ibit!*** En seguida acude al insulto, ***hic, et nostris illuserit advena regnis?*** Se admira de no haber acudido á las armas y llama, en frases entrecortadas, á todos sus soldados para que pongan fuego á la armada troyana. Apercíbese entónces de que delira, ***quid loquor? aut ubi sum?*** Cálmase algun tanto y el apóstrofe ***infelix Dido*** y la lentitud del verso expresan un sentimiento profundo de los males que se echa en cara, ***tum decuit, quum sceptra dabas***, y que al instante por un movimiento rápido y natural lanza sobre la perjuria y falsedad de Enéas.

«En dextra fidesque,
Quem secum patrios aiunt portare Penates!
Quem subiisse humeris confectum ætate parentem!»
«Traidor! y luego dél que vá se dice
Con los patrios penates, que de escombros
Salvo al anciano sacó en hombros!»

Al ocurrírsele este pensamiento cae en nuevos trasportes de furor. El traidor huye de su venganza, y con qué placer la describe! Las diferentes imágenes que el poeta forma prolongan sus suplicios y sus goces: desea verlo, ***abreptum divellere corpus, et undis spargere***, no á él solo, ***non socios, non ipsum***. Por último, la frase ***Ascanium, patriisque epulandum apponere mensis***, nos dá á conocer de un modo ad-

mirable la fuerza del delirio. Y sin embargo no lo ha hecho. La razon que por un momento la ha contenido, ***verum anceps pugnæ fuerat fortuna***, se ofusca nuevamente, ***fuisset! quem metui moritura?*** y entónces, cuántos nuevos planes de venganza proyecta! Hubiera incendiado sus naves, exterminando al hijo y al padre con toda su raza, y en un trasporte amoroso y de rábia exclama: ***memet super ipsa dedissem***. No se encuentra un goce horroroso, y nos parece oir rechinar los dientes de Dido con la ira, en los cuatro verbos que emplea, ***tulissem***, ***implessem***, ***extinxem***, ***dedissem***?

Comprende que tan solo le queda el recurso de acudir á los Dioses vengadores, y á ellos se dirige. Pronuncia en tono solemne la imprecacion. Nada mas imponente que las primeras palabras:

«Sol, qui terrarum flammis opera omnia lustras,
Tuque harum interpres curarum et conscia Juno,
Nocturnisque Hecate triviis ululata per urbes,
Et Diræ ultrices, et di morientes Elisæ,
Accipite hæc, meritumque malis advertite numen,
Et nostras audite preces....»
«Sol, cuya luz los ámbitos visita,
Tú que todo descubres, nada ignoras!
Juno, que viste mi amorosa cuita
Nacer, y hoy mides mis finales horas!
Hécate, á quien en calle Tripartita
Claman de noche! Fúrias vengadoras!
Oh Dioses, cuantos veis mi afan postrero!
Yo imploro compasion, justicia espero.»

No pide que se cumplan inmediatamente sus amenazas, sino que los Dioses, si así está decretado, le permitan llegar á Italia, y allí, acosado por las guerras de un pueblo audaz, desterrado de las fronteras, arrancado de los brazos de Iúlo, implore auxilio y vea la indigna matanza de sus compañeros, y cuando se someta á las condiciones de una paz vergonzosa, no goce del reino ni de la deseada luz del

dia, ántes sucumba á temprana muerte y yazga insepulto en mitad de la playa. Es imposible llevar á más alto punto la exaltacion amorosa, la pérdida de la razon. Pronostica las enemistades futuras de Cartago y Roma, *nullus amor populis, nec fœdera sunto*. Y pide á los Dioses salga de sus huesos un vengador y llega hasta desear la lucha de los elementos de uno y otro pueblo:

«Litora litoribus contraria, fluctibus undas,
Imprecor, arma armis; pugnent ípsique nepotesque.»
«Y muro contra muro se levante;
Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;
Y pueblo contra pueblo alce la frente;
Y guerra eterna mi rencor sustente!»

Al escuchar estas palabras, parece como que se vé levantarse ya la gran figura de Aníbal á ser el vengador de la ofendida reina, y cumplirse con la derrota de los romanos sus maldiciones. Solo la resta apresurar su muerte, *quam primum abrumpere lucem*. Virgilio supone que no se dirige sola á la hoguera, que ántes mandara preparar, sino que la presenta acompañada de su nodriza Barce á quien hace creer, así como á las mujeres de su servidumbre, que trata de ofrecer un sacrificio y entregar en él á las llamas la efigie del troyano.

Veamos cómo la pinta el poeta en tan terrible momento. Despues de la expresion general, *trepida et cœptis in manibus effera*, tres rasgos bastan para completar el cuadro: primero los ojos, *sanguineam volvens aciens*, segundo las megillas, *maculisque trementes interfusa genas*, tercero, la palidez general, la palidez de la muerte, *pallida morte futura*; el revolver de los ojos y los movimientos convulsivos del rostro, *volvens et trementes*. Cada nuevo detalle dá á conocer la imágen de la violencia y del arrebato, *irrumpit, furibunda*, hasta en la misma pira, *ensem recludit Dardanium*. La dulce reflexion del poeta *non hos quæsitum munus*, explica per-

fectamente las tristes palabras que vá á dirigir la reina antes de darse la muerte.

El amor tódo lo supera, y por eso ante él ceden los sentimientos de furor y ódio que laceraban el corazon de Dido. Subida en la pira, recuerda en breves y conmovedoras frases su vida anterior, su amor, su falta, y él modo con que la expía. Nótanse aquí bellezas de primer órden, como la célebre expresion ***dulces exuviæ, dum fata deusque sinebant,*** imitada de un modo incomparable por nuestro Garcilaso, en aquellos conocidos versos:

> **«Oh dulces prendas por mi mal halladas**
> **Dulces y alegres cuando Dios queria.»**

Besa el lecho, y pidiendo á los Dioses que el troyano lleve en su alma el presagio de su muerte, atraviésase el seno con su espada. Es tan rápida la accion, que casi á un mismo tiempo se la vé herirse y caer, ***collapsam,*** ensangrentadas las manos y el hierro. Digna es de observarse la magnífica gradacion que ofrecen las voces ***clamor, lamentis, gemitu, ululatu,*** y el ruido que resulta, ***resonat magnis plangoribus æter.*** Complétase el pensamiento con la comparacion que sigüe y el espanto que produce el aspecto de una ciudad presa de las llamas ó saqueada por el enemigo. Para remontarse á mayor altura, nos hace ver el efecto que causa aquella muerte en las esclavas, en la poblacion y en su hermana, á quien nos muestra tomando una parte activa en aquel doloroso cuadro. Su desesperacion, su dolor, se ven admirablemente retratados en las frases entrecortadas que Virgilio pone en sus lábios, y con que apostrofa á Dido. Bellísima, encanto de los críticos é imitadores, es la manera con que describe sus últimos instantes. Dirige una pesada mirada, ***graves oculos conata attollere,*** siéntese ya la debilidad ***deficit,*** á la que añade la herida, ***infixum stridit.*** Vémosla levantarse con grande esfuerzo, ***ter sese attollens,*** apoyarse sobre el codo ***cubitoque***

innixa, encontrarse levantada *levavit,* para caer enseguida, *ter revoluta toro est.* Seguimos la pesadez del movimiento de sus ojos, girando en sus órbitas sin distinguir nada, *oculisque errantibus alto cuæsivit cœlo lucem.* Las últimas palabras *ingemuitque reperta* terminan la expresion poética del sentimiento que quiere detener la vida, y la pena con que el ser animado se separa de ella. La poesia no ha producido nunca un pasage más perfecto. Permitidme transcribirlo por completo:

«Illa, graves oculos conata attollere, rursus
Deficit; infixum stridit sub pectore vulnus.
Ter sese attollens cubitoque innixa levavit:
Ter revoluta toro est, oculisque errantibus alto
Quæsivit cœlo lucem, ingemuitque reperta.»
«Los mustios ojos con fatiga vana
Trata de alzar la moribunda Dido;
Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
Del pecho abierto con cruel sonido.
El codo apoya, y por alzar se afana
Tres veces, y tres veces sin sentido
Cae sobre el lecho. Con errante vista
Busca la luz, y al verla se contrista.

Para verificar el desenlace, el poeta presenta á Juno ordenando á Iris desprenda de los miembros de Dido su dolorida alma, como lo egecuta, terminando el canto 4.º con estos preciosos versos.

«Sic ait, et dextra crinem secat. Omnis et una
Dilapsus calor, atque in ventos vita recessit.»
«Dice; el rizo pelo
Corta aqui con la diestra, y juntamente
El calor cesa que en el seno mora
Y la vida en los aires se evapora.»

He terminado el trabajo de dar á conocer y comparar la manera con que el poeta griego y el romano expusieron el *sentimiento.* Difícil es dar la preferencia al uno sobre el otro

en este punto, porque distintas son sus épocas, distintos sus caractéres. Sin embargo, la opinion más generalizada, si bien confiesa que Homero se elevó en él á gran altura, coloca por encima á Virgilio. Uno y otro son joyas incrustadas en las coronas artísticas de los dos pueblos clásicos, Grecia y Roma. Ambos son la admiracion del mundo, y vivirán cuanto él. Los dos estudiaron la naturaleza y el hombre en sus menores detalles, y miéntras el buen gusto no desaparezca, miéntras la crítica siga dictando sus razonadas leyes, ámbos serán modelos eternos en que se inspiren las generaciones venideras.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON GONZALO SEGOVIA Y ARZIDONE,

EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1872.

SEÑORES:

Grato y penoso es para mí, á un mismo tiempo, el cumplimiento de un deber reglamentario, que me obliga á presentaros este humilde trabajo; grato, porque en este acto puedo demostraros lo que mi alma siente; penoso, porque resalta mi pequeñez y falta de conocimientos, allí donde brilla vuestra bondad é indulgencia para conmigo. Quisiera no deciros una sola palabra que á mi persona afectase, pasar en silencio cuanto á mí se refiriese; pero al tributaros el más que debido agradecimiento, he de estampar sobre el papel algunas frases, testimonio perenne de mis sentimientos, expontánea manifestacion de mi alma, lazo que me une aún más á vosotros, y aumenta si es posible los deseos de hacerme digno del honor que me habeis conferido.

Al designarme para la vacante dejada por un ilustre Académico, llevado léjos de nosotros por el torbellino asolador de la política, comprendo cual fué la intencion que os guiara: no ha sido la de pagar merecimientos adquiridos, no la de traer á este sitio á quien pudiera dar mayor brillo á tan esclarecido Cuerpo, nó, solo habeis pensado en animar los desvelos de la juentud, que ávida de saber, aunque quizá

demasiado ambiciosa, anhela respirar la atmósfera de la ciencia, y busca los lugares en que esta pueda enseñarse y difundirse: cerradas están las puertas de esta Academia para quien no pertenezca á su seno, solo sus individuos pueden escuchar las doctas palabras que aquí se pronuncian, solo sus miembros pueden tomar parte en sus trabajos; y teniendo esto en cuenta, habeis dicho con la grandeza propia de quien tanto vale:

«Abrámos las puertas no solo al mérito, sino al deseo, entre la juventud, que trae todo el calor de la edad primera, y todas las ilusiones que rodean la vida, antes que el frio del desengaño entibie su fuego, venga á nosotros, súpla el entusiasmo al saber, obliguémosles al estudio, concediéndoles favor tan señalado, y ellos corresponderán como cumple á corazones honrados y agradecidos.»

Y bien, senores Académicos, este creo que ha sido vuestro pensamiento, tan delicado como noble, y por eso me explico mi presencia en este sitio, en el que viven imperecederos recuerdos de tantos ilustres varones, honra de las artes y las ciencias. Dejadme aún que ántes de comenzar á desenvolver el tema que me he propuesto, diga algunas breves palabras sobre la satisfaccion que me embarga, al tomar asiento en esta Academia, aquí donde no llegan las candentes luchas de nuestra triste y desgraciada política, aquí donde á nadie ciega el espíritu de partido, y donde solo se oye la voz de la ciencia por tan elocuentes lábios explicada. Aquí estan además mis maestros, á los que he debido el amor al estudio, á los que siempre profesaré un afecto filial, que ellos fueron para mí cariñosos padres y afectuosísimos amigos, llévenle estas líneas de nuevo el saludo de mi gratitud al colocarme entre ellos, y perdonen si á tanto ha osado, quien tan poco significa.

Terminado lo que para mí era al par que deber imperioso, dulce desahogo del corazon, paso á ocuparme del asunto elegido para tema de este pobre trabajo. La poesía lírica

en los cinco primeros siglos del Cristianismo, sus caractéres y breve juicio crítico de sus poetas: árduo es el asunto y muchas plumas doctas han dedicado su vida entera á tan hermoso estudio, fáltame, por lo contrario, conocimientos, galanura y, arranques para expresarlo, pero cuento con vuestra benevolencia, y nunca está solo quien con ella se acompaña.

La poesía lírica nació con el hombre, fué el primer acento de su naturaleza inteligente, el primer grito de su alma, la primera manifestacion de sus impresiones: el hombre sintió inundarse su corazon de luz, de alegria y de felicidad, sus ojos se alzaron al cielo, el nombre de Dios brotó en sus lábios y este fué su primer canto lírico: Milton en su inmortal poema *El Paraiso Perdido*, pone en boca de Adam un himno al Creador, homenage de su gratitud y admiracion: «Cantad á Jehová, dice, ángeles que habitais los cielos, celebradle en las alturas, bendecid su nombre, arcángeles y ejércitos celestiales.» Y en efecto, tal debió de ser el primer arranque de la poesia lírica, tales los ecos del primer ser; su canto se eleva á Dios como dulce expresion de su reconocimiento al considerarse Señor de lo creado, y dueño de un mundo, que ofrecia reverente á su Hacedor.

Piérdese en las oscuridades de los tiempos aun no investigadas por la ciencia moderna, el lirismo de las épocas primitivas, y tan solo dos regiones del Oriente, habitadas por la especie humana desde muy antiguo nos presentan muestras de su estro poético y parecen haber concebido é interpretado los más tiernos cánticos religiosos; el pueblo Indio y el pueblo Hebreo. En la India, sin embargo, eran gérmenes de inspiracion los dioses representantes de las fuerzas materiales de la Naturaleza, y aqui, el dios del fuego, ó Siva, alto poder destructor, fueron los objetos de la lira india. En Judea, por lo contrario, el Dios único es tan solo el celebrado, y la pureza del culto, y la grandeza y dignidad del Ser Supremo, resplandecen ante todo en la magnificencia de los

homenages que la musa judáica le tributa.

Admirable fué la poesia de los hebreos, ya la consideremos encerrada en el santuario y oculta entre aquella raza escogida, ó ya derramando su luz en derredor, hoy representa ella sola la historia de ese gran pueblo que, muerto y vivo al mismo tiempo, no tiene más pátria que su culto y sus gloriosas tradiciones. Y cosa prodigiosa, Señores Académicos, al mismo tiempo que su poesia conserva en el más alto grado el sello de una raza particular, es tambien por la fuerza y verdad de sus manifestaciones y por la abundancia de pasion que en ella domina el lenguaje que habla con más elocuencia á toda la humanidad. ¿Podrá jamás olvidarse el cántico de Moisés al pasar el mar Rojo? ¡Cántico sublime, que llegado hasta nuestros oidos sin la pompa que lo rodeaba y casi desconocido despues de tantas traducciones sucesivas, respírase en él sin embargo, el fuego del entusiasmo ardiente, testimonio el más grande de la sublimidad del peligro que arrostraban, al mismo tiempo que expresion la más viva del gozo que inundaba sus almas al recobrar su tan querida libertad: el himno de Moisés ha durado tanto como la raza hebrea, es el trofeo de su inmortalidad y sobrevive por completo á su ruina.

Tal género de poesía en consonancia con la tutela divina, protectora de los hebreos, cultivábase por ellos con toda la fuerza de la pasion, puesto que representaba sus anales, sus oraciones, la voz de su pueblo, las palabras de sus Sacerdotes, los ecos de sus Profetas, de los Profetas, poder colocado entre el pueblo escogido y el Dios adorado por él.

Imposible ha sido para la ciencia demostrar con exactitud la forma métrica usada por los hebréos, la medida exacta de sus estrofas, el mecanismo y conjunto de su admirable melodia, pero tal es la belleza esparcida en todas sus partes, que ha llegado hasta nosotros apesar de la ignorancia de las leyes que la regian y pasando desapercibidos quizás en cantos infinitos, pudiendo decir sin temor de ser desmentidos, que

la poesia sagrada de los hebréos, apesar de las oscuridades de su idioma, del desconocimiento de sus metros y de la falta de armonia, asombra al entendimiento humano y llega á una altura que jamás pudo alcanzar la lira de las demás naciones. Y téngase en cuenta que si este género de poesias nunca es festivo ni profano, tampoco hace alarde de gravedad, cabida tienen en ella las dulces afecciones, las alegres imágenes, el amor, la ternura, la esperanza, la alegria mal reprimida y hasta el mismo dolor, todos los afectos, todas las pasiones que engrandecen el alma, encuentran en sus versos forma magnífica de expresion. ¿Necesito recordaros el canto de Débora? ¿Conoceis nada más grande ni más inspirado? ¿Pudo pintaros la fantasía un cuadro más hermoso? En él vénse unidos el celo religioso, el amor de la pátria, el placer de la victoria, el delirio de la libertad recobrada, y todo con una entonacion tal, que por boca de aquella mujer oimos hablar á Jehová invocado por ella.

No puedo detenerme más tiempo á cônsiderar esa poesía, incomparable en la ternura, fuerte en el ódio, inspirada cuando bendice, terrible cuando amenaza, poesía la más humana entre todas apesar de lo divino de su orígen por que expresa como ninguna otra la pasion y los sentimientos del corazon, poesía patriótica sobre todas y tanto más elocuente cuanto que llora grandes males y gime bajo funesta opresion; que la esclavitud de un pueblo es el más horrendo sacrilegio, y la mas espantosa humillacion.

Despues de estudiar en el Asia las más altas inspiraciones del entusiasmo lírico, despues de haber admirado sus virtudes y sus cánticos, tanto guerreros como religiosos nos toca decir algunas breves frases sobre Grécia, nacion privilegiada, cuna de la más brillante civilizacion, que áun despues de sometida sigue siendo reina, que conquistada por las armas, conquista por su saber y que lleva á Roma, dominadora suya, sus artes, sus creencias, sus leyes y su modo completo de ser. En la rápida ojeada que nos es dado

echar sobre el lirismo griego, apénas podemos aspirar el perfume de tanta flor como esmalta campo tan rico, y únicamente citarémos los nombres de Homero, que, épico incomparable, empuñó tambien la lira con igual éxito; de Arquíloco, el más popular de los poetas griegos, cuyos cantos se repetian sin cesar en la plaza pública de Alcmano y de Arion de Methima, guardadores de las tradiciones de Orfeo. ¿Quién no conoce los cantos políticos y guerreros de Alceo y la apasionada poesía, los sublimes himnos mitológicos y eróticos de Safo, perfeccionadora del arte griego, triste y desgracia la poetisa que, víctima de un constante y acendrado amor le sacrificó hasta su vida en Leucades? ¿Quién no ha admirado la bravura de Callinos y de Tirteo en sus arrebatados cantos guerreros, y la pureza y brillantez de Estesícores, el más inspirado despues de Píndaro? ¿Quién no ha leido con fruicion los cantos políticos de Solon, legislador sábio é inspirado poeta?: y dentro de la escuela pitagórica y llegando al himno filosófico ¿quién desconoce los nombres de Jenófanes, Parménides y Empedocles? Y entre los poetas populares de la antigua Grécia ¿quién no admira á Anacreonte, cuya fama llena el mundo? Yo quisiera, si mis conocimientos lo permitiesen, hablaros con detenimiento de cada uno de ellos, pero ni los límites de este trabajo lo consienten, ni soy poseedor de tanta erudicion.

Esquilo y Píndaro, señores académicos, son los dos portentos de la Grécia y cada uno de ellos necesitara muchos volúmenes para su estudio, ámbos llegan al sublime por la grandeza y variedad de su lirismo, y ámbos llenan con sus nombres toda una época de la poesía griega. En tiempo de Alejandro la poesía esperimenta algun descenso y parece como que declina en su explendor; sin embargo en esa época admiramos el lirismo filosófico de Aristóteles y el religioso de Cleanto. Con la conquista macedónica pierde indudablemente el arte griego, y bien lo prueban los himnos del falso Orfeo y la literatura rebuscada y artificiosa de Calimaco; época de de-

generacion que solo termina cuando se verifica el renacimiento poético y Teócrito dá su voz á los vientos; Teócrito, modelo de gusto y pureza, y gala del vergel griego.

Roma fué ménos feliz que Grécia en cuanto á poetas líricos y estos hasta el siglo de Augusto limítanse casi esclusivamente á copiar á los griegos; así vemos que Livio Andrónico y Nevio se ocupan el primero de traducir la Odisea de Homero, y el segundo de buscar inspiracion en los trágicos y cómicos de la Grécia; no hicieron mucho más Ennio, Pacuvio y Atio en sus poemas didácticos y en sus tragedias; Lucilio y Terencio Barron manejan con habilidad la sátira, y Ciceron no alcanzó jamás gran renombre de poeta con sus poemas «Marius de consulatu suo y de tempóribus suis;» Cástulo y Lucrecio brillan más como líricos, pero siempre escriben sobre modelos griegos, careciendo de verdadera espontaneidad. Y es que Roma ocupada constantemente en conquistar, en acrecentar sus dominios y en cultivar sus tierras no daba asuntos grandes para la lírica que, si bien resuena algunas veces en tiempo de guerras, busca por lo general la paz y la tranquilidad. En el reinado de Augusto llega la poesía latina á su apogeo, y entónces nos sorprenden Virgilio, Ovidio, Tibulo, Rufo, Perseo, Próspero, Juvenal y Horacio príncipe de los poetas latinos, maestro del bien decir y gloria y orgullo de Roma. En Horacio encontramos ya el arte imitado de los griegos, ya el arte puramente nuevo, puramente suyo; conocedor de los clásicos griegos hasta el grado mas alto, es original al mismo tiempo y hay en sus obras un espíritu de novedad que lo distingue especialmente; los asuntos que maneja son siempre grandes, el sentimiento que les acompaña es por el contrario escaso. Horacio piensa mucho, siente poco; en su cabeza fermenta el génio, en su corazon existe el frio de la sociedad en cuyo seno vivia; su estilo es perfecto, su gusto esquisito y depurado; en cambio rara vez se inspira y solo

el deleite, el placer ó los sentimientos materiales encienden la rica llama de su estro; es el modelo mas acabado que pudiera seguirse bajo el punto de vista del arte puro; ¡Pero qué diferencia entre la musa que animaba á los hebreos y despues á Píndaro! ¿Qué se ha hecho de aquel calor y de aquella entonacion fuerte y robusta? Do fueron los rayos lanzados por estos pueblos? Moisés, los Profetas, Píndaro y Safo arrebatan, seducen; Horacio encanta, deleita, lleva un placer tranquilo á sus lectores, pero no espere el alma arranques de pasion y de sentimiento; su musa está falta de brio, que las costumbres de su época no podian ménos de reflejarse fielmente en sus versos. No soportaríamos su fingido entusiasmo si no le acompañase un encanto filosófico indecible; el eterno prestigio de que goza consiste en la pintura constante y exacta que del hombre hace y en el instinto poético que desarrolla al describir los goces de la vida privada: un saludo cariñoso del amigo que vuelve al hogar, un adios al que se aleja, un consuelo en alguna desgracia, un consejo en la prosperidad, un elogio, una súplica, un asunto cualquiera de la vida humana son para tan preclaro génio, ricos gérmenes de originales inspiraciones. Creador de la oda filosófica sin teatro, sin aparato, inventor de un género de poesía conciso como el pensamiento y brillante como el placer reune en sí lo que encantará siempre á los amantes de lo bello, cualquiera que sean los cambios exteriores del mundo; Horacio toca el corazon del hombre, no en sus grandes afectos y pasiones, sino en pequeños detalles y en sitios recónditos de donde no se borran fácilmente las impresiones. Amigo de la virtud y del valor desinteresado y lleno de moderados deseos es el fiel retrato de la humanidad, habiendo llegado á conseguir con sus versos lo que en ellos predicaba, instruir y deleitar á un mismo tiempo.

Despues de Horacio, apénas vénse brillar algunos raros destellos del génio lírico entre los gentiles, solo las creencias en primer lugar, y más tarde la marcha lenta de los

siglos hacen que la poesía se reanime y alcance nuevo esplendor. Séneca y Estacio presentan vestigios de entusiasmo lírico, pero al llegar á estos últimos cantos de la musa pagana, es preciso olvidar los asuntos inspiradores de la poesía antigua, y buscar nueva fuente de inspiracion, rico venero de sentimiento y de vida; en una palabra, el cristianismo y el Evangelio realizador de la poesía más grande, más bella, más heróica y más inspirada que pudo soñar el alma humana.

La Providencia, para abrir anchos caminos al cristianismo, habia permitido que Roma fuese la reina del mundo, al reunir tantos pueblos diversos bajo una misma ley, y al hacerles adoptar un mismo idioma; preparaba la difusion de la luz evangélica y de la unidad de creencias, al mismo tiempo la conciencia de los pueblos fatigados con el culto idolátrico conspiraba secretamente en favor de la nueva religion; las almas, víctimas de las supersticiones politeistas, tenian así mismo necesidad de creer, y todo reunido hacia comprender claramente que la hora de la regeneracion habia sonado para el mundo. Pero el politeismo era la religion del Estado, y atentar á los ídolos era atentar al Emperador, convirtiéndose en conspiradores los cristianos, que en abierta rebelion contra las leyes de la sociedad, derramaron su sangre por espacio de tres siglos sin apaciguar la furia de los tiranos, pero sin entibiarse por un momento siquera la constancia de los héroes de la fé que caminaban al suplicio con la sonrisa en los labios pidiendo perdon para sus verdugos y entonando alabanzas á su Dios que los llamaba á su lado, concediéndoles la palma del martirio.

No busquemos la poesía cristiana en esos tiempos de sangrientas persecuciones; en las épocas de lucha y combates no nacen los cantores divinos que inmortalizan las glorias del triunfo. La poesía viene á esparcir sus benditas flores en sus sagradas tumbas, despues que los heróicos confesores de la fé han ido á recibir en los Cielos la corona

concedida á sus esfuerzos y virtudes: la época de lucha, no de poesía; de predicaciones, no de lirismo; de los Santos Padres, no de los Poetas; este era el tiempo de la controversia, de la contienda entre el politeismo, la mitología y el mundo antiguo por una parte, y el cristianismo por otra. El arte, que vive de recuerdos, que anhela calma y quietud no puede florecer en los momentos de una laboriosa infancia, en que el espíritu humano, combatido por mil esfuerzos distintos, parece como que aguarda una norma fija para emprender su marcha regular por los campos del porvenir; es por decirlo así, un período de reposo, de transicion, en que el mundo entero se pregunta la direccion que debe tomar; sectas numerosas, hijas del misticismo oriental y del politeismo, producen la anarquía en el seno de la iglesia naciente; las heregías se suceden, llevando la desolacion á las conciencias ávidas de fé; todo amenaza, pero la verdad triunfa al cabo, no por la violencia, no por las coacciones, sino por la persuacion y por el poder moral del raciocinio. ¡Trabajo admirable de los Padres de la Iglesia que, comprendiendo su época, dominaron el error á fuerza de génio, de ciencia y de santa perseverancia! En el siglo IV, al fin, el magnífico edificio del catolicismo se asienta ya sobre sólidas é imperecederas bases.

El arte entónces, señores académicos, esperimenta notables transformaciones, y el culto del alma reemplaza al culto de la forma, la Iglesia adopta el idioma latino corrompido por el contacto de tantas naciones extrangeras, y al emplearlo en sus augustas ceremonias continúa siendo el vehículo de la civilizacion. La magnífica obra de regeneracion que tanta resistencia encontraba en el mundo gentílico, envolvia en sí la reaccion más fuerte contra el formalismo politeista, agente poderoso del sensualismo; era preciso, sin embargo, dar pasto sabroso á tantas imaginaciones llenas aún de las alegres fábulas de la mitología y poco dispuestas á aceptar los severos principios de la moral evangélica; por eso los

primeros poetas cristianos se dedicaron, bien á versificar la Santa Escritura y especialmente los milagros y la pasion del Redentor, bién á disentir en verso contra la heregia que amenazaba destruir la unidad de la fé.

El idioma de Virgilio, empleado por los escritores cristianos, alterado, corrompido y desfigurado por tantos elementos de disolucion, debia sufrir una inevitable transformacion, si habia de adaptarse á la expresion de las nuevas ideas y habia de ser comprendido por el pueblo: hacia falta á la naciente sociedad un nuevo idioma para expresar sus costumbres, sus sentimientos, sus aspiraciones y sus ideas; sin embargo, el latin, lengua viva aún, era el idioma del pueblo, y si por una parte se cambiaban las acepciones de algunas palabras y se aumentaban nuevas para darle forma cristiana al pensamiento, por otra las frases destinadas á la expresion de las ideas generales ni podian cambiar de significado ni prestarse á la fantasia de los poetas. Bajo este punto de vista, y debiendo conformarse al estilo clásico los poetas cristianos se resienten de los vicios propios de la decadencia, y si alguna vez escriben mejor que los poetas paganos de su tiempo, su latin no es por eso ménos imperfecto; apesar de todo, la poesia cristiana produjo obras maestras de inspiracion, tan pronto como se emancipó por completo de los lazos que aun la unian con la musa judáica.

Lo primero que encontramos es el himno sacerdotal, primitiva evolucion de la poesía en la infancia de las naciones, que nos dan á conocer las primeras chispas del génio poético cristiano, y los cánticos de los profetas y los salmos de David traducidos al latin resonaron magestuosamente bajo las bóvedas de los templos: ¡cánticos piadosos, efusiones del alma que se estasía á los pies de su Redentor y única poesía digna de la grandeza y santidad de las nuevas creencias, y cuyo carácter principal consiste en la gravedad unida á la dulzura con tal fondo de melancolía y de inspiracion divina, que casi se ven rodar las lágrimas á las plantas del

creador! ¡poesía nueva, hija del alma y contraria á la del paganismo, hija solo de la imaginacion!

Solo existen, señores académicos, tres grandes fuentes de inspiracion lírica; la religion, la pátria y el amor, pero no el amor de los sentidos, sino el amor ideal, el amor que nace del alma; de estas fuentes, las dos primeras son objetivas, la última subjetiva y puede existir en todos los tiempos, puesto que reside en el corazon humano el constante depósito de ella; sin embargo, solo en tiempo del cristianismo suena la lira inspirada por el amor del alma, la antigüedad no conoció este torrente que inunda el corazon del hombre regenerado por las benditas aguas del bautismo. Ya lo hemos dicho antes, la religion y la pátria inspiraron á Píndaro, el lírico más grande de la Grécia, pero la religion de los griegos era solamente la religion del arte, que hablaba á la imaginacion con formas humanas idealizadas, su patriotismo no pasaba de ser local y las glorias cantadas por Píndaro en sus odas heróicas son más bien las de su pais natal que las de Grécia entera: si pasamos á Roma, ¿podia inspirar la religion en una época en que dos augures no podian mirarse sin contener la risa? ¿podia inspirar tampoco la pátria, cuando solo existia en la persona del Emperador? Horacio canta á la amistad; sentimiento más profundo que apasionado, y que no puede dar al poeta la ardiente energia, la inefable dulzura, la inspiracion divina, en una palabra, que forma el entusiasmo.

El entusiasmo nació en el Jordan y el cristianismo solo ha conocido la poesía lírica en toda su admirable elevacion; el sentimiento patriótico por fuerte que sea no puede igualar al poder del sentimiento religioso en el alma llena de fé, el fuego que se alimenta en el hogar de la pátria no puede competir con la llama misteriosa y sublime que se enciende en el fondo del santuario ante los altares de un Dios vivo; los salmos de David, los cantos de los Profetas y la mayor parte de los himnos de la Iglesia sobrepujan, no

en arte, pero sí en poesía á los mejores cantos de la musa pagana. ¡Desgraciados de los que así no lo comprendan; el entusiasmo se siente, no admite demostracion! Pero las formas del arte antiguo, no podian apropiarse á los nuevos cantos cristianos, y los poetas desentendiéndose en parte de la prosodia, y fijándose más en los acentos que en la cantidad de pies, adoptaron la rima, preludiando de este modo el sistema métrico de los tiempos modernos.

Vamos á ocuparnos, señores académicos, del himno sacerdotal en Oriente y en Occidente, y de los poetas que lo cultivaron en una y otra region: en la Iglesia de Occidente los poemas didácticos y narrativos precedieron á la poesía lírica, no así en Oriente, cuya lira mas entusiasta adoptó desde un principio los cantos de los hebreos; el himno sacerdotal se nos presenta en los primeros siglos del cristianismo realzando las ceremonias del culto, debiéndose á la Iglesia Griega la iniciativa y siendo la hermosa lengua de los hebreos la encargada de inaugurar la nueva era poética; en efecto, el culto desplegaba gran pompa en todas sus ceremonias; el entusiasmo compañero de la fé en aquella edad heróica, el afán de la oracion y la sed del martirio, todo incitaba en Oriente á cantar en coro á un Dios muerto sobre la cruz para redimir á la humanidad. En el siglo II, el mártir Atenágenes entonaba sentidas oraciones en honor de Cristo y de la Trinidad, llenas de fervor y de poesía: en la misma época Clemente de Alejandría escribe el himno de la infancia y descúbrese una intencion puramente dogmática enmedio de sus más bellas imágenes: no busquemos arte en estos primeros cantos de la litúrgia cristiana; prosa en versículos simétricos más bien que poesía, brilla por su sencillez y falta de adornos, y el cántico que sale del alma resplandece lleno de sentimiento y de espresion. Al terminar las sangrientas persecuciones, y cuando el cristianismo pudo mostrarse á la luz del dia, el himno de la adoracion y del reconocimiento brotó de los labios de todo un pueblo

abrasado en amor divino; el idioma griego aprendió á entonar los cantos sublimes del Rey Profeta puestos en verso por Apolinario, y el grave exámetro adquiere más juventud y lozanía al sentir pasar entre fibras sonoras la ardiente inspiracion de los hebreos.

El llamado por gran número de autores, Teólogo insigne del Oriente, es tambien su poeta; hablamos de S. Gregorio Nacianceno; el eco armonioso del arpa de Solima vino á despertar el sentimiento poético en el corazon de aquel Santo Obispo que, educado en las grandes escuelas de la Grécia, hizo temblar con sus apasionados acentos la silla pontifical de Constantinopla en los tiempos de su gran esplendor: llevando la fé por egida ataca con el dogma la heregía de Arrio, soldado de Cristo defiende en sus versos desde el púlpito y en los borrascosos debates de los Concilios á la Santa Trinidad, y su poesía, que no se separa un punto de la más severa ortodoxia nos deja ver en él, más que al artista, al ferviente cristiano. Elevado á la Silla patriarcal de Constantinopla despues del edicto de Teodosio contra los arrianos, piensa tan solo en su sagrada mision, en asegurar el triunfo del símbolo católico fijado en el Concilio de Nicea, y los himnos que compuso para su Iglesia tienen un fin puramente dogmático y en consonancia con sus santos propósitos. Cuando cediendo á intrigas abandonó espontáneamente un puesto que tantos le envidiaron, y se retiró á Ascanio para vivir más cerca de su Dios, su alma desencantada de los bienes de la tierra y llena de los delirios del apóstol se manifiesta en toda su grandeza por medio de místicas efusiones y de melancólicos recuerdos de lo pasado y toman sus cantos el tono grave y sentido de la elegía; otras veces pensando en su querida Iglesia de Anastasia y con el corazon traspasado de pena exhala amargas quejas contra los que han privado á su rebaño del pan de su palabra, pero el anatema está dulcificado siempre con la resignacion del cristiano, que no quiere ocuparse de sí mismo sino dedicar todos sus

pensamientos al Cielo, y que al meditar sobre el destino del alma derrama en el seno del Creador, donde se trasforman en bendiciones todas sus angustias, sus desilusiones y sus tristezas. San Gregorio no cultivó solamente la poesía para alegrar su soledad, sino para acabar su mision, para completar su apostolado, para ofrecer á la juventud modelos de poesía cristiana, que sirviesen de contraveneno á los modelos profanos.

El gran Sinesio, Príncipe esclarecido de la Iglesia y discípulo de la célebre Hipátia, parece haber sido destinado á unir en sus dias la filosofía pagana con la teología cristiana por medio de los hermosos eslabones de la cadena del arte: sábio y creyente, era un Platon cristiano que hablaba el idioma de Píndaro; en sus cantos adora á Cristo, pero sin renunciar á la filosofía neo-platónica de que se han empapado en las escuelas de Alejandría; sus nuevas creencias en nada alteraron su aficion á las abstracciones metafísicas y dejándose ir por los senderos tenebrosos del idealismo contemplativo, Sinesio llega á ser el mas oriental de los poetas cristianos; y aunque sus himnos primitivos conservan un tinte pagano, piérdese éste poco á poco con la uncion de los cantos sagrados. El espectáculo de la naturaleza y de las magníficas noches en que mil estrellas tachonaban el puro cielo de Ciréne, su pátria, esparce sobre sus versos tanta poesía, colorido tan vivo, que se asemeja á un bardo del Oriente: los recuerdos del arte antiguo dominan en su brillante imaginacion áun cuando la razon del filósofo se inclina ante el yugo de la fé; apegado á las cosas terrenas vénse en él rasgos dignos de un epicúreo: «Concededme, Dios mio, dice, en una de sus odas, los beneficios de una vida tranquila alejando de mí la pobreza y tambien la peste terrenal de las riquezas.» Sinesio no consintió en separarse de su esposa al entrar en el sacerdocio; en una palabra, poseia un alma recta, cándida y pura, y aunque subyugado por los atractivos terrenos, la gloria y el amor, la necesidad de aplacar el

tumulto de las pasiones y los huracanes del pensamiento lo conducian á beber en los purísimos raudales de la fé. Nada prueba tanto como el ejemplo de este gran Pontífice la falta que en aquellos tiempos hacia la idea de Dios para colmar el vacio hecho en las conciencias con la estincion de los cultos idólatras: cuando dedicado únicamente á su santo ministerio empapa su alma en las creencias religiosas, su lira suena de distinto modo, y sin romper las ligaduras que le unen á la tierra, sus himnos consagrados á la gloria de Dios hecho hombre, fueron tanto en el fondo como en la forma irreprochablemente ortodoxos: en sus cantos se escuchan los acentos de un alma llena de los resplandores divinos, se oye el grito de las miserias humanas ofrecidas al Cielo en holocausto. Sorprende notablemente en el carácter general de este poeta la magestad de sus versos, que tienen á un mismo tiempo el arranque del águila y el vuelo reposado y bellísimo del cisne; sus desdichas públicas y privadas jamás resonaron en su lira, y sin embargo fué bien desgraciado. Vivió lo bastante para ver morir á todos los suyos, dispersarse su rebaño á quien adoraba con todo el calor de sus entrañas, arruinarse, en fin, con la invasion de los bárbaros, el templo sagrado que habia jurado defender hasta el último suspiro, y cuyas columnas abrazaba cuando fué sepultado entre sus escombros.

En el siglo IV, el lirismo penetra en Occidente, merced á la iniciativa de S. Ambrosio, venerable Pontífice, poseedor de tanta virtud como valor, y que habia prohibido la entrada en el Templo á Teodosio despues de las matanzas de Tesalónica. Perseguido por la Emperatriz Justina que profesaba el arrianismo, y miéntras el pueblo de Milan pasaba la noche en vela para defenderlo, Ambrosio para calmar la fatiga de sus fieles, les hacia cantar salmos como en Oriente; él mismo compuso himnos llenos de ternura y grandeza, de elegancia y magestad en los que ofrecia su alma á Dios en los éxtasis de su fé. En su himno segundo que empieza

Deus creator onnimur
polique rector, vestiens
diem decoro lumine
noctem soporis gratia.

observamos una especie de cuarteta de ocho sílabas, en que la disposicion de los acentos, y más tarde la rima reemplazan al número de piés, sistema ménos favorable á la armonía musical. El *Tedeum* es tambien obra de S. Ambrosio; el *Tedeum*, homenage de adoracion el más magnífico que á Dios ha hecho la humanidad; el *Tedeum*, cuyos solemnes acentos resuenan en los templos para consagrar todas las glorias y los triunfos de la tierra; el *Tedeum*, cuya magestad no tiene rival en ninguna otra literatura y cuyo canto, dícese, es imitacion de aquel con que celebraban los romanos el triunfo de sus guerreros en el Capitolio.

Dos Papas, S. Dámaso y S. Gregorio el Grande, trabajaron despues de S. Ambrosio en fijar las reglas del canto llano, eco de los himnos entonados á Céres en Eleusis; S. Gregorio, una de las grandes figuras de la Iglesia y uno de los firmes sostenes del Pontificado, merece el honor de haber dejado su nombre á la liturgia romana y á los cantos religiosos; en medio de sus graves ocupaciones compuso, sin embargo, himnos sagrados, cuya inspiracion es muy superior á las ligeras frivolidades de la musa pagana. Se le acusa de haber querido reducir á cenizas los modelos de la antigüedad para que no quedase tal huella del politeismo; pero es una calumnia que no ha echado raices para honra del Santo Pontífice: sin duda, en esos siglos de ardiente fé se destruyeron por un esceso de celo muchos monumentos de lo pasado y se sepultaron entre las ruinas muchos modelos clásicos, pero solo en Oriente se ejecutaron actos tales de vandalismo, contra los que protesta S. Basilio al escribir su tratado sobre la manera de leer con fruto á los autores

profanos, en el que el gran Doctor de la Iglesia enseña la utilidad que puede sacarse de esta lectura bajo el punto de vista de la moral y de la fé. La literatura cristiana no tenia modelos bastantes en esta época, y si el estudio de los clásicos profanos podia en cierto modo perjudicar á la fé, por el contrario sacaba á los pueblos de la ignorancia y abria á las inteligencias horizontes nuevos y desconocidos. Sea lo que quiera, la iglesia de Occidente no tocó con mano sacrílega á los monumentos de la literatura romana y no condenó á sus escritores por desconocer el Evangelio. Si S. Gerónimo reprocha á los elegidos para el sacerdocio el descuidar la Biblia y el Evangelio por leer á Virgilio, sabemos que el solitario de Belen esplicaba en su retiro á la juventud estudiosa las obras del poeta mantuano.

Llegamos á Prudencio, el gran lírico del siglo IV y el más ardiente admirador de Horacio, en cuyas obras se habia empapado: de familia romana, pero nacido en España, recogió la herencia de los poetas latinos y á los viriles acentos de su idioma se unen la gracia prestada por el Evangelio. Francia y España producen los grandes poetas de la época bizantina, la ciudad de los Césares dormia bajo el yugo de los emperadores; la pátria de Séneca, Lucano y Marcial, tan romana por la grandeza de su alma y el orgullo de su carácter, es tambien la pátria de Juvenio y Prudencio: las Galias, pátria de Rutilio, vió nacer á Ausonio, S. Paulino, S. Próspero, Sidonio Apolinario, S. Avito y Fortunato: tres de estos poetas triunfan en la arena lírica; Prudencio y S. Paulino en la época de los Santos Padres y Fortunato en el mismo seno de la barbarie; el primero es lego, los otros dos Pontífices como S. Gregorio Nacianceno y Sinecio. Prudencio fué jurisconsulto antes de ser poeta, y la poesía no fué para él el complemento del sacerdocio puesto que era lego, aunque muy versado en la ciencia religiosa: á los 57 años toma la lira y en verdad que no se espera encontrar tanto entusiasmo en una edad en que el árbol de la vida despojado de

sus flores, solo puede dar frutos maduros y sazonados; pero Prudencio convertido al cristianismo despues de una borrascosa juventud, entra en el santuario de la poesía cristiana con todo el celo de un neófito; de aquí la fuente de su entusiasmo religioso; el arte para él no fué un descanso, sino un sacerdocio, el instrumento poético que aquel siglo ponia en sus manos estaba cubierto con el moho de las edades y los que lo usaban, hacian de él un uso pueril y degradante, pero Prudencio supo rejuvenecerlo y trasformarlo con felices imitaciones de los poetas profanos desde Lucrecio á Juvenal y con el estudio de los libros santos, manantial inagotable de inspiracion divina. Poseemos de él dos libros, el *Catemerinon* y el *Peristefanon*: el primero contiene los cantos destinados á la celebracion de las horas cristianas y de las dos grandes fiestas del año, *Natividad* y *Epifanía;* los himnos de la mañana y de la noche son admirables; el poeta cristiano sigue las huellas de Horacio, pero ¡qué diferencia! miéntras que Horacio canta únicamente la gloria, los dulces placeres y las alabanzas de Augusto y de Mecenas, Prudencio busca solo la gloria de Dios y los aústeros placeres del alma cristiana que se abrasa en el amor de Cristo: la aurora matutina que disipa las sombras de la noche, es en los versos de Prudencio el símbolo del sol de verdad que disipa las nieblas del error y del vicio; la descripcion del sueño le presenta ocasion de narrar un magnífico contraste entre los cuidados y temores del malo y las celestes visiones del cristiano, á quien el Cielo inunda de puras alegrías: si se quiere sondar el abismo que separa el paganismo del cristianismo, compárese la oda de Horacio á la muerte de Quintilio y el himno fúnebre del Catemerinon y se verá la diferencia que hay de la nada á la eternidad, miéntras que el amigo de Horacio muere para siempre; la estrella de la inmortalidad se levanta sobre el cristiano, y entrando en el seno Dios solo espera la voz del arcángel para que el alma, abandonando el polvo, viva eternamente. El himno de la

Epifanía es la perla del Catemerinon; el poeta dá la medida de su inspiracion cuando describe la adoracion de los reyes Magos guiados por la estrella de Belen, y cuando pinta el martirio de los Santos Inocentes. En el Peristefanon el poeta canta el heroismo del martirio, y sus odas son triunfales como las de Píndaro, largas descripciones se mezclan en ellas á la oracion y á los cánticos de gloria en honor de esos sublimes confesores de la fé, cuyos horribles tormentos están descritos con una energía igual tan solo á la constancia de las víctimas desafiando la rabia de sus verdugos; los martirios de S. Lorenzo y S. Roman se distinguen entre todos por la riqueza de detalles y la galanura del estilo.

Prudencio reune los dos talismanes del poeta, la energía y el sentimiento, y su entusiasmo si no tiene el fuego de la juventud, no nace de corazon menos conmovido y de imaginacion menos potente; su inspiracion es superior á la de los líricos profanos sin esceptuar á Píndaro, porque Dios es el principio y el fin de ella; en cuanto al idioma no hay que buscar ni la pureza, ni la elegancia de los clásicos, pues aunque sea muy superior en forma, en ideas y en sentimientos á los poetas de su tiempo, no está sin embargo exento de los defectos de aquella época de decadencia. Seria pueril compararlo con los modelos clásicos; Horacio y Prudencio son dos grandes líricos, uno canta á Augusto, otro á Jesucristo; si Horacio hubiera vivido en la época de Prudencio, no le superaria ni en la forma, ni en el fondo; pero no comparemos, estudiémoslos y digamos que el más grande es aquel que nos eleva más el corazon, Horacio dará lecciones de buen gusto; Prudencio de entusiasmo y energía; es el poeta del siglo IV, y solo los exagerados encomios que de los latinos hizo el renacimiento, pudo dar al olvido por un instante su valiente é inspirado númen.

Tambien en España un Galo, hijo de una de las primeras familias y Senador Romano, que llegó á los más altos grados del Imperio, Paulino, discípulo y amigo de Ausonio

se convirtió al cristianismo, cediendo á las instancias de su adorada esposa Teresa, Santa como la que más tarde ilustró este nombre y nacida en este magnífico suelo, donde el cielo es tan brillante y hermoso como noble y generoso el corazon. Paulino renunció á la grandeza humana, pero el entusiasmo religioso le hizo poeta, y al sentirse inundado por los santos delirios del cristiano, se escapan de su lira incomparables torrentes de armonía llenos de uncion evangélica: su alma afectuosa, dulce, melancólica y serena nos lo presenta como un ángel de la tierra esparciendo á su alrededor el perfume de sus virtudes y el bálsamo de sus armoniosos versos, que semejan á una sonrisa del Cielo, que seca las lágrimas de la tierra, así como el sol naciente al disipar las nieblas de la noche, absorbe el rocío en el cáliz de la flores. Paulino despues de distribuir sus bienes entre los pobres se retira á Nola con su esposa, y cerca de la tumba de S. Félix á quien habia consagrado un ferviente culto, y cuya gloriosa herencia debia recoger más tarde: en los poemas escritos en honor de S. Félix derrama Paulino tesoros de ternura; no es artista por amor al arte, cristiano antes que poeta, respiran sus obras olor de santidad, ocúpase poco de la elegancia y el carácter distintivo y encantador de sus versos es la melancolía: Se dice que la melancolía pone el carácter espiral de la poesía cristiana, y en efecto es así, la melancolía nace del conocimiento del corazon humano, del destino del hombre sobre la tierra; gozar de la vida como un bien supremo, era la máxima pagana, despues de la tierra todo acababa; para el cristiano la tierra es un lugar de peregrinacion, la esperanza le sonrie en medio de las lágrimas y armado con esta divina brújula atraviesa los mares tempestuosos de la vida tendiendo una mano á los desgraciados para salvarlos del naufragio, y luchando sin cesar contra los vientos hasta alcanzar las orillas de la salvacion eterna. La melancolía cristiana es la musa del evangelio que medita sobre

la fragilidad de las cosas humanas con la vista fija en el Cielo y llamando á Dios á la humanidad degenerada; no es la melancolía una contemplacion egoista, un secreto deleite del alma que saborea los deliquios de un refinado misticismo, no es la pasion de las almas tiernas, depuradas por el cristianismo de las afecciones mundanas y que rodeando á la humanidad entera en un estrecho abrazo se abisma en el infinito; tal es la mision de S. Paulino en los tiempos de la barbarie.

El contraste que nos ofrece Paulino con su maestro Antonio, es fenomenal: nacidos ámbos en las Galias en tiempos del explendor de las escuelas de retórica y gramática, convertidos ámbos al cristianismo, el uno renuncia á los honores para vivir en la oscuridad como un santo, miéntras que el otro derrama todo el incienso de su palabra á los piés del Soberano, cuyo favor implora. Paulino, cristiano de corazon, conoce el vacío de la musa pagana y consagra su génio á sus nuevas creencias; Ausonio al abjurar el politeismo conserva en literatura el culto de los dioses, y el Olimpo continúa siendo su ideal poético; cristiano inconsecuente coloca lo bello fuera de lo verdadero y de lo bueno, como si esta Trinidad del alma no descansase sobre una indisoluble armonía, como si lo bello no fuese la irradiacion de lo bueno y de lo verdadero: Ansonio no olvida el imperio de la mitología, por eso fué artista, nunca poeta; sus versos no eran ecos de su alma, sino juegos de su imaginacion; no obedecia á sus convicciones al invocar á las divinidades gentílicas; cedia á la fuerza de la costumbre, La correspondencia sostenida con Paulino nos demuestra claramente que sin convicciones no hay poesía, y que Paulino, sin arte, escribe versos sublimes miéntras que Ausonio, hábil artista, no dá vida más que á frias concepciones. Sobre el génio de Ausonio, tenia un imperio inmenso la mitologia, y alguna vez no parece cristiano; hubiera superado á Paulino y á Prudencio si hubiera tenido más amor por

las cosas divinas, si se hubiera ocupado más de su alma que de su talento, si hubiera comprendido que las musas abandonaron el Parnaso y subieron al Calvario: estraña, por tanto, ver que Ausonio al lamentar la muerte de un amigo, consagra á la memoria cantos fúnebres en que los personages mitológicos reemplazan á los sentimientos y á las inmortales esperanzas que forman la gloria del cristiano.

Ausonio despues de esplicar retórica 30 años en su cátedra de Burdeos, la deja para ir á Treberis á educar á Graciano; allí compuso el «Centon nupcial,» poema indigno, hecho tan solo para adular y complacer á Valentiniano, que al tratar el mismo asunto quiso rivalizar en talento é inmoralidad con el preceptor de sus hijos; monumento que atestigua la degradacion de aquellos tiempos, lo mismo que el panegírico de Graciano, en que el retórico eleva á las nubes al Príncipe, porque le ha hecho Cónsul, ¡honor concedido ya antes al caballo de Caracalla! Estos gramáticos destinados solo á cantar alabanzas, y de cuyas plumas se escapan trozos desprovistos de interés poético, merecen, sin embargo, consideracion especial por haber conservado la cultura intelectual en aquellos tiempos de invasiones, por haber dejado cartas llenas de grande interés histórico, y por habernos legado algunos modelos notables en los géneros didáctico y descriptivo.

La mejor obra de Ausonio es sin duda el *Mosela*, poema descriptivo en que el autor cuenta su viaje por las márgenes de aquel rio, en cuyas orillas se asienta Tréberis; es el compañero del itinerario de Rutilio, con la diferencia que Rutilio era poeta y como tal escribia, miéntras que Ausonio es solo el artista que se dedica á pintar sin idealizarlo lo que tiene ante su vista: no se encuentra en Ausonio la dulce melancolía, los nobles arranques religiosos de Paulino, que, rechazando los pueriles adornos de la mitología, busca solamente al Dios del Evangelio en la naturaleza y en

el corazon humano; Ausonio olvidaba su alma y malgastaba su talento en la ociosidad de una vida disipada.

Entre los cristianos que cultivaron las letras en el siglo V, uno de los más célebres entre los galos fué Sidonio Apolinario: nacido de padres nobles y yerno del Emperador Avito, despues de haber gozado de los más altos honores, fué Obispo de Clermont; sus versos, sin embargo, escritos en su mayor parte antes de su elevacion á la silla episcopal, son tan paganos como los de Ausonio. Educado en las escuelas de los retóricos, sus obras son una mezcla de epístolas, panegíricos, epitalámios é improvisaciones llenas todas de adulaciones hiperbólicas y salpicadas de pedantescos adornos sacados de la mitología: hizo el panegírico de tres emperadores, Avito, Mayoriano y Authemio; frágiles sostenes de un edificio ruinoso, soberanos de un dia, á los que auguraba el poeta largos reinados; alrededor de estas sombras elevadas al trono por la intriga, y arrojadas de él al dia siguiente por el asesinato, no podia pensarse en escribir largos poemas, y solo se dedicaban á hacer pequeñas poesias y cortas improvisaciones. En el mismo siglo invadieron los bárbaros el templo de las letras formando un nuevo elemento corruptor; Sidonio apesar de sus pretensiones de gran escritor conoce la decadencia de los estudios y del lenguaje, y la deplora en versos llenos de energía que prueban el estado de su alma.

Sidonio no conserva hasta el fin de su vida su papel de cortesano; Prefecto de Roma y patricio eminente habia visto levantarse su estátua en el foro de Trajano, y una ambicion más grande y más noble entró en su alma, el sacerdocio. El cristianismo habia vencido á la sociedad gentílica y empezaba á domar á los bárbaros; los pueblos oprimidos buscaban un consuelo al pié de los altares y Sidonio comprendió que allí estaba el porvenir del mundo y de la civilizacion, yendo á aumentar las filas de la sagrada milicia; renunció á la poesía profana, pero sus costumbres de retó-

rico se encuentran todavia en sus cartas á los obispos de las Galias, la gravedad episcopal no se manifiesta en sus versos, y las poesías cristianas que hizo sin duda por espíritu de penitencia no son superiores en inspiracion á sus poesías profanas; el soplo de los profetas no ha pasado por sus labios, pero si no ha dejado monumentos poéticos á la altura de sus creencias, los ha dejado de su valor y patriotismo; en el dia del triunfo se doblega ante los bárbaros, pero en los dias de lucha combate con la palabra y hasta con el hierro á los invasores, y su resistencia fué tan enérgica que por él tardó algun tiempo más en someterse la Auvernia á los nuevos conquistadores.

Diremos dos palabras sobre los poemas épicos y didácticos de esta época. La poesía èpica en todo este período de tiempo no pudo levantar su voz, el objeto de los poetas era instruir, inculcar en los lectores las máximas de las nuevas creencias y no podian prestarse los asuntos á ficciones, ni galas que desvirtuasen el efecto; el poema narrativo no debia, pues, ocuparse más que de asuntos sagrados, de los hechos principales del antiguo y nuevo Testamento, de la Biblia y del Evangelio. La vida y pasion del Redentor de los hombres fué el tema escogido por dos poetas que mantuvieron durante toda la edad media las tradiciones de la antigüedad; Juvencio y Sedulio narraron la vida de los mártires para dar ejemplo á sus contemporáneos. ¿Qué valor tenian estos primeros ensayos de la musa épica? Escaso en verdad; el poema tal como le habian concebido Juvencio y Sedulio, solo podia producir obras medianas; los poetas cristianos de los siglos IV y V, se limitaron á poner en verso los textos de la Biblia; la versificacion no carecia de elegancia; el mecanismo poético estaba ménos impregnado en los defectos de la decadencia que en la prosa, la forma no era siempre indigna de Virgilio, pero no podia ménos de ser la forma virgiliana sobre un fondo cristiano, en una palabra, el idioma del paganismo esplicando lo infinito

sin espontaneidad, sin independencia, sin libertad, y por lo tanto con ausencia completa de inspiracion y de entusiasmo.

El poema didáctico, género que pertenece solo á las épocas de decadencia, es el mosén poético de todos, porque en él sustituye la reflexion á la intuicion, la teoría á la accion, la ciencia al sentimiento, el razonamiento filosófico no dá pasto á la poesía; los grandes poemas didácticos de la antigüedad no seducen por sus preceptos, sino por sus descripciones, sus episodios, sus imágenes tomadas de los fenómenos de la naturaleza y de los resortes del corazon humano; apesar de todo las teorías científicas en verso no son más que pruebas de brillante imaginacion en que el poeta despliega más habilidad que inspiracion y génio; á fuerza de precision y exactitud la poesía puede ayudar más á la memoria á conservar el precepto, pero la prosa será siempre el lenguaje de la verdad y de la razon, y la poesía el del color y el sentimiento; por eso no nos sorprendemos al ver que los poetas cristianos brillan más por el poder de la argumentacion que por la riqueza del estilo; el arte era cuestion secundaria para ellos; lo principal era el triunfo de la verdad.

Prudencio, á quien ya conocemos como gran lírico, escribió cinco poemas en defensa del cristianismo: la apoteósis que trata de la divinidad de Cristo y combate las heregías que pretendian desnaturalizar este dogma fundamental sobre el que está levantado todo el edificio de la fé; la cuestion teológica está tratada admirablemente y la poesía resplandece en varios pasages, cuales son la conversion del mundo gentílico, y los milagros del Salvador: el Hamartígenes, en que espone el orígen del mal, cuyo primer autor es el ángel rebelde que impele al hombre á revelarse contra su Dios: la Psicomáquia, en que pinta bajo formas alegóricas la lucha de los vicios y las virtudes en el alma del cristiano, es el drama de la vida, la epopeya del corazon humano, cuyas victorias son más gloriosas que las concedidas en el campo de

batalla. De todos los poemas didácticos de Prudencio, éste es el más celebrado, no el más perfecto, pero hay en él cierto interés y cierta originalidad que le ponen muy por encima de otras producciones de la época. La obra capital de Prudencio son los dos poemas contra Simaco; en el primero, Prudencio ataca fuertemente á todo el paganismo en general, y descarga su cólera contra los falsos dioses representantes de todos los vicios de la humanidad. El segundo poema se reduce á refutar los argumentos especiales que sirven de base al defensor del politeismo; en esta controversia dogmática, Prudencio no deja de ser poeta, y su inspiracion personal no le abandona en tan árduo trabajo, siempre vemos en él, en el vigor de su entonacion, en el poder de su imaginacion y en el entusiasmo de su alma, al gran lírico habituado á volar por regiones más altas.

No podemos pasar en silencio otro poema, al cual conceden algunos autores gran importancia, nos referimos al poema de S. Próspero contra los ingratos, en que se propone combatir á los pelagianos siguiendo las huellas del divino S. Agustin. El poema de S. Próspero no parece siempre inspirado por el Evangelio; el Evangelio es ley de amor y caridad, y S. Próspero ataca á la misericordia divina, suponiendo que Dios no quiere la salvacion de todos los hombres; el estilo de S. Próspero es fuerte y trata á sus adversarios con rudeza sin igual, motejándolos hasta de béstias; tengamos en cuenta la época en que se escribió, los medios que le rodeaban y la necesidad de combatir duramente la heregía; en otros tiempos otro hubiera sido su lenguaje.

Debemos ocuparnos, aunque muy brevemente, de la poesía de los pueblos bárbaros y conquistadores, de las obras de Enodio, S. Avito y Fortunato, concluyendo este trabajo, que se vá haciendo largo, y vale tan solo lo que vale nuestra bondad al escucharlo.

Originarios de las llanuras del Asia los pueblos septentrionales; valerosos, indómitos y aguerridos, sentian la nece-

sidad de pelear y no podian sufrir el yugo extrangero; para sustraerse á la dominacion romana, y para fijarse en climas más templados, marcharon hácia Roma aquellas hordas errantes, ávidas de lavar con sangre las injurias causadas á sus padres; como en otro tiempo los espartanos tenian sus tirtéos para sostener el ánimo de los combatientes, pero solamente cuando interrumpian sus marchas, pulsaban la lira los bárbaros del Norte, para vigorizar el ardor belicoso de los guerreros cantándoles hazañas antiguas ó escitándoles á nuevas empresas; sus cantos concluian con el fuego del vivac; sin embargo, esta musa salvaje dejó rastro en el espíritu de sus pueblos que se los trasmitieron como gloriosa herencia. No encontrámos en ella la evolucion natural de la poesía que tuvo lugar en la India y en Grecia, los clásicos y el cristianismo cambiaron por completo la direccion impresa á los cantos de los pueblos septentrionales; los cantos populares son la emanacion intuitiva de los pueblos en su infancia.

Antes del cristianismo, los celtas y los escandinavos tenian sus cantos epico-líricos inspirados por la guerra, y de los que formaba el fondo religioso el paganismo druídico y odínico: los celtas que habitaban las Galias, eran audaces y emprendedores, y se distinguian por el desprecio á la muerte, la vanidad, el cuidado en el adorno de su persona, su carácter generoso y sociable, su imaginacion, la flexibilidad de sus palabras, la aficion á hablar bien, y sobre todo una decidida vocacion por los cuentos y narraciones; su poesía fué mística ó guerrera, pero siempre llena de gravedad; tenian poemas en que se esponia todo el druidismo con sus sangrientos sacrificios en los bosques, sus dólmenes y sus menises.

Los cantos de los bardos en Holanda y Escócia, recopilados por Macpherson en su poema de Ossian, exhalan un perfume de dulce melancolía que contrasta notablemente con el entusiasmo guerrero; el culto de la naturaleza, el misti-

cismo de las razas célticas y galas, tienen su fuente en la religion druídica, cuyos principales dogmas eran la inmortalidad del alma, la metupícoris y el naturalismo: la influencia oriental es evidente, y se nota sobre todo en los cantos de los poetas galos al verificar el paso del paganismo al cristianismo por la fusion de la fé cristiana con el gnoticismo y el druidismo.

La mitología céltica desapareció en el siglo IV, pero las tradiciones primitivas de los escandinavos se conservan largo tiempo; en la religion de estos hombres terribles todo es áspero, salvaje como su país, todo respira venganza y horror; su mitología, personificacion de los grandes poderes cosmogónicos, solo contiene símbolos gigantescos; una raza que tiene delante de su vista espectáculos horribles de huracanes desencadenados, terremotos, nieves y abismos profundos, sólo puede comprender los grandes desórdenes de la naturaleza. Su Júpiter es Odin, su Eliseo el Walhalla, y su Tártaro el Nefelstein; Odin era un Hércules y representaba el valor. La mujer entre los germanos era respetada, no por su debilidad, sino por su sensibilidad; debia sin embargo ser valiente en la guerra, estar llena de virtudes privadas, y la castidad constituia el primer adorno del sexo; poco amantes de la belleza física solo se fijaban en la belleza moral. La monarquía fué hereditaria en las razas teocráticas, electiva en las razas guerreras. Los escaldas, bardos de los escandinavos, han dejado fragmentos epico-líricos reunidos en el Edda islandés; son poemas de hierro en que descuellan, en fogosos acentos; la salvaje indépendencia y la sanguinaria osadía de los hijos del Norte.

La invasion bárbara fué un hecho providencial; el cristianismo no podia egercer toda su influencia sobre una civilizacion decrépita y corrompida; necesitaba una raza jóven y vigorosa para hacer fructificar en ella la semilla de la fé y resistir más tarte á la barbarie musulmana. En los primeros años de la invasion un poeta cristiano, Salviano, habia

escrito un poema «De Providentia Divina» para justificar los hechos acaecidos, demostrando que el brazo de Dios estaba levantado contra la raza culpable y permitia la venida de los bárbaros para regenerar á la humanidad. El cristianismo fué el depositario de la ciencia y de la poesía; él salvó en esta época todos los monumentos prontos á sepultarse en aquel horrible terremoto; el idioma se corrompió con la mezcla de los dialectos bárbaros, la prosa era el lenguaje de la ignorancia, y solamente la poesía que no está al alcance del vulgo, conservó las tradiciones clásicas de la musa de Virgilio y S. Cesáreo, Enodio, Sidonio, S. Avito y Fortunato fueron las últimas glorias del episcopado y de la literatura latina.

Enodio, educado como Sidonio en la escuela de los retóricos, consagró su juventud á las sábias puerilidades de la mitología, y cuando más tarde se revistió con la púrpura episcopal, no pudo despojarse de la pesada carga de la erudicion pagana; su estilo es ampuloso y falto por completo de naturalidad y en su afán de disimular el vacío del pensamiento, tortura el idioma dándose aire de profundidad afectada; miéntras más rebuscado es su lenguaje, más sábio se cree y nunca dice ménos que cuando parece haber dicho más; Enodio tiene singular predileccion por los versos amatorios, y en algunos llega hasta la licencia: como Ausonio y Sidonio fué panegirista, pero no de un emperador romano, sino de un rey bárbaro, de Teodorico. La mayor parte de las obras de Enodio están escritas en prosa, los himnos religiosos que nos ha dejado, no están sin embargo tan desprovistos de imaginacion como pudiera parecer; los libros santos le habian enseñado el idioma del entusiasmo: la verdadera inspiracion cristiana, pura y sin mezcla, se encuentra ménos en su poesía que en la elocuencia evangélica de S. Cesáreo, que hizo más adeptos él solo que todos los doctores y poetas de la iglesia galiana.

Entre los poetas hay uno que aparece radiante entre las

tinieblas de la edad media, S. Avito, si no hubiera nacido en los confines de la época bárbara, hubiera brillado como el sol de medio dia, y no como el astro de la noche en medio de las oscuridades de la civilizacion. S. Avito fué el precursor de la moderna epopeya, dando á luz un poema que debia ser el gérmen de uno de los más grandes cantos épicos de la humanidad; sin igualar en génio al Homero inglés, el Milton de las Galias, sobrepuja en más de una ocasion al inmortal autor del *Paraiso perdido.* Para apreciar debidamente á un escritor, es preciso conocer la época en que vive y los obstáculos que entorpecen su marcha y detienen su talento; S. Avito no manejaba una lengua propia hecha para proferir acentos bíblicos; por otra parte, el gusto estaba depravado, y sin embargo se eleva el poeta por la energía de la frase, de la delicadeza del sentimiento cristiano á bellezas del primer órden; la fuente de esas bellezas poéticas estaba en la independencia de su imaginacion y en separarse del fondo de lo dicho por los libros santos referentes á la caida de nuestros primeros padres; concibió libremente su asunto, y si le ha faltado génio para expresar los grandes momentos del corazon humano y sus grandes esplosiones, ha sabido, por lo ménos, pintar con felicidad las peripecias de ese gran drama del Edem, que tanto influyó en los destinos del género humano; el poema sobre la caida de Adam, en el que existen descripciones admirables, forma una trilógia que empieza con la creacion del hombre, y concluye con su espulsion del Paraiso Terrenal; falta al lenguaje originalidad, pero se abstiene de toda frase mitológica, y el *Génesis* le sirve únicamente de guia.

El primer canto se llama *De initio mundi* y en él se ocupa de la creacion del hombre, despues de haber espuesto el plan general y las leyes á que obedeció la Creacion entera; la union del hombre y la mujer recuerda al poeta la union de Cristo con la Iglesia; S. Avito corona dignamente el himeneo de los dos séres de la Creacion enmedio de

los explendores de la naturaleza; el Paraiso es el tálamo nupcial, el Mundo el dote, los astros las antorchas que iluminan la casta escena de los primeros amores, todo pintado con una candidez y pureza encantadora; la descripcion del Paraiso es superior á la de Milton, y no podemos ménos de insertarla por nota, áun cuando sea pálida la traduccion. El segundo canto es la tentacion; én éste hay ménos inspiracion que en Milton; el Satan de Milton es más infernal y despierta más el interés; el de Avito tiene por incentivos la envidia y la venganza, y no es el hermoso mancebo del poeta inglés, sino el mónstruo espantoso en que cree el bulgo. Satan triunfa, y aquí comienza el tercer canto, ó sea el juicio de Dios; en esta parte pinta de mano maestra á los esposos criminales recorriendo la tierra, y deja escapar de sus bocas frases magníficas, lamentándose de ver tan léjos los astros y tan remoto el Cielo: el poema concluye con una invocacion á Cristo para que cierre el abismo abierto á nuestras plantas y nos vuelva la gracia perdida por nuestros padres. El gran honor de S. Avito, es haber sido comparado á Milton, prueba la más clara de la grandeza de su poesía y del vuelo de su imaginacion.

Despues de S. Avito, podemos decir que se borra la poesía, y vamos á verla espirar en las manos de Fortunato, obispo de Poitiers: Fortunato en la decadencia horrible del siglo VI, supo encontrar aún acentos de poeta, cuando su alma recogida á la sombra de un piadoso monasterio medita sobre los placeres del amor divino, su musa ligera y amenazada sacudiendo el polvo de su siglo, se eleva desplegando el estandarte de la Cruz, y el *Vexila regis* y el *Pange linguæ*, se escapan de sus inspirados labios; tambien canta á María en su himno *Ave maris stella*; en sus cantos sagrados es émulo de Prudencio y S. Ambrosio, pero su inspiracion es corta y cae con frecuencia en juegos de palabras y en refinamientos pueriles; su alma solo lanza gritos inspirados cuando cuenta la caida de Turingio, pero

la invencion no es suya, el poema salió del corazon de Santa Radegunda; Fortunato, confidente de las penas de esta ilustre Princesa, comprende entónces las lágrimas del corazon humano, y las cuerdas de su vieja lira resuenan con tristes acordes, últimos acentos de la poesía espirante, cantos del cisne de la musa latina inspirados por una hija de los bárbaros, sepultada en el seno de un monasterio de las Galias.

He terminado, señores académicos, el tema que me propuse desenvolver, y culpa mia será si no lo he hecho con la brillantez y precision que requiere; hemos visto á la poesía lírica nacer en el corazon del primer hombre, y hemos seguido rápidamente sus pasos, deteniéndonos en la musa cristiana, que recibe magníficos arranques de inspiracion con las máximas sublimes del cristianismo. ¿Necesito hacer comparacion entre las poesías gentílica, cristiana y bárbara? Hecha queda en las líneas precedentes, y tan solo añadiré que la lira politeista era esclava de la forma, y culta y refinada, por tanto; la lira cristiana por lo contrario se cuida poco de la forma, sobresaliendo en ella la inspiracion, las grandezas de la religion y la idea de un Dios grande, justo y misericordioso; la lira bárbara representa el principio de una época; el amor á la libertad y el culto de sus héroes forman sus bases fundamentales, y su historia acaba el dia en que se hacen conquistadores: el cristianismo, pues, fué la gran fuente de inspiracion, el perfume que inundó las almas de tanto sábio y les hizo exhalar cantos de grandeza y sublimidad, cantos que rebosan en entusiasmo y que lo producen aún en nosotros cuando recorremos las páginas de ese magnífico libro de la humanidad que se llama la *Historia.*

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON JOSÉ RAFAEL DE GÓNGORA,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESTACION AL DEL SEÑOR SEGOVIA.

SEÑORES:

Dos afectos contrarios luchan hoy en mí, al tener que dirigiros mi débil voz, interpretando los sentimientos de esta ilustre Corporacion, para con el nuevo Académico, cuyo elocuente discurso acabais de escuchar; el que produce la inmerecida honra, que he recibido al elegirme entre mis sábios y dignos compañeros para darle la bienvenida, lisongea mi corazon, tanto más, cuanto que es la primera vez que hablo en público en su nombre desde que tengo el alto honor de pertenecer á esta Real Academia, que por más de un siglo ha hecho brillar la antorcha luminosa de las Ciencias y las Letras en la hermosa Sevilla, y ha estendido sus resplandores con los escritos de sus sábios indivíduos hasta los más remotos climas; por esto confieso Señores, que me enorgullece el encargo.

Mas el conocimiento y seguridad de mis escasas luces, mis cortas fuerzas y la falta de erudicion necesaria para hablar ante corporacion tan ilustrada y tan distinguido auditorio, me llenan de temor, oprimen mi corazon y me abru-

man con terrible peso; pero debo obedecer y cumplir como pueda, no sólo por deber como Académico, sino por gratitud.

Doy pues el parabien al nuevo compañero en nombre de la que lleva por lema *Minervæ Beticæ*, y á la Real Academia por la adquisicion que ha hecho, sin tener que lamentar la muerte de otro; la ausencia ha ocasionado la vacante y me atrevo á presagiar que la ocupará dignamente el que hoy recibimos dando con sus conocimientos y actividad dias de placer á esta sábia Corporacion. Contando con vuestra indulgencia, entraré á rebuscar en el campo de la poesía, algunas espigas, que hayan podido escaparse de las manos del diligente escritor que me ha precedido, confesando ingénuamente, que cuanto yo pueda decir sólo servirá para amortiguar la lumbre de su elocuente discurso.

Demostrar el carácter especial de la poesía lírica en los cinco primeros siglos del Cristianismo y hacer un breve juicio crítico de sus poetas ha sido el tema elegido para su discurso, cuya erudicion, recto juicio y bello estilo, nos ha cautivado con sus acertadas pruebas elevando á la mayor altura la poesía lírica del Cristianismo y trayendo á nuestra memoria nombres ilustres de los líricos Indios, Hebreos, Griegos y Romanos, para deducir la superioridad de la poesía del Cristianismo.

Indudable es, Señores, que á todo género de poesía conviene el fuego celeste, el estro y el entusiasmo; pero, sin embargo, son más propios y peculiares de la lírica, siendo ella la que dá el hermoso título de poético al siglo, y á las personas que la cultivan; por ella el hombre expresa de un modo lleno de sentimiento los afectos, y las pasiones que dominan su espíritu.

La poesía lírica nació con el hombre, es el primer acento de la naturaleza inteligente, el grito primero del alma, la primera manifestacion de sus impresiones; esto afirma en su discurso el nuevo Académico, asegurando, que nació con

con el hombre, al sentir inundarse su corazon de luz, brotando en sus labios el nombre de Dios, á quien busca y alaba, siendo su primer canto lírico, y seguidamente nos presenta el *Paraiso perdido* de Milton, honor eterno de la Literatura Británica.

En efecto, Milton no canta los triunfos de un combate, ni nos entretiene con las imágenes de los antiguos poetas, con juegos, campos, etc., se propone y consigue delinearnos el primer pensamiento de Dios, que se manifiesta en la creacion del mundo y del hombre, pensamiento que reconoce al salir de las manos de su Creador, pues nada interesa tanto á la criatura como el análisis de los primeros movimientos del corazon; vedlo en el *Paraiso perdido.* Adan despierta, sus ojos se abren, no sabe de dónde sale, dirige una mirada al firmamento, orgulloso levanta al Cielo su cabeza, fija en él su vista, corre, se para, quiere hablar, dá nombre á cuanto le rodea, y lleno de admiracion y espanto exclama: ¡Oh tú, Sol, vosotros árboles, florestas, montes y colinas, valles y animales de diversas especies! ¿sabeis el nombre del que me ha criado? Ved ya el sentimiento primero del hombre, que conoce la existencia de un Sér Supremo, pues la primera necesidad que manifiesta es la de Dios. ¡Oh qué sublime es Milton en su Adan y Eva! Muy léjos está de Homero y Virgilio, pero hallaremos todo lo maravilloso y divino, en el capítulo V del Génesis, de donde aprende lo poético y sublime, cosa que jamás hubiera conseguido, sino conociendo la verdadera Religion, y estudiándola en los libros santos.

Dios se manifiesta á Adan; se duerme el que fué formado á su imágen y semejanza, y de una de sus costillas forma Éste con su virtud creadora otra nueva criatura. Eva, manifestando la caida de nuestros primeros padres, no presenta trastornado el universo, pero sí hace gemir al mundo, que acababa de ver el dominio de la muerte. El Eterno le llama, él se oculta, conociendo su pecado, confiesa su deli-

to, el Hacedor pronuncia el fallo, quedándole por herencia el trabajo, el dolor y la muerte para él y su posteridad, la maldicion á la serpiente astuta, y la promesa de que una mujer pisaria su cabeza. Ved aquí, Señores, la historia del género humano, y la oferta de la redencion, pudiendo asegurar sin temor, que éste fué el primer canto lírico, continuado despues por una multitud de poetas. Basta leer en Platon la constante tradicion de los Egipcios de haber compuesto Júdes los versos que se cantaban en sus fiestas, y basta recorrer las teogonías de los Persas, Fenicios y todas las antiguas naciones para conocer su antigüedad.

Si nos detenemos á estudiar la lírica de los Paganos, sólo hallaremos el dominio de las fuerzas materiales, el terror y la destruccion; pero los poemas líricos del Cristianismo ocupan un lugar muy diferente; la poesía religiosa presta alas al alma para volar henchida de dulce entusiasmo á la más sublime altura y reconocer un sér eterno que todo lo puede, que existe por sí mismo y que por él empezó á ser, y tomando la Biblia en sus manos penetra maravillosos arcanos, concibe elevados pensamientos. ¡La Biblia! Este libro santo está lleno de hermosas imágenes, su estilo es sublime, sus pensamientos grandes, magníficos. Leed con atencion á Moisés, y desde luego reconocereis lo que la Iglesia afirma. «Que es Dios el manantial del magestuoso rio de inspiracion con que fué escrita la historia de su pueblo.» Moisés escribe el Génesis, libro el más antiguo del mundo; no tiene que fingir, ni suplir con figuras é imágenes como los autores paganos; aunque vá á sacar de las tinieblas la luz, sólo emplea una palabra *fiat lux et facta est lux*. Se expresa con magestad y sencillez asombrosa, resumiendo toda la historia de la creacion en estas solas palabras, *In principio creavit Deus cœlum et terram*.

Recuerda el nuevo Académico el cántico de Moisés en el paso del mar Rojo y el magnífico de Débora. El cántico del más antiguo historiador del mundo, del libertador del gran

pueblo, del autor de la más exquisita legislacion que se ha conocido, el que flota sobre el Nilo, y se oculta en el desierto, divide y seca el mar, conversa con Dios en las nubes, y al contemplar el triunfo de su pueblo y la destruccion de sus enemigos, pronuncia las palabras incomparables que hallamos en el Exodo, *Cantemus Domino gloriose enim magnificatus est*, ¿y puede compararse toda la energía de Homero y la belleza de Virgilio con la energía y belleza de este cántico? ¿No eclipsa así mismo con su magnificencia á todos los poemas de las edades posteriores? Sigamos copiando algunos de sus versos. «Con el soplo de tu furor las aguas »se amontonaron, paróse la ola de la corriente enmedio del »mar: ¿Quién semejante á tí entre los fuertes? Eres magnífi»co en santidad, Hacedor de maravillas. Conturbados fue»ron los Príncipes de Edon, temblaron los valientes de Maab »y los habitantes de Canaám quedaron yertos. El Señor rei»nará eternamente y mas allá, *et ultra.*»

Cántico que demuestra hasta la evidencia que una obra divina ha de tener caractéres propios, que la distingan de las producciones del ingenio y del corazon humano. Recordemos ahora el cántico de Débora: «*Ego sum, ego sum »quae Domino canam, psalam Domino Deo Israel.* Oid, Re»yes, escuchad, Príncipes, yo soy, yo soy la que cantaré al »Señor Dios de Israel, diré una cancion. Cuando salias de »Seir y por las regiones de Edon pasabas, se movió la tier»ra y los cielos, y las nubes destilaron aguas. Los montes »se derritieron en su presencia, del Cielo se combatió contra »ellos, y las estrellas en su órden y curso pelearon contra »Sisara» ¿Puede encontrarse más elevado vuelo, ni mayor belleza y gracia? No, Señores; no recordeis este sublime canto, la dulzura de Horacio, que recreaba á Escaligero con la oda 3.ª *Quem tu, Melpomene, semel.*

Cierto que podemos dar una ligera ojeada á la poesía griega, y asegurar que fueron muchos los que dirigieron todos sus obsequios á Clio, maestra de la lira; Orfeo, Lino y otros

como Alcéo Stesicoro, Ibico, Simonides, Jocilides, Anacreonte, Píndaro y Saffo, cantan las alabanzas de los Dioses, y dirigieron sus versos al amor, pero sólo lo pintan con los colores del placer y del deleite; una golondrina, una paloma, un sueño, la vejez, la misma muerte, excitan en ellos las imágenes del amor; y ¿podremos comparar todas las poesías de los Griegos, y de Horacio entre los Romanos, con la lira sagrada? No en modo alguno.

Anacreonte canta el amor, pero leamos el libro de los Cantares, y en él hallaremos, no el amor que desaparece y se debilita, sino el amor divino, que con sus flechas hiere el alma, excita la variedad de los afectos, y muestra el fuego que abrasa el corazon. *Fulcite me floribus stipáte me malis, quia amore langueo*; y hasta la misma melancolía y tristes suspiros de la esposa, son superiores en dulzura á todos los placeres que pinta el poeta griego.

¿Puede compararse el estilo atrevido de Píndaro con el libro de Job? Las bellezas y brillantes imágenes con que en su segunda oda pinta la mansion del justo, palidecen al leer algunos pasages de Job. En este libro inspirado está la imágen de la más pura poesía; en cualquiera de sus capítulos encontramos el tipo más perfecto de la melancolía y la resignacion, y sólo él ha sabido llevar la tristeza del alma hasta el más sublime grado, hallándose en ella mucho de sobrenatural. En él está la figura más adecuada de la humanidad paciente, explicando todos los males de la raza humana. ¿Quién no se conmueve hasta lo íntimo cuando oye al Santo Patriarca exclamar: «Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo concebido ha sido un hombre, pues ahora durmiendo estaria en silencio y reposaria en mi sueño.» Innumerables son las poéticas palabras que pronuncia con sublime estilo y en todas ellas se demuestra el poder de Dios, confundida la débil razon del hombre, que advierte su miseria, y su alma se eleva á la sublime mansion, reconociendo á un Sér Supremo que todo lo llena con su inmensi-

dad, vislumbrando entre oscuros celajes su justicia, su amor y su providencia, como lo manifiesta la traduccion poética del Sr. D. Tomás Gonzalez Carvajal, indivíduo dignísimo que fué de esta Real Academia, en el capítulo VII de este libro:

¿Qué es la vida del hombre
Sino estar militando con viva guerra
Ó como el fatigado jornalero
Que todo su renombre
Lo reduce á labrar la dura tierra?

Y cuando el mismo Sr. Gonzalez Carvajal se propone hablar del poder de Dios en la traduccion del capítulo XC, habla de este modo:

Él arranca los montes de su asiento
Sin que ellos de su enojo se aperciban,
Él conmueve la tierra en su cimiento,
Y retiemblan las bases en que estriban
Las columnas del sólido elemento.
Por Él se esconde el Sol do no reciban
Los mortales su influjo y luces bellas,
Él vigila y oculta las estrellas,
Él es quien ha extendido por su mano,
Esa bóveda azul, la vez primera, &c.

Y ¿qué diremos de la excelsa magestad con que hace hablar al mismo Dios? Véase este pasage:

Di: ¿por ventura tú cuando naciste,
Mandaste amanecer á la mañana?
Fijastes tú sus pasos á la aurora?
Tú cual paño la tierra sacudiste?

Para zaherir la torpeza insana con que tanto se jacta el impío, continúa:

¿Has entrado en el mar con pecho fuerte?
¿Su fondo alguna vez has penetrado?
¿Abiertas has mirado
Alguna vez las puertas de la muerte?
Dímelo tú; pues que lo sabes todo
Cuál es la latitud de vuestro Cielo, &c.

Isaías y los Profetas nos presentan la primera belleza, la verdad divina, que conduce al hombre de las tinieblas á la luz hasta la region de lo infinito. Aunque pase en silencio, por no ser molesto el libro del Eclesiastes y los magníficos episodios del poema épico, que se encuentra en los Macabeos, no puedo dejar de aludir al Profeta David en algunos de sus hermosos salmos; ellos están llenos de soberbias descripciones, y los esclarecidos literatos, los célebres críticos, usando de las palabras más expresivas y de grandes elogios, han antepuesto las obras del Profeta Rey á toda lírica poesía profana, concediéndole gran superioridad sobre las obras de Alceo, Píndaro, Horacio y cuantos poetas lograron captarse con su lira la admiracion de las naciones.

A La Harpe, en su discurso preliminar sobre los salmos, parece que no pueda darse cosa más bella en poesía que el salmo 113 *In exitu Israel de Ejipto*, y dice: «Si esto no es poesía lírica y de primer órden, jamás la ha habido» y declara como la imágen más imponente, que puede concebir la imaginacion el *Inclinavit cœlos et descendit* del salmo 17, desafiando á que le presenten cosa comparable á este cántico en que David pinta la ira de Dios y sus efectos, á cuantos hayan leido la intervencion de los Dioses en Homero y Virgilio.

No es posible examinar uno por uno los salmos, pero sí debo asegurar que ellos patentizan en nuestro espíritu aquellos secretos resortes, que hacen revolverse sobre su eje toda la máquina del globo. Vemos á un Dios que no deja de obrar

sobre las criaturas, que abre su mano y llena todo animal de bendiciones «*et imples omne animal benedictione*; que alimenta á los cuervos pequeñuelos que le invocan, y ellos no siembran» ni sus padres siegan, y los cuida á todos y mantiene. «*Non serunt, neque metunt, et Pater vester cœlestis pascit illa;* que hermosea los lirios de los campos, con esplendor superior á la magnificencia de los Reyes. *Salomon in omni gloria sua non est coopertus sicut unus ex iftis*; que tiene contados nuestros huesos y en órden los coloca en el materno seno. «*Non est ocultalum á te, os meum, quod fecisti in oculto et substancia mea in inferioribus terrœ*;» que nos estableció sobre todas las obras de sus manos, *constituisti eum super opera manuum tuarum;* que nos hizo casi semejantes á los Angeles, *minuisti cum panlo minus ab Angelis gloria et honore coronasti eum*; que tiene los corazones á su arbitrio, y como quiere los inclina, *quocumque voluerit inclinavit illum;* que nos preserva de las flechas que vuelan en el claro dia, de los misterios de iniquidad que se comunican en las tinieblas, del Demonio meridiano, cuyos ataques son crueles; *á sagitta volante indie, á negotio perambulante in tenebris, ab incurso et Demonio meridiano*; que nos conserva enmedio de los tiros que la muerte arroja, y de quien es obra la vida que gozamos, *cadent á latere tuo mille et decem millia á dextris tuis, ad te autem non apropinquavit*; que nos conduce y sostiene con sus brazos cuando subimos escarpados montes y navegamos por los mares, *etenim manus tua deduces me, et tenebit me dextera tua;* que hiere como Juez y sana como padre, *qui mortificat et vivificat;* que conduce hasta las puertas de la muerte y retira de de ellas, *qui deducit ad inferos, et reducit*; que se halla en el Cielo, en la tierra, en el infierno, como autor de toda justicia, *si ascendero in cœlum tu illic es*; *si descendero in infernum ades.*

Palpita el corazon, el alma se abisma en un rio de dulzura, y reconoce que todo lo debe á Dios, que todo de él

lo recibe, oigamos al Maestro Fray Luis de Leon sobre el salmo 26.

Dios es mi luz y vida
¿Quién me podrá dañar? Mi fortaleza
Es Dios y mi manida
¿Qué fuerza, ó qué grandeza
Pondrá en mi corazon miedo, ó flaqueza?

No puedo detenerme más en citar tan sublimes cuadros. Observemos el tiempo en que apénas se vé brillar el génio lírico y exclamemos; ¿cuál fué la fuente de la pura inspiracion? El Cristianismo. Alejandro con sus conquistas trae el conocimiento y filosofía de los Griegos, hasta el centro de la India, y los confines del Asia, con el fin de sacar estos paises de la ignorancia en que estaban sumergidos; para saciar su indomable codicia, abre fácil comunicacion entre el Oriente y Occidente; las nociones adquiridas de los Magos de Persia, de los gipnosofistas de la India y de los Caldeos, unidos á los principios de los Sacerdotes Egipcios sobre la naturaleza de Dios, el orígen del mundo, el destino de las almas y las obligaciones del hombre, dan una nueva forma á los antiguos sistemas, aunque no pudieron conducir al demostrable conocimiento de la primera causa y del verdadero sistema de la naturaleza, pero los levantó con ideas más puras, y los dispuso y preparó para conocer la monstruosidad del politeismo, pasos favorables para los progresos del Evangelio.

De todas las Escuelas que se habian formado en la antigüedad, la más célebre fué la de Alejandría, en la que se enseñaba la unidad de Dios y todo cuanto podia preparar en oscura noche la aparicion de la brillante aurora del Cristianismo; esta Escuela fué causa del Platonismo y politeísmo, á quien rindieron culto Apolonio, Thianeo Plotino, Marino de Tiro y el Emperador Juliano, pero apesar de todos estos

progresos del espíritu humano, el politeismo era la religion del Estado, la dominante en el mundo, á quien los poetas consagraban sus liras, absorviendo y confundiendo el oriente y ocaso en la nacionalidad romana.

¡Designios sublimes de la Providencia, que hizo desaparecer las diferencias de raza, de creencias y costumbres bajo la espada del romano, para que despues brillase un sólo pueblo, bajo la dulce sombra de la Cruz! Todos acudian á su llamamiento, y ella ilustra, enseña y arrebata á los más célebres oradores de Grecia, á los primeros sábios del mundo; pero aquella civilizacion que ella enseñaba próxima estaba á morir, y como religion material y grosera ya no inspiraba fé al gentilismo, y entre tanto la mision de Jesucristo se cumplia, anunciando al mundo que habia llegado la regeneracion del linage humano.

Los Apóstoles se esparcen hasta las más remotas regiones para predicar el Evangelio, la pura ley de aquel que derramó su sangre en el Gólgota, pero el politeismo que conoce á un rival implacable, se levanta contra la verdad. Los Emperadores deciden destruir la doctrina que renovaba las bases de la Sociedad, combaten á Dios y la verdad, la persecucion toma mayores fuerzas, y la gloriosa historia de las persecuciones se escribe con la sangre de sus mártires, sacrificados desde Neron hasta Diocleciano; tiempo de lágrimas y suspiros, de silencio profundo; pero Constantino enjuga su llanto en los primeros años del siglo IV, realizando la transformacion moral del mundo, al proclamar como religion del Estado la Católica. Proscripto á poco el politeismo por Teodosio, fueron los últimos acentos de la musa gentil la religion artística de Séneca y Estacio.

Muy pronto, Señores, nació la poesía cristiana con el carácter lírico, cuyos patéticos suspiros se habian apagado en las Catacumbas y en el ruido de los anfiteatros. El lirismo cristiano saludando el triunfo del Calvario, celebró la victoria de los mártires, siendo un bálsamo consolador sus her-

mosos cánticos. Ella se levanta sublime y encantadora sobre los trofeos de la muerte, entonando con sonora voz el himno de la paz eterna. No hablaré del himno sacerdotal en oriente y occidente, ni de los salmos de David puestos en verso por Apolinario, porque seria debilitar los bellos coloridos con que el nuevo Académico ha sabido presentarnos tan hermoso como interesante cuadro.

El gran Basilio, defendiendo la Divinidad del Espíritu Santo, San Gregorio Niceno en sus trovas celestiales y otros, aparecen cual hermosas lumbreras del sentimiento, y el Nacianceno, poeta ingenioso y escritor sublime, cantó himnos hermosos con magestuosos versos, desde la más brillante entonacion hasta el simple epigrama, ilustrando y arrebatando el entendimiento. Si queremos compararlo con los más célebres oradores de la antigüedad clásica, diríamos que es á un mismo tiempo, grande como Demóstenes, brillante como Sócrates y sostenido como Ciceron.

Los poemas de que habla San Gerónimo, son de la más rica poesía, tanto por la invencion del pensamiento, magníficas, brillantes y variadas figuras, como por el grande interés que se descubre en ellos, ostentando la moral más pura y la ciencia de que estaban llenos sus autores, y apesar del dolor que le causó la muerte del gran Basilio, derramó el poeta sobre su tumba las flores de la elocuencia, siendo el intérprete de los sentimientos de la Iglesia por la pérdida de aquel grande hombre.

San Efren en Mesopotamia, se dedica á la poesía, y en ella nace y canta con expresion sublime los más grandes misterios, las verdades todas del Cristianismo. En sus cantos se notan los dulces acentos del alma que arde en el fuego del amor divino. En el siglo IV, el lirismo penetra en occidente por San Ambrosio, que con intrépido valor impidió á Teodosio la entrada en el Templo despues de la matanza de Tesalónica, y venció con denodado esfuerzo los exagerados deseos de Justina; entona himnos para consolar á su

grey, que lloraba la persecucion cruel que sufria; imita los salmos, y con cantos llenos de ternura que él mismo compuso, eleva á Dios su alma por la más viva fé, rindiéndole gracias por sus beneficios, como se vé en el *Te-Deum*, canto, que no tiene semejante en la literatura, entonado en el momento de regenerar con las aguas del bautismo al grande Agustin, al Aguila de la Iglesia, Doctor de la gracia, á quien su talento ligó con fuerte lazo á la religion católica; himno que la Iglesia repite siempre que recibe algun beneficio de su divino fundador. Las composiciones poéticas de S. Ambrosio han sido siempre reputadas como el tesoro más rico de piedad y moral pura, y reúnense en ellos la fuerza, la magestad, el adorno y la verdadera uncion.

Despues del poeta S. Dámaso, que pulsó con felicidad la lira cristiana, aparece la gran figura de S. Gregorio el Grande, firme apoyo del Pontificado, que dió su nombre á la liturgia Romana y á la música religiosa, componiendo himnos tan expresivos y sublimes, que son notables composiciones líricas cristianas; distinguiéndose en esta época Draconcio en su sublime poema *De Deo*, en que brilla la pintura que hace en su libro primero del Paraiso terrenal, digna de competir con la que en el siglo posterior escribió Alcimo Avito; y Orencio en sus cánticos al Salvador, *De Nativitate Domini*, *de Trinitate* y *Explanatio nominum Domini*, y *Laudatio*, recogiendo España toda la herencia de los poetas líricos, inflamados por el Evangelio.

Los ingenios españoles, no fueron los últimos que solemnizaron con la poesía los triunfos de la Cruz. Parecia que con las persecuciones egercidas contra los cristianos, habian dejado de oirse aquellos cantos, que condenaban los errores de Arrio; pero la fogosa y poética elocuencia de Osio, Obispo de Córdoba, se dejó escuchar y obtuvo triunfos decisivos. Vecio Aquilino Juvencio, célebre Presbítero Español, no toma su inspiracion en las obras del siglo de Augusto que engendró la vanidad y muchas veces la baja adulacion; fija

sus miradas en la obra de la redencion, y lleva á cabo tan feliz pensamiento, en la lengua y con nutrificacion latina, adoptada ya por la Iglesia, y ennoblecida por Tertuliano, Cipriano, Ambrosio y Lactancio, y que posteriormente se ha empleado de uno á otro polo.

Entre las muchas pruebas que pudieran presentarse del carácter de la poesía de Juvencio bastará recordar el pasage cuando Jesus quiere alimentar las turbas:

Ille jubet cunctis ibidem convivia poni,
Discipuli ostendunt, nihil amplius esse ciborum
Nisi pisces geminos, et farris fragmina quinque,
Hoc, inquit, satis est. Tnm mox discumbere plebem
Gramineisque toris jussit componere membra,
Suspiciensque dehinc cœlum, genitore precato,
Ipse duos pisces, et quinque ex ordine panes
Dividit, et dapibus mensas honoravit opimis,
Jamque explelat iacet (dictu mirabile) plebes,
Reliquiasque dehinc mensis legere ministri,
Bissenosque sinus cophinorum fragminis implent,
Cœnatum numerus tum millia quinque virorum·
Præterea populus matrum fuit et puerorum.

Otros muchos demuestran haber renunciado el poeta Español á las figuras y metáforas, que llenaban la poesía gentílica, valiéndose de los libros sagrados y de los Padres, y completando tan grande obra con los himnos sobre los Sacramentos de que nos dá noticia S. Gerónimo. Prudencio, el célebre Español, el sábio jurisconsulto, toma la lira convertido al Cristianismo, pisa las gradas del parnaso cristiano á los 57 años de edad, é inspirado por la fé, y arrebatado por la verdad emplea sus sonoros versos para defender la religion y publicar la grandeza y gloria de su autor divino. Sus priméras palabras, al dejar el mundo del error y volver su vista á la religion, las empleó en exclamar:

¿Quid nos utile tanti spatio temporis egimus?»

Con inspiracion divina escribe el libro de los himnos, el de las coronas, la Apoteósis, y el orígen del pecado contra los Marcionistas y Sabelitas, dos libros contra Simaco. ¡Con qué bellos colores pinta las flaquezas de los Dioses, presentando la lucha que empeñan las pasiones dentro del corazon del hombre, y la de las virtudes y los vicios en su combate del alma, refiriéndolo todo á Dios, á quien mira como la única fuente de salud, vida é inspiracion!

En el Catemeñinon describe la adoracion de los Reyes en Belen; de él son estos versos:

Quicumque Christum quæritis,
Oculos in altum tollite;
Illic licebit visere
Signum perennis gloriæ.

En su Apoteosis presenta el misterio de la Santísima Trinidad de un modo sublime:

Corde Patris genita est sapientia, Filius ipsa est:
Sanctus ab eterno subsistit Spiritus ore,
Tempore nec senior Pater est nec numine.

En el Peristefanon canta el heroismo de los mártires; la Psicomaquia, donde pinta la lucha del vicio y la virtud.

Dissere, rex noster, quo millite pelere culpas
Meus armata queat nostri de pectoris antro
Exoritur quoties turbatis sensibus intus
Seditio atque animam morborum rixa fatigat &c.

Notables son sus versos en honor del mártir Español S. Vicente:

Exclamat hic Vincentius
Levita de tribu sacra
Minister altaris Dei
Septem é columnis lacteis,
Tibi sita præsint numina;
Tu saxa, tu lignum colas;
Tu mortuorum mortuus
Fias deorum pontifex,
Nos lucis doctorem Patrem,
Ejusque Christum Filium,
Qui solus, ac verus deus,
Datiane, confitebimur.

Sublime es en su poesía á los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

Bis fluxit imber sanguinus per herbam
Prima Petrus sapuit sententia legibus Neronis
Pendere genuum prœminente ligno, &c.
Ut teris orbis iter flexi rota percucurrit anni
Diemque eundem sol reduxit ortus,
Evomit in jugulum Pauli Nero fervidum furorem
Jubet ferire gentium magistrum.

Ved pues, Señores, con cuánta razon ha sostenido nuestro nuevo compañero la superioridad de la poesía lírica Cristiana. En ella está, como dice Chateaubriand refiriéndose á Mr. de la Harpe, el bello y verdadero ideal, y hay tanta distancia de este sublime á cualquier otro sublime, como del espíritu de Dios al espíritu del hombre. En la poesía cristiana se vé la concepcion de lo grande en su principio; todo lo demás es mera sombra, así como la inteligencia humana no es otra cosa que una emanacion de la inteligencia creatriz, como la ficcion, aunque bella, no es más que la sombra de la realidad.

Dignas son de elogio las bellezas de los poetas paganos; pero estaban inspiradas por el error, y envolvian á la sociedad entre los pliegues del tupido manto de fementidas deidades. La cítara de los poetas cristianos no es más que el conocimiento de la verdad, que es Dios, cuya brillante luz irradia del Cielo, lanzándola y extendiéndola en mundos infinitos el fuerte brazo y vigoroso empuje de la Religion. Esta luz ilumina é ilustra con la hermosa antorcha de la fé divina y alcanza el conocimiento de sublimes verdades, que enseñan al hombre sus deberes para con Dios, para consigo y para con sus semejantes.

¡Sociedad; cuánto debes á esta Religion! Ella es la fuente de la sabiduría, donde han bebido los hombres las puras aguas de la ciencia; para cantar los triunfos y el valor de nuestros padres, para hacerte feliz y conservar la unidad que enseña y dá consistencia sin que pueda apagarse el fuego sacro, que la inspira, pues la poesía cristiana, que merezca este nombre, sólo puede tomar la inspiracion en la Biblia que es manantial perenne de explendor, de verdad y de belleza por su carácter figurado y simbólico, debido todo á la divina inspiracion.

No se puede dudar que la poesía cristiana ha sido un verdadero torrente de versos armoniosos y de sublime inspiracion. En todos los siglos se han visto pruebas inequívocas de esta verdad, y en las últimas edades y en nuestra pátria vemos que varones insignes han elevado la poesia religiosa, no sólo en verso sino hasta en escritos en prosa, á un grado notable de perfeccion. Las grandes figuras de S. Leandro y S. Isidoro de Sevilla, de Eutropio y S. Fulgencio en época remota, y en tiempos posteriores las de los dos Luises, de Leon y de Granada, S. Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus y Malon de Chaide, prueban que la religion cristiana es la más pura fuente de la poesía. Y ¿qué diremos de las epopeyas en que se ha cantado la verdad del catolicismo? Nadie de vosotros hay que ignore que la *Jerusa-*

lem libertada de Tasso, el *Paraiso perdido* de Milton, la *Cristiada* de Ojeda y la Mesiada de Klopstoch, los cuatro grandes poemas inspirados en las verdades de la religion cristiana, contienen tal cúmulo de pensamientos grandes é inimitables bellezas, que admiran al mismo tiempo y cautivan al lector.

He concluido: Ruego á la Real Academia me dispense la molestia que haya podido causarle mi pobre discurso, pues además de mis débiles conocimientos, el hombre se deslumbra al querer penetrar en la luz inaccesible de la Religion. Termino, pues, repitiendo los versos con que acaba su obra sobre poesía bíblica el Marqués de Casa Jara.

Mezquino corazon y mente oscura
A un piélago llevé de resplandores,
A admirar la beldad de la Escritura,
Y ofuscado quedé por sus fulgores,
¡Ah si acaso empañé su lumbre pura,
Tú, Santa Iglesia, enmienda mis errores,
Que á tu juicio infalible me someto
Con cadenas de amor á ti sujeto!

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON EMILIO MÁRQUEZ VILLARROEL,

EL 22 DE JUNIO DE 1873.

SEÑORES:

Al inaugurar mis tareas entre vosotros nada más natural que demostraros públicamente el agradecimiento que embarga mi corazon, por la insigne honra que me habeis dispensado, y pedir vuestra benevolencia y apoyo tan necesarios á mi falta de merecimientos y escasa aptitud. Si esta súplica la dirigieron cuantos se han presentado ante corporacion tan respetable y un público tan escogido é ilustrado como el que suele concurrir á estos actos, ¿con qué fervor no os la exigirá quien carece de las brillantes dotes de inteligencia y condiciones que adornan á los que le precedieron en estas solemnidades? Al cumplir en estos momentos un precepto de los estatutos, no tengo otra aspiracion que llenar esta formalidad, considerándome feliz si consigo entreteneros breve rato sin que el cansancio y el hastío se apoderen de vosotros. El asunto de que voy á ocuparme, exigiria, para ser desarrollado cual su importancia requiere, más espacio del que puedo disponer en un trabajo de esta indole, y solo pretendo, para no abusar de vuestra bondad, pre-

sentaros la Síntesis de los descubrimientos modernos sobre el sistema del mundo.

Los primeros datos sobre astronomía, que la historia registra, se atribuyen á los pastores Caldeos. En medio de las vastas llanuras del Oriente, donde la clemencia y benignidad del clima les permitia pasar las noches al aire libre, donde la pureza del cielo les ponia de contínuo en presencia del más bello, del más grandioso de todos los espectáculos, debieron ser y fueron efectivamente astrónomos contemplativos, como todos nosotros lo seriamos tambien á hallarnos en sus ventajosas circunstancias, y si las preocupaciones y exigencias de la vida civilizada nos dejaran tiempo y holgar para ella.

Cuando la esplendente luz del astro radiante ha dejado de bañar con sus cálidos efluvios la superficie de la tierra, y la luna no nos envia los suaves resplandores de su temblorosa luz; en una de esas noches serenas en que el alma contemplativa parece regenerarse con la paz universal; en que el perfumado aliento de las flores embriaga los sentidos, sin que el más pequeño rumor turbe la meditacion, nuestra mirada traspasando el azul oscuro de la bóveda aparente que nos envuelve, se lanza audaz á través de las regiones consteladas; visita esos espacios, tan lejanos, que el brillo de las estrellas más refulgentes llega á nosotros casi perdido por la inmensidad de la distancia; franquea esa extension inexplorada, y avanza hasta esas pálidas nebulosas, cuya difusa claridad parece marcar los límites de lo visible.

Nuestro pensamiento sigue al rayo visual que le sirve de mensagero, y dejándose llevar de su atractivo impulso, contempla con asombro aquellos remotos explendores, aquellas misteriosas magestades. La pureza de las miradas celestes, esa mirada lánguida y tierna de las estrellas, despierta la melancolía que reside en el fondo del alma, y bien pronto el espectáculo sublime de la naturaleza nos absorve

en un éxtasis vago é indefinible. Desprendidos de la tierra nos transportamos sucesivamente á cada uno de esos explendorosos astros. El sentimiento de la curiosidad se sobreescita; mil cuestiones surgen en nuestro espíritu y se presenta á la mente el gran problema de la Creacion. ¡La ciencia de las estrellas es una ciencia inmensa; en su vastísimo campo abraza la universalidad de las cosas creadas! Desgraciado el hombre, dice Guillermin, que no es accesible á ningun sentimiento de admiracion ante la magnificencia sideral, ante las grandezas de la naturaleza. Ser á quien tal suceda no es digno de ostentar sobre su frente la augusta corona de la inteligencia.

Con el objeto de fatigar lo menos posible vuestra atencion, en el largo, inmenso viaje que vamos á emprender por el espacio, daremos una suscinta idea de los lugares que hemos de visitar. El Universo se nos presenta en apariencia dividido en dos partes distintas; (ya vereis en seguida que esta division es puramente relativa á nuestra observacion personal). De un lado el sistema solar, al cual pertenece nuestro globo, y cuya estructura y mecanismo son hoy dia perfectamente conocidos; del otro las estrellas, cuyo inmenso alejamiento impide investigaciones tan detalladas.

El Sistema Solar, se compone de un globo central, enorme, el Sol, que por una poderosa atraccion semejante á la que egerce el imán sobre el hierro, obliga á un cierto número de globos más pequeños á describir en torno suyo órbitas casi circulares. Estos astros errantes, son los planetas, cuerpos oscuros por sí mismos que reciben del Sol la luz que reflejan y el calor que los vivifica. Para facilitar su estudio, los dividen los astrónomos en tres grupos distintos; consta el 1.°, que es el más próximo al Sol, de cuatro planetas de pequeñas dimensiones si se comparan con los del 2.° grupo; por órden de sus distancias del centro, han recibido los nombres de Mercurio, Vénus, Tierra y Marte. Constituyen el 2.° grupo, llamado de los grandes planetas, otros

cuatro, más alejados que los primeros del astro solar, cuyos nombres, por el órden de su menor distancia, son Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Tan voluminosos son estos, que reunidos los cuatro del primer grupo, no alcanzarian á formar un globo de las dimensiones del más pequeño de ellos, Entre estos grupos bien distintos, existe un 3.º compuesto de un número considerable de pequeños cuerpos, de los cuales se han descubierto ya más de ciento. Ocupan los Asteróides, (que con tal nombre se les designa) el espacio que media entre los dos primeros grupos. Comparados con los anteriores son ciertamente bien modestos, pues la mayor parte miden menos de 100 leguas de diámetro, y en algunos apénas llega éste á cuatro leguas. ¡Tristes despojos probablemente, de algun gran planeta, desecho antes de su completo desarrollo!

El astro resplandeciente que lanza sobre nosotros esos torrentes de luz y de calor, es como dice Flammarion, el corazon de este organismo jigantesco, y sus latidos vivificadores conservan y alimentan su prolongada vida. Este magnífico astro, es á la vez la mano poderosa que los sostiene en el espacio, el hogar que les dá calor, la antorcha que los ilumina, el manantial fecundo que vierte sobre ellos los tesoros de la existencia. Él es quien permite á la tierra gravitar en los espacios, sostenida por la invisible red de las atracciones planetarias; quien la dirige en su camino, y distribuye los años, las estaciones y los dias. Él quien prepara un trage nuevo á la esfera helada por la desnudez del invierno, y la reviste de lujoso y brillante atavío, cuando hácia él inclina amorosamente su polo cargado de nievies. Él es el astro glorioso que viene cada mañana á derramar los explendores del dia en la atmósfera trasparente, ó roba al dormido Occéano una pequeña parte de sus aguas, que transformará en benéfico rocío para los campos sedientos. Él forma el viento en los aires, la brisa del crepúsculo en las playas, las corrientes pelágicas que atraviesan

los mares. Él, quien conserva y renueva los principios vitales de los flüidos que respiramos, la circulacion de la vida en los séres orgánicos, la estabilidad regular del mundo. Él es en fin, á quien debemos nuestra vida intelectual, y la colectiva de la humanidad entera, el alimento de nuestra industria, y mas aún la actividad del cerebro, que nos permite revestir de forma los pensamientos y transmitirlos mútuamente en el brillante comercio de la inteligencia.

¿Qué imaginacion es tan poderosa que pueda abrazar en toda su plenitud la accion de este astro sobre todos los cuerpos sometidos á su influencia? Un millon y cuatrocientas mil veces más grueso que la tierra, y setecientas más voluminoso, por sí solo, que todos los planetas reunidos, es en los espacios infinitos, el único representante del sistema solar entero, pues ante las demás estrellas, solo él es visible; arrastrando en los desiertos etéreos á los mundos de su dominio, síguenlo estos, cual oscuros pasageros transportados en espléndida nave sobre un mar sin límites. Gracias al génio sublime de ciertos hombres, y á la perfeccion de los instrumentos inventados, se conoce hoy dia la estructura física de la superficie solar, y hasta la naturaleza de algunos de sus elementos químicos. Esta superficie no es regular, como á la simple vista aparece, sino herizada de llamas, de inmensos surtidores luminosos, de olas abrasadoras, cuyas jigantes crestas se elevan á muchos millares de leguas, de torbellinos indescriptibles, de que los volcanes terrestres y las más violentas tempestades marítimas no alcanzan á darnos la menor idea. En suma, es considerado el Sol, segun las más modernas investigaciones, como un cuerpo, cuyo núcleo, líquido ó gaseoso, es desconocido, rodeado de una capa fuertemente luminosa, que es para nosotros el disco visible y ha recibido el nombre de Fotoesfera; envuelta ésta á su vez por una nueva capa que constituye su *atmósfera*, luminosa tambien, pero oscurecida en las circunstancias ordinarias por el incompara-

ble brillo de aquella poderosa envolvente.

Los mundos planetarios, que antes hemos mencionado, circulan todos á su alrededor, y tardan en recorrer las respectivas órbitas, un tiempo que depende de sus distancias al centro de rotacion. Los más próximos, teniendo ménos camino que andar, y hallándose atraidos con mayor intensidad, circulan más rápidamente que los muy lejanos, cuya marcha se verifica en relativa lentitud. Como lo han demostrado esos mortales dichosos que merecieron comprender el génio de la naturaleza, y penetrar sus augustos misterios, presentan los mundos planetarios, en la cifra de sus distancias al Sol, el criptógrama de su edad. Mercurio, el planeta más próximo de aquel centro, de quien solo dista 15 millones de leguas; esa esfera incesantemente bañada en los cálidos efluvios del astro radioso, nació de su nebulosa hace unos diez millones de años, en el período probable en que la luna brotaba de la tierra; Vénus que le sigue, astro poético, cuya belleza ha inspirado tan hermosos cantos desde la más remota antigüedad, reside á 27 millones de leguas del Sol, y su existencia data de 50 millones de años. La tierra, nuestra madre comun, á 38 millones de leguas de la central antorcha, salió de su hirviente seno hace unos 100 millones de años; Marte, tan semejante á nuestro planeta, dista 56 millones de leguas del sol, cuenta 1,000 millones de años. Júpiter, el coloso de los planetas, que comparado con la tierra, es como una hermosa naranja al lado de un pequeño guisante, circula casi á 200 millones de leguas del Sol, y debió nacer hace más de 72 millones de siglos; Saturno á 464 millones de leguas; Urano á 733, y Neptuno á 1147 cuentan su larga vida por centenares de millones de siglos. Los pequeños planetas se hallan alejados á 100 millones de leguas en término medio; el número de los descubiertos aumenta de dia en dia, y segun los cálculos del gran astrónomo Leverrier, deben existir por millares; su formacion data de una época intermedia, entre la de Marte y Júpiter.

Lo que nosotros llamamos año en la tierra, que es el tiempo que emplea en recorrer su órbita alrededor del Sol, varia notablemente de un planeta á otro, de tal suerte, que así como nuestro año consta de 365 dias, el de Mercurio solo tiene 88, al paso que el de Neptuno dura 164 años terrestres.

Algunos de los planetas más grandes son á su vez centros de sistemas análogos al solar. En su carrera alrededor del astro radiante arrastran consigo un séquito de satélites ó globos más pequeños que giran en torno suyo, á la manera que el eje de un carruaje arrastra en su marcha á un clavo de la circunferencia de la rueda. Júpiter tiene 4 satélites; Urano y Saturno 8; Neptuno probablemente, 2, y la tierra, 1. Todos estos globos, Sol, planetas y satélites, se hallan animados de un movimiento rotatorio sobre sí mismos, independiente del de traslacion que acabamos de indicar. Los satélites á la vez que giran sobre su eje, se transportan alrededor de su planeta central, y de la suerte que una peonza dá vueltas al par que resbala sobre el suelo, así los planetas con su cortejo de satélites, giran en torno de su eje propio, miéntras circulan en derredor del Sol.

Si el tiempo y el temor de abusar de vuestra indulgencia me lo permitieran, con qué placer iria desplegando á vuestra vista, los variados panoramas de esos mundos, que están formados de nuestra propia sustancia, que han nacido, y se han desarrollado y se alimentan á expensas del mismo foco que nosotros; el Sol que los vivifica, es nuestro propio Sol; y existen entre aquellos cuerpos, y el planeta que habitamos lazos de indisoluble union, la intimidad de los individuos de la propia familia. Por muy seductor que fuera para mí hablaros de la naturaleza del Sol, de las manchas en él descubiertas, de las estaciones en los mundos de su dominio, de lo probable de su habitabilidad, y de otros accidentes y caractéres, que de seguro llamarian vuestra

atencion, es preciso arrancaros á este espectáculo por demás interesante y proseguir el comenzado viaje por el espacio.

Este sistema solar que nos asombra por su inmensidad, vá á empequeñecerse singularmente á causa del alejamiento. Los planetas, que solo poseen un brillo robado, desaparecerán bien pronto de nuestra vista, y continuando la emprendida marcha solo llegaremos á percibir el único cuerpo luminoso del sistema, el Sol, como un punto brillante perdido en los espacios, como una de esas lucientes estrellas que pueblan el firmamento; porque ese magnífico astro de quien dependemos, que por su proximidad nos parece el rey de la creacion, no es otra cosa, que uno de esos muchos diamantes que esmaltan el azul de los cielos.

Cada una de esas innumerables estrellas que contemplamos durante la noche, es un verdadero Sol, rodeado de planetas á quienes ilumina y vivifica. Al primer aspecto, se las cree diseminadas y distribuidas con cierta regularidad; pero un exámen mas concienzudo nos presenta esa zona de un ténue resplandor, blanquecina, indecisa, que cual vaporoso cinturon rodea al cielo, la via láctea; á medida que la vista se aproxima á los bordes de la celeste nube, las estrellas se hacen más y más numerosas, y tan pequeñas que el ojo apénas las distingue. Esta acumulacion es sin embargo siempre visible cuando se exploran aquellas regiones con el auxilio del Telescopio.

Desde el orígen de las edades, se habia observado esa banda luminosa que ciñe los cielos, y la mitología reinante en cada época, bordó sobre ella las imágenes con que se complacia en adornar cuanto tocaba; pero aquellas fantasías de la imaginacion estaban bien léjos de la realidad, y en este caso, como siempre que sabe leerse en el gran libro de la naturaleza, la verdad es más bella, más grandiosa, más sublime y admirable que la ficcion. Para los griegos, el blanco y turgente pecho de la hermosa Juno derramó ese

rio de leche, cambiando el aspecto de los cielos. Para los modernos, la via láctea, es una inmensa aglomeracion de estrellas, que afecta la forma de un anillo, cuyo vacio central se halla ocupado por nuestro sistema y por el de los soles más próximos á éste. Grupo inmenso, asociacion jigantesca de mundos que parece abrazar el universo entero, pues todas las estrellas que la vista alcanza á distinguir, en apariencia diseminadas é independientes, incluso nuestro Sol, forman parte de aquella aglomeracion.

Las unidades usuales de longitud, son insuficientes para darnos clara idea de las dimensiones prodigiosas de este disco; los números que resultan de expresarlas en leguas, son tan considerables, que esceden á los límites de nuestras facultades perceptivas, y nada indican al espíritu; áun con la unidad que vamos á adoptar, es necesario que la imaginacion esté bien preparada para concebir con exactitud aquellas magnitudes, y haga grandes esfuerzos para llegar á apreciarlas. No se trata ya de algunos miles de millones de leguas como en nuestro sistema solar; aquí las cifras crecen en espantosa progresion. Procuremos hacer comprender la nueva unidad de medida.

Hay en la naturaleza movimientos más rápidos que el del águila cerniéndose magestuosamente en las altas regiones de la atmósfera; que el del Condor precipitándose con el delirio de la voracidad sobre su angustiada presa; mas aún que el de la bala de cañon que al llevar la muerte en sus férreas entrañas, recorre 400 metros por segundo, 360 leguas por hora. Superior á todas estas es la velocidad de la luz, que anda á razon de 76,000 leguas por segundo y franquea los 38 millones que nos separan del Sol en poco más de ocho minutos, miéntras que la locomotora más rápida de nuestros ferro-carriles tardaria 400 años en recorrer esa distancia. A despecho de nuestros sentidos, la luz no franquea instantáneamente la distancia de un punto á otro, es decir, que nuestro nervio óptico no percibe la sen-

sacion de un foco luminoso en el instante mismo que se produce y emite el rayo que vá á herirlo. Habreis observado que arrojando una piedra sobre la tranquila superficie de las aguas se forman y suceden una série de círculos concéntricos, de ondulaciones en derredor del punto donde aquella cayó; pues de la propia manera se transmite el sonido en el aire, llegando á nuestro oido en ondas armoniosas; y así tambien se propaga la luz en los espacios, devorando las distancias por ondulaciones sucesivas formadas por la materia etérea. Los rayos luminosos emitidos por una estrella tardan en llegar á la tierra un cierto tiempo que depende naturalmente de la distancia que separa los dos astros. Ahora bien, á pesar de esa velocidad vertiginosa de 76,000 leguas por segundo, un rayo de luz partido de la estrella más próxima á la tierra, de una de esas estrellas que cual nosotros se halla comprendida en el interior del anillo de la via láctea, Sol que los astrónomos designan con el nombre de Alpha, en la constelacion del Centáuro, ese rayo, digo, no hiere nuestra vista hasta los tres años y ocho meses de su partida. El destello que emana de Sirio, la estrella más resplandeciente del firmamento, Sol incomparablemente más grandioso que nuestro Sol, tarda 22 años en franquear el abismo que de él nos separa. La Capella ó Cabra, ese brillante lucero que observais todas las noches en las constelaciones del Norte, emplea 72 años en dirigirnos su límpida mirada, y necesita más de 200 siglos este incomparable mensagero para atravesar la distancia que media desde los bordes del disco, y traernos la historia antigua de aquellos mundos lejanos; de suerte, que si por raro prodigio llegara á extinguirse uno de esos soles, le veríamos aún brillar en el mismo sitio del Cielo, 2,000 años despues de su destruccion. Por lo tanto, el firmamento que se presenta á nosotros en las contemplaciones nocturnas, no es el que existe en el instante de la observacion, sino el que era en las fechas en que los rayos luminosos partieron

de los respectivos astros. Y de la propia manera el rayo lumínico que parte de la tierra emplea el mismo tiempo en llegar á las diversas estrellas, que éstas en trasmitirlos á nosotros. Suponiendo, señores, que á esas distancias pudiera ser visible nuestro oscuro y microscópico planeta, átomo perdido en los desiertos del infinito; si nos fuera dable viajar con la rapidez del pensamiento incomparablemente más veloz que la luz, y transportarnos instantáneamente á esas inmensas distancias, sin perder jamás de vista á la tierra, veríamos desenvolverse en creciente y sucesiva gradacion, pero en órden inverso de la realidad, todos los acontecimientos de este mundo; asistiríamos como espectadores á la panorámica exhibicion de la historia de nuestro planeta. Veríamosle tal cual se hallaba cuando partieron los rayos luminosos, en el instante preciso en que estos lleguen á nosotros. Desde la estrella Alpha del Centáuro, en un momento (presente para el observador) se nos mostraria la tierra, como estaba hace tres años y ocho meses. Desde Sirio, lo que aconteció hace veinte y dos años. Desde la estrella Cabra, presenciaríamos lo que sucediera setenta y dos años hace; y alejándonos así más y más, veríamos pasar ante nuestros atónitos ojos siempre en creciente retroceso, un hervidero de gentes y pueblos, instituciones y leyes, de glorias humanas y tremendas catástrofes, las luchas sangrientas, el pavoroso oleaje de las tempestades humanas, con todo el cortejo de miserias y debilidades á que se ha entregado nuestra raza durante los siglos de los siglos, sin admirar ni comprender, ni áun hacer alto siquiera en las grandezas de la creacion. Continuando nuestro viaje podríamos examinar las lejanas civilizaciones de los pueblos antiguos, la época diluviana, remontarnos á la del estado salvaje del hombre y á su aparicion sobre el planeta. Desde más léjos aún, no veríamos ya la raza humana, los séres más perfectos que habitan el globo, son los primeros cuadrúpedos mamíferos de la familia de los paquidermos; el Palæotherio, el

Anoploterio, el Xifodonte, intermediarios por su organismo entre el rinoceronte, el caballo y el tapir; examinaríamos un curioso animal, el Lofidon, cuyo tamaño variaba desde el del conejo hasta el del elefante, segun las especies; el Chiropotamo que habitaba los rios, y veriamos asomar en los mares la enorme cabeza del Mosasáuro, cuya mandíbula de un metro de longitud lleva todavia el sello del período cretaceo anterior. Alejándonos aún más de la tierra, podríamos verla, (siempre de presente) en la aurora de su crecimiento, en el período en que despojándose de lo informe, vestia las galas de la vejetacion. Desde más léjos, las transformaciones lentas del período secundario en sentido inverso de la realidad, partiendo del período de las lianas y el oolítico, hasta los subperíodos cretáceos; contemplaríamos la revolucion geológica, la formacion jurásica sacudiendo los fundamentos del globo y la tierra entera estremeciéndose como presa de un vértigo; mares que se precipitan con inusitado estruendo en hirvientes profundidades, ó se esparcen con ímpetu irresistible por regiones deprimidas; chorros inmensos que brotan súbitamente de senos desconocidos; llanuras que se inflan á impulsos de grandes masas gaseosas, como las búrbujas de aire levantan la película de un metal en fusion, y dejan paso á un establecimiento de montañas; á distancias más remotas, se nos presentaria un espectáculo lúgubre en extremo, conjunto de horror y grandeza que helaria la sangre en nuestras venas; crugidos espantosos, la cortesía terrestre muy débil todavia, hendiéndose en el fondo de los mares, y llamas furiosas elevarse á prodigiosa altura desde sus entrañas en constante trabajo de elaboracion; el mar precipitándose en el insondable abismo con espantoso atronador ruido; mónstruos, que arrastrados por las olas en vertiginosa catarata, ahullan horriblemente al ser tragados por el vórtice; colosales reptiles alados salir de sus guaridas arrojando gritos siniestros al remontar su vuelo; la chispa eléctrica saltando de cresta en

cresta, y los sordos rugidos de un trueno subterráneo mezclándose al fragor horrísono de la tempestad. Toda la superficie desquiciada desgarrándose á un tiempo por las mismas potentes misteriosas fuerzas.

Despues iria desenvolviéndose ante nuestros ojos atónitos, el período en que aparecieron los primeros habitantes de las aguas, arrastrándose grotesca y torpemente á orillas de los pantanos; y antes todavia los moluscos de todas especies, y nuestra sorpresa subiria de punto al descubrir que un modesto caracol marino, un molusco acéfalo completamente inofensivo, era entónces el rey de la creacion sobre este pobre planeta que en nuestro insensato orgullo queremos considerar como centro y protagonista del Universo.

Encontrábase por entónces la tierra en su época secundaria; formábanse los terrenos triásicos y se constituia el período Conchiliano.

Transportándonos más léjos aún, se nos apareceria el planeta tal cual se hallaba algunos millones de años antes. Hubiéramos desde luego presenciado grandes condensaciones y caidas de agua sobre el globo enteramente líquido; mil combinaciones terribles de gases, de vapores, de sustancias incandescentes, surcan el seno abrasador de la esfera apénas formada; de un extremo á otro, el caos plutoniano reemplazando á unas revoluciones con otras disuelve y reconstituye los fundamentos agitados del nuevo mundo; y en este laboratorio inmenso, la naturaleza ejerciéndose en manipulaciones químicas de que han de nacer los volcanes de inflamadas bocas, los manantiales de agua hirviente, las erupciones de laba, y los geysers de vapores. Este es el período inmediato anterior á la época primitiva, durante el cual no ha aparecido aún ningun ser viviente vegetal, ni animal; el desierto, la desolacion por todas partes.

La naturaleza se halla recogida en sí misma; parece reparar sus fuerzas para proseguir con más vigor su jigantesca tarea durante el período de transicion; lento y ma-

gestuoso período, cuya época y magnitud no es dado concebir á ningun mortal; entónces se realizaron los primeros misterios de la generacion de los séres, y entre espantosas tormentas é incesantes agitaciones aparecieron en el seno del mar universal los primeros vegetales, algas y focus; los primeros animales, zoófitos y pólipos. Y alejándonos más aún en nuestro imaginario vuelo, únicamente percibiríamos una masa casi informe, volteando en el espacio envuelta por tan densos vapores, que la vista no podria penetrar el interior. Y de la propia manera, situándonos á conveniente distancia nos fuera posible asistir de presente, ver con nuestros propios ojos, la formacion de otros mundos; examinar el pasado en el presente, transformar por completo la cuestion de tiempo en cuestion de espacio; ¿qué son los sueños más brillantes de nuestra fantasia al lado de estas maravillosas realidades? Y sin embargo, no es esto todo: esa via láctea, que un rayo de luz volando en línea recta y sin pararse á razon de 76,000 leguas por segundo, necesita 15,000 años para atravesarla en su mayor longitud, que encierra en su seno millones y millones de soles con su correspondiente cortejo de planetas y satélites, donde parece que la vida se derrama á torrentes en el infinito, no es ella misma, sino un punto perdido en la inmensidad de los espacios celestes.

Recorriendo con atencion todas las partes de la estrellada bóveda, una buena vista apercibe en ciertos sitios algunas manchas blanquecinas, semejantes á pequeñas nubes. Se las creeria otros tantos girones desprendidos de la via láctea, de la cual son sin embargo, muy distintas y se hallan extraordinariamente separadas. Los telescopios descubren por millares estas nebulosidades, ó para darles el nombre astronómico estas Nebulosas. Semejantes á la via láctea, cada nebulosa es una aglomeracion de más de 50 millones de sistemas solares, y para transportarse de una á otra entre las más inmediatas, tarda la luz 400,000 años. El ojo jigante del telescopio que se agranda de dia en dia, refor-

mando el error de los sentidos, separa las estrellas que componen algunos de estos inmensos grupos, y nos hace ver en esas claridades pálidas y difusas que parecen temblar al léjos en las insondables regiones, otras tantas vias lácteas, tan vastas y opulentas como á la que nosotros pertenecemos. Si las juzgamos más pequeñas es porque se encuentran tan distantes de nosotros, que si nos fuera dable viajar por el espacio hasta que la via láctea se redugera en la apariencia á las dimensiones de una nebulosa media, seria preciso alejarnos 334 veces su longitud; distancia tal que nuestro prodigioso mensajero, el rayo de luz, no podria franquear en menos de 5 millones de años.

Seguid adelante con el pensamiento; imaginaos otros sistemas de soles, otras nebulosas, cuya luz no ha conseguido aún llegar hasta nosotros por el enorme trayecto que debe recorrer; continuad devorando el espacio en alas del pensamiento; amontonad los millones á los millones de leguas, proseguid sin parar durante siglos y siglos, y siempre nuevas nebulosas se presentarán á la vista ofuscada, y nuevos panoramas de soles vendrán á saciar la anhelante curiosidad, y os encontrareis despues de esa fabulosa carrera como en el punto de partida con la inmensidad por delante, sin haber avanzado una sola línea para alcanzar el término de ese abismo eternamente abierto, eternamente renovado. Sí, señores, es preciso representarse el Universo como una extension sin términos, sin orillas, ilimitada, infinita, en cuyo seno se ciernen aislados, sin sosten material, soles como el que nos ilumina, tierras como la que se balancea bajo nuestros pies. Ni cúpulas, ni bóbedas, ni límites de ninguna especie, el vacio en todos sentidos, y en ese vacio infinito, infinitos mundos.

Resumiendo lo dicho, y para dar una idea clara y fácilmente perceptible de la estructura del Universo, supongámoslo un occéano sin límites; su infinita superficie sembrada toda ella de archipiélagos, que serian las nebulosas; sus

islas los sistemas solares; en el centro de cada isla, una capital, un sol que dispensa la vida á los planetas, á cuyo alrededor se agrupan los satélites, cual á la sombra de las grandes ciudades se cobijan los pueblecillos y las aldeas. La luz tarda horas para atravesar una de estas islas; años, en ir de una isla á la inmediata; siglos, en recorrer un archipiélago; miles de años para volar de un archipiélago á otro.

A pesar de nuestras más largas y profundas meditaciones, no es posible darnos cuenta de las magnificencias que encierra cada uno de esos mundos estelares. Todo en esa inmensidad es vida, todo movimiento; los satélites voltean en torno de los planetas; giran estos en derredor de su respectivo Sol; cada Sol de la propia manera con los mundos de su dominio, marcha en vertiginosa desconocida carrera, probablemente atraido por algun otro sistema más principal de su nebulosa; así nuestro Sol, que nos parece inmóvil, camina por el espacio con una velocidad de 60 millones de leguas al año, dirigiéndose actualmente hácia la constelacion de Hércules; y cada nebulosa, con su fantástica cantidad de Soles, vuela tambien en las inmensidades con movimientos misteriosos. Y todas estas maravillas que ofuscan la inteligencia y fascinan la razon, palidecen aún cuando nos acercamos á esos sistemas y pretendemos escudriñar con el telescopio los arcanos que nos ocultan. Nuestras observaciones basadas en la experiencia, las clasificaciones terrestres, los juicios formados sobre las obras de la naturaleza, no tienen allí la menor aplicacion. Aquellos son otros mundos, extraños, inverosímiles, no naturales para nosotros. La vida, las fuerzas que los alimentan, la luz, el calor, la electricidad, los períodos de dias y noches, las estaciones, los años, el mundo visible é invisible, todo se ha transformado y se halla fuera del alcance de nuestra penetracion.

Hénos aquí en la superficie de globos celestes iluminados por muchos soles, de todo género de magnitudes, de in-

tensidades variables al infinito, de tantos matices como es posible imaginar, y rodeados además por lunas de discos multicolores, y estos globos no son producto de la fantasía, Señores, existen realmente sistemas alumbrados y vivificados por varios soles á un tiempo; por soles blancos, azules, verdes, amarillos, rojos, violetas. Imaginaos por un momento, si podeis, los cambiantes de color, la estructura de los crepúsculos, la naturaleza de la vida, de la vejetacion en una de esas tierras sometidas al influjo de un Sol azul y otro escarlata como sucede á un sistema de la constelacion de Perseo, y á otros de Ophiocus, del Toro y del Argos. Intentad, si os atreveis, á representaros la naturaleza en el sistema Gamma de Andrómeda iluminado por un gran globo central de color anaranjado y otro mas pequeño de un hermoso verde esmeralda. Continuad pasando revista al firmamento, y encontrareis más variedad, más combinaciones que jamás haya producido un óptico en la linterna mágica. Universos planetarios hay iluminados por soles que poseen toda la série de tintas inferior al azul, y carecen de los brillantes matices del oro y la púrpura que tanta animacion y vivacidad arrojan sobre nuestro mundo; aquellos no conocen más que soles rojos; tales otros, están dominados por uno azul y otro amarillo, multiplicándose en variedad infinita estas combinaciones que han de dar lugar á inimaginables contrastes, á encantadoras alternativas. ¿La inspiracion del poeta, el capricho del pintor crearan jamás sobre la paleta de la fantasía, mundos de luz más atrevidos que estos? La mano extravagante de la Quimera, arrojando sobre su dócil tela los fulgores de su voluntad, ¿podrá construir al azar un edificio más asombroso que cualquiera de esos mundos?

Hegel ha dicho que «todo lo que es real, es racional,» y que «todo lo que es racional, es real.» Este pensamiento tan audaz que raya en lo temerario, no expresa sin embargo toda la verdad á nuestro modo de ver. Existen esos mun-

dos en número infinito, en variedad infinita que han de encerrar muchas cosas que no nos parecen racionales, y que no obstante tienen realidad en alguna de las creaciones sin cuento del espacio ilimitado que nos envuelve. La diversidad de esos universos disiente á tal extremo de lo que aquí nos parece racional, se halla tan por encima de nuestra concepcion, y á tal distancia de la naturaleza terrestre, que ésta y cuanto le es peculiar, palidece en la sombra y se aniquila perdida en su pobreza. ¿Qué son esos mundos sin noches ni dias, sin meses ni años, donde el tiempo no imprime las huellas que entre nosotros marcan el derrotero de la vida, donde los pinceles de Yris escriben los fastos de la historia? ¡Misteriosa naturaleza, cuántos secretos guardas aún, y cuán pequeños nos sentimos al elevar hácia tí el pensamiento desde el fondo de nuestra invisibilidad!

Los estudios de la naturaleza entrañan el precioso é inapreciable carácter, de que estando aplicados á la realidad, nos conducen á la revelacion del orígen y destino del hombre, al conocimiento de sí mismo, y nos ponen más en contacto con la verdad absoluta. Entregados á estas altísimas y magníficas contemplaciones, se percibe bien pronto la gran armonía universal, la admirable unidad en que se confunden todas las cosas. Se siente que la creacion es *una*; que nos hallamos incorporados á sus partes constitutivas, y que una vida inmensa que apénas sospechamos, se desenvuelve en torno nuestro. Todos los fenómenos toman plaza en el concierto universal, todos se agrupan en sublime enlace, y obedecen á leyes eternas, inmutables. La estrella de oro que brilla en la profundidad de los cielos, y el pequeño grano de arena cristalizado que refleja el rayo solar, unen su luz en perfecto acuerdo, la esfera planetaria que rueda magestuosamente sobre la órbita jigantesca, y el pajarillo que dá al aire sus dulces trinos entre el follage, la nebulosa inmensa que dispone su sistema de soles en la vasta extension, y la modesta colmena que recibe y ordena los

romboédros de una república en eterna concordancia; la gravitacion universal que sostiene en el espacio aquellos globos formidables, y el humilde céfiro que transporta el perfumado y amoroso beso de una flor á otra; los grandes fenómenos y las acciones insensibles se unen en el movimiento general. El infinitamente grande y el infinitamente pequeño se enlazan, como obra permanente de un pensamiento único.

Los espectáculos sublimes que nos revela la contemplacion de los cielos, se imponen con fuerza incontrastable á nuestro espíritu maravillado; pero si sabemos examinar las cosas pequeñas, la imaginacion se encontrará confundida y anonadada ante esos organismos diminutos como ante las grandezas siderales. Sobre esa delicada mariposa blanca, que nacida ayer, será polvo antes que se extinga el dia de mañana, el ojo analizador del microscopio os mostrará magníficas plumas de nívea blancura, ó de un amarillo mate, simétricamente colocadas con tan solícito esmero como las de las alas del águila destinada á franquear los cielos; sobre su frente podeis contar veinte mil ojos. Las gotas de rocío suspendidas por la aurora á las hojas del árbol, caen por la sacudida del pájaro que pasa, y al descenso de la fina lluvia, vereis pintarse en la atmósfera un arco iris, tan rico en colores, como el jigante que se dibuja en los aires al fin de una tormenta. Examinad esas humildes flores de los campos con sus pétalos coloreados; la esmeralda y el rubi se suceden; el oro y el zafir combinan sus tiernos matices; poseen en pequeño la magnificencia de colores que resplandece en las estrellas dobles. En los líquidos que bebemos, en el aire que respiramos, en la sonrosada y fresca tez de la hermosa doncella, en nuestra propia sangre; por do quier volvamos la vista, nos mostrará el microscopio legiones de séres, cuyo límite visible hasta ahora son las *monadas*; asi como en el espacio infinito solo alcanza el telescopio á descubrir las nebulosas. Polvo impalpable las primeras, cada

uno de cuyos granos es un cuerpo organizado, un ser viviente; polvo tambien las segundas, cuyos granos son soles. Todo en la naturaleza, lo grande como lo pequeño, se unen en armónico y eterno concierto, para proclamar lo infinito del poder Creador, en todas partes sentimos con sublime estremecimiento la divina palpitacion.

Ante este conjunto grandioso, el hombre material aparece bien pequeño; comparados con el infusorio, somos todo un universo, y sin embargo, tenemos un principio y un fin; comparados con el universo, somos mucho menos que el infusorio y los mundos innumerables, suspendidos como el nuestro en el espacio nos abruman con su grandeza. Mas, para elevarnos de nuestra humildad corporal, tenemos la inteligencia y el pensamiento; el sèr que ha llegado á través de apariencias tan complejas á sorprender los secretos de la naturaleza, se siente más grande y se levanta enaltecido. Penetrando aquellos augustos misterios, se comprende la necesidad de ese sér infinito, causa de las causas, principio de todo lo que es, virtud y sosten del universo, absoluto, eterno, á quien, aunque hallándose por encima de nuestra concepcion, rendimos homenage por haber puesto en nuestra mente una chispa del fuego sagrado, que nos permitió descubrir la armonía general del universo, y elevarnos á la contemplacion del infinito.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON VICENTE CHIRÁLT Y SELMA,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESTACION AL DEL SR. MARQUEZ.

SEÑORES:

En cuantas solemnidades académicas he tenido ocasion de presenciar, constantemente he visto á las personas encargadas de la noble mision de representar á estos sábios cuerpos, adornadas de indisputables prendas, capaces de explicar la eleccion que á tan eminente lugar las elevara. Ya es la nieve de los años, que, caida en su frente venerable, añade un lauro más á una prolongada existencia, solamente al estudio consagrada; ya el destello del génio, pintándose en su mirada inteligente y emanando de su palabra fecunda y avasalladora; ya, por fin, la gloriosa aureola, inseparable compañera del que, como autor de obras artísticas, científicas ó literarias, supo conquistarse un nombre, de muchos tal vez querido, por todos con respeto pronunciado. Pero al hacer mi exámen de conciencia, al preguntarme, en uno de esos momentos, en que sereno el espíritu, ni le embarga pueril temor, ni le ciega insensato orgullo, que méritos atesora mi persona para ser hoy el intérprete de la noble Academia de Buenas Letras de Sevilla, no encuentro más

explicacion, señores, sino la evidencia de que este sábio cuerpo posee, sobre otras muchas, una eminente cualidad; la de premiar, al par del verdadero mérito, al que desnudo de él, posee, como yo, un tesoro inagotable de buena y firme voluntad, un insaciable deseo de llevar su modesto grano de arena á cuantos edificios se levanten por obra del espíritu del hombre, verdaderos monumentos donde la humanidad consigna las etapas que recorre durante su carrera civilizadora en este mundo de lucha y de dolor.

Puesto ya en este sitio, aceptado el compromiso, más de honra que de reglamento, de saludar en nombre de la Academia al nuevo compañero D. Emilio Marquez y Villarroel, al sábio profesor, al matemático distinguido á quien el público, no solo nacional, si que tambien extrangero, rinde un justísimo tributo de universal aprobacion, asáltame el natural temor, no de que me falte vuestra benevolencia tan repetidas veces, si bien en menor escala que hoy, egercida y comprobada, sino de poder hacerme cargo del discurso del Sr. Marquez, ménos notable por la elevada y sana doctrina en él contenida, que por el raro ingenio con que ha sabido embellecer con las más galanas flores del inagotable pensil de la poesía un asunto que, á vueltas de grandiosos conocimientos, posee toda la dureza de las ciencias exactas, toda la aridez de los guarismos. Arrastrados por el pensamiento vigoroso del orador, hémosnos visto obligados á lanzar el nuestro por el espacio, y en vertiginosa carrera, hémosnos trasladados de uno en otro planeta, de éstos al Sol, que enciende el fuego de nuestras venas, que mueve los latidos de nuestros corazones, que mantiene quizás en la materia, el resorte oculto á cuyo calor brotan de mi espíritu las ideas que en este instante voy emitiendo; desde allí, hemos viajado de uno en otro Sol, de uno en otro sistema hasta el inmenso anillo de estrellas, átomo tan pequeño, comparado con la creacion universal, como lo es, comparada con la creacion terrestre, la miserable bacteria, menor que un centésimo de mi-

límetro, que nada por ejércitos de trillones en el seno de las aguas corrompidas.

Siguiendo el curso y la rapidez señalados por un rayo de luz, nos ha hecho asistir el orador á las más espléndidas escenas de la creacion terrestre. Hemos visto, aunque en sentido inverso al de su procedimiento natural, á nuestro humilde planeta, porcion informe é incandescente, arrancada de la masa enorme del astro que preside nuestro sistema en uno de sus periódicos cataclismos, ser lanzada á los espacios y solicitada por diferentes atracciones segun la ley de gravitacion universal, emprender en ellos una série de movimientos elípticos, cuyo tiempo de duracion no tenemos guarismos con que expresar. Formada la corteza de la tierra por el consiguiente enfriamiento de su parte exterior, hemos visto á su densa atmósfera de vapores precipitarse repetidas veces en forma de horrísona catarata sobre su ardiente superficie hasta constituir mares universales, cortados despues por islas, más tarde por continentes, que las incalculables fuerzas del fuego interno levantaban; miéntras desde el momento en que fué posible, apareció la vida indeterminada, inespecífica en su más rudimentaria expresion, formando un aglomerado de cédulas, cuyas primeras agrupaciones morfológicas, fueron las *algas* y los *líquenes*, para representar el reino vejetal, y los *corales* y los *crinóides* para indicar el reino animal, pero con tal vigor de creacion, con fecundidad tan pasmosa, que, fosilisados hoy unos y otros, forman los primeros inagotables minas, inapreciables veneros de riqueza de muchos kilómetros de potencia, y vastas cordilleras submarinas los segundos, que, á sobresalir de las aguas, habian de formar extensas islas ya que no respetables continentes. Y adelantando las edades de la tierra, y progresando las formas orgánicas, vemos poblarse la primera de helechos jigantescos, y surcar los mares mónstruos tan raros é inmensos, comparados con los animales vivos hoy, que, á no ver sus esqueletos en nuestros museos por

centenares conservados, nos mofáramos del que pretendiera habian existido fuera de los lienzos del pintor ó de la mente fogosa del poeta.

Pero no he de seguir el fatigoso viaje intelectual á que el nuevo académico nos ha invitado, ni en busca de las infinitas formas vejetales que separan en la superficie de la tierra al verde y fresco musgo de la pintada y aristocrática camelia, ni en pos de la interminable escala zoológica, que media desde la casi invisible mónada vesicular hasta el hombre, en cuya noble frente se esconde la ciencia de Platon, la virtud de Sócrates ó la voluntad potente de Alejandro. Nó; ni mucho ménos he de acompañarle á través de los espacios, de sistema en sistema, de sol en sol, de nebulosa en nebulosa, en esa peregrinacion sin fin, en que, ofuscada la más vigorosa razon, acobardada la más fuerte y audáz inteligencia, apuradas las cifras más inverosímiles, falta hasta la imaginacion creadora, de imágenes semejantes de donde partir; conoce el hombre su pequeñez, y, agoviado el espíritu por la inmensidad y postrado ante tanto poder, ante magnificencia tanta, enmudece la razon, y solo el poeta tiene alientos para hacerse oir, porque se los presta su inspiracion divina, y canta con el plectro de Arolas.

«¿Quién sabe tus glorias? quién cuenta tus galas
Si el Sol es el polvo que pisan tus pies?»

Ni qué necesidad tenemos tampoco de lanzarnos por los espacios en busca de lo grande, de lo sublime de la creacion, esponiéndonos, nuevos Icaros, á ver derretidas nuestras alas y caer sumidos en el abismo de la impotencia? Pues qué? En nuestro propio globo, en su antigua desconocida historia hay poco alimento para el afan de saber que nos devora? Precisamente surge en la actualidad un problema, que con otros mil comparte el privilegio de escitar la incansable actividad de los geòlogos, y cuya resolucion ha

de dar la clave de otros muchos problemas tan ligados con éste, que quizás no pueda darse la explicacion completa de ninguno hasta haber demostrado la de todos: tal es *el de las leyes cósmicas que presidieran á la formacion de los terrenos cuaternarios.*

Pobre hasta aquí la geología de datos, no habia podido darse cuenta de las formaciones que acompañaron y siguieron á los grandes períodos glaciales, al máximun de frio, conocido bajo el nombre de *diluvio escandinavo*, sino por la teoría de la *precesion equinoccial*; pero, merced á los talentos de primer órden, que afortunadamente para la ciencia, han tomado á su cargo este asunto, dánse hoy esplicaciones, sino acabadas é inmejorables, suficientes por lo ménos para satisfacer el ánimo y ser miradas como importante conquista de la ciencia. Las causas á que aquellos complexos fenómenos se atribuyen, son las cuatro siguientes:

La precesion equinoccial.

La variacion de escentricidad de la órbita terrestre.

La variacion de la oblicuidad de la eclíptica.

Las oscilaciones del suelo y el cambio de distribucion de las tierras y los mares.

A. Sabemos que la rotacion de la tierra determina y mantiene el paralelismo constante de nuestro eje polar; pero existe en realidad una segunda fuerza que debe con el tiempo alterarle; que es lo que tiende sin cesar á volver hácia la ecliptica el plano del Ecuador. Su accion se produce por la atraccion desigual que el Sol ejerce sobre la parte hinchada de la esfera terrestre. Esta doble influencia, á la cual se encuentra sometido el eje de nuestro globo, le obliga á in-

clinarse y á describir una superficie perfectamente cónica, alrededor de la perpendicular del plano de la eclíptica. Este ligero movimiento de rotacion determina necesariamente á su vez un movimiento correspondiente en las posiciones sucesivas de la línea de los equinoccios. Esta línea, siempre perpendicular á nuestro eje polar, y al mismo tiempo situada en los dos planos de la Eclíptica y del Ecuador, no debe confundirse con la línea que une el Sol al centro de la tierra en las dos épocas del año en que la duracion de las noches es igual á la de los dias en todos los puntos situados en la superficie del globo. Es pues evidente, que estas dos épocas sufrirán exactamente la misma variacion que aquella á que nuestro eje polar se muestre sometida. Esta variacion que en Astronomía se llama *precesion de los equinoccios*, aunque al parecer ligera, determina en la vuelta periódica de cada estacion un adelanto, cuya duracion se eleva á cincuenta y hasta á sesenta y un segundos, si se tiene en cuenta la desviacion anual que la atraccion planetaria ejerce sobre el eje de nuestra órbita. Dividiendo por este número en segundos los 360 grados de la circunferencia, se encuentra que debe correr un período de 21,000 años entre la época actual y el momento en que las mismas estaciones aparecerán exactamente en los mismos puntos del cielo.

Este es el resultado de los cálculos de Mr. Julien, Teniente de navío francés, pero adviértase que, si la precesion de los equinoccios existiera sola, el período de una vuelta entera del punto equinoccial sobre la órbita seria de 25,900 años, y el movimiento de la línea de las ábsides recorreria el mismo espacio en 5,000 años. Desde el 1,248 de nuestra era los dos puntos *equinoccial* y *perihelio* se han aproximado 10.° 12' y 48", y entónces fué cuando el solsticio ó primer dia de nuestro invierno correspondió con el paso de la tierra por el punto de la órbita en que nuestro planeta se encuentra más cerca del sol.

Los inviernos más cortos y el *máximum* de calor en nues-

tros paises se presentaron á mediados del siglo XIII, miéntras que 10,500 años ántes, en que estábamos en igual dia del año en el punto diametralmente opuesto de la órbita, nuestro hemisferio se encontraba en condiciones diametralmente opuestas. Y que desde 1,248 caminamos hácia otro gran período glacial en nuestro hemisferio, se prueba además del cálculo, por datos de la historia recogidos.

En el siglo XII, Islandia que se llamaba *Snowland* (pais de la nieve) era un foco de civilizacion de los más prósperos; sus relaciones comerciales se estendian desde Terranova hasta las bocas de Saint-Laurent. Los *Sealdes* (poetas escandinavos) escribieron el poema de *Edda.* ¿Qué es hoy Islandia, cuyo nombre no significa ya pais *de nieve,* sino pais *del hielo (Iceland)?*

Durante las últimas espediciones enviadas en busca de Franklin se han encontrado señales de cultivo y de habitaciones en lugares desolados, amortajados bajo nieves seculares, donde el hombre no podria habitar hoy.

En el centro de Europa, en los Alpes, la tradicion del pais y actas antiguas establecen que los ventisqueros crecen anualmente. Segun una tradicion, los lados de la Bümlis-Alp, cerca de Kienthal, hoy vestidos de una capa de perpétua nieve, eran en otro tiempo fértiles prados donde los ganados apacentaban. La capilla erigida á Santa Petronila entre Mettemberg y Eiger, á una legua más arriba del ventisquero inferior de Grindelwald desapareció hácia el fin del siglo XVI. Atentos estos datos y muchos más que suprimo por la índole de este trabajo, puede calcularse con Agassiz, Venettr y Adhemar que en 10,500 años, ó sea medio período, se adelantarán los hielos polares del boreal hasta unas 115 leguas.

B. Es de observacion indudable y positiva que la elipse, señalada en el espacio por la tierra alrededor del sol, varia constante pero lentamente durante un largo período de siglos, fenómeno comun á todos los planetas de nuestro sis-

tema, y formulada ya por Laplace en su ***systeme des monde,*** en los términos siguientes: «Las elipses de los planetas se »aproximan ó se alejan insensiblemente á la forma cir- »cular.» Tan evidente es esto, que Lagrange y Leverrier, por un lado, y Mr. Stone, del observatorio de Greemvich, James Croll, Carrik, Moore y Charles Lyell, por otro, han calculado estas variaciones, señalándoles el último de estos sábios las cifras siguientes. Partiendo del primer año de nuestro siglo, y valuando entónces en tres millones de millas la diferencia de la distancia de la tierra al Sol, cuando están en el perihelio y afelio, y en ocho dias el acrecentamiento de la duracion del invierno de un hemisferio á otro, se calcula que hace cien mil años, la diferencia de distancia de la tierra al Sol, en los momentos indicados, era de ocho y medio millones de millas, y la diferencia del invierno, de los dos hemisferios, de veinte y tres dias. Remontándose á doscientos mil años, la diferencia de distancia del perihelio y afelio era de diez y medio millones de millas, y la diferencia del invierno de un lado al otro del Ecuador, de veinte y ocho dias. Si retrocedemos, por fin, á setecientos cincuenta mil años, época del más intenso de todos los períodos glaciales, la diferencia de la distancia de la tierra al Sol era entónces de trece y medio millones de millas, y la de duracion del invierno entre los dos hemisferios de treinta y seis dias.

En lo que no andan conformes los autores es en las consecuencias de estos fenómenos, pues miéntras unos temen grandes cambios y perturbaciones en la economía del globo por la accion reunida de la precesion equinoccial, del movimiento de la línea de las ábsides y del fenómeno que estudiamos, otros creen que tales efectos han de verse compensados por otros de la misma naturaleza; así Mr. James Croll vé en este cambio de estaciones estremas una primavera perpétua; Mr. Lyell un progreso espantoso de los casquetes de hielo que cubren los polós, aunque en proporcion

diferente, y Mr. Hirsch, director del observatorio de Neufchatel, un valor tan distinto entre las estaciones extremas que hoy por hoy no tenemos equivalente en nuestro Globo con que compararlo.

C. Tambien sabemos que la oblicuidad de la eclíptica, es decir, el ángulo formado por el plano de la eclíptica con el del Ecuador, varia lentamente desde la más remota antigüedad, siendo su proporcion actualmente de 48" por siglo; movimiento que segun Lagrange, no es indefinido y se halla actualmente encerrado en los límites de 21 y 28.° Otro tanto sucede en el planeta Marte, si bien en él los cambios de temperatura son más extremados, porque el ángulo formado por los planos del Ecuador y la órbita del planeta es más grande que el nuestro; así es que distinguimos con el auxilio del telescopio inmensas masas de hielos y de nieves, acumuladas durante medio año en Marte, cubriendo el tercio de su disco, en tanto que se las vé reducirse hasta casi su completa desaparicion en el otro polo. Segun Lagrange, un *mínimum* de la oblicuidad en la tierra debió presentarse hace 16,300 años, y Mr. Hirsch cree que el *máximum* de la oblicuidad puede elevar en las regiones polares la temperatura media en cantidad suficiente para explicar la vegetacion vigorosa y arborescente que ha reinado en la Groenlandia septentrional durante la época miocena, y no es necesario acudir al calor central para explicar la presencia de helechos fósiles en la zona glacial.

D. Un error, nacido frecuentemente de gentes de buena fé, es el atribuir á una causa única gran número de hechos diferentes. Pero ¿es posible, ante las señales alternas de frio y calor, de inmersion y emersion de una parte del continente europeo, no ver en ello más que el resultado de oscilaciones del suelo? Que en la historia de la Tierra han jugado gran papel los movimientos del suelo es incuestionable; pero preciso es investigar, si, hecha abstraccion de las oscilaciones del suelo, las líneas isotérmicas pueden cambiar,

y las aguas marinas variar su nivel sobre la tierra por la influencia de las leyes cósmicas.

Como ejemplos de oscilaciones del suelo probadas, citarémos la isla de Moen que tiene señales de dislocaciones post-terciarias; la parte oriental de Suecia, que se eleva lentamente; la Holanda y Flándes que se han hundido desde la época romana. Se vé que una parte de las costas de Inglaterra y de Francia entre St. Brient y la embocadura del Loira, muestran en las maréas bajas restos de bosques sumergidos. En fin, una parte de la América del Sur ha sufrido en nuestros dias ciertos movimientos, lo mismo que Puzzolo, cerca de Nápoles, bajándose y elevándose varias veces.

Estos hechos son notorios, y sus causas las oscilaciones del suelo; pero no pueden explicarse por ellas esas vastas sumersiones marinas, que abrazan á la vez una gran porcion de hemisferio; tales como una gran parte de Inglaterra, de Alemania y de Rusia, la formacion del mar Caspio, el gran desierto de Gobi; las partes bajas de Italia, del Sahara, de la Amérita del Norte, etc. Si los grandes mares, si las grandes corrientes acompañadas de ventisqueros y los cambios notables en la climatología no pueden racionalmente explicarse por oscilaciones circunscritas del suelo, es preciso recurrir á causas cósmicas más generales. ¿Cuáles pudieran ser las que produjeron la presencia del mar en las últimas épocas geológicas en vastos espacios de Europa, de Asia y de Africa, hoy completamente probada? Las grandes pizarras que en Francia y Bélgica tienen sus huellas, el Hannóver, todo el norte de Alemania, las llanuras de Pósen, los mares Caspio y Aral, los desiertos de Gobi y del Sahara presentan los caractéres de un mar reciente.

Esperando que nuevas luces aclaren los puntos oscuros de la ciencia, que acabo de exponer, presentaré las conclusiones siguientes, que en honor de la verdad no me pertenecen:

1.ª Hay una gran complexidad en las causas, bajo cuya influencia se han producido los fenómenos cuaternarios.

2.ª Considerables hechos indican que algunas de estas causas existen aún en el globo.

3.ª Ninguna ley de las que rigen la economía de nuestro planeta puede ser invocada para probar la antigua creencia de la inmutabilidad del nivel de los mares.

4.ª La instabilidad de la temperatura y del nivel de los mares, debe, hasta probarse lo contrario, resultar de la gran ley astronómica de la precesion de los equinoccios, generalmente aceptada.

Héme ya al fin de mi modesto trabajo. Sin salirme del Globo terrestre, menor, comparado con el número infinito de los que pueblan las inmensidades del espacio, que esas partículas brillantes que vemos flotar en el aire herido por un rayo del expléndido Sol primaveral, hemos asistido á fenómenos grandiosos, hemos visitado las huellas de espantosos cataclismos, cuyas causas se esconden á la infatigable inteligencia y actividad del hombre; tal vez en la noche eterna de perpétua ignorancia. Siempre el desengaño cruel mortificando el orgullo sin límites del hombre! En su insensatez, se llama rey de una creacion, cuyos límites le serán siempre desconocidos. Como soberano, cree habitar el más importante de los Mundos, y apenas abre los ojos á la ciencia, aprende que el soñado trono donde se sienta gira en vertiginosa carrera, humilde satélite del Sol, que él creyó hecho únicamente para su solaz y su recréo. Orgulloso con su razon, destello divino, pero limitado por la voluntad de su Hacedor, cree dominar completamente y desprecia la materia; pero esa materia agrupada en Cuerpos Celestes de variedad infinita de forma, dimensiones y colores, humilla su razon soberbia, corta las alas á su fantasía potente y creadora, y abrumado bajo el peso de su ridícula ignorancia, humilla su frente hasta el polvo que despreció, y en el que han de llegar á desvanecerse sus insensatos sueños de do-

minio. ¡Fantástico monarca! que pretendes dictar leyes al universo, cuando ignoras las de tu propia existencia; ¡dominador universal! que eres esclavo de interminables preocupaciones que te abruman; sólo un medio te queda de ser grande, y es ofrecer en aras de la pura y modesta verdad, que es la *Ciencia*, el humo vano de tu soñado poderío.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEIRA,

EL 8 DE FEBRERO DE 1874.

SEÑORES:

Inmerecido testimonio de consideracion y benevolencia voy á recibir en este inolvidable momento al elevar mi desautorizada voz en tan respetable recinto, donde se hallan congregados doctos y esclarecidos varones, que el mundo ilustrado estima como rico y espléndido ornamento del Arte, de las Ciencias y de las Letras.

Este láuro, cuya posesion me impone un sagrado deber, es para mí como el agua que en el árido y melancólico desierto aumenta las fuerzas del diligente y fatigado peregrino. Este honor afirmará mis pasos en la senda difícil que conduce al magestuoso templo de la Sabiduría, que admiro con entusiasmo, al par que sigo aquella con profundo anhelo.

Obligado por las prescripciones reglamentarias de esta insigne Corporacion á inaugurar mi ingreso en ella con una disertacion académica, ha vacilado un instante mi espíritu sobre el tema que habria de elegir como punto de partida de mis reflexiones científicas y al que habian de venir á pa-

rar mi análisis, mi observacion y mis juicios. El asunto, por cuyo estudio me he decidido al cabo, entraña condiciones de aplicacion en el mundo positivo que el progreso intelectual rechaza, y si al acogerlo desconfio de mis propias fuerzas, me anima la esperanza de vuestros sentimientos benévolos, con la que entro desde luego en materia.

De notoria y trascendental importancia son, á no dudarlo, Señores, todos los problemas que la Filosofía del Derecho está llamada á resolver en la época actual. De la solucion que adopte al crisol de los principios y con los poderosos elementos de la observacion y de la práctica, brotará el gérmen de una nueva vida para los pueblos civilizados, vida en que serán bien definidos los límites entre el Estado, la sociedad y el indivíduo y en que la concepcion de los derechos y fines de cada uno aspirará á realizarse de la manera más eficaz y armónica.

Estos trabajos de pura especulacion conservarán el honor de la filosofía, realizarán una conquista intelectual, produciendo las verdaderas teorías que expliquen la naturaleza del Estado, su mision en la sociedad humana, lo que debe practicar por sí y lo que ha de dejar á la libertad del indivíduo.

Las teorías abstractas é individualistas del Derecho y del Estado han recibido una verdadera transformacion en la Edad Moderna bajo el influjo de la filosofía.

Ya Hugo Grocio reconociendo la naturaleza moral del hombre, principio de todo procedimiento en las ciencias filósofo-jurídicas, y considerando los instintos de ser sensible humano, admiró entre estos el de Sociabilidad, y de él hizo partir la institucion del Estado, cuyos objetos eran para aquel sábio pensador, el derecho y la utilidad comun.

Posteriormente se produjo en el vasto campo de la filosofía una evolucion tan honda y destructora que amena-

zando cambiar la faz de la Sociedad bajo el punto de vista del destino del hombre en el mundo moral, llegó á dar por resultado el materialismo más grosero, el ateismo, la negacion del alma y de la propiedad, la extincion de las familias particulares, la comunidad de los bienes, la creacion de una sola familia, y tantos otros delirios del espíritu, que no fueron sino ilógicas y extraviadas coucepciones destituidas de base y buen sentido, faltas de razon, y natural consecuencia de las torcidas direcciones que las teorías del derecho, del Estado y de la Sociedad habian tomado ya en su desenvolvimiento bajo la perniciosa influencia del panteismo y de la doctrina sensualista.

Los sistemas que reconocieron en el egoismo y en el deséo del placer y bienestar el principio de toda determinacion humana, acogieron la teoría del «estado natural», ya antigua en la ciencia, como cimiento del deleznable edificio que se propusieron construir. Alejados de todo principio sintético y filosófico, y prescindiendo de los elementos racionales individualistas y armónicos, en vez de fijar ese estado primitivo del sér humano en su doble naturaleza, en sus manifestaciones intelectual, moral y física, lo imaginaron en el tiempo y en el espacio y formaron del mismo para su escuela un verdadero estado histórico.

En el siglo XVII, Tomás Hobbes, amigo y discípulo de Bacon, considerando en el estado de naturaleza la guerra de todos contra todos y al hombre fatal y necesariamente regido por la ley del egoismo, le caracteriza como el adversario declarado de su semejante.

Para Rousseau dicho estado natural constituia una condicion feliz del hombre, siendo su pérdida la consecuencia del progreso científico y artístico y de la creacion de las necesidades facticias, que dieron por resultado para aquel publicista la aparicion de las desigualdades, hecho calificado por él como elemento destructor de la libertad.

Segun su sistema la voluntad de los indivíduos deter-

minó la «convencion» de reunirse en Sociedad para la garantía de la personalidad y de la libertad, y ella fué considerada como el poder creador del Derecho y del Estado. Este principio de la voluntad de todos, que sirvió de punto de partida á los sistemas materialistas y sensualistas, fué el mismo que expresado por la voluntad general se vió introducido por las diversas escuelas del panteismo en la ciencia jurídica y del Estado.

Así Schelling, discípulo de Kant, concibió en su especulacion á Dios manifestándose como mundo ideal ó Espíritu y tambien como mundo real ó Naturaleza, ostentándose la accion divina como voluntad universal, y bajo esta fase panteista vino á producir la antítesis de la teoría del «Contrato Social», construyendo el Estado no con la voluntad de todos, representacion de la suma de las voluntades individuales, sino con el Poder Divino que crea en el mundo espiritual, entre otros organismos, el del Estado.

Fichte en la primera época de su lucubracion filosófica consideró en su idealismo subjetivo el *yo* como el poder creador, así en el órden físico como en el moral, y exageró en la ciencia del derecho el principio de la libertad, de la autoridad y de la autocrácia del indivíduo.

De la combinacion del idealismo subjetivo de Fichte y del sistema absoluto de Schelling, formó Hegel su doctrina panteista, considerando el Derecho como el reinado de la libertad realizada, comprendiendo el Estado revestido de un poder absoluto en todas las esferas de la actividad humana y admitiendo la idéa del Dios-Progreso, desenvolviéndose al través del mundo para llegar cada vez á una conciencia más clara de sí mismo.

El panteismo de la filosofía hegeliana debia dar, como desde luego dió en política, por último resultado el socialismo y comunismo, calificada reaccion contra el racionalismo individualista y formalista de Kant, y verdadera antítesis del racionalismo armónico de Krause y de Leibnitz.

El socialismo, pues, teoría que lo confunde todo, que no traza límite alguno entre la Sociedad, el Estado y el indivíduo, que desconoce el principio «propio» espiritual y libre en el hombre, que niega la personalidad humana, tiene su base, su punto de partida, en la doctrina sensualista, en esa doctrina que como final consecuencia produce el absolutismo monárquico ú democrático en política, el egoismo en moral, el ateismo en religion y el escepticismo en filosofía.

¿Qué sistema de derecho podrá levantarse sobre las falsas teorías y extraviadas opiniones de Locke y de Condillac, de Collins y de Dodwells, de Hobbes, de Helvetio y Saint-Lambert? Para estos filósofos, lo mismo en moral que en metafísica, todo es determinado por el principio sensualista: la reflexion no dá cuenta sino de aquello que el espíritu ha recibido de la sensacion: ninguna de estas facultades puede dar razon de los principios universales y necesarios, ni explicarse por ellas las idéas de espacio é infinito: la existencia de Dios, ora se admite por la existencia del mundo, ora se prescinde de ella por completo: la organizacion física es la sola causa de la superioridad del hombre sobre el animal: el espíritu, semejante á una tabla rasa, es un efecto de la educacion y no de la Naturaleza: la libertad constituye una idéa negativa: la opinion y el interés son los móviles de la conciencia.

Estos conceptos forman los principales axiomas de la escuela sensualista. Si algunas idéas y reflexiones de ella son aceptables, se observa desde luego que constituyen meros accidentes y no forman por sí solas un cuerpo compacto de doctrina, ni una ordenada síntesis de principios fundamentales.

En todos los sistemas, áun en los más alejados de la razon y de la verdad, un análisis detenido suele encontrar alguna concepcion admisible, ineficaz por sí á justificar la especulacion y á determinar su triunfo é influencia progresiva.

Al verificarse en la Europa moderna, en el siglo XVII, el último de los renacimientos, las ciencias jurídicas y sociales no pudieron prescindir del estudio y consideracion del mundo antiguo, en el que los sábios pensadores, al encaminar sus pasos al vasto campo de la filosofía, encontraron ricos y múltiples tesoros de estudio y meditacion, que fueron otros tantos variados elementos para dar distinto giro al espíritu reflexivo y analítico, de exámen y de discusion, extendido cual una corriente eléctrica, en la época á que he hecho referencia.

Así Descártes, entregado á la observacion de lo interno, reconoce como Sócrates el ***nosce te ipsum*** y el ***cogito, ergo sum.*** Así Grocio, como Ciceron, sin escluir el concepto del derecho positivo, dice que el derecho debe ser universal, confirmando estas palabras del célebre orador romano, «la razon recta es una verdadera ley: no es otra en Roma y otra en Aténas: otra hoy y otra mañana.» Así los filósofos sensualistas del siglo XVIII, á semejanza de Epicuro, proclaman el egoismo como principio de toda determinacion humana aconsejando su práctica y la realizacion del placer y el bienestar, lo mismo que el filósofo ateniense, que colocado en sus jardines, alejando su vida de las calamidades públicas y de la suerte de la pátria, aconseja á sus discípulos oculten su existencia, enseñándoles la realizacion del interés. Así Bentham reconoce el principio de la «utilidad» fundando sobre él su sistema jurídico, como Ulpiano, jurisconsulto y filósofo estóico, funda en dicho principio su division del derecho romano. Así, en fin, los socialistas y comunistas en Francia demandan en 1848 al Gobierno Provisional medios hábiles de realizacion de su sistema, á costa del Estado, como Platon en Grécia pide á los Gobiernos la concesion de un territorio donde ensayar su República.

En los tratados ***De Legibus*** y ***De República*** del filósofo del ideal, y ***De Política*** de Aristóteles se encuentran desarrollados todos los sistemas modernos, desde el absolutismo

hasta el socialismo. El primero de estos filósofos vió en la ejecucion de su sistema las mismas dificultades que la edad moderna ha visto para la práctica del socialismo y el comunismo, informe síntesis de errores y negaciones contraria á la naturaleza del hombre y á la realizacion de su fin en el mundo sensible.

La felicidad ó la utilidad comun fué establecida por Locke y por Rousseau como el objeto del Estado, y confundiendo la mision de éste y la de la Sociedad se despertó una aspiracion comun entre sus sectarios por hacer retroceder á la Sociedad á su estado primitivo, en que, segun ellos, la propiedad fué desconocida. Necesario era, á juicio de aquella filosofía la existencia de una igualdad de hecho, porque la igualdad de derecho podria mantener al pobre en la miseria y al rico en la usurpacion, espectáculo que ofrecia el estado social, que no podria ser para aquellos pensadores, útil ni ventajoso al hombre, sino en el caso de que «todos poseyesen algo» y «ninguno tuviese demasiado».

De tan falsas é inexactas premisas habian de deducirse más tarde quiméricas consecuencias de inconcebible aplicacion en el mundo real.

Así Roberto Owen, fanático del sensualismo, establece la proposicion de que «el hombre no es más que el producto de las circunstancias exteriores,» las que siendo iguales hacen á los séres racionales iguales entre sí en sus modificaciones sensibles. La Sociedad debe ser, segun él y sus partidarios, constituida sin premios ni recompensas, reprensiones ni castigos, igualados sus miembros en instruccion, carácter é intereses, bajo el punto de vista de la comunidad de bienes, formando una sola familia.

La propiedad y la familia particular constituyen para esta secta utopista idéas negativas, en concordancia á la no existencia para ella del principio espiritual «propio» en el sér inteligente.

La doctrina socialista de Fourrier, determina el resulta-

do de una teoría formalista basada en un panteismo particular y en un sensualismo extraordinario. Admite la propiedad individual organizada bajo una fase económico-comunista, y por únicos orígenes de aquella reconoce el talento, el capital ya adquirido y el trabajo que contribuyó á su adquisicion.

El Sansimonismo aparece en el campo de la filosofía con los más repugnantes caractéres de un materialismo panteista. Inspirados los sansimonianos en la doctrina hegeliana adoptan un Dios-Progreso, presentándose la Divinidad en todo tiempo en el sér sensible humano que se hace así ley viva, pontífice y sacerdote. Segun ellos la propiedad real no existe para el indivíduo, sino la «distribucion» proporcional de su goce.

Blanc, Ledru-Rollin, Proudhon, Cabet y otros publicistas de la edad contemporánea, en sus tendencias destructoras contra la religion, la moral, la familia y el Estado, inspirados en el más ciego ateismo y en el más grosero materialismo han sido los apóstoles de las modernas teorías socialistas y comunistas, que el egoismo y la desmoralizacion acogen, y la razon y el buen sentido rechazan.

La escuela que desconoce el verdadero concepto de Dios, que ignora la naturaleza moral del hombre, que le estudia con abstraccion completa del elemento espiritual y divino, que establece como consecuencia teórica la negacion de una verdad absoluta, que forma del estado natural un verdadero estado histórico, que prescinde de la propiedad en su estado primitivo y en la condicion moral del hombre ¿qué resultados especulativos y prácticos ha de producir? Separada de los principios eternos é inmutables del derecho natural ha fundado su sistema en falsas premisas, en aventuradas concepciones, en idéas y juicios ilógicos y extraviados.

Esta escuela filosófica, ó mejor dicho esta secta utopista, ha producido en nuestros dias la asociacion *Internacional*, que apoyada en la política fraccionaria, en el triste y de-

plorable estado económico de algunas naciones de Europa, en el lamentable atraso de los estudios filosófico-jurídicos, y en la precaria condicion de la clase obrera, originada por el feudalismo industrial, por la introduccion de las máquinas y por las agitaciones políticas que detienen la circulacion de la riqueza y dificultan el desenvolvimiento de las clases productoras, aspira á imponer á los Gobiernos sus doctrinas produciendo una completa transformacion social, divorciada de la verdad, de la razon y de la justicia, leyes eternas, principios únicos que pueden llevar á la humanidad en pos de su ideal y determinar el elemento más activo de su perfeccionamiento.

El principio de la voluntad, que sirvió á filósofos como Locke, Hobbes y Rousseau, para la construccion del Estado, confundido por ellos con la Sociedad, se ostenta igual en los hombres para producir el Contrato Social y de esta falsa premisa é invocando algunos de sus sectarios la igualdad predicada por el Cristianismo puramente moral, quisieron establecer la igualdad de hecho, contraria á la Naturaleza, y cuya constitucion no podria tener efecto sin trastornar todo órden social.

La desigualdad de hecho que existe realmente entre los hombres tiene su punto de partida en la diferencia de sus fuerzas físicas, en el egercicio de sus facultades morales é intelectuales y de los instintos afectivos á la humanidad, en sus pasiones, en sus idéas, y en sus medios.

La igualdad civil, en su más lata acepcion, lo mismo que la igualdad política, están condicionadas á órdenes finitos, en los que jamás podrán ostentarse por completo.

Los principios de autoridad y subordinacion hallan su base en la idéa del órden, en la diversidad de los talentos, en la desigualdad de las fortunas y en la diferencia de las ocupaciones.

La propiedad tiene su asiento en las facultades del cuerpo y del espíritu, y de esta causa ú orígen fundamental se deriva

la que merced á dichas facultades adquirimos. La desigualdad de hecho produjo entre los hombres la propiedad territorial, sin la que los pueblos no serian otra cosa que hordas de salvajes errantes.

Un publicista de la edad moderna ha dicho que el hombre naturalmente tiene derecho á todas las cosas y á todas las personas. Verdad es que el hombre fué creado con necesidades imperiosas que satisfacer, para cuyo fin podremos concederle un derecho natural. Empero para la satisfaccion de las necesidades verdaderas ¿es preciso, acaso, que el hombre tenga derecho á todas las cosas y á todas las personas?

«*Initium vitæ hominis aqua et panis, et vestimentum, et domus protegens turpitudinem,*» ha dicho un verdadero filósofo. Y el mismo Epicuro, en cuya doctrina el sensualismo y el materialismo modernos encuentran, si no su orígen, al ménos admirable analogía, exclamaba: «tenga yo agua y pan y se atreverá mi felicidad á competir con la de Júpiter.»

La diversidad en las ocupaciones, consecuencia de las determinadas aptitudes naturales para el trabajo y la preeminencia y distincion que la sociedad concede á una parte de sus indivíduos en premio del bien que han hecho á la pátria toman, á no dudarlo, su orígen en la desigualdad de hecho.

El socialismo, pues, sometido al crisol de la filosofia, no demuestra otra cosa que la reaccion exagerada contra el racionalismo formalista é individualista, ineficaz como éste á llenar las formas positivas determinadas por el progreso intelectual bajo una fase práctica y de realidad, huyendo de las exageraciones formalistas, causa de múltiples divisiones en el terreno filosófico y de funestas convulsiones y trastornos en el seno de la sociedad civil.

El socialismo prescinde de la existencia, influencia y poder de las fuerzas espirituales y morales indicadas por la parte más noble que se descubre en ese admirable dualismo del sér inteligente y bajo esta idea materialista su doctrina llega á convertirse en una utopia irealizable.

No es su ideal superior al hecho realizado en el desenvolvimiento histórico, porque refiriéndose al bienestar del hombre no puede éste encontrarse en manifestaciones contrarias á su modo de ser, por cuya razon no entraña la idea de progreso, ántes al contrario, conduce á la humanidad necesariamente al fatalismo.

Entraña, pues, la doctrina socialista un principio retrógado, puesto que en ella la realidad jamás podrá responder á las teorías de la humanidad y de la fraternidad de los pueblos.

El dogma del progreso, que germinó en Oriente bajo la inspiracion de la idea religiosa y se ostentó con maravilloso esplendor en el Cristianismo, elemento esencial de nuestra moderna civilizacion, rechaza al socialismo y el comunismo, que prescindiendo de las convicciones espirituales y religiosas combaten el órden moral y político de la sociedad, aspirando á organizar ésta en todas las esferas de su actividad bajo las nuevas bases de su sistema.

Tales son, señores, esas deleznables creaciones de la inteligencia, esas absurdas teorías, esas aberraciones del espíritu moderno que se llaman socialismo y comunismo. Tal el retroceso que su doctrina determina en la marcha progresiva de la humanidad para la realizacion de su fin. Antítesis de la razon recta, de la verdad y de la luz, son ricos arsenales del error, de la aberracion y de la utopia. Es su funesta doctrina, como ha dicho muy bien un sábio pensador contemporáneo, una llamada al estudio de la filosofía del derecho, única ciencia que podrá relegar á la historia las irrealizables lucubraciones y fatídicos principios que encierra.

Tiene su generacion, como todas las manifestaciones sistemáticas del espíritu, en el mundo científico.

En Francia procede del materialismo y el sensualismo, arraigados bajo la sombra de la filosofía egoista del siglo XVIII: en Alemania de las doctrinas panteistas, convertidas en ateismo y materialismo: y en España del empeño en pervertir y

contrariar el verdadero espíritu nacional, desviándolo de su cauce católico y monárquico ante todo, y de la política interesada y fraccionaria de los Partidos, que en su constante lucha destruyen todos los elementos de vida en el cuerpo social, agotan las fuentes de la prosperidad pública y determinan en la clase obrera una condicion precaria, propicia á acoger toda reforma que parezca tender al mejoramiento de su situacion y á proporcionarle la mayor suma de goces sensuales.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON FRANCISCO PAJÉS DEL CORRO,

ACADÉMICO PREEMINENTE,

EN CONTESTACION AL DEL SR. MONTESINOS.

SEÑORES:

Si siempre se turba el ánimo del que ha de llevar la voz de esta docta Academia en tan solemnes actos, mucho más tiene que acontecer al que llamado á cumplir este deber, carece de la capacidad y conocimientos que para ello se requieren, y aun de aquella belleza del estilo que basta á cautivar la atencion de los oyentes. Por esto comprenderéis cuan angustiosa es mi situacion en este momento. Por mi falta de capacidad y de conocimientos, no hallaréis en mi discurso la profundidad de conceptos que satisface la inteligencia del sábio, ni, por lo desaliñado é incorrecto de mi estilo, podré cubrir con bellas formas el vacío del fondo, que se hará de este modo más notable. Hé aquí por qué no puedo ménos de impetrar vuestra benevolencia, nunca negada al que con sinceridad la pretende.

Fiando en ella, doy comienzo á mi taréa, dando, en nombre de este Cuerpo, la bienvenida al nuevo Académico, y se la doy tan cumplida como de justicia le corresponde; así como os felicito á vosotros, y áun me felicito yo mismo, por po-

der contar desde ahora entre nuestros compañeros al Académico entrante.

No podrá ponerse en duda la sinceridad de mis palabras, si, como créo, habéis oido con atencion el notable discurso que aquél acaba de leer. En él se trata la cuestion más palpitante de nuestros dias, la cuestion pavorosa que absorve la atencion de los vivientes en el actual momento histórico; en él se examina el comunismo que llama á las puertas de nuestra sociedad, que quiere plantear la asociacion *Internacional*, habiendo dado para ello los primeros pasos en una gran ciudad, capital de un gran pueblo, y habiendo tambien puesto ya su planta en nuestra desgraciada pátria. Y ¿cómo resuelve el nuevo Académico esta cuestion? Examinando las doctrinas comunistas y socialistas ha resuelto que ante la filosofía del derecho constituyen verdaderas aberraciones del sér inteligente, y que en la marcha progresiva del hombre para la realizacion de su fin, determinan un marcado retroceso.

Y en efecto, gravísimo mal entraña el comunismo que pretende modificar y aun destruir la actual organizacion social; mal que nos amenaza, y que indudablemente vendrá si oportunamente no se pone el debido correctivo á las doctrinas que están conmoviendo hasta en sus cimientos el mundo moral.

Y bien, señores, ¿dónde está el orígen de esas funestas doctrinas, cuál es su causa? Y dados los males que están causando al mundo en su propagacion, y dadas las horribles catástrofes que su realizacion ocasionaría, precipitando á la sociedad en un insondable abismo de donde no es fácil comprender cómo podria salir; supuesto que quizás aun sea tiempo de impedir esos gravísimos males, ¿dónde está el remedio, cuál será el dique que opongamos al devastador torrente que amenaza destruirlo y aniquilarlo todo: propiedad, familia, religion y, si fuera posible, hasta al mismo Dios?

No es ciertamente taréa difícil señalar la causa de ese fatal error; que si lo fuera no trataria, con temeridad, de in-

dicarla; y conocida la causa del mal, ¿quién titubeará en designar el remedio?—Esto me propongo hacer en este breve rato, procurando molestaros lo ménos posible. Oidme, señores, no diré con atencion, pues vuestra cortesía nunca la escaséa, sino con la benevolencia que vuestra reconocida bondad siempre me ha dispensado.

I.

Hubo un tiempo en que un Fraile apóstata, imitando al Ángel Rebelde, de cuya soberbia estaba poseido, lanzó un sordo rugido que conmovió al mundo, y exclamando *Non serviam*, como aquél, procuró minar los cimientos de dura roca de la Iglesia Católica, negando el principio de autoridad y estableciendo en su lugar el libre exámen. El mundo que, por un cúmulo de circunstancias, que no es de este momento indicar, estaba preparado en gran parte para recibir con aplauso aquel grito de rebelion, lo aceptó gustoso, y muchos pueblos y muchas inteligencias, que no por ser elevadas dejaban de estar pervertidas, cobijáronse bajo los pliegues de la bandera revolucionaria del apóstata y se proclamó como verdad inconcusa la soberanía de la razon individual en materia de religion.

Bien pronto, porque la lógica así lo exijía, tras el Lutero religioso tenia que aparecer el Lutero filosófico, y así vemos que no tarda en presentarse Descártes que, creyendo conservarse católico encerrando en el arca santa las verdades de la fé, proclama en filosofía la libertad del pensamiento humano. Tras del Lutero filosófico y del Lutero político, había de venir y vino el Lutero social, porque tal es la marcha de la humanidad: admitido un error, de consecuen-

cia en consecuencia, la inteligencia humana no se detiene sino en lo más profundo del abismo. Y hé aquí como el protestantismo engendra al filosofismo y de etapa en etapa nos lleva indeclinablemente al comunismo.—Así, éste no es en mi concepto otra cosa que la última deduccion, la última consecuencia lógica del protestantismo. Por esto, al presentarse aquel en el mundo actual en su completo desarrollo, y pronto como está á arrojarse sobre la presa que la justicia de Dios parece que le ha abandonado, vemos que, casi puede decirse que ha desaparecido el protestantismo como secta religiosa, á la manera que se seca y muere el árbol que ha dado todos sus frutos.

Hoy ya no hay luchas religiosas como en otros tiempos. Es verdad que la Iglesia Católica se encuentra combatida en casi todo el mundo, pero no es á nombre de la fé religiosa como se la persigue, sino que sus enemigos son los enemigos de toda religion positiva; y si parece que sólo contra ella se dirigen, es porque sólo ella resiste, sabiendo que su triunfo es seguro, ineludible, como ofrecido por Aquel que dijo: *los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (1).—Tampoco existe en la actualidad verdadera lucha filosófica. Los extravagantes sistemas que ha creado la moderna filosofía han dado ya sus frutos, y pocos son los que hoy se cuidan de las cuestiones que ha planteado.—Ni ménos existe la lucha política, tal como se ha entendido en los últimos tiempos, pues una dolorosa experiencia ha hecho conocer á los pueblos, como á los individuos, que la cuestion de forma de Gobierno es completamente secundaria y que no resuelve, ni puede resolver, ninguno de los grandes problemas que agitan el mundo.—Sólo una cuestion es hoy la privilegiada, y esta es, á no dudarlo, la cuestion social.

Que ésta existe y que se ha planteado de una manera franca, imponiéndose al mundo y exigiendo una solucion

---

(1) Math. XXIV. 35.

pronta y eficaz nadie podrá negarlo; y es que la Sociedad está enferma y pide con ánsia su curacion. Un sordo y prolongado quejido se oye, ya de léjos, ya de cerca, que demuestra las angustias que padece; hay un completo trastorno en todos los órdenes, siendo lo peor que se encuentran pervertidos los entendimientos, y cuando se vé todo desquiciado, cuando se nota que todo está corrompido, cuando se observa que el edificio social bamboléa, todos temen que en un momento no muy lejano se derrumbe con estrépito, arrastrándolos en su ruina.

Pero, ¿qué mal aqueja á la sociedad? ¡Ay! no es más que uno: no es feliz y quiere serlo. Anhelando por la felicidad, por esa sublime aspiracion que tienen todos los hombres en el fondo de su alma, la sociedad actual trabaja y se afana por conseguirla acá en la tierra y, no encontrándola, en su impotencia se revuelve desesperada contra sí misma, y creyendo que todo el obstáculo se halla en su constitucion, en su organizacion interior, quiere variarla, quiere destruirla, sin comprender en su loco desvarío que ésta destruccion la ocasionaría la muerte.

Y lo más sensible no es que lo pretenda, no es que lo intente, practicando para ello cuantos esfuerzos créa necesarios. Lo sensible es que, dadas ciertas premisas que hoy se estiman como inconcusas en el mundo, el Comunismo tiene razon y viene con la lógica en la mano á llamar á nuestras puertas para que se le deje el paso libre; y no se olvide, señores, que tarde ó temprano la lógica siempre se abre este paso. Ese es el lado terrible del Comunismo: no lo es tanto por los males que promete, cuanto porque se impone como una necesidad, y una necesidad lógica.

Y todo esto trae su orígen del Protestantismo, de aquella fatal herejía que, proclamando como principio la rebelion á la autoridad de la Iglesia, se ha presentado como la última y la más terrible de todas las herejías, porque no niega uno ó varios dogmas de la enseñanza cató-

lica, sino la autoridad de esta enseñanza.

En efecto: proclamando Lutero el libre exámen, la independencia de la razon humana, en la interpretacion de las Sagradas Letras, destruyó el órden sobrenatural, y con él todo lo que en ese órden tenia su fundamento. La revelacion no la puede proponer sino una autoridad infalible y divina, y una vez desechada esa autoridad, el hombre tiene que entregarse á su razon individual, pues no se concibe que negada la autoridad de la Iglesia se pretenda imponer un yugo á la razon humana; y por eso decia Rousseau: «que se me pruebe que debo someter mi razon á una autoridad cualquiera, y mañana soy católico.» Pues bien: la razon individual al interpretar las Sagradas Letras tiene que reducirlas á su norma subjetiva y desechar todo lo que haya de sobrenatural ò interpretarlo en un sentido natural. Con el mismo criterio, pues, con que Lutero borró parte de los libros canónicos de los que constituyen la Biblia, é interpretó á su manera los que dejaba como tales, estableciendo nuevos dogmas, con ese mismo criterio, el racionalismo ha expuesto de una manera enteramente humana los acontecimientos sobrenaturales ó los ha considerado como mitos.

De aquí que el Naturalismo sea la consecuencia inmediato y directa del Protestantismo. Y no podia ser de otra manera, porque si por sobrenatural se entiende lo que excede á las fuerzas de la naturaleza, es inconcuso que la razon humana por sí, por virtud de una operacion natural, no puede comprender aquel órden, y que para ello necesita someterse, depender, digámoslo así, de una autoridad infalible que le enseñe lo que sobrepuja ó excede á sus fuerzas naturales. Quien dice, pues, independencia de la razon, dice naturalismo, porque lo sobrenatural no puede ser objeto adecuado de la razon humana.

El Naturalismo, por lo tanto, ó sea, *aquella disposicion universal del ánimo que excluye la influencia de toda consideracion sobrenatural en el ordenamiento moral de la hu-*

manidad (1), tiene necesariamente que imperar en la sociedad impregnada del espíritu protestante que, como sabemos, no es otro que la independencia de la razon humana, principio proclamado en todos los tonos en nuestra época.

Y supuesto el naturalismo y dada la aspiracion de todo hombre á la felicidad, no es de extrañar que la cuestion social se plantée en términos tales, que no tenga otra solucion que el Comunismo. Porque si se ha de excluir todo elemento sobrenatural y ha de quedar el hombre limitado al órden de la naturaleza, el problema no puede ménos de formularse de este modo: Dados sola la tierra y solos los bienes de este mundo; desentendiéndose de lo que puede haber más allá de la muerte y no aceptando más verdad que lo que cae bajo el dominio de la razon humana, hallar la manera de satisfacer las necesidades del hombre y de llenar su aspiracion á la felicidad. Nadie negará que á estos términos está reducido el problema que hoy agita al mundo; y propuesto y presentado de este modo hay que confesar que el Comunismo tiene razon, porque es la solucion más racional que puede dársele.

Y así es la verdad. He dicho y nadie pondrá en duda que es un hecho la vocacion de todos los hombres á la felicidad, siendo ésta una aspiración que está en el fondo de nuestra alma y que no podemos resistir; y si no se admite la revelacion sobrenatural que nos dice cuál es el fin verdadero del hombre, si se acepta que este fin se cumple en este mundo, es claro que ó aquella vocacion á la felicidad es una quimera, ó todos los hombres deben gozarla en esta vida. Además, como que dado el Naturalismo, los únicos elementos de goce son los bienes materiales, es indispensable que estos bienes se disfruten por todos en la misma proporcion para que todos sean igualmente felices. En tal supuesto, no hay razon

(1) Así lo define Taparelli en su *Exámen Crítico del Gobierno Representativo en la Sociedad moderna*.—Parte I, c. VIII.

para que unos poséan en abundancia los medios necesarios para llenar aquella aspiracion, y que otros no tengan más patrimonio que la miseria; y por consecuencia hay que convenir en que proceden con lógica aquellos que fijándose en que los elementos indispensables para el goce son los bienes materiales y que éstos están repartidos con desigualdad notoria, quieren destruir esa desigualdad de condiciones que estiman como el orígen de todos los males.—No son, pues, de extrañar, dadas aquellas doctrinas, las pretensiones del Comunismo. Observa que la propiedad privada es un obstáculo para que todos tengan igual participacion en los bienes materiales; advierte que los lazos de familia y las obligaciones que imponen amargan á las veces la existencia é impiden casi siempre que el hombre se dedique exclusivamente á los goces de la materia; nota que la moral, que no se concibe sin religion, sin Dios, pone un freno á la satisfaccion de los apetitos brutales; y hé aquí que para gozar, que para conseguir esa felicidad material con que sueña, no titubéa en romper esos obstáculos y reniega de Dios, quiere abolir la familia y declara la guerra á la propiedad.

Ved, pues, á donde conduce el naturalismo, consecuencia indeclinable del principio protestante.

Pero no es esto solo. El Protestantismo dando nueva interpretacion á la doctrina católica varió muchos de sus dogmas y entre ellos modificó esencialmente el del pecado original. Lutero le dió el primer golpe asegurando, contra la enseñanza de la Iglesia, que el pecado de orígen corrompió de tal modo la naturaleza humana que la privó del libre arbitrio. Desconocido, modificado el verdadero dogma, los sucesores del Fráile Apóstata no titubearon en dirigirle nuevos golpes, y vacilando la doctrina católica en este punto, no tardó este dogma en ser derribado, negándose la existencia de la primera caida, y esta negacion arrastró, como no podia ménos, la de todos los dogmas cristianos. Toda la economía cristiana descansa sobre el dogma de la caida del hombre,

sin el cual no se concibe el de la redencion; suprimidlo y el catolicismo concluye.

No se tardó en deducir la primera consecuencia que de esta negacion se desprende, y bien pronto apareció Rousseau que proclamó que naturalmente el hombre nace bueno. Ahora bien: supuesta la nativa bondad del hombre y dada la existencia de la maldad en el mundo hay que convenir en que si el mal no está en el hombre, lo está en la sociedad, y que reformando esta, modificando sus bases constitutivas, desaparecerá el mal moral de la tierra, puesto que este no existe sino por el vicio de las instituciones sociales. El Socialismo en este terreno tiene tambien razon, es igualmente lògico. No le arguyáis que no puede probar cuándo y còmo penetró el mal en la sociedad, porque os dirá que en esta el mal no es accidental sino esencial. Tampoco le opongáis que entónces para extirpar el mal habrá que destruir la Sociedad, aniquilarla, porque os aceptará esta consecuencia. Le diréis que esta es una locura; que es una aberracion suponer que la Sociedad puede ser aniquilada, porque tanto equivaldría á aniquilar al hombre, siendo este, como es, naturalmente sociable. No os oirá en su desvarío, y continuará asegurando á las masas, los sostenedores de esta teoría, que el dia de la liquidacion social, cuando se hayan destruido las bases fundamentales de la Sociedad, el mundo será un paraiso para la clase proletaria. Y como que ántes de predicarles esta doctrina se ha arrebatado á esas masas toda idéa moral y religiosa como que desconociendo á Dios y odiando al pròjimo y no creyendo en un más allá despues de la tumba en el que obtendrán por recompensa de su resignacion la verdadera felicidad, viven en la desesperacion y en la angustia más horrible, se explica bien que acepten el plan de reforma social que les presenta el Comunismo y que hagan esfuerzos extraordinarios para realizarlo.

No hay que buscar otro orígen al Comunismo que, como vemos, es la última consecuencia del principio protestante.

La independencia de la razon humana, arrastra la negacion del òrden sobrenatural y por ende la de todos los dogmas cristianos, entre ellos el de la caida del hombre, y haciendo á este naturalmente bueno y debiendo realizar su felicidad, que es su fin, en esta tierra, dedúcese que, siendo viciosa la organizacion social, debe á toda costa modificarse, á fin de procurar á todos los hombres los bienes materiales necesarios para satisfacer los goces á que aspiran.

II.

No cabe duda de que la cuestion social está llamando la atencion de todos los hombres sensatos que buscan un remedio que oponer al gravísimo mal que nos aqueja. En este punto no vemos á la indiferencia adoptada por regla de conducta, sino que se observa el afan con que se procura poner un eficaz correctivo á ese mal, que tan de cerca nos amenaza, para evitar sus peligros.—Pero apesar de este deséo, manifestado en todos los tonos, observamos que el mal léjos de decrecer aumenta, que el peligro es cada vez mayor; y á la verdad, no parece sino que caminamos á pasos agigantados á la disolucion social, y que no hay fuerza humana que nos detenga en la carrera que nos lleva al fondo de un abismo. Y todo esto es porque apartando la vista del orígen del mal, no le oponemos el verdadero remedio.

Así es que, sin renegar del principio protestante, unos quieren que la Ciencia oponga un dique al desolador torrente, y confían en que la Economía Política, ó la Filosofía, ó la Ciencia del Derecho resolverán la cuestion social. Otros, más prácticos, entienden que la Política es la llamada á resolver

el conflicto, y suponen que el Estado, ya por la fuerza, ya por la accion eficaz de las leyes positivas impedirá la prosecucion del mal. Error, error gravísimo el de los unos y el de los otros, que no parece sino que creen el mal incurable y solo pretenden oponerle algunos paliativos.

La Ciencia, es verdad, puede contribuir mucho al bien, tanto más cuanto que ella ha contribuido poderosísimamente al mal; pero para ello es preciso que se desprenda del espíritu moderno, que deje de ser soberbia, y que no pretenda, fundada en el principio de la independencia de la razon y de la libertad del pensamiento, que por sí sola es suficiente para resolver el terrible problema; porque ¿qué puede hacer la ciencia apoyándose en el disolvente principio que ha dado orígen al mal?

Y en efecto ¿qué puede hacer la Economía Política, tal como hoy se entiende, en favor de la Sociedad? No negaré que ella es la que pretende ser la única ciencia llamada á resolver la cuestion social; pero tampoco ocultaré que, en mi juicio, ha dificultado el problema en vez de tender á resolverlo, y que, por lo tanto, si no hay mas salvacion para la Sociedad que la Ciencia Econòmica, la Sociedad está irremisiblemente perdida.

La Economía Política es la ciencia de la riqueza, y aun cuando se ocupa de su distribucion y de su consumo, su principal objeto, segun las escuelas, es la produccion. El aumento indefinido de la riqueza para el aumento de los goces, y por consiguiente el aumento tambien de la intensidad y del número de las necesidades del hombre, para que creciendo el deséo de satisfacerlas sea mayor la produccion, es el objeto casi exclusivo de esta moderna ciencia. Dígase como de este modo puede resolverse con acierto la cuestion social. Léjos de eso, tratándose la riqueza como fin, en lugar de mirarla como medio, en vez de disminuir el mal se acrecienta de un modo extraordinario. En primer lugar, para aumentar la produccion se estimula el lujo en los ricos, los cuales, creán-

dose cada vez nuevas necesidades que satisfacer, jamás llegan á tener nada supérfluo que destinar para socorrer al pobre. A la vez, estableciendo como principio inconcuso y sin excepcion para regular el precio de las cosas, la oferta y la demanda, hace deducir, como consecuencia forzosa, que miéntras mas buscados séan los capitales mayor debe ser el interés del dinero, y así, la usura se establecerá sin correctivo alguno, porque es anticientífico señalar tasa á ese interés. El rico abusará de los necesitados tanto más cuanto mayor séa su número, y la usura arruinará las pequeñas fortunas de aquellos que se vean en la necesidad de pedir prestado. Y por lo que hace al proletario, al pobre jornalero que tiene que ofrecer sus brazos al potentado para satisfacer sus necesidades, se verá obligado á hacer esa oferta á un precio tanto más bajo cuanto mayor séa la concurrencia de jornaleros. No se atenderá, pues, á las necesidades del obrero, á lo que exija su sustento y el de su familia, sino que disminuirá el salario á proporcion que crezca la miseria; y á la vez se ponderará al pobre la conveniencia del *ahorro* para la formacion de los capitales, como descubrimiento inaudito de la ciencia económica.—¿Puede creerse, en vista de esto, que la Economía Política puede dar cumplida respuesta al Comunismo?

Otro tanto sucede á la Filosofía moderna. Desde que Descártes en el terreno filosófico, aceptó la doctrina de la independencia de la razon humana que proclamó Lutero en el órden religioso, han venido presentándose un gran número de sistemas, y la filosofía, proclamando ya el sensualismo y el materialismo, ya el idealismo y el excepticismo, ha recorrido la escala de todos los errores, deteniéndose en el Panteismo. El Racionalismo, hijo como es del Protestantísmo y negando todo lo que este niega, ha querido evitar el error del Naturalismo que niega toda relacion del hombre con lo Infinito, y aspirando á afirmar en este punto ha incurrido en el error opuesto, confundiendo lo Infinito con la naturaleza humana. De este modo ha seguido, en verdad, distinto camí-

no, pero no por eso ha conseguido otro resultado. El Naturalismo viene á confundir al hombre con la materia, no le permite levantar los ojos al cielo sino que le hace mirar siempre á la tierra, donde le dice que únicamente realizará su destino, y así, el hombre, apegándose fuertemente á los bienes materiales, con esta doctrina no tiene mas aspiracion que gozar. Pero el Panteismo, negando la existencia de un Dios personal y el dogma de la creacion y estimando que no hay mas que una sustancia que, desarrollándose, vá produciendo todos los séres desde el flúido imponderable hasta el hombre en donde tiene conciencia de sí mismo y se dice *yo*, viene á producir los mismos efectos que el Naturalismo con relacion al punto de que nos ocupamos. Si no existe un Dios personal distinto esencialmente del mundo, si todo lo que existe no es más que el fatal desenvolvimiento de la sustancia única, tiene que negarse la libertad humana y por lo tanto todo el órden moral que descansa precisamente en aquella nocion; y como segun la doctrina panteista no hay más allá de esta vida que la necesaria, fatal absorcion en lo Infinito, donde todo se confunde como la gota de agua en el Occéano, es evidente que el hombre como tal, en su individualidad, no tiene ni puede tener otro fin que el desarrollo armónico de su naturaleza y de sus facultades. El Naturalismo, pues, materializando al hombre, y el Panteismo divinizándolo conducen, al mismo fin: á la negacion de la vida futura, donde se obtiene por recompensa la eterna felicidad ó por castigo la muerte eterna; y la negacion de este dogma implica el desconocimiento del verdadero destino humano que se cree que se realiza en este mundo. Ahora bien: aceptando en este punto el Panteismo las mismas conclusiones que el Naturalismo ¿no es lógico que se confunda con este en cuanto á la manera y forma de resolver la cuestion social?

Y á la verdad ¿qué sistema filosófico adoptó Saint Simon para sustentar sus ideas comunistas sino el sistema de Hegel? El célebre Proudhon, estimado por unos como el más lógi-

co y por otros como el más ilógico de todos los socialistas, el que negando que el mal estuviera en el hombre ni en la sociedad, sosteniendo que sólo se encontraba en quien habia formado á aquel, esto es, en Dios, á quien llamaba el espectro de su conciencia á la vez que lo negaba, ¿no se valió de la dialéctica hegeliana para condenar la propiedad?

Y si nos fijamos en la escuela krausista que tantos prosélitos tiene en nuestro país, veremos aún más confirmada la verdad de que la moderna filosofía conduce al Socialismo. La escuela de Krausse, apesar de la negativa de sus adeptos, es panteista, tan panteista como la de Spinosa y la de Hegel, y en tal concepto la vemos sostener, en el punto de que nos ocupamos, doctrinas que están en perfecta armonía con los principios que la sirven de base. Para el Krausismo el fin supremo de los fines humanos es *la humanizacion en el tiempo de nuestra humana eterna naturaleza* (1). Para ello, ante todo enseña la rehabilitacion de la carne y no se contenta con que se eduque al cuerpo de manera que se escuche y siga el instinto natural hasta donde este instinto concierta con la armonía del todo (2), sino que quiere que «el hombre »deseche el prejuicio de que la naturaleza y el cuerpo son de »calidad inferior á la razon y el espíritu.... El espíritu en »cuanto se reune en la humanidad con el cuerpo mediante la »fantasía, es tambien órgano del cuerpo, y es en esta razon »dependiente de este, tanto como el cuerpo lo es del espiritu... »Porque todo sér y vida finita es y vive semejante á Dios, y dig»no de Dios, y debe sostener su carácter divino; de consi»guiente tambien la naturaleza y el cuerpo (3).» Divinizándose á la carne de este modo, estableciéndose en este mundo el cumplimiento del destino del hombre ¿qué puede esperarse de esta filosofía? Así es que no causa extrañeza que se

(1) Sanz del Rio.—*Ideal de la Humanidad para la vida*.—2.ª edic. página 67.

(2) Id. pág. 89.

(3) Id. pág. 92.

sustente que «la deliciosa morada de la tierra, rica de vida, »proporcionada en grandes y pequeñas divisiones territoria- »les (1).... este asiento de la tierra es la herencia comun de »los que la habitan; á cada individuo, á cada familia, á cada »pueblo le corresponde en el suelo su parte proporcionada; »todos los bienes y beneficios de la naturaleza en el conti- »nente y en los mares deben ser repartidos entre todos con »justa medida; todos deben recibir su parte legítima en el »trabajo y en el producto (2).»—Es verdad que se agrega que «el cumplimiento de esta condicion sólo es posible cuan- »do una legislacion y una administracion competente abra- »zen en estado y gobierno todos los pueblos, cuando todos »estén igualmente sugetos al cumplimiento del derecho co- »mun en la humanidad (3)»; pero por más que se aplace para un dia que se cree más ó ménos lejano, no por eso es ménos cierto que se supone como un ideal que llegará á rea- lizarse el reparto igual de todos los bienes y beneficios de la naturaleza. Y sosteniendo esta tésis la escuela krausista ¿pue- de parecer apropósito para contener los progresos del Comu- nismo?

Lo mismo puede decirse de la Ciencia del Derecho, pues poco puede hacer este, cuando precisamente en su nombre se están minando los cimientos de la Sociedad. En efecto: la no- cion del Derecho que hoy se sustenta es completamente falsa, y tenia que ser así porque el Derecho como ciencia filosófica tiene que amoldarse al sistema que en Filosofía se adopte, y dicho se está que si la moderna Filosofía no puede combatir al Comunismo, sino que, por el contrario, mas bien le presta aliento, otro tanto debe suceder á la Filosofía del Derecho. Y en efecto: para no fijarnos más que en la escuela de Krause vemos que siendo panteista y entendiendo que la esencia di-

(1) Id. pág. 77.
(2) Id. pág. 145.
(3) Id.

vina se desenvuelve y realiza en el mundo, y que el hombre es una esencia no distinta de la de Dios, que se realiza en el tiempo, supone que necesita determinadas condiciones para aquel desarrollo, y á la série de condiciones dependientes de la voluntad de otro que son indispensables á la realizacion del destino humano (1), es á lo que llama Derecho.—Ahora bien: sabiendo, como sabemos, cual es el destino del hombre, segun esta escuela, podemos formarnos una idea exacta de lo que podemos esperar del derecho krausista para resolver con el acierto que apetecemos la cuestion social.

No hay que dudarlo: fuera del Comunismo no puede haber solucion para la ciencia moderna, impregnada como está del espíritu protestante.

Pero ¿y el Estado, y la política y la ley civil nada pueden hacer para contrarestar al Comunismo?

El *Estado* y ¿qué es el Estado? ¿Dónde está? ¿Es por ventura el Estado la institucion que en un país asume todos los poderes, ya séa un César ya una Convencion que puedan decir como Luis XIV: el Estado *soy yo*? ¿O es, como dice Hégel, *la sustancia social que llega á la conciencia de sí misma* (2) ó, como enseña la escuela krausista «*la sociedad para el de*»*recho* que funda su fin y forma propia de accion en abrazar »la humanidad en un organismo político para hacer efectivas »las condiciones interiores y exteriores de nuestra humaniza»cion? (3)»—El Estado moderno, omnipotente y todo, como se dice que es, no aparece por ninguna parte. Dígase dónde está y como ejerce sus funciones y podrémos entónces examinar si puede ó nò resolver la cuestion social en un sentido contrario al Comunismo; si bien es de temer que esto jamás pueda conseguirse, cuando vemos á los socialistas clamar por

(1) Tiberghien. *Introduction à la Philosophie et preparation à la Metaphysique*. pág. 532.

(2) *Philosophie de l'sprit*. Tome second. pág. 379.

(3) Ideal de la Humanidad. Pág. 49 y 50.

que el Estado ponga en práctica sus utopias, señal, á mi parecer infalible, de que el Estado moderno, cualquiera cosa que sea, no ha de contrariar en demasía las aspiraciones del Comunismo.

La *política* ¿nó se reduce en nuestra época á derrumbar dinastías y á cambiar la forma de Gobierno de un pais, sin procurar en manera alguna estudiar sus necesidades para satisfacerlas debidamente?

La *ley* ¿qué remedio puede oponer á los grandes males sociales cuando se conviene en que no es más que la expresion de la voluntad de los *más*, y los *más* siempre son los *más* osados, los que *más* levantan la voz, si bien suelen ser, en verdad, los de número *más* reducido?

Y la moral, se dirá, ¿nada puede hacer para conjurar el conflicto? Pero supuesto el principio protestante, dada la libertad del pensamiento ¿que és la moral? una palabra vacía de sentido, que carece absolutamente de significacion. Hoy no hay mas moral que la llamada moral universal que, por serlo, por abarcarlo todo, puede cobijar tambien al comunismo, porque no reprobando mas que lo que el comun de las gentes condena, queda á la apreciacion de la muchedumbre la moralidad de las acciones.

No queda más que la fuerza; pero poco sòlidas son las conquistas que esta hace: podrá hacer mártires de una idéa pero no concluir con ella.

Pero me diréis: ¿no hay salvacion para la sociedad? ¿tiene esta que perecer á manos de sus nuevos enemigos, sin que haya un dique que oponer al devastador torrente del Comunismo que trata de precipitarse sobre nosotros?

III.

No es de admirar que dentro del principio protestante no encontrémos medio alguno de combatir eficazmente al Comunismo. Hemos visto que este es la consecuencia indeclinable del principio que sustenta la soberanía de la razon individual, la libertad absoluta del pensamiento humano; y si este es el orígen del grave error que examinamos, lícito será asegurar que combatido, que aniquilado ese principio desaparecerán sus consecuencias lógicas. Y ciertamente no hay otro camino que adoptar. La cuestion social no tiene ni puede tener mas que dos soluciones: Comunismo ó Catolicismo. Al no aceptar la una, hay que admitir la otra, siendo la fuerza de la lógica; que siempre es irresistible, la que nos conduce á una de las dos.

Si renunciando al dogma absurdo de la soberanía de la razon individual, aceptamos de buena fé la verdad católica; si hacemos los esfuerzos necesarios para que esa verdad tenga su debida influencia en todos los órdenes, entónces y solo entónces, la Sociedad se salvará de la ruina que la espera siguiendo distinto rumbo.

Convengamos, como enseña la Iglesia Católica, en que existe un órden sobrenatural que no podemos conocer sino por la revelacion divina á la que debemos someter humildemente nuestra pobre razon. Convengamos en que nuestro destino no se realiza en esta triste vida, sino que estamos llamados á gozar de la pátria celestial, donde tendrá cumplido efecto nuestra constante aspiracion á la felicidad. Penetremonos de que esta suprema felicidad no la podemos obtener

sino como recompensa de los sacrificios de la vida; que esta tierra, léjos de ser para nosotros una deliciosa morada, es sólo el lugar de nuestra peregrinacion, en la que debemos aceptar gustosos la parte que nos toque en los dolores de la Cruz de Cristo, para hacernos dignos de participar de su gloria.

Sí; solo la verdad católica puede salvar al mundo. Acepten los hombres en su inteligencia y en su corazon la de Fé de Cristo, que es el camino, la verdad y la vida, y sin aspirar á goces terrenales avivando las malas pasiones, entiendan que sujetando la carne, en vez de divinizarla, es como podrán encontrar la tranquilidad del alma, única felicidad de que puede gozarse en esta vida.—Abandone el mundo el indomable orgullo que le tiene esclavizado: *initium omnis peccati est superbia*; séa, por el contrario, humilde de corazon, cautive su entendimiento á las verdades de la fé católica, y encontrará entonces el eficaz remedio que busca desalentado para sus males.

Entónces podrá decir al Comunismo: no, el mundo no mejorará reformando ó destruyendo la actual organizacion social, porque el mal no está en en la Sociedad sino en los hombres que la forman. El hombre no nace bueno; léjos de eso, su caida por el pecado ha pervertido su condicion y el mal existe en el mundo porque está en el fondo del corazon del hombre. Este ha necesitado de un redentor y le ha tenido en Cristo Jesus, pero á condicion de que siga su ley, le imite en sus virtudes y en sus dolores, llevando tambien la cruz, con la amorosa voluntad que Él llevó la suya.

Es cierto, y los socialistas tienen en esto razon, que la sociedad actual está gangrenada, pero solo obtendrá su curacion por la reforma interior del hombre. Lograda esta, la Sociedad será salva.

Y en efecto: el Catolicismo es el único que puede dar completa solucion al problema social. El mundo proclama libertad, igualdad, fraternidad, y el Catolicismo responde: la verdad os hará libres, todos los hombres son hijos de Dios y

herederos de su gloria: amáos los unos á los otros y ejercitad la sublime virtud de la caridad. No hay otra libertad, no hay otra igualdad; no hay otra fraternidad que la que enseña el Catolicismo. Fuera de él, víctimas del error y esclavos de nuestras pasiones, no podremos tener verdadera libertad; apartándonos de él, el despotismo de los Césares ó la tiranía de las muchedumbres, la soberbia del poderoso ó la envidia del necesitado, establecen la verdadera desigualdad de condiciones, desigualdad que tiene que acarrear el ódio entre las clases. Por el contrario, dentro del Catolicismo, encontramos la más perfecta armonía, porque somos verdaderamente libres y siendo á la vez completamente iguales ante Dios, el poderoso no se cree superior al necesitado, entendiendo que solo debe su fortuna á la misericordia de Dios y viendo en el pobre un hermano con quien debe compartir, por el ejercicio de la caridad, los bienes terrenos de que disfruta; y el necesitado no se cree inferior al rico porque sabe que Jesucristo honró la pobreza, que Dios es el que dá y quita los bienes de este mundo, y que con el trabajo y la resignacion, además de la tranquilidad que disfrutará en esta vida, llegará á gozar en la otra de la eterna felicidad prometida á los que sufren.

Con la reforma interior del hombre, con la proclamacion de las verdades que el Catolicismo enseña, no habrá temor para la Sociedad.

Entonces la Ciencia y los Gobiernos podrán ejercer su mision de una manera cumplida.

La Economía política cristiana no enseñará, con Say, que la ciencia económica es el alma de la Sociedad y que abraza el sistema social entero; proposicion que no puede aceptarse sino entre aquellos que, desprendiéndose de los sentimientos más nobles que deben inspirar á los hombres, sólo aspiran á la posesion de los bienes terrenos; sino que reduciéndose á sus verdaderos límites, se ocupará de la produccion de la riqueza, no como fin del hombre, sino como medio necesario

para la satisfaccion de sus necesidades materiales, y comprendiendo que los principios económicos no deben contrariar la realizacion del verdadero destino humano que, no consiste en crecer y desarrollarse, sino en conocer á Dios y poseerle en la otra vida. Fundándose en el dogma de la culpa original, la Economía política no considerará al trabajo únicamente como medio de produccion de la riqueza para el goce, sino como un castigo de aquella culpa, á que están condenados todos los hombres; y alimentándose en las dulcísimas virtudes cristianas condenará el lujo, y enseñará que el rico debe destinar lo supérfluo para satisfacer las necesidades del pobre que no puede trabajar ó de aquel á quien no le basta para cubrirlas el fruto de su trabajo.—Trabajo y caridad es lo que debe proclamarse; pero bien entendido que el trabajo no es sólo para el pobre, ni la caridad sólo ley del rico, sino que ricos y pobres están condenados al trabajo que no es más que una expiacion (1), así como pobres y ricos están obligados al ejercicio de la caridad, que no consiste únicamente en la virtud de la limosna, porque, como dice el Apóstol: «si doy todos mis bienes á los pobres y no tengo caridad, nada me aprovecha (2), pues la caridad es el amor del prógimo por amor á Dios.»

Tal debe ser la Economía Política Cristiana; y si de aquella ciencia pasamos á las otras, veremos que todas contribuirán eficazmente para corregir los males sociales, aceptadas de buena fé en la teoría y en la prática las verdades católicas.

La Filosofía abandonará el funesto dogma de la absoluta libertad del pensamiento humano, y considerándose inferior á la Teología, acatará las verdades que esta proclama en vez de contradecirlas torpemente. Cesará de divinizar al hombre y terminarán sus estériles investigaciones sobre el destino hu-

(1) Génes. III, 17, 18 y 19.
(2) Ad Corinth. XIII, 3.

mano, y deducirá de la doctrina católica todas sus naturales consecuencias, resolviendo así problemas que en el terreno de la razon son para ella completamente insolubles.

La Filosofía del Derecho comprenderá su dependencia de la Moral Cristiana, y proclamará ante todo el deber, sin el que no se comprende el derecho. De este modo, conociendo los hombres que el derecho no existe sino en tanto en cuanto hay un deber de parte de quien debe prestarlo, en vez de minar los cimientos de la Sociedad en nombre del derecho, se procurará el cumplimiento del deber por todas las clases sociales; y fijándose principalmente en este punto, se respetará mucho más el derecho, sin necesidad de proclamarlo tan en alta voz como hoy se proclama, á la vez que le vemos diariamente conculcado.

De esta misma manera cesará la ley de ser la expresion de la voluntad arbitraria de los déspotas, ni el voto de la muchedumbre inconsciente, sino que fundándose en la verdadera nocion del derecho, será, como la define Santo Tomás: un ordenamiento de la recta razon encaminada al bien comun. —Y abandonándose la teoría sobre la omnipotencia del Estado moderno, y concluyendo las terribles é infecundas luchas políticas, se comprenderá que la autoridad, necesaria para que la Sociedad exista, no es más que ministro de Dios para el bien, como dice el Apóstol; y renunciándose al derecho de insurreccion, los súbditos, como aquel agrega, tendrán presente que deben obedecer al que manda no solamente por la ira sino más bien por la conciencia, sabiendo que toda potestad viene de Dios y que el que la resiste, resiste á la ordenacion divina (1).

De esta manera, volviendo la Sociedad al Catolicismo, es como podrá salvarse del cataclismo que la amenaza; es como puede resolverse en bien de todos la gravísima cuestion social, que hoy se presenta imponente y que fuera de la doctri-

(1) Ad Roma, XIII, 1, 2, 3, 4 y 5.

na católica no tiene otra solucion que el Comunismo.

Todos debemos trabajar á este fin, pues todos formando parte de la Sociedad debemos regenerarla reformándonos á nosotros mismos.

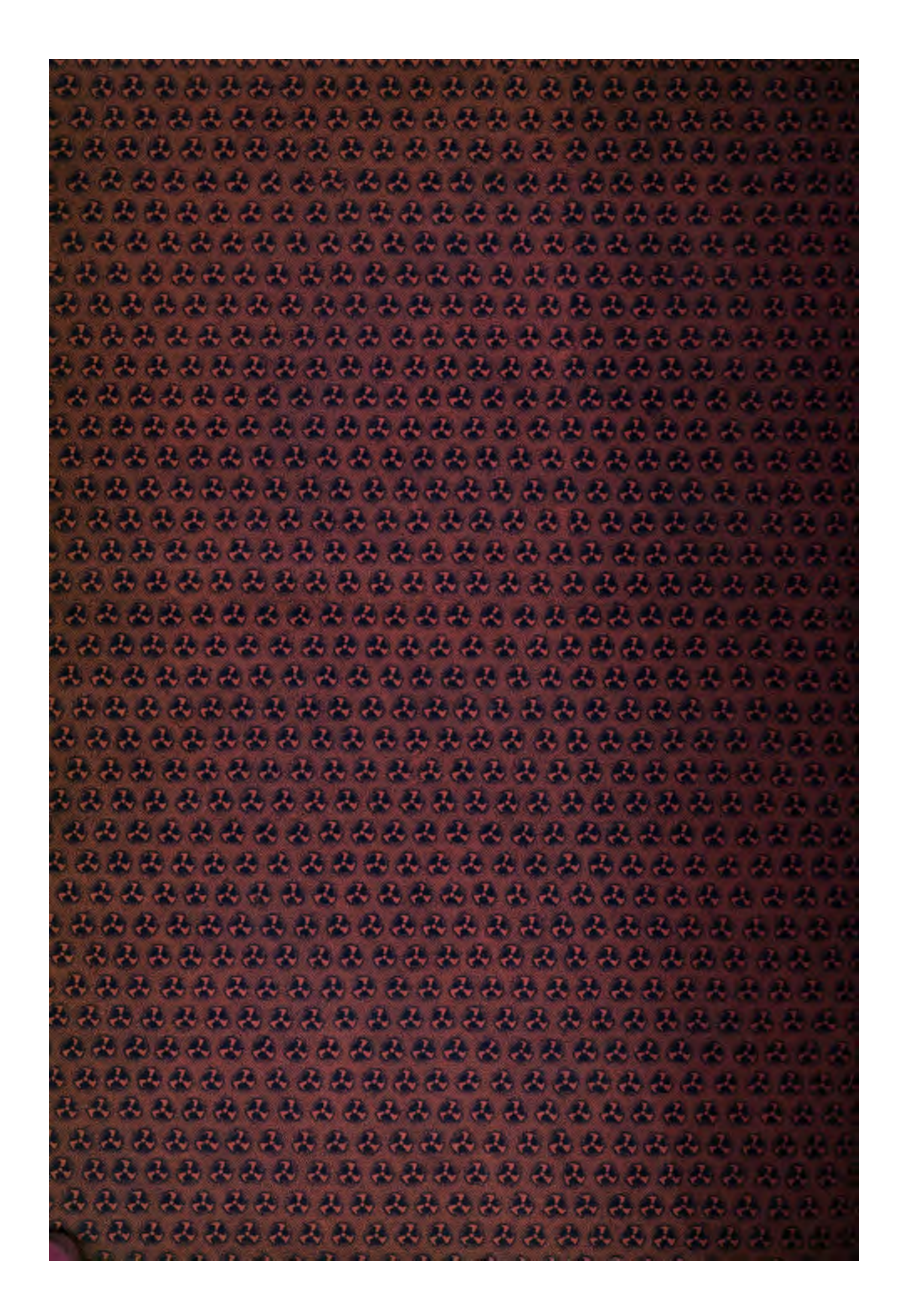
En esta obra importante os cabe, señores Académicos, una parte muy principal. Bien sabéis los males que ha ocasionado al mundo la falsa ciencia, y los inmensos beneficios que la verdadera puede prestarle, pues las idéas pasan con grandísima facilidad desde el gabinete del sábio á la plaza pública.

Grande es, por lo tanto, vuestra mision en este punto. Seguid llenándola como hasta aquí, proclamando la verdad y condenando el error, dedicando de este modo vuestra ciencia al mejoramiento social y la posteridad os bendecirá.

HE DICHO.

ÍNDICE.






Widener Library
3 2044 089 271 316